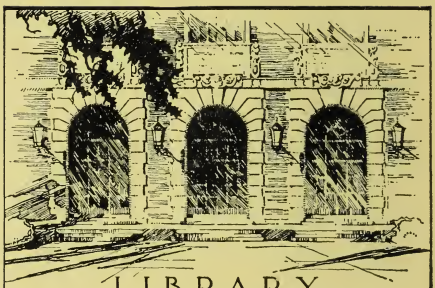
A. BLEST-GANA

EL IDEAL DE UN CALAVERA

BIBLIOTECA DE LOS NOVELISTAS

Vda CH. BOURET



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

869.4
B6li
1918
v.1

EL IDEAL

DE

UN CALAVERA

PARÍS. — IMPRENTA DE LA VDA DE CH. BOURET.

ALBERTO BLEST GANA

EL IDEAL DE UN CALAVERA

NOVELA DE COSTUMBRES

Tercera edición

TOMO PRIMERO

LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
Avenida Cinco de Mayo, 45

1918

Propiedad del Editor.

NPP (1994-96), not selected
film exists at another library

8094
B61i
1918
v.1

ADVERTENCIA

Para dar su completo desenvolvimiento á la idea que sirve de base á este libro, era necesaria la intervención de auxiliares que cooperasen también al propósito que he tenido de revestir mi obra con el carácter esencialmente nacional que distingue á la *Aritmética en el Amor* y á *Martín Rivas*. Por esto he pintado escenas de costumbres, que son en las que reflejan mejor las pasiones humanas sus vaivenes y su incesante transformación; al propio tiempo que ofrecen al escritor la oportunidad de manifestar en acción las consecuencias de utilidad social, que sacan á la novela del campo estéril en que se encierra el mero pasatiempo.

En las dos novelas que acabo de mencionar y en la

397330

Romance Rec. S.A. 20 Apr 18 Rst 100 v.1-2

presente, he observado con escrupulosidad ciertos principios acerca de la parte artística, que son, á mi juicio, indispensables al novelista que aspire á dar á sus creaciones un sello de nacionalidad que las exima de parentesco con las numerosas producciones que el ingenio europeo nos envía. Esos principios, que me atrevo á invocar después de la prueba, pueden resumirse, hablando de Chile, como sigue: « Presentar el estudio de escenas propias de la sociedad chilena, pintando caracteres nacionales, y desarrollar la acción por medio de resortes sacados de nuestro modo de ser, sin acudir á medios extraños, que por serlo dañarían á la verosimilitud del cuadro general. » En este círculo, algo estrecho, si se mira la poca extensión de nuestras sociedades, creo debe limitarse el campo del novelista de costumbres chilenas. Sus vallas ofrecen sin duda serias dificultades; pero mi fé en el talento de los que nos han de seguir en esta vía, me hace esperar que sabrán poblar con útiles y fecundas invenciones, el espacio que nosotros dejamos sólo delineado como fundadores.

Una palabra más: la presente novela difiere en algo, en cuanto á la forma, de las otras dos que he nombrado. Su plan exigía cierta variedad de teatros

que, al principio de la segunda parte, parece perjudicar á la unidad de la obra. He creído respetar esa exigencia y conciliarla con el interés general de la intriga, reuniendo en la tercera parte la acción separada de las dos primeras.

Ojalá que el público acoja este trabajo con la indulgencia que ha dispensado á otros de la misma pluma.

Santiago, Julio de 1863.

DEDICATORIA

No está dedicado este libro á los hombres serios que hacen gala de menospreciar las letras, porque no alcanzan á comprenderlas.

Dedícalo su autor á las almas generosas y sensibles. ¿ No es esto llamar á las mujeres al festín de su lectura ?

Dedícalo á los que persiguen afanosos una quimera forjada por la imaginación y desdeñan la modesta felicidad, que la suerte depara á los que de modestas cosas se contentan. ¿ No hay un inmenso número de esos soñadores que, si bien no acuden á la rima para expresar sus aspiraciones, abrigan tesoros de poesía en el pecho ?

Dedícalo á los que gustan de reir, como Fígaro, por no llorar de la amarga tristeza que encierran las escenas cómicas de la vida.

Y, por fin, á los lectores, que con sinceras manifestaciones de simpatía, han alentado en sus tareas al autor de Martín Rivas.

Santiago, Julio de 1863.

ALBERTO BLEST GANA.

EL IDEAL

DE

UN CALAVERA

PRIMERA PARTE

ESCENAS DEL CAMPO

I

Un sentimiento de profunda simpatía nos han inspirado siempre estas palabras que pronunció un joven en la más solemne circunstancia de su vida:

— ¡Adiós amor, única ambición de mi alma!

Por más que la popular malignidad se empeñara después en desfigurarlas, atribuyéndoles una significación indecorosa, siempre despertarán en los que conozcan su verdadero sentido, esa profunda simpatía que no puede negarse á las grandes pasiones ni á los grandes infortunios.

Á fin de conocer hasta qué punto son esas palabras un lamento tristísimo de una alma consagrada al culto

de una idea fija, conviene saber la ocasión en que fueron pronunciadas.

Había junto al que las dijo unos banquillos en que, como él, esperaban la muerte algunos jóvenes, que una inmensa turba contemplaba con avidez.

Un piquete de tropa con fusil al hombro, aguardaba la señal de su jefe para consumar el sacrificio.

El joven que nos ocupa, al ver llegar la hora fatal, se golpeó la frente con una mano, y dijo aquellas palabras con expresión de melancólico despecho muy difícil de pintar.

Recogiólas el vulgo, cuando el cuerpo del que acababa de hacerlas oir se agitaba sobre el banquillo, en las últimas convulsiones de la agonía.

Comentólas después la malignidad popular, y como el vulgo se detiene muy poco á investigar el origen de lo que causa sus impresiones, decidió por mayoría que el Teniente Manríquez se había ocupado, en presencia de la muerte, de las ideas licenciosas que durante su vida le granjearon su popularidad de libertinó.

Nosotros oímos repetir esas palabras en nuestra infancia y nos produjeron la impresión que dejan las palabras ó los hechos que la ignorancia de la niñez reviste con el ropaje prestigioso del misterio.

Andando el tiempo, se han alzado delante de nosotros, en algunas conversaciones íntimas, ciertas voces en defensa de aquella víctima de un destino fatal. — Esas voces correspondían á las que nuestro corazón ha empleado siempre para abogar por la causa de sus primeras y misteriosas simpatías.

Y así repetíamos, uniéndonos á sus escasos defensores :

— ¡ Pobre Manríquez !

¿No encerraba su exclamación postrera un adiós desesperado á las esperanzas desvanecidas ?

¿ Qué imagen de mujer huía en ese momento supremo del horizonte, que la febril imaginación de aquel joven iluminaba con sus fúlgidos resplandores ?

¿ Qué irresistible fuerza arrebataba el alma de ese condenado á muerte á la contemplación aterradora de los misterios del sepulcro, y le arrancaba, al morir, una imprecación de mundanales sentimientos ?

El amor ocupa un espacio tan considerable en la historia de la humanidad, que siempre nos ha parecido digna de estudio la vida del pobre Manríquez, como un rasgo característico, que merece añadirse á la filosofía de esa historia.

Por lo demás, la causa de Manríquez encontrará siempre un tribunal indulgente entre las personas dotadas de un corazón sensible y delicado.

Y la viva simpatía de las mujeres, rodeará de su exquisito perfume la tumba solitaria del que, en pocas palabras, les consagró al borde del patíbulo, el poema de su indefinida y ardiente adoración.

El tiempo y la perseverancia para seguir el hilo de esa vida, nos han puesto en aptitud de diseñar su carácter fantástico y sentimental, que las exterioridades revistieron durante su existencia de colores desfavorables, y que sus últimas palabras iluminaron con su luz verdadera á los ojos de los fisiologistas morales, que gustan apreciar á los hombres como objetos de curiosas, cuando no de útiles investigaciones.

Esas palabras, con efecto, son una especie de relámpago salido del pecho de Manríquez para ilumi-

nar las tinieblas de su existencia. Ellas explican los caprichos y el desatino de su cerebro, que, las gentes acostumbradas á medir las acciones de sus *semejantes* con el prosaico criterio de su apego al materialismo, calificaron de *tocado*.

¿ Semejantes, dijimos ?

El poder de la costumbre nos hace emplear esta palabra, en cuya significación estamos muy lejos de creer, cuando con ella se pretende designar á los individuos de la humana familia.

La identidad de la organización física nos hace incurrir en ese error gravísimo.

Wáshington habría protestado de su semejanza con cualquiera de los héroes opresores de la humanidad, incluso Napoleón. Isabel la Católica habría protestado contra los paralelos que han venido á establecer los historiadores entre Isabel de Inglaterra y ella.

El libertador de los Estados Unidos y la protectora de Colón, habrían invocado en su defensa el poder de esa llama sagrada, que ardió en sus pechos y que todos acatan con el nombre de virtud.

Tomando por base de comparación el alma humana, el número de semejantes que cada ser racional tiene en el mundo es muy reducido, con relación á los millones de seres que pueblan el universo. — Pensando en ello, diríase que Dios, no contento con dar al vulgo de las gentes una prueba de su poder, con la variedad de objetos que forman la naturaleza física, dotó las almas de una infinita variedad de atributos, para confundir la presunción investigadora y deductiva de los pensadores. De aquí también la razón

porqué el estudio del alma será infinito como la marcha del progreso. Sin embargo de esa variedad sorprendente, pueden hacerse dos especies de clasificaciones, que á su vez se subdividen en una multitud de categorías diversas.

Almas que al nacer reciben el germen de lo que serán en su trascurso por el mundo. Y almas que, como las naves en el mar, flotarán á impulso del viento caprichoso de las circunstancias.

Dejemos á un lado á las primeras.

Hablemos de las últimas, porque á ellas pertenecía el alma de Manríquez.

Algunas de éstas, empujadas por vientos bonancibles, llegan hasta el puerto con su velamen casi intacto.

Otras, sólo dejan algunos jirones en las tempestades de su existencia, pero terminan su travesía, llegando victoriosas al puerto del eterno reposo.

Y otras, en fin, combatidas por recios vendavales, llegan desmanteladas á estrellarse contra los obstáculos que las destrozan y anonadan.

El alma de Manríquez, digámoslo también, pertenecía á esta tercera subdivisión.

Sus pasiones, desencadenadas en deshecha tormenta por las fortuitas circunstancias que componen el destino de todo ser humano, lanzaron ese rugido al estrellarle, ricas de vigor y de juventud, contra el banco del patíbulo, en que un pueblo curioso le vió arrostrar la muerte con arrogancia impávida.

Pero, en ese rugido de león hambriento, se dejaba percibir un eco de vaga melancolía. Por eso dijimos que su causa « encontrará siempre un tribunal indul-

gente entre las personas dotadas de un corazón sensible y delicado. »

Veamos, pues, la historia del que exclamaba, golpeándose la frente al morir :

— ¡ Adiós amor, única ambición de mi alma !

II

Abelardo Manríquez aumentó, con una unidad, el millón de habitantes que en 1814, asignaban los geógrafos á la República de Chile, á principios de febrero.

Fué hijo único y por consiguiente fué mimado.

Sus padres ocupaban en la jerarquía social la posición de indecisos límites que se encuentra á la misma distancia de las buenas familias, en escala ascendente, que de las familias de medio pelo, en escala descendente. Eran de una clase que debería llamarse familias empobrecidas. Un nombre *decente*, que el polvo de la pobreza empaña á los ojos del gran mundo ; una hijuela de siete mil pesos de valor ; una pasión sincera que el nacimiento de Abelardo vino á fortalecer ; esperanzas que á nadie faltan para sustentar las veleidades del alma : he aquí lo que poseían los padres de Manríquez.

Como á los once años leía con bastante corrección, gracias al formidable método *ferulístico* de aquellos tiempos, Abelardo pasó de la banda de Cartago, en cuyas filas militó en la escuela, al colegio en que debía estudiar alguna profesión.

Abelardo, como la mayor parte de los niños, no tenía vocación por carrera determinada : gustaba,

sobre todo y ante todo, de ese *far niente* que busca su solaz en la *cimarra*.

Al cabo de poco tiempo se conquistó el título de *diablo*, combatiendo con denuedo en las *guerras de la Chimba*, guerras en las que los proyectiles eran las piedras que arrastra la corriente turbia del Mapocho. El recuerdo de esos combates de muchachos vive fresco en las generaciones presentes : *chimbero*, significa todavía, hombre que ataca ó se defiende con piedra. Abelardo Manríquez había llegado á ser el terror de los chimberos. Es cierto que era también la desesperación de sus maestros. Los alfileres, que hacían saltar de dolor al catedrático cuando se iba á sentar en la silla de paja del aula, eran colocados por la mano de Manríquez, como lo eran los cartuchitos de papel con que algunas moscas cargaban, volando por la clase, y las ratas que el infeliz magíster hallaba envueltas dentro del bolsillo de su chaqueta, y los monos de papel colgados del techo por medio de un hilo pegado con papel, reducido á masa por los dientes del infatigable colegial.

Por esto, cada uno de sus superiores le pronosticaba un mal fin, después de aplicarle el correctivo de la palmeta de *guayacán*, con agujeros, para aumentar el dolor.

Por esto, también, los que de aquellos vivieron, hasta oir hablar del trágico fin de su discípulo, exclamaron :

— ¡ Yo se lo había dicho ! ¡ qué había de salir !

El corazón de Abelardo Manríquez era como esos potros que triscan por los grandes potreros, saltando y relinchando para desfogar el exorbitante vigor de la

juventud. No creía hacer ningún mal mortificando á sus maestros, sino que cedía á una fuerza irresistible, al ejecutar el sinnúmero de travesuras que el lenguaje de los colegios populariza con el nombre de diabluras.

Como toda organización impetuosa, gustaba Manríquez de lo imprevisto, sobre todo, cuando era preciso desplegar en las acciones la energía que sentía bullir en su sangre He aquí un ejemplo :

En el colegio gozaban de gran prestigio ciertas señoritas del colegio de la señora X***. Estas criaturas columpiaban sus ilusiones entre la infancia, que ignora, y la pubertad, que pugna obstinadamente por desenmarañar los multiformes secretos de la existencia: peinaban trenzas y llevaban todavía vestido corto; pero ya sentían esa aspiración indefinida y tibia de traspasar á seres animados las mil ficciones de cariño que desempeñan un papel importante en el juego de las muñecas. De aquí que las colegialas de la señora X*** respondían con un nutrido fuego de miradas, á las descargas de igual proyectil lanzadas por los colegiales. Estos episodios son flores que cada hombre serio encuentra en el jardín de sus recuerdos.

Abelardo Manríquez tenía entonces diez y siete años. En el cielo de la señora X***, había elegido, como los demás, una estrella á que consagrar sus veladas de infancia. Entre colegiales *grandes* se habla más de amor, que entre los hombres lanzados en esa carrera; precisamente, porque para los primeros es un misterio, y para los segundos una realidad demasiado seria, para ajar sus nobles idealidades al contacto de una expansión poco limitada. En una de sus

conversaciones con sus condiscípulos, Manríquez hizo una apuesta.

Dijo con la petulante arrogancia de los primeros años :

— Apuesto á que voy al colegio y hablo con *ella* en presencia de la señora X***.

Sus amigos exclamaron que era imposible.

Abelardo se dirigió al cuarto del inspector sin responderles. En el camino había fingido la enfermedad tradicional en los colegios : un dolor de muelas.

— Si usted quiere sacársela, le dijo el inspector, irá con Hidalgo.

Hidalgo era un cabo retirado á dispersos, que ejercía en el colegio el cargo de mayordomo. Conservaba el grande amor á la disciplina que se desarrolla en los que, después de haber sufrido sus rigores, se ven libres de toda opresión. Era Hidalgo, por consiguiente, el terror de los muchachos y el hombre de confianza de los superiores. Perseguía el uso del cigarro con un encarnizamiento de inquisidor contra la herejía.

Manríquez aceptó sin pestañear; colectó entre sus devotos, á duras penas, ocho reales ; se puso la gorra con aire resuelto sobre la oreja, y salió con Hidalgo.

Sus condiscípulos quedaron abismados y dijeron :

— ¿Qué diablura irá á hacer?

Él anduvo con su cancerbero algunas cuadras, hasta combinar su plan. Se detuvo y miró á Hidalgo.

— Voy á decirle una cosa, exclamó.

— Diga.

— Tengo miedo de sacarme la muela.

— Entonces, volvámonos al colegio.

— No, yo quiero sacármela.

— Vamos donde el barbero.

— Voy á tomar un remedio para quitarme el miedo.

— ¿ Qué remedio ?

— Un buen vaso de aguardiente.

Cerca de ellos había un bodegón. Hidalgo siguió al colegial. Éste dijo al bodegonero, cuando le servía el vaso de aguardiente :

— Le doy dos reales, emborrácheme al viejo.

Hidalgo, que luchaba por disimular las gratas emociones que el olor del aguardiente le hacía experimentar, cubrió sus facciones con una capa de glacial indiferencia. En punto á bebida, cualquier soldado es lo que el refrán piensa del moro viejo, tratándose de religión : un veterano no puede ser un modelo de sobriedad. Hidalgo tenía tanta más tentación, cuanto más larga había sido su abstinencia. Es la historia del volcán, en el que la fuerza del estallido, guarda proporción con el tiempo que su cráter ha permanecido cerrado. Hidalgo se dejó vencer por las insinuaciones del bodegonero : probó primero el licor y bebió después un trago, que llevó consigo el primer escrúpulo. Tras éste, los otros tragos pasaron con facilidad creciente, y por fin, cayó en una completa ebriedad.

Abelardo Manríquez pagó seis reales al bodegonero, y dejó á su guardián viajando por el paraíso de Mahoma.

Llegó al colegio de la señora X***.

Hizo pasar recado á la directora, fingiéndose hermano de Manuelita, la dama de sus juveniles pensamientos.

Manuelita fué llamada á la pieza en que la señora X*** recibió al imberbe galán. Desprevenida, y con

menos ánimos que éste, Manuelita se turbó; pero Abelardo desplegó todo su aplomo; habló de la familia, y concluyó pidiendo, por encargo de ésta, una plana de Manuelita. Con este trofeo, que acreditaba su victoria, llegó al colegio y refirió su excursión. El respeto de sus condiscípulos le proclamó el héroe de la diablura.

Esta aventura tuvo además otro resultado, de inmensa trascendencia para el colegio: Hidalgo fué despedido por su intemperancia.

Sin embargo de estas genialidades de colegial, Abelardo tenía ciertos instantes de vaga tristeza, cuando algún incidente le hacía conocer la posición socialmente inferior en que la fortuna le había colocado, con respecto á muchos de sus condiscípulos.

Estudiaba poco; pero en cambio, sabía de memoria las cartas de Heloísa y Abelardo, que han gozado siempre de una boga inmensa en todos los colegios.

En suma: era la de Manríquez una naturaleza turbulenta, de esas que provocan en el espíritu de los hombres sensatos, sombríos vaticinios.

¿Ha buscado la ciencia social el método de imprimir á esas naturalezas, que siempre son vigorosamente organizadas, una dirección que las desvíe de las tempestades que les esperan en la vida?

Entre nosotros, el muchacho que ha recibido de la naturaleza una alma ardiente, es, por lo común, dejado de la mano. Sus padres y sus maestros le relegan al banco de los incorregibles, cuando han agotado los castigos, único medio al que todavía la civilización atribuye el poder de infundir arrepentimiento.

Entre los incorregibles figuró, pues, Abelardo Manríquez, hasta su salida del colegio.

Tenía entonces veinte años, y su padre le destinó á trabajar en un pequeño fundo de campo, que formaba toda su riqueza.

III

Abelardo Manríquez no era un ente vulgar. Muy poco le tentaban los bienes materiales, á los que, en nuestros días se enseña á la juventud á rendir un culto fervoroso. Llevaba en su alma, turbulenta por la savia de la juventud, esa chispa de aspiración vaga, que sólo se anida en los pechos de aquéllos que nacen organizados para distinguirse del vulgo. Esa chispa que, comunicando su ardor al cerebro, forma después los notables escritores, los sabios, los grandes guerreros y los grandes enamorados; seres todos, cuya sensibilidad impresionable, en cierto punto de vista, les hace cruzar el mundo separados de la turba, con más dolores que los dolores comunes, y con alegrías menos espontáneas, que la alegría fácil é irreflexiva de los hijos del materialismo; seres infelices, que rara vez pueden contentarse con la realidad del presente: poetas del porvenir, cuando jóvenes; peregrinos del pasado, cuando la nieve de los años les oculta las risueñas alturas de la esperanza.

El que hubiese interrogado á Manríquez sobre sus deseos, le habría puesto en gran perplejidad para contestar. No tenía ningún apego á la virtud, y sin haber sido hasta entonces libertino, oía en la soledad de los campos, como San Jerónimo en las selvas, el ruido de las fiestas de la ciudad en que había pasado la mayor parte de su vida. Acostado bajo de un árbol,

en medio de un día abrasador de febrero, veía al través del follaje la figura de alguna mujer hermosa, de las que había divisado en las calles de Santiago. Andando por las quebradas, tenía éxtasis contemplativos del más refinado gusto bucólico, y dirigiendo alguna faena, alzaba el látigo sobre los peones, con una crueldad irreflexiva y maquinal, digna del más cumplido de nuestros hacendados feudales. Amaba á su padre, y tenía por su madre una inmensa ternura. Todo juego peligroso, todo pasatiempo en que la vida podía comprometerse, ejercía en sus nervios una irresistible atracción. En las *chinganas*, después de beber, instado por algún huaso ébrio, arrojaba el *concho* de su vaso al rostro del que le obsequiaba. Huía del canto nasal de las cantoras, y siempre se interponía entre dos adversarios con puñal en mano. Así es que no habría sabido contestar al que le hubiese interrogado acerca del fin de sus deseos. Y, sin embargo, vivía inquieto y descontento.

Un incidente natural, que sobrevino algunos meses después de la instalación de Abelardo en el fundo de su padre, llamado el *Maiten*, operó un cambio en la vida de este joven, cuyo corazón flotaba todavía en las nieblas de esa que poco ha llamamos *vaga aspiración*.

Algunos vecinos dijeron á Manríquez que un caballero había llegado con su familia á las casas de la hacienda del Trébol, situadas á media legua del Maiten. La voz pública refería el hecho del modo siguiente : el Trébol había sido puesto en subasta por el síndico del concurso formado á los bienes de su propietario, y el subastador, llamado don Calixto

Arboleda, conociendo que una de las causas origen de los quebrantos pecuniarios del ex-propietario, había sido la inasistencia personal, llegaba resuelto á dedicarse al cultivo de la hacienda con gran empeño, durante los primeros tiempos. Con este fin, pensaba vivir en el Trébol nueve meses del primer año, acompañado de una parte de su familia. Componíase ésta de dos hijos, que estudiaban en Santiago, de dos hijas grandes, que vendrían á la hacienda con su madre, y de algunos niños.

Agregaban á esto, la noticia de que don Calixto era hombre rico, que tenía una buena casa en Santiago, y bastante dinero á interés.

— ¿Qué tales son las niñas? preguntó Manríquez á un vecino, que le daba estos datos acerca de la familia recién llegada al Trébol.

— Una es bonita y la otra *feucona*, contestó el campesino.

Abelardo tenía, como hemos dicho ya, veinte años. Á esta edad, el corazón del hombre está lleno de presentimientos amorosos, porque tiene un caudal inagotable de deseos. Manríquez pensó que la hija de don Calixto Arboleda, la que el cielo había dotado con el don de la hermosura, podía muy bien estar destinada á su corazón. Para que surgiera esta idea en su espíritu había motivos muy plausibles: esa joven era hermosa, vivía á poca distancia, y él tenía veinte años. Cada joven es un alquimista consagrado á buscar la piedra filosofal por medio del amor: su ciencia, por consiguiente, no desdeña la intervención de lo maravilloso. De aquí que Manríquez creyese firmemente en la probabilidad de empezar con su

vecina la primera parte de ese poema del corazón que llamamos amor, en el que tan descomunales batallas se libran las violentas pasiones de la juventud. Con esta idea ensilló su caballo un día y se dirigió camino del *Trébol* á galope tendido. El viento que azotaba su frente, las aves que volaban de un árbol á otro y la gala magnífica del campo, iluminado por los alegres rayos del sol, le enviaban mil presagios de felicidad durante aquella marcha, en que palpitaba su corazón con una fuerza igual á los saltos de su brioso corcel.

Las casas de la hacienda del Trébol eran de antigua construcción. Tenían el aspecto de convento, del que participan la mayor parte de las casas de este género, edificadas durante el coloniaje. Hallábanse situadas sobre una elevación natural del terreno, desde la cual se dominaba el campo circunvecino en una extensión bastante considerable, y se componían de tres cuerpos de edificio, formando dos de ellos martillo sobre el principal, que daba la espalda á un cordón de cerros, poblado de árboles en abundancia. De estos cerros habían salido los gruesos tijerales y las enormes soleras que sostenían el techo cubierto de teja y colihüe, que descansaba sobre anchas paredes de adobe. La distribución interior de las piezas había sido dispuesta arreglándose á los principios de la ciencia que podría llamarse *arquitectura natural*. Un cañón de piezas era el cuerpo principal, comunicadas por medio de puertas de roble con tableros toscamente labrados. Las paredes eran blanqueadas, y las soleras del techo, descubiertas, servían para colgar las uvas de una viña contigua á la casa y las manzanas del huerto. Este cañón constaba de cinco piezas, de las cuales dos

tenían puertas al patio de afuera y sobre el huerto: las demás recibían su luz de ventanas con reja de madera torneada. El cuerpo de edificio, que salía en ángulo recto de la extremidad derecha del principal, se componía de una capilla con un oratorio adyacente y un campanario á la extremidad. El edificio de la izquierda, contenía la bodega, un granero y un pajar.

La huerta, que cerraba la casa por la parte de atrás, contenía en el medio un gran parrón con horcones de espino y una gran cantidad de árboles frutales. Muy pocas flores. Dos hortensias plantadas al pie de los pilares del corredor que se desprendía del edificio, igual al de afuera; algunas rosas al pie de los horcones del parrón y sinnúmero de *chinas* y de amapolas, caprichosamente distribuídas sobre la superficie de la tierra. Cerraba esta huerta una tapia de adobón con barda de espino.

Por lo demás, el aspecto general de aquella casa, que la familia del nuevo propietario había amueblado con cierta elegancia, era el de la vejez y principalmente, del abandono en que la mayor parte de los hacendados chilenos dejaban por aquellos años sus habitaciones de campo, fundándose en dos principios: la necesidad de hacer economías, y la inutilidad de reunir comodidades en puntos en que éstas no pueden ostentarse á los demás.

Abelardo Manríquez conocía las casas del Trébol como las que él mismo habitaba, pues siendo niño las había recorrido en todas direcciones, con los hijos del propietario que entonces las ocupaba. Gracias á esto, conocía también un rincón de la huerta desde el cual era fácil á una persona colocada al exterior observar

lo que pasaba en su recinto. Manríquez se proponía espiar desde ahí á su desconocida, á quien suponía que el fastidio que trae consigo la monótona vida del campo, haría entrar á la huerta por lo menos una vez al día.

Al llegar, detuvo el galope de su caballo, se apeó y después de amarrar las riendas á un árbol, caminó hacia el punto de la tapia que, de antemano, había designado para servirle de observatorio.

Subió á la tapia y tendió la vista por la huerta. Ninguna persona había en ella. Era la una del día y el viento mecía suavemente las copas de los árboles, cuyas hojas, al moverse, mezclaban su ruido con el canto del zorzal, que tiene cierta armonía melancólica y dulce á un mismo tiempo. De cuando en cuando, salía de la enramada ese silbido con que las aves, que en el campo nombran *toritos*, parecen llamarse á gratas confidencias, en las horas del día en que la intensidad del calor les hace buscar la sombra fresca de los árboles. Al concierto que formaban el ruido de las hojas, las notas cadenciosas del zorzal y los silbidos amorosos de los *toritos*, se unía el de las malvas y de la *hierba loca* agitadas por el aire: el zumbido de las abejas y moscardones, y el lejano bullicio de la *loica*, que vuelve hacia el sol su roja coraza y manifiesta su alegría con notas prolongadas y bulliciosas, de una armonía superlativamente agreste y cariñosa para los oídos chilenos. Ese concierto de la naturaleza, que parece palpitar con las ardientes caricias del sol, despertó en el pecho de Manríquez una turbación llena de atractivo. La imagen de mujer que dormita en el cerebro de todo joven, se agitó delante de sus

ojos, dejando flotar la ondeante falda al capricho del viento, y enviándole su mirada de amor, que salía de sus pupilas con la languidez de una caricia tímida y llegaba á su pecho inflamada por la reverberación de los rayos fúlgidos del sol que en el espacio atravesaba. Dominado por la imperiosa poesía del espectáculo que regalaba su vista y por la poesía no menos imperiosa que desbordaba de su corazón, Manríquez no sintió la marcha del tiempo. La satisfacción que henchía su pecho semejaba á la de un amante que espera á su querida con la seguridad de que vendrá enamorada. Sin ser poeta, oyó vibrar en su alma una infinidad de idilios bañados en los perfumes agrestes que arrastraba el viento entre sus pliegues. Un espíritu positivo, de los que diariamente elevan su oración al dios del negocio, se habría fastidiado en aquel lugar, ó se habría dormido en tan singular expectativa. Manríquez ni se fastidiaba ni se dormía: únicamente sufría del mal de los soñadores, que oprime el alma con un deseo de amar y ser amado, ante cuya voz poderosa enmudecen las demás voces que se alzan en el pecho, en nombre de las diarias y materiales preocupaciones de la existencia.

Así permaneció Manríquez cerca de dos horas, inmóvil y contemplativo. Persuadido de que nadie llegaba, se despidió con una mirada de cariño de todos los objetos que le habían extasiado. En su ilusión le pareció que las rojas amapolas le convidaban á volver. Abandonó por fin su puesto y volvió al lugar en que había dejado su caballo. Montó en él con aire indiferente, y en vez de tomar el camino por donde había llegado, se adelantó hacia el patio

de la casa, por delante del cual pasaba otro camino.

Al llegar frente á la casa, Manriquez vió dos mujeres jóvenes en el corredor. Hallábanse cosiendo, y parecían coversar alegremente, á juzgar por las risas que alcanzaron á sus oídos.

Las dos jóvenes alzaron la vista al oir el trote del caballo y el ruido de las espuelas del que llegaba. Éste, en vez de seguir su marcha por delante de la casa, torció las riendas de su montura, llegó al corredor y se bajó frente á la puerta de la capilla. En un instante había formado la resolución de entrar á la casa y satisfacer la curiosidad que llevaba.

Amarró su caballo á un pilar, se quitó las espuelas y dirigióse al punto del corredor en que se encontraban las dos jóvenes. Éstas habían suspendido su conversación y observaban al recién llegado, con la curiosidad que inspira en el campo cualquiera persona desconocida que tenga algo del aspecto de un *caballero*.

VI

Á pesar de su poncho y del *guarapón* de paja que cubría la cabeza del joven, las dos niñas notaron ese *algo* de distinción en el que hacia ellas se adelantaba con seguro paso. Bien que la estatura de Manríquez no saliese de una mediana elevación, la gracia natural de su cuerpo justificaba la curiosidad de las que le miraban. Su rostro, en el que se ostentaba un aire de juvenil viveza, llamaba la vista del observador por la expresiva mirada de sus ojos pardos y soñolientos que la menor impresión iluminaba con rayos magnéticos,

y por la simpática y un tanto desdeñosa línea de su boca. Su nariz recta, su cutis blanco, el pelo castaño y abundante, las orejas pequeñas y rosadas, formaban con el óvalo del rostro, con las cejas acentuadas y con la frente espaciosa, que Manríquez descubrió al saludar á las jóvenes, una fisonomía notable, en la que imperaba un aire de altanería natural, que realzaba poderosamente su expresión. El cuello de la camisa doblado sobre un pañuelo azul de seda, atado con descuido á guisa de corbata, dejaba ver el cuello del joven, torneado y flexible como el de una mujer. Su pantalón era de pobre apariencia como su calzado de becerro. Ninguno de estos detalles pasó sin ser visto de los ojos de las jóvenes, que contestaron cortesmente al saludo de Manríquez.

— ¿Podré ver al señor don Calixto Arboleda? preguntó éste después de saludar.

Las jóvenes se miraron preguntándose:

— ¿No está durmiendo?

Una de ellas dijo á la otra:

— Anda á ver.

Esta dejó la costura sobre su silla y entró en las habitaciones.

Manríquez fijó con avidez la vista en la que quedó sentada. Era sin duda la que su vecino había dicho ser bonita. Rubios cabellos, finísima tez, ojos grandes, boca pequeña rosada y fresca como una cereza, manos largas y delgadas, un talle fino, de suaves contornos, el seno modestamente dibujado por el vestido de percal, he aquí lo que Abelardo alcanzó á ver. Como la joven había bajado la vista sobre la costura, la expresión de su rostro, esa irradiación del alma en

las facciones, se escapaba en aquel momento á su observación.

Pasó un minuto. La joven levantó de repente la vista y dirigió á Manríquez una de esas miradas que toda mujer emplea para agradar. Al mismo tiempo le dijo con voz suave :

— Siéntese Vd., señor.

Había junto á las sillas de las niñas un escaño viejo de madera, que parecía haber pertenecido á alguna iglesia. Este fué el asiento que la joven señaló con la vista al dirigirse á Manríquez.

Manríquez contestó con mirada y entonación de voz iguales á las de ella.

— Gracias, señorita.

La que había entrado á la casa apareció diciendo :

— Mi padre está durmiendo la siesta.

— ¿ Á qué hora podré verle? pregunto Abelardo.

— Á cualquiera, señor, contestó la que se había quedado, menos de las tres á las cuatro, hora en que está durmiendo

Abelardo saludó como para retirarse.

— ¿ No quiere V. esperarle? Tal vez viene V. de lejos, díjole la que acababa de contestar.

— Volveré, señorita, respondió Manríquez.

Saludó y se fué al lugar en que se hallaba el caballo. Montó sobre éste y salió del patio sin mirar una sola vez á las jóvenes, que se habían quedado fingiendo coser, pero observándole.

Fuera del patio, Abelardo dió rienda suelta á su caballo y emprendió la carrera, camino del Maiten, entonando una alegre canción, indicio del contento que la inspiraba.

Entre las dos jóvenes, la aparición de Manríquez suscitó una conversación distinta de la que antes las ocupaba.

— ¿ Quién será este joven ?

— Es muy buen mozo.

— Dijo que volvería.

— ¿ Vivirá cerca ?

— No parece rico.

— En el campo los hombres se cuidan tan poco.

— En el modo de hablar no parece *huaso*.

— Al contrario, parece bien educado.

Y siguieron los comentarios, en lo cual siempre las imaginaciones femeniles son fecundas.

Abelardo cantó durante todo el camino. Había visto á la que desde el día anterior le preocupaba, y ella realizaba el sueño de su imaginación: ¡ era hermosa ! Al mismo tiempo no habría podido dar la menor idea acerca de la hermana; únicamente había visto que el calificativo de su vecino la convenía, pues era *feucona*. La desdeñosa indiferencia con que los jóvenes apartan la vista de las desgraciadas á quienes la hermosura priva de sus favores mágicos, se retrataba muy bien en esta última circunstancia. Á la edad de Manríquez, los atractivos de la mujer sólo consisten en la belleza física: para estos ciegos adoradores de la forma, las dotes morales son joyas cuyo valor no quieren detenerse á indagar. Por esto fué que el joven no fijó ni un instante su atención en una de las hermanas, mientras que llevaba grabadas en la memoria las facciones de la otra. Y esas facciones, á la luz resplandeciente de su ardor juvenil, cambiaban sus proporciones humanas por la imaginaria y radiante

belleza de los ángeles. Cada mujer bella tiene un cielo en el corazón de algún mozo de veinte años, en el que su forma humana se transfigura, tomando la forma ideal de esos poéticos habitantes que la fantasía religiosa coloca al pie del trono del Señor. Así fué como la hermosa hija de don Calixto Arboleda vistió la túnica celestial en la imaginación de Abelardo Manríquez.

Cerca de un mes había trascurrido desde la llegada de don Calixto y su familia al Trébol hasta el día en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir. Durante este tiempo, las personas que componían esa familia se habían aclimatado, por decirlo así, en aquella hacienda, según los gustos y el carácter de cada cual.

Don Calixto organizaba un plan calculado para sacar el mayor provecho con el menor gasto posible del trabajo de los peones é inquilinos. Esta parte de la ciencia agrícola, á la que el mayor número de los hacendados chilenos han consagrado durante muchos años la actividad de su inteligencia, preocupaba á don Calixto más que á un hombre de Estado el hallar los medios de conservarse en algún empleo lucrativo. Puede decirse que por entonces era el solo rasgo característico de este hacendado, cuya ilustración no pasaba de la lectura, escritura y de las primeras reglas de aritmética. De una familia aristocrática, don Calixto hacía depender su valimiento del que habían tenido sus abuelos, y su orgullo, del dinero con que había aumentado su considerable patrimonio. De modo que á sus ojos, como á los ojos de la generalidad de los ricos, el adagio de « tanto vales cuanto tienes » era un

axioma de incontestable profundidad y la verdadera vara para medir á las personas que se le acercaban.

Obligado por una fianza á rematar la hacienda del Trébol, don Calixto había resuelto pasar dos años en ella para establecer las faenas en un pie que sus hijos pudiesen continuar después. Mientras tanto, don Calixto había vivido con doña Josefa Lermalta su mujer, en una hacienda situada á orillas del Maipo y sólo había comprado casa en Santiago, cuando la edad de sus hijas Inés y Andrea había hecho necesaria su permanencia en la capital. Terminada la educación muy elemental que las mujeres recibían por entonces, la familia de don Calixto había regresado á la hacienda y sólo pasaba tres meses del invierno en Santiago.

Doña Josefa y sus dos hijas protestaban en su interior contra este género de vida, que las alejaba de los goces que proporciona la residencia en un pueblo grande, goces que si bien en la capital de Chile no han sido jamás ni muy ruidosos ni abundantes, adquieren, sin embargo, grande importancia, comparados con la absoluta carencia de pasatiempos que en la vida del campo se experimenta. El sueño dorado de estas tres mujeres era, pues, el vivir en Santiago. Sobre esta idea edifican sus castillos en el aire los jóvenes de ambos sexos á quienes las circunstancias obligan á vivir en el campo, y los provincianos que se imponen el suplicio de la economía para satisfacerla. Pero doña Josefa, Inés y Andrea, tenían cada cual sus motivos especiales, fuera del común y natural deseo de huir la monotonía de la soledad, para soñar con las ventajas de la capital. La madre suspiraba por el confesonario, por las novenas, los sermones y demás

pasatiempos de iglesia en que la gran mayoría de las señoras de Santiago consumen largas horas del día. Inés suspiraba por cierta ventana de su casa desde la cual se hacía admirar por los jóvenes, suspiraba por las visitas que de cuando en cuando recibía su familia, y final y principalmente, por ciertos amorcillos iniciados poco antes de su vuelta al campo con el hijo de un rico comerciante de Santiago. Por último, Andrea, la menor de las hermanas y la menos favorecida de dotes físicas, suspiraba también por seguir el ejemplo de su madre en sus místicas correrías por las iglesias. Andrea, flaca como su madre, se había arrojado en brazos de la religión para ocupar esa actividad del femenil espíritu, al que en caso de fealdad se cierra el campo fecundo y extenso en que puede explayarse el corazón. Reconociéndose fea, esta niña había renunciado con cristiana resignación á las ideas mundanas y buscaba un compensativo en la práctica de los preceptos religiosos que las mujeres, en todo apasionadas, exageran por lo común hasta el más estrafalario fanatismo de las formas exteriores. No estando ella ni su madre llamadas á desempeñar un papel importante en la vida de Manríquez, terminaremos con estas palabras su retrato: pensaban poco, ayunaban mucho y mucho también rezaban sin pensar.

Inés Arboleda fué la primera mujer que condensó en el corazón de Manríquez la atmósfera de vaporosos deseos que, como las brumas de primavera, se agrupan después en el pecho á impulsos del amor, para formar las más crudas tempestades de la humana existencia. Inés tenía entonces diez y siete años. Es

decir que se encontraba en el resplandeciente período de la vida que la voz familiar llama *los quince*, para designar el apogeo de belleza y de gracia á que llega la mujer. El arte puede después perfeccionar esa belleza; puede también la lima de los años desarrollar y pulir las líneas, dándoles proporciones más perfectas; pero á *los quince*, la mujer tiene la gracia infantil de la frescura, que nada puede reemplazar; la suavidad y lozanía del fruto recién maduro, con que á porfía la han comparado gran número de poetas y de prosistas; la modesta y triunfante majestad de la inocencia, unida á la vaga voluptuosidad de los primeros latidos amorosos del corazón, que despierta á las realidades del mundo; tiene, en fin, la magia del color en toda su pureza, que, por su influencia material sobre los corazones, todos van conviniendo en llamar, como los franceses, *la belleza del diablo*. Toda mujer tiene sus quince, dice el proverbio. Inés Arboleda alcanzó la plenitud de los suyos á los diez y siete años.

Fácil es concebir que una criatura de esta naturaleza, dejara una profunda impresión en el ánimo del que había ido á verla, pensando sencilla é ingenuamente enamorarse de ella. El lujo de hermosura, el elocuente resplandor de los quince años de Inés ofuscó la turbada vista de Manríquez, como ofusca á los espectadores en un teatro la súbita irrupción de algún fuego de Bengala. Y dijimos que, como en el momento de aquella primera entrevista Inés velaba con sus párpados el fuego de sus grandes ojos que fijó en la costura, se escapó á la penetración de Abelardo la expresión verdadera del rostro, « esa irradia-

ción del alma en las facciones ». Cierto es que el mancebo había observado que la boca era pequeña y de encarnados labios; mas no podía hacerse cargo de su poder, porque aun no la había visto animada por la alegre coquetería que del alma de aquella joven iba á retratarse, como en un espejo, en su boca, y animaba con rayos de fuego los grandes y rasgados ojos azules, que parecían querer desmentir la casta pureza de la frente y de las rosadas mejillas. Mal experimentado fisonomista era también Manríquez para alcanzar á leer en aquella juvenil mirada la avidez de emociones que las mujeres encuentran en los encajes, en las joyas, en las telas preciosas, en el conjunto de costosísimas fruslerías que despiertan una falange de encantados delirios en el alma femenina. La mirada de Inés llevaba un programa muy variado de esas fruslerías en perspectiva, con más la capital aspiración que trabaja el espíritu de la mujer, como la idea fija que tiraniza el cerebro de los locos : agradar, ser admirada ! Como se ve, la bella hija de don Calixto pisaba con su delicada planta el abismo de bordes esmaltados de flores que llaman coquetería. Todo hombre joven era para ella un blanco en el que ensayaba lo certero de su mirada y el imperio de su hermosura. Una irresistible afición la hacía complacerse en ver palpitar en los ojos el corazón del que se le acercaba, como los niños gustan de turbar la plateada superficie de una laguna arrojando piedras á su fondo. Para esta guerra encontraba á su servicio las dotes que Abelardo había admirado con avidez, armas que la joven sabía esgrimir con maestría, dándoles además el prestigio de la inocencia que, sin saberlo ni intentarlo, pone en

relieve las perfecciones que, ostentadas sin el casto ropaje del recato, pierden la esencial pureza que constituye su encanto. Con tal organización, era justo que la presencia de Manríquez hubiese despertado en ella la idea que, apenas éste se alejaba, formuló Inés en estas palabras hablando con su hermana:

— ¿Vivirá cerca?

Abelardo, por su parte, se había contentado con ver por sus ojos que Inés era bonita, para formar la resolución de volver pronto á las casas del Trébol.

V

Los hombres organizados como Alebardo Manríquez son esclavos de un señor imperioso, que manda con la ley antojadiza del capricho: ese señor despótico es el corazón. Desde el día siguiente, Manríquez creyó con ingenuidad que el objeto de su vida era acercarse á Inés por todos los medios posibles. Con tal persuasión, montó á caballo á las doce del día, y tomó sin vacilar el camino del Trebol. Al llegar á la cercanía del huerto, le ocurrió la idea de renovar la escena contemplativa del día anterior. Esa escena muda, en la que su alma había, por decirlo así, palpitado con el alma de la naturaleza, conservaba en su espíritu el prestigio que tienen para un joven las circunstancias fortuitas de la vida, en que el corazón se inicia en las misteriosas revelaciones del mundo inmaterial.

La poderosa influencia del silencio había lanzado el alma de Manríquez, durante aquellas horas de in-

forme dévaneo, á los espacios de tenue luz que ocultan las primeras y más diáfanas sensaciones que el ser humano experimenta sin auxilio del mundo físico. De ese modo, aquel joven impetuoso é irreflexivo, oyendo á las aves entonar sus concentos de alegría, á las hojas moverse impelidas por un viento suave, aspirando el perfume agreste de flores y malezas, había sentido como derretirse una capa de hielo en torno de su corazón, que, rodeado de una atmósfera tibia, comunicaba á su cuerpo un bienestar indecible y á su alma una desconocida conciencia de perfecta bienandanza. ¡ La anhelosa expectativa del amor y la voz amiga de la naturaleza le habían trasformado en poeta ! Al verse junto al sitio de tan grato recuerdo, Manríquez se dirigió á él maquinalmente y llegó al punto en que el día anterior había permanecido cerca de dos horas en acecho. Por un movimiento de voluptuosa pereza, muy semejante al de un gato que se tiende al amor de una lumbre, el joven arregló su cuerpo en la misma actitud en que había esperado antes y se quedó inmóvil.

Al cabo de algunos minutos de inmovilidad, tendió la vista por la huerta. La escena era parecida á la que conservaba su memoria. La misma plácida armonía de las aves y de los árboles ; las mismas caprichosas figuras formadas por los rayos del sol y la sombra del ramaje ; pero esta vez, la agreste poesía del lugar, tenía una alma que daba más calor al sol y más vibración al concierto alegre de la naturaleza.

¡ Inés estaba ahí !

Sentada en un banco debajo del parrón, con un libro en la mano, el airoso cuerpo reclinado hacia la derecha

y la espalda apoyada á un pilar, Inés miraba al frente y parecía embebida en su contemplación.

Manríquez tuvo, al divisarla, como un vahido de cabeza que nubló su vista por un momento. Parecióle la joven una aparición sobrenatural, que venía á caracterizar sus nuevas impresiones, á dar una forma al cúmulo de ideas desconocidas que se agolpaban desde el día anterior en su cerebro, y se quedó por algunos momentos contemplándola, besando con la imaginación sus largas y hermosas trenzas, que un rayo de sol hacía relucir con riquísimos tonos de luz; estrechando, loco de amor, entre sus manos, un pie breve y delgado que salía á medias del ruedo del vestido; postrándose, en fin, delante de Inés y elevando hacia ella la oración de su amor súbito y violento.

Sin embargo, esa actitud estática de Manríquez no podía durar por mucho tiempo: ya dijimos que era esclavo de su corazón. Su corazón saltó á los pies de la joven y él le siguió. De un salto bajó de la tapia, y sin detenerse se adelantó hacia el banco que ocupaba Inés. Tenía que recorrer una distancia como de veinte varas. Manríquez emprendió resueltamente la marcha sin ocultarse, ni evitar el ruido de sus pasos. Apenas había dado cinco ó seis, Inés volvió la vista hacia él, y como movida por un resorte se alzó de su asiento, dejó caer el libro de la mano y permaneció muda y pálida, mirando con espantados ojos al que se adelantaba. Era visible que el terror la embergaba la voz y la privaba de todo movimiento: temblaba como el jilguero entre las manos de un cazador.

Manríquez siguió andando hasta llegar muy cerca de Inés, que no podía apartar los ojos de él.

— Señorita, no se asuste. Vd., la dijo, sacándose el sombrero, y saludándola con profunda cortesía.

Inés dió el suspiro con que una persona oprimida por una pesadilla, parece querer levantar del pecho el peso que le oprime.

— ¡Ah, caballero es Vd.! exclamó, reconociendo al joven.

— Nunca me perdonaré el susto que le he hecho pasar, dijo Abelardo.

Cierto que al verle aparecer á Vd. tan de repente, contestó ella, se me figuró que era.....

La joven se detuvo, como temiendo decir una palabra ofensiva.

— Algún ladrón, ¿no es así, señorita?

Inés alzó los ojos, brillantes ya de serenidad y de coquetería.

— ¡Oh, luego me desengañé! exclamó.

— Era muy natural, no se disculpe Vd., añadió Manríquez; bien veo que esta facha de campesino, continuó, es capaz de dar cuidados á una señorita acostumbrada á ver otros trajes en Santiago.

— Lo que me asustó fué la inesperada aparición de Vd. y no su traje, replicó Inés con viveza.

— Señorita, cuando Vd. me oiga, encontrará muy natural mi explicación. Figúrese Vd. que he pasado mi niñez en estas casas. Este huerto era el lugar de mi predilección; de modo que ahora encuentro en él todas las escenas de aquellos tiempos alegres. Como me gusta recordarlas, he venido aquí varias veces antes que llegase su familia de Vd.

— Pero desde que estamos aquí, Vd. no ha vuelto, dijo Inés.

— Dispénseme Vd. : ayer estuve aquí, contestó Abelardo.

— ¿ Después de estar en la casa ?

— No, antes. Teniendo que hablar con el señor don Calixto sobre negocios, me dejé llevar de la tentación y vine aquí antes de pasar á la casa. Igual cosa me ha sucedido hoy. Cuando estuve adentro la vi á Vd. y pensé que escondiéndome podría haber sido tomado por un malhechor: por esto me resolví á venir á dar á Vd. mis excusas por mi atrevimiento.

Sólo pasada la primera sorpresa, comenzó Inés á notar que su situación era singularmente irregular. Hallarse sola con un joven desconocido, que para entrar á la huerta había escalado la tapia, era con efecto tan impropio de una señorita de su clase, que sólo lo imprevisto del caso podía disculparla de haber sostenido aquella conversación. Resolvió, por consiguiente, poner término á ella inmediatamente.

— Caballero, dijo, no soy yo la dueña de casa para recibir sus explicaciones y me permitirá retirarme.

— Señorita, exclamó sonriéndose el joven, dispénseme la osadía de decirla que se acredita Vd. de poco hospitalaria con las visitas que llegan á su casa.

— Las que llegan por la puerta son muy bien recibidas, replicó Inés en el mismo tono, y como hasta ahora nadie nos había llegado saltando las tapias, es muy natural que me encuentre Vd. sin saber qué recibimiento hacerle.

Dirigió al mozo una de sus más expresivas miradas, en la que un aire de picaresca altanería manifestaba el profundo conocimiento que poseía del manejo de

sus grandes ojos, y volvió las espaldas, después de hacer un ligero saludo.

— Pues bien, iré por la puerta, dijo Abelardo, deteniéndose algunos momentos á contemplar el airoso talle y majestuoso andar de la que acababa de mostrarle dos hileras de blancos y pequeñísimos dientes, que retratraron su pulido marfil en la superficie húmeda y encarnada de los labios.

Manríquez, al montar á caballo para dirigirse á la casa, se decía que Inés era una criatura divina. La sonrisa de la joven, interpretada por la petulante vanidad de sus años, era un felicísimo presagio de venidera felicidad, y luego, la mirada no dejaba la menor duda acerca de la agradable impresión que su presencia le había producido. Los jóvenes consideran los ojos de una mujer bonita como faros que señalan el puerto de la dicha á los navegantes incansables en el mar de amor. Así pensó Abelardo de la mirada con que Inés se había despedido y se encaminó hacia la casa con la esperanza de verla otra vez.

En la casa fué recibido por Andrea y doña Josefa que á la sazón leían en devoto recogimiento la vida y milagros del santo de aquel día.

Llamado por Andrea, acudió don Calixo Arboleda, el jefe de aquella familia. Su aire de satisfacción no intimidó en nada á Manríquez, que estaba preparado para la entrevista, en la que él esperaba obtener un pasaporte para visitar de cuando en cuando en la casa. Con esta mira expuso á don Calixto que el objeto que allí le llevaba era proponerle en venta una partida de animales. Sobre esta base se entabló una conversación bastante animada, en la que Abelardo hizo creer á su

interlocutor que poseía extensos conocimientos en materias agrícolas y gran experiencia práctica de los recursos del Trébol, que desde niño conocía. Manríquez, además, tuvo el tino de mostrar, hablando de venta de animales á don Calixto, una brillante perspectiva, al punto de darle la esperanza de llegar al ideal del hacendado en materia de negocios : es decir, á la posibilidad de engañar al que con él intenta hacer una transacción. En todo el curso de la entrevista, Abelardo Manríquez, desplegó las dotes de un hábil diplomático, y bien que le hubiese mortificado la ausencia que desde el principio hasta el fin notó de Inés, consolóse de esto con la invitación que, al despedirse, le hizo don Calixto de volver á verle como vecino. Para alcanzar estas palabras, Manríquez dejó pendiente el negocio que se había presentado á proponer.

VI

Mucho tiene el corazón de semejante á un gastrónomo, que anda siempre buscando algún pretexto para engullir sabrosos bocados. Los espíritus amantes de la poesía deben absolver esta comparación, en gracia de su exactitud. Ávido de emociones, el corazón admite, con efecto, el primer pretexto que se le ofrece para dar movimiento á su actividad y buscar otro mundo en el mundo de lo material y prosaico, de que toda existencia está rodeada. En la vida, además, la prosa y la poesía se dividen el dominio del mundo. ¿ Cuántas veces, como lo ha observado un poeta, canta el jilguero en un árbol á cuyo pie las ranas alzan,

desde el charco en que moran, su música discordante?

El corazón de Inés se hallaba en el caso del gastrónomo. Un mes de soledad contiene una dosis de fastidio imponderable. Su corazón tenía más sed de emociones que la sed con que los filósofos buscan la fuente de la verdad; necesitaba algún pretexto para calmar esa sed con el espirituoso licor de la esperanza, que embriaga y alucina. Manríquez, al presentársele de una manera original é inesperada, venía á tocar las cuerdas más vibradoras del alma de la mujer: su amor á lo singular y á lo fantástico.

En posesión de su pretexto, Inés pudo entrar con pie ligero en el campo de los devaneos. Resultaba de la inesperada y original entrevista que Manríquez no era un joven vulgar; que era buen mozo; que tenía gracia en el hablar, y un despejo que anunciaba cierta educación: suma total, no era un huaso.

Inés llegó á este resultado con interior satisfacción, porque tenía en grado superlativo el desprecio innato en la mujer hacia todo lo que es vulgar y prosaico. La gracia personal y la riqueza, eran los únicos títulos con que un hombre podía llamar á las puertas de su corazón. Desgraciadamente, ella misma ignoraba que caía en una enorme vulgaridad al preferir la segunda condición á la primera: el brillo del oro la deslumbraba.

De este modo consiguió Abelardo Manríquez, sin saberlo, ocupar un lugar en las ideas de aquella hermosa sectaria de la coquetería, divinidad á que tan voluntario culto rinden las hijas de Eva, fundadora de la voluble secta. Agregábase á esta circunstancia la no menos atenuante de ser Manríquez el único hombre

que se presentaba á destruir la monotonía espantosa de la soledad del campo. Además, el hijo del comerciante acaudalado con que Inés preludiaba los primeros acordes de una pasión *especulativa*, estaba ausente. En amor, la ausencia es una letra de cambio, girada á un plazo que sólo expira con la vista del portador del crédito : las bellas especuladoras ponen sus capitales en giro mientras llega la época del vencimiento.

Manríquez, por su parte, calculaba de muy distinto modo. Era ambicioso. Hay hombres, que nacen con el instinto de las riquezas. Manríquez había nacido para el amor. Su encuentro con Inés, en aquella soledad, era lo que una moneda de oro hallada en la calle por un avaro. Todos sus instintos le decían que esa joya debía pertenecerle. El infeliz tenía bastante inexperiencia para jugar su caudal entero á la primera carta. Así fué que la entrevista del huerto le turbó sobremanera. Con la superstición de los devotos que suponen la intervención divina en cualquier lance de su vida, creyó que el cielo le deparaba á Inés para una eterna ventura. En alas de su entusiasmo, saltó á pies juntos la distancia que las costumbres sociales ponían entre él y su ídolo. ¡ El corazón es tan ágil á veinte años ! Y sobre todo, tiene una fe en el poder nivelador de la pasión, semejante á la de los verdaderos demócratas en la justicia. El amor es esencialmente republicano : ante su augusta imagen deben desaparecer las jerarquías. ¿ No poseía él, aunque pobre, un tesoro de admiración entusiasta, superior al del más rico ? Siendo la mujer una mariposa que sólo busca la luz que despiden, en caudas luminosas de amor, los cora-

zones bien templados ¿que más podía desear Inés? El la haría feliz: le daría las cuantiosas riquezas de su corazón.

Así pensaba, dos días después, caminando desde las pobres y tristes casas de la hijuela de su padre á las casas, comparativamente lujosas, que habitaba Inés. Era ya de noche. Manríquez había elegido esta hora para introducirse en la casa á gozar de los fueros de amigo y de vecino.

Algunos perros que dormían en los corredores del patio, fueron los primeros huéspedes que saludaron al joven. Pero el saludo no tenía nada de cordial: los ladridos eran furiosos, y sus autores rodearon el caballo de Abelardo, amenazando colgársele de las piernas. El mayordomo de patio le sacó de aquel apurado trance, haciendo dispersarse á tan intempestivos agresores.

Á las voces del mayordomo, apareció don Calixto en la puerta que daba á las piezas, uniendo también sus voces para espantar á los perros.

— ¡Hola, amigo, era Vd.! exclamó al reconocer á Manríquez.

— Buenos guardianes tiene Vd., dijo el joven. Casi me hacen pagar caro el deseo de hacerle una visita.

Con estas palabras explicó su llegada, y obligó al dueño de casa á convidarle á entrar.

El cuadro que se ofreció á su vista hubiera podido tomarse por la creación de algún pintor flamenco. El joven, que nada entendía de pintura, no pudo figurarse este símil: pero sintió una especie de admiración al contemplar la profunda calma del tono general de ese

cuadro, realzado, sobre todo, por la joven, que ahí le arrastraba. Las personas nacidas con un espíritu turbulento se sienten sobrecogidas de admiración ante las escenas en que se revela la paz del alma, así como los hombres tristes, sienten por los alegres una irresistible simpatía. Manríquez rindió el tributo de una admiración involuntaria al cuadro lleno de plácida tranquilidad, que formaba la familia de don Calixto Arboleda, porque sentía, sin darse de ello cuenta, que allá en lo recóndito de su pecho, las pasiones se alimentaban y crecían, coma la familia del león en las cuevas de nuestras serranías salvajes.

Era una vasta pieza, alumbrada por la escasa luz de dos velas de sebo, la que ocupaba la familia. En la distribución de las habitaciones, esa pieza servía de sala y de comedor á un tiempo. Veamos el fondo del cuadro antes de fijar la vista en los personajes. La pieza tenía cuatro puertas : una al patio exterior, otra al interior, la tercera dando entrada á las habitaciones de la derecha, y á las de la izquierda la cuarta. Las puertas que daban á los patios, colocadas frente por frente, y á la extremidad de la izquierda, mirando de las piezas con el frente al primer patio, servían de pasadizo. El amueblado y su distribución tenían algo de característico. Una estera de trenzas de totora se extendía sobre el piso, y la mitad de esta superficie, en sentido longitudinal, estaba cubierta por una alfombra de las que la industria nacional tejía entonces al telar. Por este método de manufactura, análogo al de las mantas, las alfombras eran todas de franjas ó listones á lo largo ó á lo ancho. El ingenio del fabricante debía circunscribirse á la combinación, más ó menos

feliz de esos listones. Los de la alfombra de don Calixto eran verdes, amarillos, colorados y negros, dispuestos en este orden de derecha á izquierda. La parte alfombrada era la sala, y la que sólo tenía estera, el comedor. En éste había una mesa de tres varas de largo, con una carpeta igual á la alfombra. En derredor de la mesa, sillas con asiento de paja, respaldo de madera de roble sin pintar y patas torneadas, como los barrotes de las ventanas que antes describimos. Dos vasos con flores colocados sobre esta mesa, habrían atestiguado la presencia de mujeres en la casa, si no se las hubiese visto al entrar : la mujer, que tiene siempre algo de primaveral en sus gustos, hace de las flores un atributo de su existencia.

La parte de la pieza que servía de sala era la que nos hizo llamar característico al amueblado. Alineados delante de la pared, que estaba como todas las de la casa blanqueada con cal, se veían ocho taburetes de roble con el asiento y el respaldo de cuero, con guirnaldas de relieve. Aquellos taburetes parecían hablar de los tiempos aristocráticos del coloniaje, y habían formado evidentemente parte del amueblado de algún marqués. El espíritu innovador de la moda los había desterrado de algún salón de la capital á las casas de aquella hacienda. La imaginación colocaba en esas sillas á las damas de blanca peluca, de faldas abultadas y de zapato con tacón, que representan algunos dibujos del siglo pasado. Frente á esa respetable hilera de orgullosos taburetes, había otra de sillas iguales á las colocadas junto á la mesa del comedor, alineadas sobre un listón de la alfombra. En la parte opuesta al pasadizo había cerca de la pared una mesa, sobre

la cual se veía una imagen de nuestra Señora de los Dolores, en mala litografía, toscamente iluminada. Tenía la virgen el corazón traspasado de siete dagas, las manos juntas en señal de oración y le caían de los ojos gruesas lágrimas, á las que el artista había dado la forma de cierta clase de uvas blancas á las que se hubiese quitado el hollejo. Al lado de esta imagen había una azucarera, un mate con su bombilla y algunas espigas de trigo, muestra sin duda de la pasada cosecha.

En una extremidad de la mesa del comedor, en la que se hallaban las dos velas que daban luz á la estancia colocadas en *blandones* de estaño, se encontraban los personajes que comunicaban animación al fondo no muy risueño que hemos descrito. Doña Josefa y Andrea leían el *Camino del Cielo*. Inés cosía. Sobre la alfombra del salón dormía un niño de nueve á diez años y á los pies de éste hacía oir su monótono *run-run* un enorme gato overo. En uno de los taburetes, que salía de la línea, se sentaba don Calixto á sacar sus cálculos en la memoria, porque, como la mayor parte de los hacendados de entonces y de gran número de los de ahora, don Calixto no llevaba cuentas de sus gastos y entradas.

La perfecta tranquilidad de aquella escena doméstica estaba solamente interrumpida por un rasgo que sólo era perceptible á los ojos de un buen observador. Esas tres mujeres se hallaban inmóviles; pero la fisonomía compungida, vulgar, amarillenta de la madre y de Andrea, formaba un gran contraste con la expresión de la de Inés. En las primeras, la lectura no parecía dejar más impresión que la convencional odoptada

por los devotos y que se traduce en el lenguaje ordinario por repetidas invocaciones á la virgen y á los santos, dichas siempre en el mismo tono : en Inés, que inclinaba la frente sobre su labor, brillaban la juventud y su cortejo de alegría, la vida del mundo con sus mundanales preocupaciones y deseos.

Manríquez, al saludar, casi no vió á doña Josefa ni á Andrea. Encontró á Inés de una hermosura desesperante. Al sentarse, y en el momento de silencio que medió entre el saludo y el principio de la conversación, le vino á las mientes una de aquellas ideas disparatadas, que pintan la vehemencia con que el alma de los jóvenes aspira á realizar el fantástico miraje de la dicha. La idea fué : arrebatar á Inés de su asiento, montar con ella á caballo y correr, sin camino fijo, al través de montes y de llanos, jurándole una eterna adoración. Pasó el relámpago y Manríquez contestó con calma á una pregunta de don Calixto.

— ¿Cómo paga Vd. su peones ? había dicho éste.

— Como todos, señor, en plata, contestó Abelardo.

— ¡Ah, ahí está lo malo ! replicó el dueño de casa; vea Vd. mi sistema. Tengo un bodegón; por consiguiente, lo que yo pago debe volver á mi bolsillo. Si pago en plata, los peones se van donde quieren. No señor ¿ sabe lo que hago ? Yo tengo mucha cicuta, y con la ceniza hago jabón. Esta es mi plata : les pago en jabón. Así tienen que comprar en el bodegón y aprenden también á asearse, porque siempre les queda algún pan. El que quiere plata, sufre un descuento. El jabón lo voy mandando después á la ciudad. ¿Qué le parece?

Don Calixto desarrolló en estas confusas frases su

sistema de pagos, con el entusiasmo de un alquimista que hubiese encontrado un método para hacer oro. Sus ojos brillaban con la satisfacción del genio que ha resuelto un problema. Con igual fuego explicó á Manríquez su sistema de venta, las reglas impuestas á los inquilinos con despótica exigencia, su plan general, en fin, de expoliación de los infelices huasos, á quienes los patrones se han creído siempre con indisputable derecho de hostilizar y de esquilmar.

Manríquez arrostró el fastidio de las explicaciones con un valor de perfecto enamorado. ¿No estaba junto á *ella?* ¿No entibiaba *ella*, con una sola fugaz mirada, la atmósfera de hielo que parecía rodear á doña Josefa y á su otra hija? La actitud indiferente que le era forzoso mantener en presencia de personas que apenas le conocían, excitaba de tal modo su cerebro, que veía en cada mirada de Inés brillar las llamaradas con que la esperanza y el deseo iluminan los horizontes del amor. Le hacía hablar, con la imaginación, el lenguaje que todo enamorado quisiera poner en boca de su querida: el eterno *te amo* resonaba en sus oídos con la melodía que le presta un sentimiento tanto más intenso cuanto que es imaginorio.

Al llegar á su casa, maldijo Abelardo la locuacidad del padre y la gazmoñería de la madre. Sin embargo, no era esa clase de obstáculos la que podía arredrar á este ambicioso de amor. Tenía en su estrella algo de la fé con que Cólon perseguía su jigantesca idea geográfica. Nada podía arredrarle. Con esta disposición de ánimo, Manríquez resolvió tener constancia para llegar á su fin. Muchos hombres renuncian á la vida

cuando creen haber perdido el honor. Él, que había divisado los fascinadores reflejos de un amor triunfante, pensaba que más valía morir, que renunciar á su propósito de conquistar el corazón de Inés

VII

Desde entonces pisó Manríquez la orilla del Rubicón que detiene la marcha conquistadora de los guerreros de amor: la primera declaración. Amar es fácil á veinte años: decirlo es un problema escabroso. ¡ Qué inmenso número de soluciones difíciles se presentan al espíritu !

El ser encantador, que tiene su origen en una costilla de Adán, y que acaso por esto turba tan fácilmente el pecho del hombre, sospecha muy rara vez el profundo estudio filosófico de que es objeto para el que le consagra su devoción. Al amor de este sentimiento, Manríquez se hallaba convertido en filósofo para estudiar el corazón de Inés. Era su objeto encontrar el camino más corto para llegar á ese corazón. Decimos *más corto* porque Manríquez era impetuoso: los suspiros con que los pastores desdeñados confiaban sus cuitas á las floridas selvas de la Arcadia no tenían ningún atractivo para él. Llegar, ver y vencer, era la inspiración y la ambición de su pecho. De ahí la necesidad de una declaración amorosa.

Hacía lo que muy bien puede llamarse *borradores imaginarios*, si se quiere designar el trabajo incesante con que el espíritu arregla y destruye las frases que le acuden unas con otras confundidas. Su idel era un *yo*

os amo tirado á quema ropa y *exabrupto*. Los modestos senderos de la galantería le inspiraban, á pesar de no conocerlos, un profundo desprecio. Recordando los pasatiempos de su infancia, comparaba el trabajo de lisonjas, ojeadas, trémulas palabras y sonrisas, que gasta un hombre para *conquistar* á una mujer, con los *cebaderos* que los niños hacen á orillas de una cerca para cazar á las incautas avecillas. Él sentía latir en su pecho un corazón demasiado resuelto para apelar á tan mezquinos expedientes. Por eso era su ideal el *yo os amo* tirado á quema ropa. Muchas veces en su niñez, había pasado largas horas soñando en un modo de llegar de un volido al cielo y arrancar una brillante estrella de su manto. Esta idea ó sueño del niño, había tomado otra forma en el adulto: apoderarse con una sola palabra del corazón de Inés, la primera estrella que el amor hacía lucir ante sus ojos.

En su tercera visita á la familia que habitaba el Trébol, supo Manríquez, que las dos hermanas salían á pasearse á caballo casi todas las tardes. Para llegar á este importante descubrimiento, le fué forzoso oir sin pestañear una explicación de don Calixto sobre su sistema del jabón, considerado como medio circulante. Este hacendado economista, ensanchaba su teoría hasta aplicarla al incremento de la riqueza pública, y emitía sus disparates con el entusiasmo que ciertos hombres encuentran en el culto que se profesan á sí mismos.

Tras de esta tortura á fuego lento, Manríquez tuvo que oir una disertación mística de doña Josefa, sobre la vida y milagros de un famoso santo, anotada con paréntesis ilustrativos de Andrea. La mujer de don

Calixto, creyó que la seriedad de Manríquez era el recogimiento de una alma devota, y le contó, con relámpagos de fe en la mirada y profunda convicción de voz, cómo dicho santo, después de pasmar al mundo con sus milagros, habiéndose ahogado al pasar un río, fué encontrado ocho días después de su muerte en perfecto estado de conservación.

En ambas pruebas, Manríquez dió señales de una resignación edificante. La presencia de Inés le habría hecho arrostrar con impavidez los dolores del martirio. Al retirarse de la visita, sólo se acordaba de que las jóvenes salían en las tardes á pasearse á caballo.

En posesión de este dato salió de su casa al día siguiente por la tarde y llegó á un camino que deslinda al Trébol con la hacienda vecina del lado del poniente. Este camino era el más á propósito para pasear á caballo, pues además de ser suave y sin polvo, tenía puntos desde los cuales se divisaban bellísimos paisajes. Uno de estos puntos eligió el joven para esperar á las dos hermanas, y á fin de no ser visto de los que pasaban, hizo saltar á su caballo una ancha zanja que bordaba el camino y se ocultó tras un matorral de sauces y arrayanes. Desde ahí tendió su inquieta mirada á lo largo del camino, y como no viese á nadie venir, la volvió maquinalmente hacia el ocaso, donde á la sazón brillaba con esplendente majestad el sol antes de ocultarse. Sus rayos se extendían sobre un campo cortado por alamedas, cuyos árboles mecían sus ramas con el viento, tomando distintos colores, según la posición en que el sol hería la superficie de las hojas. En toda la extensión que la

vista podía abrazar, limitada por cerros poblados de diversos árboles, se veían grupos de bosques en los que la patagua, de pequeñas hojás y ramas encumbradas, se alzaba al lado del siempre verde maiten, y unía sus hojas con las plateadas y largas del canelo, esta especie de magnolia silvestre, por la forma, no por la flor, que brota de los cogollos en racimos de florecillas blancas y pequeñas. Á los reflejos del sol, que iba como despidiéndose de cada árbol con un beso de fuego y de roja luz, brillaban las aguas de regadío con las formas caprichosas de un miraje, ocultando en partes el pasto, en otras retratando las espirales de sus hebras más elevadas y perdiéndose gradualmente, como una tinta de *aguada* que dibuja un pantano. Las bandadas de tordos y *chirigües* que pasaban veloces en busca de sus abrigos nocturnos; las de loros que, formados en semicírculos, en columnas, en extensas filas, parece fueran contándose las proezas del día; algunas tórtolas que cruzaban, parejas enamoradas, con rápido y caprichoso vuelo, casi rozándose con las copas de los árboles, y en fin, las vacas, y los toros que caminaban con tardo paso al dormidero, daban vida á este cuadro perfumado por las brisas de la tarde, que venían como á refrescar los árboles de las caricias abrasadoras del sol que se despedía de la tierra.

Manríquez, sin ser sentimental, era, como antes vimos, muy accesible á las impresiones que los cuadros de la naturaleza comunican á las almas que salen de la esfera de lo vulgar. Además, amaba con el poder que se desarrolla en el corazón á su edad, de modo que maquinalmente cayó en esa operación mental de

los enamorados, que van asimilando sus ideas con los objetos que se ofrecen ante sus ojos. Él vió la imagen de Inés flotar en las brumas rojizas del horizonte y sintió estallar en su pecho su idea favorita de infundirle de súbito un amor imperioso y violento. Con frecuencia los sueños tienen un despertar que se acerca mucho á la realidad. Por ejemplo: soñáis que por una circunstancia cualquiera, más ó menos fantástica y verosímil, os vienen á llamar. Abrís los ojos y veis á vuestro criado que coloca á los pies de la cama las botas bien lustradas. El sueño de Manríquez tuvo también su realidad: del horizonte bajó la vista al camino y divisó á las dos hermanas avanzar al trote de sus monturas. Á pesar de la distancia, hubiera podido designar cuál de las dos era Inés. Para aumentar el poder de su vista, tenía el foco luminoso del presentimiento, que arde en el pecho de los amantes de cualquiera edad.

Cuando Inés y Andrea estuvieron á poca distancia, Manríquez clavó los ijares de su caballo, que de un salto salvó la zanja y se puso en medio del camino.

Las dos hermanas, que habían visto salir á un hombre de entre el matorral de sauces y arrayanes, dieron un grito al verle lanzado en el aire sobre su caballo.

Manríquez se adelantó hacia ellas y las saludó con gran cortesía.

Para la seguridad de sus hijas, don Calixto las hacía seguir del mayordomo, que desde muchos años atrás tenía á su servicio. Éste caminaba como á veinte pasos de distancia de las dos hermanas.

Inés notó que Manríquez montaba con suma gracia

á caballo. La chaqueta de paño azul y la faja de seda coloradá que le ceñía la cintura, prendras que no eran muy elegantes para un hombre de á pie, realzaban su vigorosa musculación y desenvuelto talle. La comparación que hizo Inés entre la actitud con que había visto á Manríquez presentarse en la casa y la maestría con que domaba el fuego del brioso animal que montaba, fué ventajosa para el joven.

La conversación rodó algún tiempo sobre las bellezas de los paisajes que iban descubriendo en la marcha y sobre los propietarios de los fundos, cuyas casas se divisaban á lo lejos. Manríquez explicaba los deslindes, el cultivo, la producción de los terrenos, con una facilidad de elocución que interesó á las dos hermanas. Acostumbrado á la vida contemplativa del campo y con una imaginación amiga de idealizar sin presumir de sentimentalismo, hizo también observar la hermosura de ciertas perspectivas, la gracia salvaje de las quebradas, la riqueza de la vegetación que engalanaba los campos que iban recorriendo. Con sus disertaciones hizo nacer en el espíritu de cada una de las hermanas, ideas propias de su organización. Andrea pensaba que unas misiones producirían muy buenos resultados entre los rústicos habitantes de aquellos lugares. Inés volvió á sus comparaciones, y dedujo de lo que oía, que su juicio sobre Manríquez, formado después de la entrevista de la huerta, era exacto de todo punto: ese joven no era ni huaso ni vulgar.

Al cabo de un largo rato de marcha, Inés se manifestó fastidiada de la monotonía del paso con que hasta entonces habían caminado.

— Galoparemos si gusta, le dijo Manríquez.

— Yo no, contestó Andrea.

Inés, sin responder, azotó con su látigo el anca del caballo y emprendió el galope.

Manríquez siguió á su lado al mismo paso.

Poco á poco los caballos parecieron ir animándose el uno al otro y pasaron del galope pausado al galope tendido, y de éste á la carrera. El caballo de Manríquez parecía haber comunicado su fuego al de Inés, que se empeñaba en correr á la par del otro. Esta transición del galope á la carrera, se había efectuado sin la voluntad de la joven, que se llenó de miedo al verse lanzada con tal velocidad. Su ansiedad se pintó en una mirada que dirigió á su compañero, en la que iba envuelta coma una súplica de protección.

— No tenga Vd. cuidado, le dijo Manríquez como respondiendo á esa mirada.

Al dar esta contestación, su rostro brillaba de alegría. El viento y la velocidad de la carrera correspondían perfectamente á la violenta y tenaz preocupación de su espíritu. Había decidido declarar su amor á Inés; mas no sabía cómo principiar: se hallaba siempre á orillas del Rubicón de que hablamos no ha mucho.

Resuelto, sin embargo, á no retroceder, fué acortando poco á poco la carrera de su caballo, hasta volver al galope con que habían principiado. El caballo de Inés, obedeciendo más bien á los movimientos del otro que á la rienda, fué también acortando gradualmente su paso.

— Parémonos aquí, dijo Inés, deteniendo su caballo, Andrea debe haber quedado muy atrás.

Se detuvieron y quedaron algunos segundos en silencio. Estos segundos bastaron, al parecer, para hacer pensar á la joven que no debía quedarse sola en el camino con Manríquez, porque añadió :

—Vamos á juntarnos con ella.

— ¿ Tanto teme Vd. hallarse sola conmigo? preguntó Manríquez.

— No..... pero como vengo con Andrea, no es justo que la deje sola, contestó Inés, afectando naturalidad.

— Yo, sin embargo, añadió el joven con voz que traicionaba su emoción, deseaba con ansia un momento semejante á éste.

— ¿ Para qué ? le preguntó Inés, esforzándose por sonreir, mientras que no pudo ocultar la turbación de su voz y de sus facciones.

— Para hablar con Vd., contestó Manríquez y decirle que la amo.

Ante tan brusca franqueza, la joven pareció perder su timidez y acordarse solo de defender su dignidad que creyó ofendida.

Caballero, Vd. abusa de su posición, le dijo con altanero ademán, pensando hacer avergonzarse á Manríquez de su temeridad.

— ¡ Yo abusar ! exclamó él, ¡ Dios me libre de ello ! quería, por el contrario, ser tan respetuoso con Vd., que pensaba principiar por ofrecerme como un esclavo, señorita: perdóneme Vd. si dejé hablar tan alto á mi corazón.

Inés, sin contestarle, apretó la marcha de su caballo.

— ¿ Se ofende Vd. de mi amor ? le dijo Manríquez,

tras breve silencio. Vea señorita, nadie ofende amando: es al contrario un sentimiento que encierra el más precioso respeto.

Inés pareció adoptar otra táctica enteramente distinta de la del principio, porque soltó una carcajada que heló la sangre de Manríquez.

— Vamos, díjole éste con despecho, creía que Vd. tenía corazón y me equivocaba.

— ¿ Por qué me dice eso? preguntó Inés.

— Porque se burla Vd. de mi franqueza.

— No me burlo, sino que no creo una palabra de lo que Vd. está diciendo.

— ¿ No me cree Vd., porque, siendo verdadero, mi amor ha tomado el camino recto para presentársele?

— ¡ Jesús! ¡ qué amor tan repentino! exclamó la joven con un lindísimo gesto de admiración.

Abelardo la miró como si hubiese querido retratar su corazón en los ojos.

— ¿ Nunca le ha sucedido á Vd. lo que ahora? preguntó.

— ¡ No por Dios, nunca!

— ¡ Me parece muy extraño! hay en Vd. algo de inexplicable que se apodera de repente del corazón ¡ y le dice *ámame!* — Yo he obedecido, no es culpa mía.

— ¡ Vaya! Vd. sabe decir lisonjas, exclamó Inés, tratando de sostener su aparente alegría; pero en realidad conmovida por el acento de profunda veracidad que tenían las palabras del joven.

— No fué esa mi intención, replicó Manríquez; buscaba otro modo de repetirle que la amo: desde

la primera vez que la vi, mi pensamiento se lleva dando vueltas al rededor de esa idea: he llegado á ponerme triste.

La expresión del rostro, el acento de la voz, la intensa luz de los ojos, formaron como un eco melancólico á la ingenua confesión con que Abelardo reveló en pocas palabras, los encarnizados combates de un joven que quiere conquistar un amor y agota sin éxito las probabilidades que le ofrece de triunfar la suerte.

Inés repitió entre seria y burlona:

— ¿ Ha llegado á ponerse triste?

— La falta de esperanza, dijo Manríquez.

— Me hace ver Vd., repuso riéndose con toda franqueza la joven, que soy causa de desgracias que no he tenido ni intención, ni deseo de causar.

— ¿ Ni deseo ? Vamos, señorita, por muy joven y hermosa que Vd. sea, nunca debe parecerle despreciable el culto sincero y respetuoso de un hombre que ama por la primera vez de su vida.

— Yo no he dicho que le desprecio, caballero, dijo Inés con aire de orgullo.

— Bueno, pero desprecia mi amor, replicó Manríquez.

— ¡ Qué porfía!

— Deme Vd. alguna sombra de esperanza, entonces.

— ¿ De qué clase?

— Que me amará algún día.

— ¡ No soy adivina! ¿cómo puedo saberlo ?

— El corazón puede muy bien pronosticar.

Debe advertirse que Inés había ido acortando

gradualmente el paso de su caballo. En esto no había mediado premeditación de su parte. Al trote es muy difícil sostener una conversación. Por eso fué que la joven, á veces para contestar y á veces para oir lo que Abelardo le decía, fué disminuyendo la celeridad del paso con que al principio había querido dirigirse al encuentro de su hermana. Cuando Manríquez dijo las últimas palabras, ella detuvo su caballo, miró á su interlocutor un instante con un aire indefinible de malicia y después agitó su látigo diciéndole, al volver á emprender la marcha:

— Mi corazón es mudo, no puede pronosticar.

Y emprendió el galope hasta reunirse con Andrea que caminaba á paso lento, hablando al mayordomo de los milagros de varios santos.

Principiaba á anochecer.

Las jóvenes dieron vuelta á sus caballos y tomaron el camino de la casa.

Abelardo se acercó nuevamente á Inés.

— ¡ Qué linda noche! dijo ésta, mirando al cielo que principiaba á poblarse de estrellas.

Manríqueze no halló nada que decir.

— Ya se quedó Vd. mudo, le dijo Inés mirándole.

— Pero no como su corazón: estoy mudo por no repetir la misma palabra y temo que le suceda á mi corazón lo del cántaro del refrán.

— Sí, de tanto ir á la fuente, se quebró; ¿ tan frágil es su corazón ?

— El cántaro se quebró contra una piedra, no se olvide señorita!

— ¡ Ah, es decir que mi corazón es de piedra! mil gracias!

— Poco menos: es insensible.

— He descubierto por sus palabras una cosa.

— ¿Á ver?

— Que Vd. es presuntuoso, señor Manríquez.

— ¡Yo! y ¿por qué, señorita?

— Porque dice Vd, que mi corazón es insensible sólo porque no le amo á Vd. ¿Se cree Vd. el único poblador del mundo?

— ¡Ah! es verdad! exclamó Manríquez, como si una luz repentina hubiese iluminado el misterio que embargaba su atención y confundía su inteligencia.

Inés soltó una carcajada, que resonó en los oídos del joven como un sarcasmo espantoso, y siguió andando.

— Buenas noches, señor Manríquez, le dijo Andrea, viendo que el joven se había detenido en el patio.

Él volvió las riendas á su montura y corrió á carrera tendida hasta llegar al *Maiten*.

¡Qué triste le pareció su habitación, sus viejos muebles, las desnudas paredes!

La esperanza, que doraba con sus vagos reflejos aquellos objetos, haciendo en todos ellos lucir alguna promesa de triunfo, había desaparecido!

— ¡Ella encontraba muy linda esta noche! pensó, cerrando con despecho la puerta de su habitación.

VIII

Abelardo dejó pasar dos días sin presentarse en las casas del Trébol. La mayor parte de ese tiempo vivió dominado de la impresión que las palabras de Inés le habían producido. Á su juicio, de tales palabras se desprendía claramente que Inés amaba á otro. El corazón de Manríquez se sintió herido con esa vaga confidencia, le faltó la esperanza y tuvo algunas horas de profundo desaliento; mas, como se ha visto, el alma de este joven estaba templada para luchar con la resistencia y de ahí surgió la nueva idea que volvió á iluminar los horizontes del porvenir.

— Si hay un rival, se dijo ¿por qué no puedo vencerlo?

Nueva luz en el campo espacioso de las probabilidades. Manríquez divisó los mirajes que el deseo miente á las imaginaciones juveniles, y volvió al Trébol soñando otra vez una ventura inmortal.

Reinaba en las casas una animación desconocida desde la llegada de don Calixto. La sala en que tenía costumbre de reunirse la familia, estaba mucho más concurrida que hasta entonces. Como después lo supo Manríquez, el día anterior habían llegado siete huéspedes á la casa: cuatro mujeres y tres hombres. De los recién llegados, uno sólo no era pariente de don Calixto, los otros eran los dos hijos de éste que residían en Santiago y una hermana de doña Josefa, viuda con tres hijas, que venían á pasar en el Trébol la estación de verano.

El huésped que no tenía parentesco con la familia, había llegado en compañía de los hijos de don Calixto. Llamábase Juan Miguel Sendero. Hijo de un rico comerciante de Santiago, Juan Miguel se consideraba con suficientes títulos para aspirar á la mano de Inés y era su más asiduo galán. Bien que algunos años mayor que Javier y Salustio Arboleda, tenía estrechas relaciones de amistad con estos dos hermanos de Inés, quienes naturalmente favorecían sus pretensiones.

Inés, por su parte, aceptaba las atenciones de Sendero, por varias causas que influyen siempre en el ánimo de las niñas que han pensado antes en el matrimonio que en el amor. Juan Miguel era rico; don Calixto y su mujer le consideraban como un brillante partido, y finalmente, sin ser buen mozo, no tenía nada que le hiciese rídiculo á los ojos de una mujer: en suma, poseía los requisitos de un buen marido, aunque no tuviese los de un seductor amante.

Como su aspecto físico, el carácter de Juan Miguel Sendero no tenía ninguno de los rasgos que dan al hombre una personalidad que le distinga de la gente vulgar. Sólo predominaban en él un orgullo sincero de su riqueza y la petulancia propia del alto concepto en que él mismo se tenía. Enamorado de Inés, le parecía muy natural que ella correspondiese á su amor lo bastante para aceptarle gustosa por marido. Los refinamientos de sensibilidad que las almas delicadas buscan en los ardientes sueños de la pasión, le eran desconocidos; por lo cual, después de algumas vagas promesas de Inés, había creído inoficioso apurar en cortejos sus escasos recursos de retórica amorosa.

Después de declarar á la joven que deseaba unirse á ella, creía que había dicho su última palabra en el asunto y se contentaba con repetir sus visitas. Cumpliendo con este plan, había llegado á pasar algunos días en el Trébol en compañía de los hijos de don Calixto.

Estos y las tres primas, eran los que daban á la casa la animación que Manríquez había observado al entrar. Los hijos de don Calixto eran dos jóvenes de veintidos años el uno y de veintiuno el otro, alegres, bulliciosos y fanfarrones. Las tres primas de éstos, Deidamia, Matilde y Amanda, fuera del *aire de familia* que las asemejaba en lo físico, tenían en lo moral un punto de contacto que daba á cada una de ellas el carácter de las otras dos: las tres eran tímidas, y cada cual pretendía serlo más que sus hermanas, lo que, llevado hasta la exageración, y unido á las pocas gracias personales que poseían, hacía de esta trinidad femenil un ser desagradable y chillón, que abusaba de sus tres bocas y de un tiple muy agudo para hacer una guerra implacable á los oídos de los que las escuchaban.

Como el destino no dispuso que ninguna de estas tres jóvenes tuviese notable intervención en el desarollo de la historia que referimos, nos contentaremos con apuntar ese rasgo de su carácter, para seguir la marcha de los sucesos.

Desde su entrada sufrió Manríquez el efecto de su posición. Aunque sin experiencia en las relaciones sociales y dotado de la expansiva cordialidad que caracteriza á la juventud, vió muy pronto que en un círculo de gentes ricas, la persona del pobre se en-

cuentra circundada de una atmósfera de hielo, que la aisla en su centro y la priva de la magnética corriente de fluidos que componen la simpatía. Esta cruel lección de la experiencia, á la que tantas almas sentimentales deben el horrendo peso del desconsuelo, fué para Manríquez como un latigazo dado en la cabeza de un león. Alzó la frente con provocadora altanería cuando los nuevos huéspedes del Trébol le miraban á hurtadillas, cuchicheando por lo bajo, y sintió en su pecho la revelación del poder que una voluntad indomable puede dar á un hombre sobre los demás.

Los que le observaban se preguntaron al verle.

— ¿ Quién es ese mozo ?

— Es un joven Manríquez, que vive cerca de aquí, contestó Inés.

— ¿ Manríquez ? dijeron los hermanos de ésta, como interrogando sus recuerdos.

— ¡ Ah ! sí, exclamó Salustio Arboleda, dirigiéndose á su hermano, ¿ te acuerdas de Manríquez que estaba en el colegio ?

— Sí, ahora me acuerdo, contestó Javier, se llama Abelardo.

— Su familia era muy pobre, agregó Salustio.

— Y debe serlo todavía, ¿ no le ves la traza ? añadió Javier, dirigiendo á Manríquez la mirada con que los hombres ricos creen colocarse á mucha altura sobre los pobres.

— ¿ Cómo se ha venido á *meter* aquí ? preguntó Salustio con desprecio.

— Viene á tratar de negocios con mi padre, dijo Inés.

El que era objeto de esta conversación, había estado

durante este tiempo hablando con don Calixto, sin dejar por esto de conocer que en el círculo de los jóvenes se trataba de él. Recordando además el carácter de los hermanos de Inés, á quienes había conocido en el colegio, Manríquez sospechó el giro de esa conversación, como sospechó también que Juan Miguel era su rival preferido, al verle junto á Inés. La circunstancia de que los jóvenes Arboleda no hubiesen venido á saludarle á título de antiguos condiscípulos, fué lo que le sirvió de presentimiento para explicarse la posición en que se hallaba, y la índole violenta de su carácter, lo que le hizo salir al momento de esa posición humillante. Aprovechándose, con efecto, de una pausa de don Calixto, atravesó la sala con desenvoltura, saludó friamente á los jóvenes y se sentó al lado izquierdo de Inés, que tenía á Juan Miguel Sendero á su derecha.

Este movimiento dejó en silencio á los jóvenes é hizo palidecer ligeramente á Inés.

Manríquez pareció no haber visto ni lo uno ni lo otro, porque con un tono de perfecta tranquilidad dijo á la joven :

— ¿ Ha vuelto Vd. á salir á caballo, señorita

— Sí, ayer salí con Andrea, contestó Inés.

— ¿ Y cómo le fué ?

— Muy bien, la tarde estaba lindísima.

— ¿ Le gustó más que la anterior ?

— ¿ Por qué me pregunta eso ? le dijo Inés, mirando con cierto despecho al que parecía querer dominarla á fuerza de osadía.

Los dos Arboleda y Juan Miguel, que se habían quedado en silencio y admirando la facilidad con que

Manríquez hacía abstracción de la presencia de ellos, miraron á Inés y á Abelardo alternativamente, con curiosidad.

— Se lo pregunto porque me interesa, dijo éste sin turbarse.

Inés bajó la vista, cual si no pudiese resistir á la obstinada voluntad de Manríquez y trató en vano de hacer dibujar á sus labios una sonrisa de desprecio.

Su hermano Salustio quiso salir en su auxilio y se acercó á Manríquez.

— Ahora no más vengo á conocerle ¿cómo está Vd.? le dijo tendiéndole la mano.

Abelardo le miró con indiferencia ofensiva y contestó sin alargar su mano.

— Pues yo no tengo igual placer, señor, porque no sé quién es Vd.

— ¿No se acuerda de Salustio Arboleda? le preguntó él medio corrido.

— ¡Ah! sí, ahora me acuerdo, contestó Abelardo, juzgando que estaba con esto bien vengado de la frialdad con que aquellos jóvenes le habían acogido á su entrada.

La conversación entonces se hizo general.

Inés evitaba las ocasiones de dar lugar á Manríquez de hacerle alguna pregunta como la que le había dirigido acerca del paseo.

Los hermanos Arboleda recordaban á Manríquez escenas del colegio en que éste figuraba como héroe principal.

Juan Miguel Sendero, preocupado con la pregunta de Manríquez que había turbado á Inés, sentía vaga-

mente la acerada punta de los celos herirle el corazón y retorcerle los nervios.

De este modo, el que un momento antes era objeto del desprecio, ocupaba de diversas, pero exclusivas maneras, la atención de los que habían querido tratarle como un ser insignificante.

En la vida social, tan fecunda en variadas escenas, ciertos incidentes pequeños producen notables modificaciones. Tal acontecía con el paso que acababa de dar Abelardo: de un golpe se había colocado en primer término de aquel cuadro de familia, en que la altanería de los demás le designaba un lugar oscuro en el fondo. Aquel era su primer triunfo, y el joven aspiró con él el perfume embriagador del orgullo satisfecho, porque era la primera prueba de su energía moral.

Disipada la impresión que este incidente produjo, Javier Arboleda propuso jugar juegos de prendas para pasar la noche.

Su idea fué aceptada por aclamación. Los juegos de prendas han sido por muchos años un recurso de que nuestra sociedad echaba mano para disminuir la abrumadora monotonía de las reuniones de familia, en las que, despreciándose conversaciones literarias ó históricas por ignorancia, y las de amor como vedadas, se abría una ancha puerta al fastidio, que se enseñoreaba de los salones, cuando la chismografía le dejaba vacante el puesto: entonces se apelaba á los juegos de prendas.

Consisten éstos en vencer ciertas dificultades y en dar una *prenda* en caso de no alcanzarlo. Un número determinado de prendas, hace al que las ha dado acreedor á una penitencia.

El juego que más boga ha tenido siempre entre nosotros, ha sido el de *apurar una letra*. Este fué el que Javier Arboleda propuso y que aceptaron los demás. Encargado de organizarlo, Javier hizo formar un círculo á todos y ocupó él un asiento. Convínose en que se apuraría la primera letra del alfabeto, y Javier alzó la mano derecha con un pañuelo, diciendo, al tiempo de arrojarlo á su prima Deidamia:

—*Ha llegado un buque cargado de.....*

La joven, que no estaba todavía preparada para contestar, porque Javier, al dirigirle el pañuelo, miraba hacia otro lado, en vez de decir alguna palabra que principiase con *a*, cedió á su prurito de aparentar timidez en presencia de los mozos y saltó de su asiento, dando un grito agudo que sus dos hermanas Matilde y Amanda repitieron en más alta voz, á fin de no parecer menos tímidas que la primera.

Alarmáronse con esto la madre de las tímidas doncellas, doña Josefa y Andrea, que leían libros devotos á la sazón, y acudieron al círculo de los jóvenes, con lo cual multiplicaron sus gritos las tres hermanas y aumentaron la algazara los dos jóvenes Arboleda, para turbar más á su tía y á sus primas, que seguían saltando sobre sus sillas y gritando.

— ¡Niña! ¿por qué gritas? preguntaba doña Ignacia, madre de las tímidas doncellas.

— Me asusté mamita, contestaban las tres hijas de esta señora.

— Se asustaron, tía, gritaban Salustio y Javier Arboleda.

— Si meten tanta bulla no las dejo jugar, dijo doña Ignacia

Con esta amenaza se restableció la calma, volvieron doña Josefa, doña Ignacia y Andrea á sus asientos, serenáronse las tres hermanas y tornó á principiar el juego.

— *Ha llegado un buque cargado de....* dijo Javier mirando á sus primas y arrojando el pañuelo á Juan Miguel Sendero.

Porotos, contestó éste, que se hallaba desprevenido por mirar á Inés.

— ¡ Prenda! prenda! gritaron Deidamia, Matilde y Amanda á un tiempo.

— ¿ Por qué, señoritas? preguntó admirado Juan Miguel.

— *Poroto* no principia con *a*, dijo Deidamia.

Juan Miguel dió su prenda, y el juego continuó. Á medida que cada cual contestaba, dirigía el pañuelo á otro con gran velocidad, repitiendo las palabras de « el buque cargado de... » ; interrumpiéndose sólo esta animada evolución cuando alguno, sorprendido por el pañuelo, titubeaba y decía una palabra que no principiase con *a*. De este modo, cada cual llegó á dar su prenda, excepto Inés, que siempre supo contestar.

En seguida, se procedió á imponer las penitencias, sacando á la suerte, las prendas colocadas dentro de un sombrero. Matilde, una de las tres tímidas hermanas, fué la primera designada.

— ¿ Qué penitencia le damos ? preguntó Inés.

— Que pregunte *soy*, *tengo y quiero*.

— ¡ Ay no, por Dios ! exclamó Matilde, aparentando una gran turbación.

— Si, sí, que pregunte, dijeron Salustio y Javier.

— Bueno, pues, á ti te voy á preguntar, dijo Matilde á éste.

La joven hizo ademán de dirigirse al lugar que ocupaba su primo, y luego, retrocediendo como vencida por la timidez, se volvió hacia su asiento, cubriéndose el rostro con las manos y exclamando:

— ¡ Qué vergüenza, por Dios !

Todos contestaron á esta exclamación diciendo:

— Que cumpla la penitencia.

Y los jóvenes Arboleda, añadieron, dando á sus voces un tono cavernoso para aumentar la algazara:

— Que la cumpla, que la cumplaaaa ! !

Por fin, decidióse Matilde á obedecer, y se acercó á Javier, preguntándole:

— Vaya, primo, ¿ soy ?...

— Eres... dijo Javier... aguárdate, voy á buscar un cumplimiento... eres...

— ¡ Vaya, pues! entonces me voy... dijo Matilde.

— Espérate, no te vayas; ya está... eres chillona.

Matilde se cubrió el rostro y quiso volverse á su asiento.

— Siga, siga, la dijeron todos.

Pero Matilde se negó obstinadamente á seguir, y su madre vino á defenderla, diciendo que Javier era un impolítico.

— Que vuelva entonces y le diré que es bonita contestó el joven picado con su tía.

— Á otra prenda, dijo Inés para cortar semejante discusión. La prenda que salió del sombrero pertenecía á Juan Miguel.

— Que haga de *tintero de escribano*, dijo Javier.

— No, señor, contestó Salustio, no se puede hacer delante de señoras esa penitencia.

— Entonces que *cante como burro*, exclamó Amanda con voz de tiple.

— No, no, dijo Salustio, que predique un sermón accionado.

Esta penitencia fué adoptada por unanimidad.

Para ejecutarla, se trajo un rebozo de doña Josefa, y puesto Juan Miguel de pie sobre una silla, se colocó Javier tras de él sobre otra, cubierto con el rebozo. Juan Miguel tenía las manos cruzadas por la espalda, y por debajo de sus brazos sacaba Javier los suyos, con un pañuelo en una mano. En esta actitud dióse principio al sermón.

No brillaba el joven Sendero por la facultad de improvisar, de modo que las sandeces que decía y las grotescas acciones que añadía Javier Arboleda, ora sonándole en medio de una palabra, ora rascándole las mejillas, ó pasándole una mano tras otra de la barba á la frente, sin respeto ninguno por sus narices, daban á ese cuadro tan ridículas proporciones, que no sólo se reían los que en el juego tomaban parte, sino que las dos señoras, don Calixto y Andrea, aumentaban con su hilaridad la general algazara.

Terminado el sermón, se procedió á dar otras penitencias á los dueños de las prendas á medida que iban saliendo, hasta que llegó el turno á Manríquez, á quien Inés impuso la *berlina*.

Sentado Abelardo en una silla distante de los demás, Inés preguntó en secreto á tres personas, la causa por qué el joven sufría la penitencia. Esas tres personas fueron Deidamia, Amanda y Juan Miguel Sen-

dero. Luego, colocándose en la mitad de la distancia que separaba á Manríquez del círculo general, le dijo :

— Está Vd en la berlina; por intruso, por buen mozo y por simpático.

— El intruso es de don Juan Miguel, dijo Abelardo con aire de desprecio jovial.

— ¡ Adivinó ! adivinó : exclamó Inés, y Manríqnez salió de la berlina.

Juan Miguel quedó avergonzado de que le hubiesen descubierto el calificativo con que había querido herir al que ya miraba como su rival.

— ¿ Cómo fué Vd. á adivinar tan luego ? preguntó á Manríquez que se había sentado junto á Inés. El tono de esta pregunta iba calculado como para una satisfacción.

— No era difícil, contestó en voz baja el joven, cuando he adivinado otra cosa de Vd., sólo con verle.

— ¿ Qué cosa ?

— Que Vd. está enamorado de esta señorita y me ha dado el calificativo de intruso por celos.

— Vd. se equivoca, lo dije sin intención, contestó Juan Miguel más avergonzado, y viendo que tenía que habérselas con un hombre de temible franqueza, se retiró.

Gracias á la algazara de las tres hermanas, que comentaban con Salustio y Javier las peripecias del juego de prendas, ninguna palabra de esta conversación fué oída de los demás.

Apenas se retiró Juan Miguel, quiso Inés dejar su asiento; pero la detuvo la profunda mirada de Manríquez. La joven sintió algo semejante á la tortura de una pesadilla en la que es imposible huir de un

peligro inminente: los ojos de Abelardo despedían un fuego intenso y eléctrico, que Inés sentía resbalar sobre sus mejillas, encendiéndolas. Un momento de silencio fué para ella como largas horas de meditación. En la mirada de Manríquez había, á más del amor, la amenaza de un corazón indomable que exige en vez de implorar. Inés tuvo miedo y trató nuevamente de retirarse.

—No se vaya Vd. señorita, deseo hablarla, la dijo el joven en tono imperativo.

— ¿Qué tiene que decirme? le preguntó Inés, procurando sonreirse para ocultar la impresión extraña y dolorosa que la dominaba.

— Que ahora solamente vengo á comprender sus últimas palabras del otro día.

— ¿Qué palabras?

— Aquellas en que Vd. me dijo que bien podía amar á otro.

— Fué una broma, murmuró Inés, como si hubiese querido pedir perdón de haberlas dicho.

— Si me hubiesen contado que Vd. quería á alguien, prosiguió Abelardo sin hacer alto en esa contestación, lo habría creído; pero con otras condiciones.

— ¿Con qué condiciones? le preguntó la joven, mirándole con menos timidez y más curiosidad.

— Me habría figurado á un hombre lleno de atractivos dominando en todas partes por su inteligencia y por el vigor de su alma, pronto siempre á responder con gracia, brillante de palabra y de maneras, con ese algo de fuego que se llama alma y que puede comunicar sus llamas al corazón de la mujer; pero llego

aquí y veo á ese mozo: en un cuarto de hora me he convencido de que Vd. no puede amarle. Al primero le habría cedido el puesto, inclinándome ante su superioridad, y á don Juan Miguel, no.

El tono con que habló Manríquez era muy diverso del que acababa de usar al detener á Inés. Su voz era musical y apasionada; la altivez de sus ojos habíase tornado en una expresión llena de dulzura: sin ser suplicante, era tan tierna, que la joven sintió una turbación muy distinta de la que al empezar esa conversación la oprimía.

— Vd. se empeña en creer que Juan Miguel es su rival, le dijo con cierta melancolía.

— Lo creo firmemente, y como dije, estoy resuelto á no cederle el puesto.

— ¿ Qué puesto ?

— El del corazón de Vd.

— ¡ Ah ! Vd. cree entonces que Vd. lo ocupa! exclamó Inés con una franca sonrisa.

Veíase que el giro de la conversación la había colocado en su terreno predilecto. Desde que Abelardo entraba en la región del sentimentalismo, ella recuperaba su fuerza y podía jugar con los sentimientos como jugaba con las miradas.

— ¡ No lo creo ! exclamó el joven, pero deseo ocuparlo, y lo ocuparé.

— Vd. es muy presuntuoso, según veo.

— No, me apoyo en mi amor, que sin esa esperanza me mataría.

Dijo con acento de tan profunda convicción estas palabras, que Inés le contestó conmovida:

— No mienta.

— ¡ Ah, no me conoce Vd. ! exclamó Manríquez con los ojos chispeantes de amenazadora pasión.

Inés volvió á tener miedo y se quedó callada.

— No tengo experiencia; pero creo que Vd. tiené suficiente elevación de alma para comprenderme, añadió él dulcificando su voz: sus ojos me lo dicen

Luego, después de una ligera pausa, durante la cual Inés no se atrevió á levantar la vista, exclamó:

— ¡ Ah, señorita! si yo me engaño, no agregue Vd. por Dios, á esa tortura, la de dejarme verla enamorada de ese mozo, ó de otro hombre vulgar !

— ¡ Pero si dicen que nadie manda al corazón! respondió Inés, tratando de dar un tono frívolo á la conversación.

— Cierto; si así no fuese yo no estaría aquí, al lado de Vd , discutiendo lo que no puede ni debe discurtirse: el amor. El amor que debe ser espontáneo, y encenderse en el pecho como se enciende el rayo en el seno de las nubes. Pero yo no doy á esa máxima la extensión que Vd. quiere atribuirle: creo que para que el corazón se declare independiente de la voluntad, es preciso que obedezca á un sentimiento irresistible, y para inspirarlo así, se necesita tener algo de superior á la generalidad de las gentes.

— Cualquiera diría que Vd. tiene mucha experiencia en estas materias.

— Ninguna, señorita. ¿No ha visto Vd. á un enfermo hacer la explicación de dolores que siente por primera vez? Yo estoy en ese caso, explico mis creencias á la luz de mi amor y amo por primera vez. Vd. me inspira un sentimiento irresistible, las

mujeres que hasta ahora he visto me parecían vulgares y no las he amado: ésta es toda mi experiencia.

— Yo, como no la tengo, no sé si Vd. tiene razón en lo que dice.

— Contésteme entonces á una pregunta, en la que sólo apelaré á su sinceridad.

— Según como sea la pregunta.

— Muy clara.

— Dígala y veré si puedo responder.

— ¿ Ama Vd. á ese joven Sendero ?

— No sé.

— ¡ Ah ! no lo sabe Vd. ! ¿ Y á mí ?

— No sé tampoco, dijo Inés riéndose, para quitar á las palabras la solemnidad que Manríquez trataba de darles.

— ¿ Es decir, replicó el joven, que él y yo nos encontramos á la misma distancia del corazón de Vd ?

— Eso será, pues ; no me lo había preguntado todavía.

— Pues bien, veremos quién vence, exclamó Abelardo.

Inés dejó su asiento, porque en ese instante, cansados los demás de hablar, principiaban á fijar en ella la atención.

Abelardo Manríquez salió de las piezas después de despedirse.

Su visita había operado una revolución en los sentimientos de Juan Miguel Sendero. Á la presuntuosa seguridad del hombre sucedía la inquietud del enamorado. Si para cualqúiera es humillante el ser vencido en amorosa lid, lo era doblemente para él, que

se encontraba en su camino con un rival pobre y de oscuro nacimiento, pero bastante osado para disputarle la victoria. El temor de un fracaso aguijoneó su amor con toda la fuerza de la vanidad. Inés cobró á sus ojos el inmenso precio de la fruta del cercado ajeno con esta metamórfosis de sus tibios sentimientos, y juró, con la conciencia de su orgullo, que la joven le pertenecería. Bajo estas impresiones, buscó un asiento al lado de ella. Al dirigirle la palabra, sentía la turbación del verdadero amor.

— Muy amiga es Vd. de ese joven Manríquez, dijo en voz baja.

— Es muy simpático, contestó Inés.

— Muy presuntuoso también, repuso Juan Miguel.

— Así parece porque es muy vivo ; pero tiene buen carácter.

— Vd. le defiende como si le conociese mucho, observó picado Juan Miguel.

— Viene aquí muy seguido desde que llegamos.

— ¿ Y siempre conversa tanto con Vd.?

— No me he fijado ¿ Por qué me hace esa pregunta ?

— Porque eso me daría mucho que pansar.

— ¿ Qué pensaría Vd.?

— Que á Vd. le gusta.

— Lo encuentro agradable.

— ¿ Es decir que muy bien podría Vd. quererlo ?

— ¡ Dios mío, qué ligero anda Vd. en suposiciones !

— Es una pregunta no más.

— Pregunta muy indiscreta, Juan Miguel, dijo Inés en tono de amigable reconvención.

— ¿ Indiscreta ? ¿ por qué ?

— Porque no tengo más que un corazón, contestó la joven con un aire indefinible de malicia.

Al mismo tiempo abandonó su silla.

Juan Miguel, experimentó la sensación de una persona que sale al ire libre, de una pieza llena de humo. Pocos momentos antes, sentía oprimido el pecho y turbada la razón: las últimas palabras de Inés le hacían respirar con ávida satisfacción la felicidad de recuperar lo que creía próximo á escapársele. Las primeras sospechas son menos exigentes que cuando degeneran después en verdaderos celos; por esto fué que Sendero se contentó con esa vaga explicación de la coquetería y creyó que iban en ella envueltos los antiguos juramentos que había descuidado de hacer renovar. En alas de esa satisfacción subió de nuevo al pedestal de su orgullo, y miró con desprecio á su ausente rival.

Inés por su parte pensó, al tiempo de acostarse, que la intervención de Manríquez era de todos modos favorable á su suerte, puesto que aguijoneaba el carácter hasta entonces indolente de Juan Miguel, con quien su espíritu estaba acostumbrado á verse unida en un tiempo más ó menos lejano. Sin embargo, en medio de esa reflexión solitaria, le fué imposible dejar de dar forma á esta idea, que durante un largo rato había flotado confusa en su imaginación:

— ¡ Ah, si el rico fuese Manríquez !

Las mujeres, aun las coquetas, cuando sienten la necesidad de sacrificarse al imperio de los intereses materiales, tienen así muchos instantes fugaces, en que habitan el castillo en el aire de la completa felicidad,

con el amante de que las priva la inexorable ley de las convenciones sociales.

IX

Las escenas propias del campo, teatro de los primeros sucesos de la presente historia, debían influir en el desarrollo de los acontecimientos que forman la vida de Manríquez.

Por ejemplo, algunos días después de la anterior conversación, había rodeo en la hacienda del Trébol.

Era natural que, mientras los jóvenes buscaban su solaz en las escaramuzas del corazón, lo buscase don Calixto en las especulaciones campestres. Este era el origen del rodeo. Habiendo vendido cierto número de animales vacunos, fué preciso *parar el rodeo* para hacer la *aparta* en presencia del comprador.

La familia esperaba con impaciencia este suceso, con el que se podría romper la monotonía que produce en el campo la falta de pasatiempos. Y con esta expectativa hacía cada cual sus preparativos. No habiendo *sillones* en la casa, para que todas las jóvenes pudiesen asistir á caballo, se habían pedido á los vaqueros de la hacienda, dos de los cuales prestaron los que usaban sus mujeres. Para suplir la falta de otros, habíase convenido que los jóvenes llevarían en ancas á las que no pudiesen ir en caballo aparte por falta de *avío*. Con motivo de esta circunstancia, los jóvenes Arboleda tenían animadas discusiones y bromas con sus primas, que, para manifestar su timidez,

daban agudos gritos á la sola proposición de montar en ancas.

El día del rodeo fué anunciado desde las primeras horas de la mañana por los gritos de los vaqueros, que con sus numerosas cuadrillas de perros conducían los piños de ganado desde los cerros á los *corralones* destinados á la *aparta*. Veíaseles llegar arreando, en compañía de los inquilinos, porciones de doscientos y más animales vacunos, que unían sus prolongados mujidos, á las voces de los jinetes y al ladrido incesante de los perros, formando así un concierto de los más característicos que es dado ver en los campos de Chile, en los que todavía se conservan intactas las costumbres de las pasadas generaciones. Difícil era distinguir las facciones de los vaqueros ni las de los inquilinos, cubiertas del espeso polvo que en densas nubes levantaban los cascos de los animales; pero era fácil reconocer á los primeros por el traje, que hasta el día conservan los que ejercen esa especie de dignidad campestre en la jerarquía de las haciendas. Esa jerarquía principia en el patrón, viniendo después, sucesivamente, el administrador, el mayordomo, el vaquero, el potrerizo, el inquilino y por último el peón gañán, este gitano de nuestros campos, que no tiene fijos ni mesa ni hogar, que duerme á la intemperie, y vaga de hacienda en hacienda, según el jornal, sin más culto sincero que el del jugo popularizado por Noé, según la historia, y por Baco, según la mitología. Esos vaqueros vestían, como todos los de Chile, un calzón corto de algún género de lana, cubierto por otro de cuero que les ceñía las piernas hasta terminar sobre el pie en forma de polaina. Este

calzón estaba abotonado por la parte exterior de las piernas por medio de botones hechos de *corriones* trenzados, formando un nudo, que es el botón, en una extremidad, y cayendo en ramales sobre la pierna, de manera que formen un fleco de *corriones* de cuatro á seis pulgadas de largo. Colocados esos botones á muy corta distancia uno de otro, el fleco es muy *tupido* y se mueve sobre la pierna cuando el vaquero anda á pie. Algunos sujetaban este calzón á la cintura por medio de un cinto de cuero con calados, bajo los cuales se veía paño colorado; este cinto se afianzaba á su vez por una hebilla formada de dos medallas de metal amarillo, del tamaño de una onza de oro sellada, de las que el nuevo sistema decimal de monedas ha desterrado casi enteramente de la circulación. Otros reemplazaban ese cinto por un *ceñidor* de algodón, especie de banda enrollada de dos ó tres vueltas al rededor de la cintura. Todos ellos llevaban tosco zapato, espuela de rodaja descomunal, una manta amarrada á la cintura, que caía hacia atrás en forma de triángulo; otra puesta, con ribete de ancha cinta en la boca, y sombrero ordinario de fieltro, de alas anchísimas y de pequeña y redonda copa. En los ceñidores y en las mantas reinaba el color colorado, que todo *huaso* considera como el ideal de la belleza en materia de colores, y la mayor parte de los vaqueros llevaba el pelo largo, trenzado en una sola trenza que caía sobre la espalda. Esta moda de la trenza, heredada tal vez de los indígenas, de quienes descienden la mayor parte de las familias de nuestros campos, ha perdido en el día su fuerza, que conservaba en parte á la fecha de esta historia.

El traje de los inquilinos se diferenciaba del de los vaqueros en ciertas prendas. Así el sombrero, que muchos de ellos llevaban, era de paja ordinaria, ó bien el grueso bonete de paño, llamado *bonete maulino;* las espuelas eran pequeñas y en lugar del calzón de cuero, cubrían la pantorrilla con la *bota de campo*, especie de pierna de calzón muy ancha, hecha de un tejido de lana azul, amarrada á la rodilla por una *huincha* de colores de lana ó de hilo, y doblada de modo que la parte que parece destinada á cubrir el muslo caiga sobre la que cubre la pantorrilla y que termina sobre el pie en forma de polaina.

Las monturas de todos estos jinetes era de enjalma con numerosos y bien recortados pellones, alforjas para el *cocavi*, lazo al *corrión* de la enjalma y gran *machete* en la cabeza de la misma.

Como dijimos poco ha, estos hombres llegaban arreando hacia el corralón del rodeo grandes piños de animales Algunos de éstos con frecuencia, destacándose del grupo, parecían querer buscar en la fuga el camino de los cerros en que se hallaban *aquerenciados;* y en esta circunstancia, que en tales casos se repite muy á menudo, lucían los *huasos* su destreza en el manejo del lazo, arrojándole á los cuernos del prófugo animal en medio de una veloz carrera, ó bien, cuando los fugitivos eran muchos, lanzábanse á correr tras ellos sin detenerse ante zanjas ni matorrales, hasta obligarlos á incorporarse al piño que seguía su marcha.

Á las dos de la tarde, llegaban diversos piños, conducidos como acabamos de describirlo, y entraban confusamente al corralón, que era un vasto cuadri-

látero, cerrado por tapias de *pirca* y dividido en tres corrales por dos pircas paralelas entre sí y perpendiculares á los lados más largos del gran cuadrilátero. Estas dos pircas transversales, dejaban en cada una de sus extremidades, claros que servían de puertas para la aparta de animales. El terreno encerrado por las pircas era perfectamente plano y sin vegetación, atravesado por una acequia para servir de bebedero á los animales en la época anual de los rodeos.

Al lado de las pircas, las mujeres encendían á esa hora sus fuegos para preparar la cena de los hombres ocupados en el trabajo. Los de á pie coronaban la barda de las pircas con lazo en mano y se entretenían en lanzarlo á los animales que, encerrados en el corralón, daban vueltas en su derredor como buscando una puerta para salir á los potreros vecinos, cuya alegre verdura les convidaba de todas partes. Los hombres de á caballo se habían dividido en diversas ocupaciones, á fin de guardar las puertas unos y de reconocer los otros el ganado para designar los que debían apartarse para el comprador, según las instrucciones de don Calixto.

En circunstancias como la que describimos es cuando el campesino de Chile despliega una verbosidad de que carece en los actos ordinarios de la vida. Montado en su caballo, al que profesa un cariño tanto, ó más acendrado, á veces, que á su familia; viendo moverse una masa compacta de animales que han crecido bajo su vista; animado por las voces de la gente, los mujidos de las vacas, los ladridos de los perros, su vista se anima, pierde su rostro la expresión habitual de indiferencia que lo cubre, y se desata

su lengua en dichos y refranes que los oyentes aplauden y comentan con señales visibles de satisfacción.

Cuando los habitantes de las casas del Trébol tuvieron noticia de que el ganado estaba reunido en el corral del rodeo, se prepararon á montar en los caballos que les esparaban ensillados en el patio de las casas.

Como no había número suficiente de *sillones* para las niñas, fué preciso que Deidamia y Amanda se resignasen á montar en ancas. Hubo á este propósito gran discusión acerca del modo como debían subir y sujetarse al que dirigía el caballo ; sobre si se pondría alfombra ó pellón en el anca de los animales destinados á llevarlas, todo esto mezclado con las bromas de los jóvenes Arboleda, que gustaban de ver desesperarse á las primas, y con los gritos que éstas lanzaban á cada movimiento de los caballos.

Por fin pusiéronse en marcha, rompiéndola don Calixto con Amanda en ancas ; seguíanles Inés y su prima Matilde con Juan Miguel Sendero á un lado y Javier Arboleda con Deidamia, en ancas, al otro.

Doña Josefa, su hermana doña Ignacia y Andrea, cerraban la comitiva en una carreta tirada por una yunta de bueyes.

Los de á caballo partieron al trote con gran algazara, y al ponerse en marcha la carreta, las dos señoras y Andrea se santiguaron para prevenir los accidentes desgraciados, que el diablo pudiese tener tentación de oponerles en el camino.

Á poca distancia de las casas, unióse á la comitiva Abelardo Manríquez, montado en un magnífico caballo mulato, que parecía deslizarse sobre el suelo, por la

agilidad con que sentaba en tierra sus pequeños cascos.

Durante el camino trató en vano Manríquez de colocarse al lado de Inés, á quien Sendero no abandonaba un momento. Esta contrariedad irritaba la índole voluntariosa de Abelardo que, á favor de ese deseo no satisfecho, veía brillar la hermosura de Inés con luces resplandecientes, y las risas de la joven le oprimían el corazón, dándole ímpetus de celoso despecho el a grado con que ella parecía escuchar las palabras de Juan Miguel. Para desahogar su impaciencia, Manríquez clavaba las espuelas á su caballo al hallarse frente de algún obstáculo, y el caballo saltaba bufando de jonroso brío, brío que comunicaba á los que las otras personas de la comitiva montaban, lo cual hacía gritar de espanto á las hijas de doña Ignacia Lermalta, aplaudir á los jóvenes Arboleda, sonreirse con desprecio á Juan Miguel, y á Inés dirigirle una de aquellas miradas indecisas con que las coquetas turban el pecho de los enamorados, haciendo brillar de súbito á sus ojos las llamaradas fosfóricas de la esperanza.

Así llegaron al rodeo, en el que se había dado ya principio á la *aparta*.

La escena que se ofreció á la vista de los que llegaban, era una de las más animadas que pueden verse entre las que son propias de la vida de nuestros campos. Aspecto pintoresco, grande animación en las voces, variedad de movimiento, luz, perspectiva y alegría, he ahí el conjunto de ese cuadro. Los hombres de á caballo, con sus mantas de vistosos colores, corrían entre grupos de animales, dando vueltas precipitadas y veloces carreras, y lanzando al aire gritos descompasados que los de á pie repetían desde las

pircas que formaban los corralones. El sol derramaba torrentes de luz sobre el corral y los campos, reverberando en el verde pasto, y animando los variados colores de los trajes y la pintada piel de los animales, al mismo tiempo que los árboles vecinos, los matorrales y las malezas, mecidos por el viento, parecía acompañar en su alegría á los huasos, cuyo grito festivo repetían los ecos de las quebradas y despeñaderos distantes, como asociándose á esa faena ruidosa y característica. Todo eso, en medio de las nubes de polvo que de cuando en cuando envolvían á hombres y animales en medio de los rujidos de éstos, del rabioso ladrar de los perros, de los dichos de los vaqueros acerca de algunas vacas ó toros, y de ese entusiasmo, en fin, con que los hombres del campo se lanzan en carreras peligrosísimas, con absoluto desprecio de la vida, á trueque de hacer admirar su destreza como jinetes, y el poder y *buena rienda* de sus cabalgaduras.

La operación de la *aparta* se efectúa en un rodeo por la gente de á caballo. Parte de ésta se coloca en las puertas que dan paso de un corral á otro, y la restante es la que desempeña la ocupación activa del trabajo. Para esto rodean los de á acaballo á un grupo de animales, y el vaquero encargado de presidir la faena, designa uno ó varios de ese grupo para ser apartados. Al instante dos ó tres jinetes hienden el grupo que entre todos han arrinconado en algún ángulo del corralón; colocan sus cabalgaduras rozándose con un costado del animal, que, por huir del que se acerca, se abre paso entre los otros, y emprende una veloz carrera en que el jinete le sigue, animándolo

con la voz y sin apartársele una línea hasta dejarlo en otro corral, cuya puerta despejan los que la ocupan para dar paso al animal, volviendo á cerrarla inmediatamente. Pero, muchas veces, el animal designado, retrocede con velocidad en su carrera, da precipitadas vueltas y *saca lances* imprevistos para libertarse de la obstinada persecución del que lo sigue. Hay, pues, un gran peligro en seguir al animal en estas diversas evoluciones caprichosas, que ponen en dura prueba la destreza de los jinetes y el vigor y maestría de los caballos. Para los huasos, el rodeo es un campo de batalla en que el deber les manda desafiar los peligros: las caídas de algunos y aun la muerte que suelen encontrar en esas caídas, no interrumpen ni modifican el curso de la faena. El herido es transportado por los de á pie fuera del campo, y los demás continúan el trabajo, sin arredrarse ante las probabilidades numerosas de correr igual suerte.

La comitiva de las casas observaba el general movimiento y seguía con ansiedad la rápida carrera de los jinetes, que pasaban como flechas, siguiendo á los animales que iban apartándose. Cada cual, como acontece en cualquiera circunstancia de la vida, tomaba parte en la escena según su índole. Así, las hijas de doña Ignacia Lermalta daban agudísimos gritos al ver correr á los hombres, al ver acercarse á una vaca á la pirca junto á la cual se habían colocado, ó al menor movimiento de sus cabalgaduras. Sus primos, los jóvenes Arboleda, comentaban los dichos picarescos de los huasos á propósito de las incidencias á que el rodeo daba lugar. Don Calixto se regocijaba con la satisfacción del propietario en presencia de aquel

cuadro de su absoluta propiedad. Inés seguía con ansiosa vista las peligrosas carreras, palpitando de emoción con el interés que en las mujeres despierta todo ejercicio peligroso en que se ostenta el coraje varonil; mientras que Manríquez y Sendero apartaban con frecuencia la vista del espectáculo que absorbía la general atención, para disputarse las miradas que Inés sabía repartir, á fin de mantener en ambos encendido el fuego de su adoración.

Hubo un momento en que un hermoso toro *aguanés* se desprendió de un grupo, corriendo parejas con uno de los vaqueros montado en un magnífico caballo alazán. Todas las miradas siguieron ese grupo veloz, que parecía ir en alas de un viento poderoso, y todas las bocas prorrumpieron en un grito de terror al ver de repente al toro dar una rápida media vuelta, en la que envolvió al caballo. Mas fué tan grande la velocidad con que éste dió la misma vuelta sobre las patas, que el toro se halló detenido antes de poder desprenderse de ese cuerpo que parecía adherirse al suyo, y burlado por el jinete en diversos caprichosos *lances*, tomó de nuevo el camino que había querido abandonar, y sufrió el látigo del vaquero hasta entrar al corral á que éste lo dirigía. Varios aplausos coronaron el éxito del jinete.

— Estos huasos, dijo Juan Miguel, al oir esos aplausos, se figuran que ellos no más pueden hacer estas cosas.

— ¿ Se animaría usted á hacer otro tanto ? le preguntó Inés.

— Muy fácilmente, contestó Sendero con aire de jactancia.

— No se aventure usted, le observó Manríquez, porque *apartar* es más difícil de lo que parece.

— Se entiende que lo haría en buen caballo, repuso Juan Miguel.

— Si quiere Vd. el mío, está á sus órdenes, díjole Manríquez con aire de burla.

— Y Vd. que lo ofrece, replicóle picado Juan Miguel, ¿ se atrevería á entrar ?

— Veamos primero si Vd. se atreve, dijo riéndose Inés, al ver que su galán *oficial* se arrepentía de su fanfarronada.

— Tal vez el señor Sendero tenga desconfianza de mi caballo, dijo Manríquez; pero yo me comprometo á probarle que es muy á propósito para el caso.

— ¿ Cómo ? preguntaron á un tiempo Inés y Juan Miguel.

— Entrando al corral, contestó Abelardo, y apartando uno ó dos animales.

— Yo puedo hacer igual prueba, préstemelo Vd., dijo Sendero, echando pie á tierra.

La burlona insistencia de Manríquez y la franca risa de Inés le habían irritado hasta hacerle olvidar el peligro que podía correr.

Abelardo se bajó de su caballo é hizo montar en él á su rival, que se dirigió al corralón, tratando de manifestar destreza y seguridad.

Al verle acercarse á los hombres que rodeaban al grupo de animales, Inés sintió como un remordimiento de haber provocado á Sendero á exponerse á un peligro como el que iba á correr.

— ¡ Ay, por Dios ! dijo, no vaya á sucederle algo.

— ¿ Mucho teme Vd. por la preciosa vida de ese

galán? le preguntó Manríquez, acercándose á ella.

Inés bajó confusa la vista, ante la irónica mirada que le dirigió el joven al hacerle esa pregunta.

— Es que si le sucede alguna desgracia, nosotros tenemos la culpa.

— ¿Quiénes?

— Vd. y yo.

— Confiese señorita, que él va arrostrar el peligro por obtener una mirada de Vd.: yo no tengo parte alguna en su aparente temeridad; pero tranquilícese Vd., ese caballero no correrá ningún peligro.

— ¿Por qué? ¿Cómo lo sabe Vd.?

— Porque para dirigir un caballo en esas circunstancias, no basta ser buen jinete, es necesario que el miedo del corazón no haga temblar la mano ni la voz, para que el caballo no flaquee en la carrera, y en lo pálido que iba don Juan Miguel se conocía que iba á faltarle el valor.

— Ya lo veremos, replicó Inés, picada de ver que Manríquez hablase con ese desprecio de su amante *oficial*.

En ese momento llegaba Juan Miguel junto á los hombres del grupo, y viendo al vaquero designar un animal, se dirigió á él como había visto hacer á los otros. Mas, para romper, por decirlo así, esa masa compacta de animales, se necesitaba que el jinete supiese dirigir con mano firme su montura, no estuviese turbado é indeciso, como lo estuvo Juan Miguel, quien pronto se vió envuelto en el torbellino, sin poder avanzar ni retroceder.

— Sálgase patrón, lo van á atropellar, le decían los huasos.

— ¡ Adiós, ya se le perdieron las espuelas ! observaban algunos, viendo que Sendero no sabía dirigir su caballo, el que, acosado por las vacas, empezaba á encabritarse.

— ¡ Vaya con el caballero *falso !* exclamaban otros no lejos de Inés.

Viendo que Juan Miguel no podía salir de la oleada de animales que amenazaba sepultarle en su seno, algunos inquilinos de los que guardaban las puertas se destacaron á socorrerle, de orden de don Calixto, y el infeliz galán salió, merced á ellos, de la embarazosa situación en que se había colocado.

— Ya lo ve Vd., dijo Manríquez á Inés, le ha faltado el corazón ¡ Y Vd. cree, añadió, fijando en la joven su altanera mirada de triunfo, que con ese corazón sea capaz de amarla á Vd. como merece ?

— No he pensado en eso, contestó Inés, por no quedarse callada y no confesar la mala impresión que le producía el desairado papel de Sendero.

Éste llegó quejándose del caballo de Manríquez que no obedecía á la espuela.

— Tendría Vd. miedo de clavarla fuerte, le dijo Abelardo.

— Es que el caballo es malo, replicó Juan Miguel con impaciencia.

— Puede ser, dijo Manríquez con aparente humildad, mientras que se sonreía con desdén.

— Parece que Vd. cree poder hacer lo que yo no he podido, dijo Sendero picado.

— Esa es otra cuestión, contestó Abelardo ; de eso estoy seguro.

— Pruébelo Vd. entonces.

Manríquez saltó sobre el caballo del que Juan Miguel se acababa de bajar, clavóle las espuelas y salió á galope tendido hacia el corral.

Juan Miguel buscaba argumentos con que disimular el desairado percance á que su propia presunción le había conducido ; mas no hallando esos argumentos, y cegado de despecho, creyó que lo mismo valía desacreditar á su rival.

Mas Inés no escuchó las palabras que con este fin le dirigía, porque á pesar suyo, la gallarda apostura de Manríquez y la soberbia facilidad con que manejaba el caballo que Juan Miguel no había sabido dirigir, cautivaban su atención.

Manríquez llegó, entretanto, al punto en que se hacía la aparta. Brillaban de juvenil ardor sus ojos animados, y sentía en el pecho la petulante impaciencia del que aspira á conquistarse en todas partes la admiración de los demás. Al internarse entre los animales vacunos, de en medio de los cuales había sido preciso sacar á Juan Miguel Sendero, Abelardo iba con la decisión con que los paladines de la edad media entraban en la arena de un torneo bajo la mirada alentadora de sus damas : la presencia de Inés redoblaba los bríos naturales de su pecho amante del peligro.

El aire resuelto de Manríquez suscitó, entre los huasos, que conocían su arrojo y su destreza, comparaciones poco favorables para el *patroncito* que le había precedido.

De modo que la atención general se encontró en aquel momento fija en Abelardo, que eligió un toro de los más montaraces, juntó de un salto, á su costado

izquierdo, el derecho de su caballo, le picó en la veloz y peligrosa carrera, con más rapidez que cuantos le habían precedido.

Un aplauso entusiasta le recibió cuando dejaba á la puerta el animal y regresaba al grupo en donde volvió á repetir la misma operación. Inés le siguió con la vista animada, y oprimida la respiración por el inquieto interés que le inspiraba su osadía y su destreza.

Ese aplauso acarició cariñosamente en ella el instinto de admiración que hay en la mujer por todo lo que representa el varonil denuedo.

Y á ese inquieto interés, y á ese instinto satisfecho de admiración, se unía el poder real de la belleza de Manríquez.

El cabello flotante, los grandes ojos chispeando de animación, el flexible y vigoroso cuerpo siguiendo los inesperados movimientos del caballo, la animación general del cuadro, que en ese momento dominaba la arrogante figura de Manríquez, todo le daba el prestigio de un ser superior, que parecía reirse del peligro, dominándolo, y aumentar con placer ese peligro para dar mayor realce al mérito de su esfuerzo victorioso.

Las personas, que componían la comitiva con que Abelardo había llegado al rodeo, le miraban todas con creciente interés, cuando el joven perseguía á otro animal, para sacarlo del piño y conducirlo adonde había llevado al primero.

Juan Miguel dividía su atención entre las evoluciones de Manríquez y la palpitante actitud con que Inés le contemplaba. Las variadas emociones que retrataba el rostro de la joven, iban acumulando en el pecho de su amante la hiel de los celos y del encono impotente.

En esas circunstancias, cuando todos seguían ansiosos los rápidos giros que Manríquez imprimía á su cabalgadura, para seguir al toro que huía delante de él, consiguió por fin el joven separarlo del grupo y dando un grito de animación, se lanzó de nuevo en la velocísima carrera, picando con fuerza las espuelas y borneando sobre la cabeza del toro las riendas de su montura.

Los dos animales, aguijoneados de ese modo por la enérgica fuerza de Manríquez, parecían volar más bien que correr, porque sus cascos rozaban apenas el suelo y sus cuerpos alargados con los esfuerzos de la carrera, se escapaban á la vista de los espectadores.

De repente se vió desaparecer al caballo y al jinete, alzarse una nube de polvo y al mismo tiempo se oyó un grito unísono de los que guardaban la puerta á que debía llegar Manríquez.

Toda la gente de á caballo corrió entonces hasta el punto en que el joven había desaparecido, y en el mismo instante circularon en torno de Inés y de los de su familia, esas voces de siniestras conjeturas, con que la gente del pueblo anuncia las catástrofes antes de conocerlas.

— ¡ Se mató ! decía uno corriendo.

— ¡ Pobrecito ! exclamaba una mujer, corriendo también en la misma dirección á satisfacer la curiosidad.

— Lo aplastó el caballo, añadía un tercero.

— Lo estaba viendo que se había de caer, decía uno de aquellos que, en toda reunión, gustan de profetizar los hechos consumados.

Y estas voces se repetían y comentaban, ora en tono de interrogación, ora de afirmativa, ora de duda, aumentando los temores que el suceso desconocido había arrojado en el espíritu de Inés y de los que la rodeaban.

X

En medio de la carrera, el caballo de Abelardo Manríquez había caído muerto.

El joven, lanzado por la violencia del golpe á dos varas de distancia, perdió el sentido al estrellarse contra el suelo, con toda la fuerza de la velocidad desarrollada en su cuerpo por la carrera.

Cuando los circunstantes se acercaron, creyeron que el jinete y el caballo habían muerto en la terrible caída.

De aquí las voces siniestras que en torno de Inés y del resto de la familia habían circulado.

Esas voces produjeron en el alma de Inés otra sensación que la de espanto que infunde la noticia ó la vista de una catástrofe: parecióle que con la muerte de Manríquez se apagaba en su pecho la clara llama de una esperanza dorada. Púsose muy pálida y sintió que involuntarias lágrimas humedecían sus párpados. Se le figuró que se nublaba el sol y que los alegres paisajes del contorno se revestían de duelo.

Don Calixto y sus hijos corrieron hacia el punto de la catástrofe.

Las primas de Inés dieron agudos gritos de es-

panto y las señoras de la carreta principiaron á rezar en alta voz.

Sólo Juan Miguel Sendero, parecía tranquilo en medio de la consternación general. Los celos y la compasión no pueden coexistir en el estrecho espacio en que se albergan las pasiones humanas.

Juan Miguel no pensó, al oir anunciar la muerte de Abelardo, en el trágico acontecimiento, ni en la hermosa vida tronchada de repente: sólo pensó que desaperecía su rival. Y le quedaron todavía celos de la palidez mortal que borró los tintes rosados de las suaves mejillas de Inés.

Mientras que las mujeres levantaban el inerte cuerpo de Manríquez, los hombres arreglaron con ramas de árboles un *huando*, hicieron una almohada de ponchos y le colocaron en ese aparato para transportarle.

Un huaso de los de á pie recogió algunas monedas que divisó entre el lodo sobre que había caído el cuerpo de Abelardo y las guardó con disimulo en su ceñidor, mientras que se alejaba lentamente la comitiva que conducía al dueño de las monedas.

En la puerta del corralón esa comitiva se detuvo, pues entre don Calixto y los de la familia se discutía acerca del punto á que debían llevar á Manríquez.

Se pensó en que las casas de éste estaban demasiado distantes para condurcirle á ellas.

Los ranchos de los vaqueros ofrecían muy poca comodidad para un enfermo.

Todos compadecían al joven; pero los dueños de las casas del Trébol se abstenían de ofrecerlas, porque cuesta más servir que compadecer.

Inés se había quedado mirando el rostro descolorido del joven sin oir lo que se discutía.

Una de sus primas venció su timidez para entregarse al inocente placer de contemplar las bellas facciones del joven desmayado, y exclamó con entusiasmo al oído de Inés:

— ¡Qué buen mozo es!

La hija de don Calixto exclamó, oyendo sólo entonces lo que se discutía:

— ¿Y por qué no le llevan á casa?

—Sí, pues, patrón, está más cerca, dijo uno de los huasos que no era bastante civilizado para comprender el egoísmo del propietario.

Don Calixto no se atrevió á hacer objeción ninguna, y accedió exclamando:

— ¡Ni se me había ocurrido!

Y la comitiva se puso en marcha.

Doña Ignacia Lermalta decía á su hermana doña Josefa, entre una salve y un padre nuestro:

— Gracias á Dios, hija, que no es ninguno de tus hijos.

— ¡Ay, no me digas nada! contestaba la madre de los jóvenes Arboleda, sólo de pensarlo casi echo de susto el corazón por la boca.

Andrea, que acompañaba en la carreta á su madre y á su tía, sólo interrumpió sus oraciomes para ver pasar al hermoso joven tendido en el huando.

Juan Miguel Sendero se acercó á Inés, y le dijo con una sonrisa de despecho, que quería parecer sardónica:

— ¡Qué buena ocurrencia ha tenido usted, señorita!

— Es muy natural, contestó Inés, ¿ No habría sido imperdonable abandonar á ese joven en el estado en que está ?

— No puede usted ocultar el interés que le inspira.

— Habría hecho lo mismo por cualquiera otro.

— Pero por nadie se habría asustado tanto.

Fuertemente impresionada como se hallaba Inés tuvo tentaciones de dar á su galán una de esas respuestas que equivalen á una despedida; pero á pesar de la emoción que la había conmovido, triunfó su natural coquetería.

— ¡ Jesús ! exclamó, no me gustan los celosos !

— Ojalá no me diese usted ocasión de serlo, replicó Sendero en tono descontento y apasionado al mismo tiempo.

— Usted no reflexiona en lo que dice.

— ¡ Cómo no ! mucho, al contrario.

— Si yo tuviese alguna preferencia por Abelardo, no lo dejaría ver y me habría callado. Así son los hombres : ¡ siempre injustos !

— Deme entonces alguna prueba de que me prefiere á mí.

— No, Dios me libre : hágase usted primero perdonar sus celos.

Dijo estas palabras con un aire de malicia indefinible, y haciendo saltar de sus ojos mil chispas de fingida pasión, azotó con su látigo al caballo y se alejó al galope.

Juan Miguel quedó nadando en ese mar de emolientes morales que llaman satisfacción.

Abelardo fué instalado en una pieza contigua á la que habitaban los jóvenes Arboleda y Juan Miguel

Como la de éstos, la habitación de Manríquez sólo tenía una puerta sobre el corredor del primer patio, que antes describimos.

Durante la marcha y aún después de colocado en la cama que á gran prisa prepararon en ese cuarto las criadas de la casa, Manríquez no había dado señales de recobrar el sentido. Pero sus bellas facciones eran un talismán con que se conquistaba las simpatías, de modo que, á pesar de ese estado de inanimación, su presencia causó gran movimiento entre las criadas de la casa, que corrían á cuál más diligentes, para preparar todo lo necesario al enfermo.

Así, una de ellas, se apoderó de un colchón, dos de un catre de palo, otra de las frazadas y demás ropa de cama, y en muy cortos momentos pudo el lecho recibir al hermoso desmayado: cada una de estas solícitas enfermeras arrojaba, al pasar delante del huando en que Manríquez yacía, una mirada de femenil curiosidad, mientras desempeñaba su ocupación.

No menos solícitas, pero sí con más refinado disimulo, esperaban en el comedor las primas reunidas.

Inés estaba inquieta y reprimía mal su turbación.

Deidamia, Matilde y Amanda, comentaban con grandes suspiros y admiraciones, hechas en voz de tiple, las incidencias de la catástrofe; asomábanse después curiosas á la puerta, echaban una mirada hacia el cuarto del corredor, se escondían si alguien las miraba, y cuchicheaban acerca de lo que alcanzaban á divisar.

Entre ellas y las criadas que pasaban, se establecían diálogos más ó menos cortos. Las tres preguntaban á un tiempo:

— ¿ Cómo le va ?

La criada respondía :

— Está principiando á resollar.

— ¿ Fuerte ?

— Despacio.

— ¿ Y se mueve ?

— Todavía no.

— ¿ Abrió los ojos ?

— Esta pestañeando.

La criada pasaba, dejando sin contestación otras preguntas, que las tres hermanas reservaban para otra que llegase del cuarto del paciente.

De este modo Inés, sin preguntar nada, iba imponiéndose del estado de Manríquez.

Otra parte de los pobladores de las casas del Trébol, entretanto, no permanecía tampoco en la inacción. Don Calixto con su mujer, su cuñada y sus hijos, había abierto una sesión consultiva á la cabecera de Abelardo. Las nociones de medicina casera eran entonces más limitadas todavía que al presente. La clínica de las familias aplicaba á toda enfermedad como panacea, dos medicamentos tradicionales : bebidas frescas y *ayudas*. Toda dolencia era sometida á este tratamiento, que no tenía más variedad que la mezcla de ingredientes de que se componía el específico. Administrábalo algún personaje del lugar llamado médico ó médica, según su sexo, que suplía la ciencia que le faltaba con la superstición y el misterio, envolviendo sus procedimientos en fórmulas que tenían todo lo disparatado que habían menester, para ofuscar las crédulas imaginaciones del vulgo. Estas prácticas, que reinaban en muchas y principales poblaciones de la

República, se conservan todavía en los campos en toda su barbarie. La médica goza en ellos de su antiguo prestigio, y sin cobrar ningún estipendio por sus servicios, vive rodeada de las comodidades de la abundancia con que la fe y el agradecimiento de los huasos le remunera sus supercherías.

Esta ligera explicación, bastará para comprender el giro que tomó la sesión abierta en el cuarto que ocupaba Manríquez.

Apenas le hubieron acostado en la cama, don Calixto preguntó :

— ¿ Y qué remedio le hacemos ?

— Será bueno darle una bebida fresca, dijo doña Josefa Lermalta.

— Y una ayuda, sería bueno, señorita, dijo una de las criadas.

— Pero hay una cosa, observó doña Ignacia, este mocito debe estar estropeado con el golpe.

— Entonces necesitamos un ALIÑADOR, dijo don Calixto.

El aliñador es el cirujano práctico del lugar, que usa de los mismos métodos para curar á sus semejantes, que los que emplea en su práctica veterinaria.

La criada que había aconsejado la ayuda, oyó las palabras de don Calixto y exclamó :

—Hay aquí cerca un ALIÑADOR, pues, señor : el otro día no más le curó á ÑOR Juan una pierna que se quebró amansando un potrillo.

— Que lo llamen, contestó don Calixto.

Javier Arboleda se ofreció á traer al ALIÑADOR y salió á buscarle.

— Pero de todos modos, dijo doña Josefa, será preciso darle alguna bebida.

— Bueno sería, agregó su hermana doña Ignacia.

La criada tomó la palabra observando en los semblantes cierta perplejidad para determinar la bebida.

— Á ñor Juan, dijo, lo curaron entre el aliñador y la médica.

— ¿ Quién es la médica ? proguntaron los que oyeron esta advertencia.

— Una viejecita que vive en la quebrada de los boldos, contestó la criada.

— ¿ Sabe curar ? preguntó don Calixto.

— ¡ Dicen que es milagrosa, señor ! exclamó la criada.

— Bueno será que la vayan á buscar, dijo doña Ignacia Lermalta.

Salustio Arboleda salió á dar las órdenes necesarias para llamar á la médica.

Con estas providencias, don Calixto estaba seguro de suministrar á su huésped todos los auxilios de la ciencia médica rural de Chile.

Cansada Inés durante este tiempo de su angustiosa expectativa, propuso á sus primas el ir á informarse personalmente de Manríquez, pues las noticias contradictorias de los criados, aumentaban la inquietud en la primera y la curiosidad en las otras tres.

Precedidas de Inés entraron las hermanas al cuarto en que don Calixto, su mujer y su cuñada, esperaban la llegada del aliñador y de la médica.

XI

Al borde de una pintoresca quebrada, en cuyo fondo corrían las aguas cristalinas y frescas de un arroyo, vivía en un pobre rancho la *médica*, que la superstición de los campesinos rodeaba de profundo respeto y colmaba de regalos numerosos. Conocíanla todos por el nombre de Margarita, al que siempre agregaban el calificativo de ÑA con que nuestro pueblo abrevia la palabra señora en su antojadizo lenguaje. La reputación de ÑA Margarita se extendía no sólo á los límites de la hacienda del Trébol, sino que de varias leguas á la redonda, la fama de sus *aciertos* le traía gran número de enfermos, que llegaban á solicitar su auxilio, anticipando alguno de los modestos donativos de huevos, pollos, ó verduras, con que la gente del campo trata de conquistarse la voluntad de aquél cuyos servicios necesita. Para alcanzar este prestigio, ÑA Margarita más sagaz que la generalidad de los huasos, se había rodeado de cierto misterio, y envolvía en fórmulas caprichosas los conocimientos generales de los demás en materia de específicos: la fé de sus clientes sencillos, le aseguraba de ese modo el respeto de los que la visitaban, y la robusta organización de los campesinos, á quienes la naturaleza curaba más bien que los remedios de la médica, daban á su misteriosa ciencia la importancia de que carecía en relidad.

En lo físico, ÑA Margarita poseía las dotes suficientes para asegurar su nombradía. Sesenta años de

una vida expuesta á la intemperie, había quitado á sus facciones de mujer la finura natural, desfigurando la primitiva expresión de su rostro con infinidad de arrugas, cruzadas las unas sobre las otras. Era su tez morena y tostada por los vientos y el sol, aguileña su nariz, el pelo cano, pequeños y apagados los ojos, encorvado el cuerpo, y descarnadas las manos, como garras de ave de rapiña. Vestía ordinariamente un *refajo* de bayeta colorada, un *rebozo* verde del mismo género, y tenía siempre la cabeza amarrada con un pañuelo de algodón de color oscuro, atado sobre la nuca y dejando caer sus puntas sobre el pescuezo.

La habitación tenía el carácter de las que ocupan las gentes del campo que gozan de una comodidad relativa. El rancho era de *quincha* embarrada y techo de *coirón*. En el interior había un catre con su cama, tres banquillos de palo, una estera de totora delante de la cama, un medio *soberado* en el techo para guardar las hierbas medicinales y algunas provisiones: en la cabecera del catre una imagen de la Virgen, rodeada de ángeles rubicundos y rollizos, y en un rincón un bastidor de tejer. Algunas gallinas rodeadas de sus pollitos, entraban y salían buscando alimento, y las aves de los campos, formaban antes de dormirse, alegres conciertos en la quebrada. La cocina era una ramada inmediata al rancho, en la cual se mantenía vivo el fuego, sonando á su orilla un tacho, en que ÑA Margarita calentaba el agua para el mate que tomaba varias veces al día.

Antes que llegase el mozo enviado de las casas del Trébol á buscarla, ÑA Margarita había tenido noticia de la desgracia ocurrida á Manríquez en el rodeo, y

del punto á que le habían conducido. De modo que al ver llegar al emisario, á quien conocía, ella aprovechó la ocasión de aumentar su fama hiriendo la imaginación del huaso, con algo que tuviese carácter sobrenatural.

— Te estaba esperando, Tomás, le dijo al verle detenerse en el umbral de la puerta,

— ¿ Y quién le dijo que yo venía, ÑA Margarita ? preguntó el huaso con una sonrisa de malicia.

— ¿ Quién me lo dijo ? El cielo, pues, Tomás. ¿ Qué estás pensando que el cielo no habla también ? dijo la vieja

— ¡ Vaya ! Bendito sea Dios ! exclamó Tomás, en cuyo rostro brilló la luz de una crédula y supersticiosa admiración al oir el nombre del cielo.

— El cielo me dijo anoche que hoy habría enfermo en las casas del Trébol, continuó la médica : una porción de nublados negros se amontonó encima de las casas á eso de las doce y yo dije « mañana tiene enfermo en lo del patrón. » Así me llevé pensando esta mañana, y como nadie venía, pensé que la coso no sería tan luego; pero esta tarde se pusieron á cantar con tristeza los pajaritos, y el viento me apagó la vela que le iba á poner á la virgen; por eso dije « hay enfermo y me han de venir á buscar. »

Tomás miraba á ÑA Margarita con el aire estúpido del huaso á quien revelan un misterio. Con aquella relación, que la astuta vieja había acompañado de visajes raros y variada entonación de voz, el campesina se puso á considerarla como capaz de hacer milagros.

Ña Margarita montó en ancas del caballo de Tomás y un cuarto de hora después llegaron á las casas, á

gonde pocos momentos antes había llegado el ALIÑADOR.

Tomás refirió á las criadas el milagro de ña Margarita, y en algunas horas, su relato había circulado por entre todos los inquilinos, que se marabillaban del portento.

Las criadas de la casa, con tal noticia, llevaron á ña Margarita como en triunfo al cuarto del enfermo, en el que, como dijimos, habían entrado poco antes, Inés y las tímidas hijas de doña Ignacia Lermalta.

Desde la llegada de Manríquez hasta este momento había trascurrido cerca de una hora.

Hasta entonces, Abelardo parecía sumido en un letargo profundo.

El ALIÑADOR, que había entrado al cuarto algunos minutos antes que la médica, se hallaba cerca de don Calixto. Era un huaso robusto y tostado por el sol. En su fisonomía no se advertía nada que le diferenciase de los otros campesinos y su traje era el mismo de éstos.

La entrada de ña Margarita produjo cierta sensación en la pieza, á donde la fama de su saber la había precedido. Todas las miradas se dirigieron á ella con curiosidad, y las tres primas de Inés se retiraron á un rincón, aparentado miedo á la vista de la médica.

Al mismo tiempo, el aliñador se había acercado á leconocer al enfermo y habiéndole tomado una mano, le dió un tirón para ver si la muñeca no estaba disrocada,

El enfermo hizo un movimiento de sobresalto y abrió los ojos como despertando.

— Vamos á ver patroncito, le dijo el aliñador ¿ le dolió ?

— Algo, contestó Abelardo.

Sus ojos prescindieron de la presencia de las demás personas para buscar los de Inés.

La joven le miraba con inquieta solicitud : la palidez de sus mejillas le daba un encanto indecible. Estaba bellísima.

Manríquez le dirigió todo su amor en esa mirada, que hirió como un golpe eléctrico el corazón de Inés.

— Vamos, vamos, dijo don Calixto poniéndose de pie, aquí están de más la mujeres.

Con esta observación salieron Amanda, Matilde y Deidamia, dando gritos ahogados de fingido susto.

Inés en lugar de seguirlas, se acercó á la cama, junto á la cual estaba el aliñador.

— ¿ Cómo se siente, Abelardo ? preguntó al joven con afectuoso acento y expresiva mirada.

— No sé, contestó Manríquez en voz baja ; pero bendigo el golpe que me acerca á Vd.

La joven se puso encarnada, porque se figuró que su padre había oído la contestación de su temerario amante.

— Vamos hijita, dijo don Calixto á Inés, deja que reconozcan al enfermo.

Doña Josefa, su hermana, Inés y don Calixto salieron de la pieza, dejando al aliñador, á la médica y á dos criadas que miraban alternativamento á ésta y á Manríquez, con supersticioso temor á la primera y con curioso interés al joven.

Entonces principió el reconocimiento profesional del aliñador mientras que la médica colocaba sus hierbas sobre una mesa, murmurando entre dientes algunas oraciones, que resonaban en los oídos de las criadas como cabalísticos exorcismos.

El aliñador declaró que sólo se había *zafado* una muñeca y el hombro del mismo brazo. Para hacer volver esas articulaciones á su estado natural, hizo sujetar el cuerpo de Manríquez por las dos criadas, y apoyando un pie en el borde del catre, dió tirones al brazo del paciente con tal fuerza, que habría podido dislocarle el brazo que trataba de curar, á no ser tan vigorosa la musculatura del joven y tan sólida.

En seguida cubrió el brazo con paños de aguardiente alcanforado y lo amarró con una faja.

Terminada esta operación, se retiró, diciendo á la médica :

— Lo demás le toca Vd. ña Margarita.

Durante aquella operación, Manríquez había conocido que el dolor de su brazo no provenía de dislocación sino del golpe únicamente ; mas al verse en casa de Inés pensó al instante, con la viveza del enamorado, que le importaba mucho prolongar ahí su residencia. Según las reflexiones que instantáneamente surgieron en su espíritu en vista de su nueva situación, hubiera sido desdeñar el auxilio que á sus amores dispensaba el destino, el no aumentar la magnitud de su mal. De aquí la resolución que adoptó de fingirse en un estado alarmante si la enfermedad no tomaba más serias proporciones que las que en ese momento sentía. Su fin era prolongar su residencia bajo el mismo techo que Inés, ya que su buena estrella le colocaba en actitud de poderlo hacer. Estas reflexiones fueron rápidas, y enérgica las resolución de llevarlas á cabo.

Cuando la médica se acercó á su lecho, Abelardo fingió un desmayo que alarmó sobre manera á ésta y á las criadas.

— Hijita, dijo la médica á una de éstas, tráigame las velas de la capilla ¿ no son de cera ?

— Sí, de cera, contestó la criada corriendo á buscarlas.

La otra criada fué enviada á buscar una palangana con agua.

Ña Margarita encendió las dos velas, colocólas á los pies de la cama y en medio de ella la palangana llena de agua cristalina.

Hecho esto, tomó una rama de hierba seca de las que había traído, é hizo con ella distintas figuras sobre la palangana.

Las criadas la contemplaban atónitas.

Al cabo de algunos minutos, acercó á la palangana las dos velas, cuyas luces se reflejaron en el cristal pulido del agua que estaba ya perfectamente tranquila.

— No veo nada, dijo tras de algunos momentos de observación. Á ver Vds. si ven algo, añadió dirigiéndose á las criadas.

Éstas miraron temblando la palangana, y después fijaron sus inquietos ojos en la vieja.

— No se ven más que las dos luces, ¿ no es cierto ? preguntólas ña Margarita.

— No más, contestaron ellas.

— Malo, añadió la vieja.

Y se dirigió á la mesa, en donde eligió una rama de otra hierba, rezando siempre entredientes.

Con esa rama repitió la misma operación que con la anterior y volvió á menear la cabeza, con aire de reprobación

— Miren Vds., dijo en tono imperativo á las criadas.

Las dos mujeres tornaron á mirar temblando, y

sólo vieron en el agua el inmóvil reflejo de las luces.

— ¿ Qué se irá á morir ? se preguntó la médica en voz alta, mirando al joven que continuaba en su fingido desmayo.

— ¡ Pobrecito ! dijo suspirando la más joven de las dos criadas.

— ¡ Ah ! exclamó la vieja, después de un momento de reflexión, ya sé porqué no vemos nada.

— ¿ Por qué, ña Margarita ? preguntó con respeto la criada menos joven,

— Ustedes mismas lo van á decir si responden la verdad.

— ¿ De qué cosa ? preguntaron las dos criadas con curiosidad.

La vieja fijó alternativamente en cada una de ellas una mirada escrutadora y las dijo :

— ¿ Alguna de Vds. está en pecado mortal ?

Las dos infelices se pusieron á temblar convulsivamente.

— Yo no, ña Margarita, contestaron casi á un tiempo con los rostros lívidos y descompuestos.

Abelardo sostenía la respiración para no perder una palabra de tan curiosa y característica escena.

— Bueno, pues, repuso la vieja, si no están en pecado mortal hemos de saber si el enfermo se muere ó no, porque el *maldito* lo ha de decir en la palangana.

Santiguáronse las criadas, al oir el nombre de *maldito*, con que la gente del pueblo designa al ángel rebelde arrojado del cielo á la mansión de los réprobos.

Ña Margarita cogió una tercera rama y repitió sobre el agua los signos que con la primera y segunda había hecho.

Las dos criadas, sobrecogidas de terror, fijaban en ella los ojos espantados y repasaban en la memoria sus pecados, ante sus conciencias turbadas por el miedo.

Sin duda, la más joven encontró algún acto pasado de su vida que mereciese el calificativo de pecado mortal, porque exclamó :

— ¡ Me está llamando la señorita !

Y salió precipitadamente de la pieza.

Manríquez hacía heroicos esfuerzos para contener la risa y tuvo compasión al mismo tiempo de la pobre mujer á la que la superstición y el miedo habían obligado á confesarse tácitamente culpable.

Ña Margarita, entretanto, había prolongado un poco más la operación con la tercera rama. Al fin exclamó con sorda voz.

— ¡ Ah ! ah ! ya lo veo !

Los temblores que sacudían á la criada que no se había atrevido á salir, amenazaban degenerar en paroxismo.

La vieja le echó una mirada de soslayo y juzgándola ya suficientemente aterrorizada la dijo :

— Aquí está, venga á mirar ¡ ligero, pues !

La criada, sin poder dominar su espanto, hacía esfuerzos vanos por dirigir la vista á la palangana.

— ¡ Luego, luego ! exclamó ña Margarita, tomándola de una de las manos para hacerla acercarse.

La infeliz fijó por fin en el agua su mirada con que nada veía.

— ¡ No ve ! prosiguió la vieja, ahí está el diablo ! ¿ Lo alcanza á ver ?

— Sí, contestó la criada con apagado acento de terror.

Y con efecto, sus turbados ojos veían en el fondo del tiesto, extrañas figuras creadas por su fantasía dominada de un horrible pánico.

— ¡ Ah ! ah ! exclamó ña Margarita ! bueno ! Se va arrancando y... allá va... ! Se perdió !

Al dar la última exclamación, oprimió el brazo de la criada mirándola con diabólica risa.

La criada cayó de rodillas golpeándose el pecho. ¡ Habría jurado que acababa de ver al diablo ?

La médica añadió :

— No se muere el enfermo, el maldito se ha ido : ahora vamos á curarlo.

Manríquez, en ese instante, dió un suspiro y abrió los ojos.

— ¡ No ve ! exclamó la vieja con triunfante ademán, ya se le pasó el *insulto !* Ahora, vaya á calentarme agua, y écheme á cocer esas hierbas.

Pasó á la criada un manojo de hierbas secas, y la criada salió del cuarto como si hubiese salido de una sala de tortura.

Apenas Manríquez vió cerrarse la puerta, levantó la cabeza y dijo dirigiéndose á la vieja :

— Vea, señora, échele llave á la puerta.

— ¿ Para qué ? preguntó ña Margarita.

— Por que tengo que hablar y no quiero que me interrumpan.

— ¿ Qué tiene que hablar ? preguntó la vieja, temiendo que el delirio se hubiese apoderado del enfermo.

— Tengo que darle órdenes á Vd. ¿ Entiende la vieja bruja ? exclamó Manríquez. Y si no me obedece, añadió, ahora mismo la hago tomar presa y llevar

donde un juez para que la castigue por sus maldades. ¿Cree Vd. que no he visto y oído cuanto se ha dicho y hecho aquí?

— No se enoje, caballerito, contestó con voz suave la *médica*, no se enoje.

— Cierre pues esa puerta y oiga mis órdenes, repitió Manríquez.

Ña Margarita cerró la puerta y se acercó á la cama del enfermo llena de susto.

Abelardo se había incorporado en el lecho y fijaba en ella su mirada de imperiosa energía.

XII

Acababa de presenciar Abelardo una de aquellas escenas que revelan los resortes de que los *curanderos y médicos* de los campos, se valen para herir la supersticiosa imaginación de las gentes que les confían el cuidado de su salud, con mucha mayor fe en su ciencia que la que logran inspirar los más sabios y afamados doctores de las ciudades. Las artes, que estos nigrománticos modernos emplean en la práctica de su lucrativa profesión varían según la inventiva de cada cual y según el espíritu dominante en las localidades que habitan. El método que hemos visto emplear á ña Margarita y las hierbas que era necesario aplicar á la curación, no eran de los más estrafalarios y fantásticos que hayamos visto ejercer en los campos aún en época muy reciente. Los *curanderos y las médicas* gozan todavía en los campos de Chile de gran veneración, y es

raro encontrar un villorio de los que han sobrevivido á la conquista después de la retirada al sur de los primitivos pobladores de nuestro territorio, en el que no exista alguno de estos misteriosos personajes, que tienen bastante ingenio para vivir de la necedad de sus semejantes.

Los infelices campesinos reputan como infalibles los fallos de la *médica* ó del *curandero*, de modo que las hierbas y medicamentos suministrados al enfermo, por eficaces y acertados que fuesen, van á ejercer su acción en organizaciones sometidas de antemano al poder moral de una preocupación imposible de combatir: salvarán al enfermo si el horóscopo ha decidido, como en el caso de Manríquez que no está destinado á morir; y serán un veneno activo si ese horóscopo ha pronosticado la muerte.

El temor de caer en digresiones, que la mayoría de los lectores condenaría como enfadosas, nos impide entrar en una descripción de la infinita variedad de métodos curativos que han llegado á nuestra noticia, como muy usuales entre los crédulos habitantes de nuestros campos. Por eso nos contentamos con dar á conocer el empleado por la *médica* que el curso de los sucesos trajo á figurar en la escena de esta historia, método que puede mirarse como un tipo del espíritu que preside en la que podríamos llamar « *clínica rural de Chile*, » ya que la escuela existe y ha existido con numerosos sectarios y clientes numerosísimos.

Sin reflexionar en las consecuencias que semejante ciencia puede tener, ni en el modo de extirpar los males que ocasiona en una parte conside-

rable de la población chilena, Manríquez había contemplado los recursos de ña Margarita, con el espíritu del hombre decidido á poner al servicio de sus deseos los acontecimientos fortuitos que se le presentasen y las fuerzas extrañas que, dirigidas por él, pudiesen concurrir al éxito de sus propósitos.

Con tal disposición de ánimo, pensó, al instante, que la *médica* era el mejor agente que podia ofrecérsele para entrar en comunicación con Inés, ya que la suerte le proporcionaba la inesperada felicidad de hallarse hospedado tan cerca de ella.

Por eso fué que al ver salir á la criada, había alzado la cabeza, dando á la vieja las órdenes imperiosas que manifestaban la firme resolución que le guiaba.

La vieja conoció instintivamente que tendría que luchar con una voluntad indomable negando la obediencia al que principiaba con tan enérgicas amenazas, y se acercó temblando al lecho de Manríquez, fascinada por los triunfantes reflejos que vió brillar en sus grandes ojos.

— Hablemos claro, la dijo el joven, usted estaba mostrando el diablo á esas pobres mujeres, y el diablo soy yo.

Ña Margarita sintió desfallecer sus fuerzas y acudir los mismos supersticiosos temores con que ella subyugaba el espíritu de los campesinos. Aquellas palabras resonaron en su conciencia como la amenaza del castigo divino de sus culpas.

— Desde ahora, prosiguió Abelardo, usted me va á servir en lo que yo le mande.

— En lo que quiera *su merced*, contestó la médica con humilde voz.

— Y ha de ser con mucha fidelidad, ¿entiende? porque si no me obedece en todo y si me traiciona en lo que la mande, no vuelve á dormir en su casa y va á parar á una prisión, donde le ajustarán todas las cuentas.

— ¡Cómo no le he de obedecer, pues, patroncito! exclamó la vieja con doliente voz; mándeme no más en lo que quiera.

— Bueno; para empezar dirá usted en la casa que mi enfermedad será larga, y me traerá una pluma, tinta y papel, diciendo que deseo escribir á mi familia.

— Pero, patroncito, dijo la vieja, yo le obedeceré en todo, pero qué interés tiene *su merced* en perjudicar á una pobre vieja que no tiene otro oficio con que vivir.

— Yo no quiero perjudicarla; sírvame usted bien y hasta le pagaré algo, respondió Manríquez.

— Entonces me deja que le haga los remedios.

— Haga usted cuantos remedios quiera, que yo no los tomaré y usted dirá que los he tomado.

La vieja salió á preparar sus remedios, y á buscar la tinta y papel que le pedía Manríquez.

La relación hecha por las dos criadas que habían acompañado á ña Margarita cerca de Abelardo, había consternado á las hijas de doña Ignacia Lermalta, que huyeron dando gritos al aspecto de la vieja.

Inés se acercó á ella y la dijo en voz baja:

— ¿Cómo está el enfermo?

— Malo está, señorita; me ha pedido pluma, tinta y papel para escribir á su familia.

Inés dió al instante á la vieja lo que pedía Manríquez.

La vieja llevó á éste los artículos de escribir, y volvió á preparar sus remedios á la cocina, en donde todas las criadas reunidas conversaban sobre el diablo que una de ellas había visto en la palangana.

— ¿Tenía cola? preguntaban varias de ellas á un tiempo.

Una cola de fuego de más de dos varas, contestaba la que refería lo acontecido.

— ¡Virgen María! exclamaban atónitas las otras.

— ¿Y sería muy feo, pues?

— Como maldito que es, pues, niñas ¡echaba fuego por boca y narices! decía la interrogada, persuadida por su parte que había visto en realidad la figura del ángel rebelde tal como lo representan en muchos altares de iglesia.

En ese momento entró la médica á preparar sus remedios.

Sólo daremos la primera receta con que ña Margarita compuso una bebida para Manríquez, á fin de que el lector tenga una idea de la terapéutica rural. Entraban en ella las materias siguientes, arregladas según las condiciones que se expresan:

« Tres cogollos de *nilgúe*, *suasados* en la llama de un candil de vela bendita.

« Siete medias hojas de borraja, machucadas en la campanilla del oratorio.

« Cinco cogollos de *chépica* remojados entre dos aguas en una acequia.

« Catorce granos de anís, envueltos en una hostia de comulgar, sin bendecir.

« Una narigada de sal y siete de azúcar prieta.

« Un manojo de entre-cáscara de palqui.

« Todo esto revuelto en un almirez y machucado con una piedra de río.

No tanto las materias empleadas cuanto las condiciones de su preparación, confirmaron en las criadas y aun en las amas de la casa la idea de que ña Margarita era una gran médica, digna por todos conceptos de la mayor consideración.

Entretanto, Manríquez había aprovechado el tiempo para escribir á Inés lo siguiente :

« Señorita :

« Apenas he recobrado los sentidos, he dado gracias á la buena suerte que colma mis deseos, poniéndome en situación de ver á Vd. con frecuencia y sobre todo, de repetirle que la amo más que á mi vida. Ésta no tiene precio alguno para mí sin Vd.; mas no me basta vivir en la casa que Vd. habita : mi única ambición es alcanzar el amor de Vd. ¿ Sucederá esto algún día ? Conocerá Vd. lo que vale un corazón que le consagra todos sus latidos y que guarda tesoros de amor que derramará á sus plantas el día que Vd., con una mirada, se lo ordene ? ¡ Ojalá ! porque, si no me conformaría con que Vd. me despreciase, menos consentiría en que otro sea más feliz que yo, porque sé que nadie tampoco es capaz de amarla como yo la amo.

« No espero que Vd. me haga el agravio de dejar sin contestación esta carta. Cuando abrí los ojos, encontré los de Vd. que me miraban con interés, luego mi salud no le es indiferente : dígame que corres-

ponde á mi amor y todas mis dolencias desaparecerán. »

La médica fué encargada de llevar esta carta á su destino.

Ña Margarita se hallaba en la edad más aparente para esta clase de comisiones. Á la natural tendencia femenil de favorecer los amores, ella unía la nieve de los años para no sentirlos; la curiosidad que en las mujeres de todas condiciones parece aumentar con la vejez, y esa tendencia, propia también de la avanzada edad, hacia la participación, aunque sea indirecta, de las emociones magníficas de la juventud que nadie olvida.

Cumplió, por consiguiente ña Margarita su comisión con prudencia y acierto. Inés recibió la carta al día siguiente.

Al ocultarla para esperar una ocasión propicia de leerla, atribuyó á la carta el fuego súbito de su emoción : creyó que el papel la quemaba la mano con que lo puso en el bolsillo. Desde ese instante se estableció entre ese bolsillo y su corazón una corriente eléctrica que turbaba el curso natural de sus ideas. Era la primera carta de amor que Inés recibía en su vida. Y la primera carta de amor es un punto luminoso de la existencia, que, aun divisado desde las nevadas alturas de la vejez, hace estremecerse el corazón al soplo de las emociones que entonces se sintieran. De modo que acabando de recibir la carta, no era extraño que esas emociones turbasen el pecho de Inés, que no podía seguir la conversación de sus primas, que se clavaba frecuentemente con la aguja y que se desviaba en su costura de la línea que debía seguir.

¿ Podríamos deducir de aquí que Abelardo había conseguido su objeto y que era amado ?

Esto sería manifestar una profunda ignorancia de la fisiología moral, y sobre todo, de la del corazón de la mujer.

Una carta de amor es para ella, en primer lugar, un homenaje rendido á su belleza.

Es el primer paso dado hacia la solución de ese enigma de fuego, al cual se dirigen deslumbrados los ávidos ojos de la pubertad.

Es el preludio de la eterna sinfonía, á cuyos voluptuosos compases aspira siempre el corazón á mecerse.

Es, en fin, mucho más que la realidad de un hermosísimo sueño, porque es ese sueño mismo, con su lucido cortejo de palpitante é indefinida felicidad.

Por eso era que Inés, sin amar precisamente á Manríquez, se estremecía turbada al tocar la carta que guardaba como un misterioso talismán.

Decidióse, por fin, á leerla, y aprovechó un momento propicio para deslizarse á la huerta.

Cantaban las aves entre los árboles ; mecían á los árboles las brisas tibias del medio día, y las flores doblaban lánguidas sus tallos con las ardientes caricias del sol.

Inés eligió un bosquecillo espeso. Las hojas rozaban como con amor sus cabellos rubios, y sus delicados pies oprimían el césped, doblándolo apenas.

Palpitábale con tal violencia el corazón, que al abrir la carta sintió casi un remordimiento de haberla recibido.

Que era fácil devolverla, pensó ella ; pero sus dedos

no la obedecían, y la mostraban abierto el pliego, y las letras bailando una zarabanda de loco regocijo.

Leyó : turbada primero, más trinquila después, y al fin con un sentimiento de completa satisfacción. ¡ Tres lecturas seguidas ! Pocas Jóvenes harían igual cosa con la lección de piano, se nos antoja pensar !

Ese sentimiento de satisfacción completa era propio de la índole de Inés. Experimentaba por las lides del corazón la inclinación irresistible que arrastra á los valientes á buscar el peligro. La carta prometía amor : Inés no echó de menos las flores retóricas que un amante romántico y perfumado de almizcle habría derramado con profusión entre sus frases. Era simplemente su despacho de soberana absoluta, de un corazón que latía en el pecho de un buen mozo. ¡ Qué más ! ¡ Qué más para una joven dominada, como tantas existen, de un espíritu de audaz coquetería !

Faltaba la importante cuestión de la respuesta. Inés salió del bosquecillo sin resolverla ; dejó pasar el día del mismo modo, y al retirarse á su cuarto, en la noche, tembló al ver que la *médica* se le acercaba misteriosamente.

Subyugada por el miedo y gozosa al mismo tiempo, recibió otro papel que la vieja deslizó en la mano.

Felizmente ocupaba un cuarto sola. Á la luz de la vela, leyó lo que sigue :

« Por Dios, no me deje usted en la ansiedad en que me encuentro, porque la desesperación podrá arrastrarme á dar algún paso que la comprometería. Mi amor es tan verdadero como profundo.

« A. M. »

Estas pocas líneas desvanecerían las vacilaciones de Inés. Al propio tiempo que conocía el impetuoso carácter de Manríquez y no dudaba por esto que su silencio le haría cometer alguna imprudencia, la perspectiva de una intriga amorosa halagaba sus naturales inclinaciones. Estas dos causas la determinaron á contestar. Mas era necesario hacerlo por escrito, y de aquí surgía una poderosa dificultad, que el autor se ve precisado á enunciar francamente, á fin de no quitar á su historia el sabor de la realidad, tan importante en los estudios de costumbres.

Inés se arredraba ante las tiránicas exigencias de la ortografía y de la redacción.

Como las personas de su sexo en general, la hermosa joven temía más descubrir su falta de cultura en una carta mal escrita, que el compromiso que esa misma carta podría originar á su buena reputación. Muchos amantes han maldecido el recato de una querida, sin figurarse que sus verdaderos enemigos han sido las reglas de ortografía. Inés, empero, tenía la decisión de las coquetas, que prefieren dar un paso aventurado á perder un adorador *interesante*. Esta fuerza de voluntad la sugirió la idea de vencer los escollos ortagráficos á costa de paciencia, y con tal fin decidió no emplear, en caso de duda, más que palabras sacadas de algún libro. La biblioteca de las casas del Trébol consistía sólo en algunos libros devotos, usados por Andrea y por su madre. En ellos fuéle preciso á Inés buscar las palabras para escribir, segú su ingenioso método. Por fin, al cabo de cuatro borradores, llegó á poner en limpio esta carta, en contestación á las de Manríquez :

« Yo también me alegro de que usted esté alojado en casa, porque así podremos serle útiles en algo. Su estado nos ha tenido en una grande inquietud, y deseamos mucho que se mejore. Por mi parte lo deseo también, no por verlo alejarse de aquí, sino porque es natural me interese por la salud de un amigo á quien aprecio. En cuanto á lo demás que me dice en su carta, le responderé, como antes, que no le creo. »

Si bien no poseía Inés grandes recursos en cuanto á la forma epistolar, en el fondo, como se ve, no decía más que lo que deseaba decir, siguiendo así su táctica de evitar respuestas compromitentes, escudada siempre de una aparente incredulidad, que dejaba abierto al enamorado el recurso de la justificación.

La *médica* llevó á Manríquez esta contestación, que iniciaba una serie de cartas, de las cuales sólo trascribiremos aquellas que sirvan para explicar la marcha de los acontecimientos.

XIII.

« Señorita :

« La frialdad de su carta me ha desesperado, y ha sido preciso todo el amor que usted me inspira, para hacerme desistir del primer impulso que tuve al leerla, de huir de esta casa, despreciando el estado de mi salud. Sólo tiene usted un tibio aprecio que ofrecer al que pone á sus pies un corazón lleno de ternura y de amor. Es muy poco para mi ambición, aunque sea mucho para mi honra. Veo realmente que soy desgra-

ciado, puesto que no tengo la fuerza de callarme y de arrancar de mi pecho un amor qne usted desprecia.

« ABELARDO MANRÍQUEZ. »

Esta carta llegó á manos de Inés el mismo día que envió su primera contestación.

Inés respondió lo siguiente :

« Yo no he dicho que desprecio su amor, sino que no lo creo. Yo no tengo los atractivos necesarios para inspirar una pasión como la que Vd. pinta, y es preciso que me haga justicia, no dando á mis palabras otro significado del que tienen. »

Mientras tanto, don Calixto y todos los de las casas del Trébol creían en los informes de la *médica*, que pintaban á Manríquez como luchando entre la vida y la muerte.

Manríquez escribió al día siguente :

« Usted no desprecia mi amor : mil gracias. Me vuelve Vd. una parte de mi tranquilidad perdida. Permítame, sí, desmentirla en una materia en que puedo ser mejor juez que Vd. : no sólo tiene Vd. belleza para inspirar un amor como el mío, sino que no comprendo, al pensar en el poder de sus ojos, que no sean el reflejo de una alma capaz de sentir un amor igual. Mucho me costará persuadirme de que el cielo le dió tantas perfecciones físicas y descompletó su obra, animándola con una alma indiferente, como la que Vd. se empeña en manifestar. De todos modos, yo la amo cada vez con mayor fuerza y siento que sólo podré ser feliz si soy correspondido. »

. . . . . .

« Señor Don Abelardo Manríquez;

« Muy injusto es Vd. conmigo, pues me dice que soy indiferente, y entretanto Juan Miguel me está haciendo cargos todos los días, porque según él, tengo el aire de estar siempre preocupada desde que Vd. está viviendo aquí. ¿Á quien creer en este caso? á Vd. que no me vé, ó á él que conversa conmigo diariamente? »

. . . . . .

« Señorita:

¡Al fin me dice Vd. el nombre que estaba temiendo ver en sus cartas! Prefiero el tormento de saber que Vd. ama á otro al continuo suplicio de la duda atroz, que no me abandona un instante. Si ese caballero le hace á Vd. observaciones como las que Vd. me refiere, es claro que Vd. le ha dado el poder de hacerlas, y de aquí debo deducir que mis temores no son infundados. No imploro, pues, un amor del que Vd. no tiene á bien considerarme digno; pero creo que puedo esperar de su amistad la franqueza que hará terminar mis terribles dudas. »

. . . . . .

Abelardo esperaba con esta carta arrancar por fin á Inés una palabra de amor, que confirmase la vaga, pero significativa expresión, de la que acababa de recibir. Inés, que no quería desesperarle, ni comprometerse demasiado contestó:

« Usted también me pregunta si amo á otro ¿y le he dado yo derecho de hacerlo diciéndole que le amo

á Vd ?. Lo mismo pasa con Juan Miguel : dice que me ama y me *embroma* con Vd. sin que yo le haya alentado en sus declaraciones de amor. Confiese que Vd. es injusto conmigo, que comprometo mi tranquilidad escribiéndole con tanta frecuencia. »

. . . . . .

« Señorita :

« Lo que no puedo menos de confesar es que ese don Juan Miguel me parece un necio de la peor clase, porque es necio rico. Para juzgarle así, me basta la confesión de Vd. que me dice que la embroma conmigo. Añadiré que reune la necedad á la insolencia, puesto que se atreve á hablar á Vd. de amor cuando no es capaz de sentirlo. Por consiguiente me dará Vd. una prueba de aprecio, no volviendo á compararme para nada con él.

« Me dice Vd. que se compromete escribiéndome ¿ por qué no evita ese peligro inventando algún pretexto para venir á verme ? Más falta me hace una mirada suya que la luz del sol de que me priva el estado de mi salud. Y si no puede venir, ¿ por qué no calma mi inquietud con una sola palabra ? Dígame que me ama, ó si no es así, confiese que mi amor la importuna. »

. . . . . .

En este pasatiempo, que la poética expresión de *jugar con fuego* caracteriza perfectamente, Inés iba cediendo poco á poco al contagio moral del verdadero amor, tan irresistible para los corazones que no han gastado en las asperezas de la vida la exqui-

sita sensibilidad de las emociones vírgenes. Releer las cartas de Manríquez, meditar las respuestas, ir deslizándose por la suave pendiente de las concesiones, dividir en mil partes la esperanza, á fin de saborearla sin formarse conciencia de la magnitud de los resultados probables, eran pasatiempos en que la joven hallaba un poderoso atractivo y á los que consagraba la mayor parte de sus meditaciones.

La brusca franqueza de su amante oficial la despertó de ese delicioso dormitar en que su alma se mecía dando á la realidad la poesía del ensueño, que quita á las cosas sus inconvenientes materiales.

El día que Inés recibió la carta que acabamos de transcribir, Juan Miguel, después de maduras reflexiones, había aprovechado un momento propicio para decir á Inés :

— La mejor prueba que Vd. pueda darme de que realmente no quiere Vd. á Manríquez es la de casarse conmigo.

En esa frase resumía Juan Miguel el resultado de las emociones diversas que en los últimos días le habían agitado. Vimos ya que el temor de verse desairado le había hecho salir de su orgullosa apatía y manifestar á Inés una decisión que hasta entonces, en su calidad de rico y de protegido de los padres de Inés, se creía dispensado de mostrar. Y así como la presencia de un rival le había reducido á la condición de amante solícito, esa misma circunstancia desarrolló el verdadero carácter de su organización moral. Ese carácter le colocaba en una categoría que no parece aventurado designar con el nombre de *amantes á toda costa*, categoría de

numerosos sectarios, que no esperan á ser amados de una mujer para creerse con derecho de poseerla, y que poco se inquietan de que una mujer les niegue su corazón, con tal de llevarla un día al altar y adquirir los despóticos derechos de que las leyes del matrimonio invisten al marido. Por esto fué que Sendero, temeroso de la preocupación que notaba en Inés, hastiado de las vagas promesas que en sus conversaciones podía obtener de ella, y cansado del papel de suspirador, que la joven parecía asignarle en sus decisiones de coqueta, resolvió dar el golpe decisivo de los hombres de su índole y cortar así las dificultades, pulverizar los obstáculos y entrar triunfante en el dominio de la existencia de su querida.

Por fortuna de Juan Miguel, la joven á quien se dirigía, en vez de ser romántica, era positivista. Es decir, que en lugar de representar en la escena del hogar doméstico el papel de víctima inmolada en aras del interés, daba gran importancia á éste y estimaba en dinero la posibilidad de alcanzar los apreciados goces materiales, que reciben ardiente culto de las sociedades civilizadas. De manera que las palabras categóricas de Juan Miguel la despertaron de su sueño, le presentaron las fases reales de la existencia, y la hicieron recordar los reiterados consejos de sus padres acerca del valor que una niña sensata debe dar á la *buena ocasión*, que en el calendario social podría llamarse NUESTRA SEÑORA DE LA FORTUNA. Pensando en la ligereza que cometía manteniendo con Abelardo una correspondencia epistolar, Inés bajó los ojos y se puso ligeramente colorada.

Sendero se figuró que ese rosado tinte de las mejillas venía del pudor y de la turbación que sus palabras habían producido. No ocurriéndosele nada que decir, creyó que lo mejor era repetir esas palabras, á fin de obligar á Inés á darle una contestación terminante.

— Yo no puedo disponer sola de mí, dijo Inés, sin alzar la vista.

— La pediré á su padre y á su mamita entonces, repuso Juan Miguel ¿ qué le parece ?

— Vd. es dueño de hacer lo que quiera.

Esta contestación equivalía al más esplicito consentimiento para Juan Miguel, y siempre llevado de su carácter, se dirigió á hablar con don Calixto sin esperar mayores explicaciones.

Don Calixto que, desde la llegada de Sendero, esperaba impaciente esta agradable *sorpresa*, estrechó entre sus brazos á su futuro yerno, diciéndole que colmaba sus aspiraciones y las de la familia.

Inmediatamente participó tan fausta noticia á doña Josefa, quien la comunicó á su hermana doña Ignacia, la que la refirió en secreto á sus hijas, por medio de las cuales llegó á conocimiento de las criadas, quienes a transmitieron á ña Margarita, la que no tardó en llevarla á su fingido enfermo.

Así en el mismo día en que Manríquez pedía en su carta á Inés una palabra de consuelo, recibía la noticia de su casamiento con el que él despreciaba como rival.

Manríquez, al oir semejante inesperada nueva, asió los zapatos que se hallaban al pie de la cama y los lanzó con furia á la cabeza de la médica que huyó

despavorida. Igual cosa habría hecho con don Calixto y con cualquier otro que se hubiese presentado á darle parte del recién concertado matrimonio. Su altanero carácter se revelaba contra la injusticia de la suerte, y aquel primer desengaño hacía estallar su natural impetuosidad, lejos de sumirle en la profunda desesperacíon que anonada con esta clase de golpes á la generalidad de los hombres.

Pasado, sin embargo, el primer movimiento de irreflexiva cólera, Manríquez sintió el ardiente deseo de triunfar de los obstáculos, impidiendo el casamiento de Inés. Á pesar de que jamás la joven le hubiese hecho promesa alguna de amor, Abelardo se creía amado, y fundaba esta persuasión en las cartas de Inés, en sus conversaciones y en su propio orgullo, que no admitía la realidad de verse desdeñado por un individuo á quien miraba con desprecio. Inexperto en la vida, y sin conocimiento alguno del corazón femenil, figurábase que más podía deslumbrar á una mujer un tesoro de amor puesto á sus plantas, que una suma de metálico ofrecida en participación, á trueque de vender su albedrío y envolver el corazón en la férrea tortura de un deber exclusivo y despótico. Él, que no hubiera cambiado su amor por la mayor riqueza, se convencía, á medida que reflexionaba, de que Inés era víctima de la autoridad paterna. Salvarla fué desde ese instante su propósito, y con esa mira escribió:

« Señorita:

Disponga Vd, de mí. La tiranía de los padres sólo puede triunfar de los corazones débiles y el suyo debe

ser fuerte. Diga Vd. una sola palabra y desbarataré ese odiado enlace, dando al insolente, que osa invocar el poder de la autoridad ajena para sus fines, una lección que le deje recuerdos eternos y le haga renunciar á usted para siempre.

XIV

Inés recibió esa carta en circunstancias que la llamaban de parte de su padre. Conociendo la violencia de Manríquez, ofreció que contestaría tan luego como la fuese posible. La *médica* fué encargada de tranquilizar á Manríquez con estas palabras á fin de hacerle esperar con más paciencia la contestación.

Dirigióse Inés á la pieza en que su padre la esperaba.

Don Calixto había querido dar cierta solemnidad á su primera conversación con su hija sobre la petición hecha por Juan Miguel Sendero. Al afecto había reunido en su dormitorio á su mujer, á su cuñada y á sus tres sobrinas. De este modo, la escena adquiría el carácter serio de un acto de familia que impondría cierta timidez á la joven y la obligaría á aceptar, sin oponer ninguna dificultad, la oferta que iba á hacerla.

Inés sospechó al momento el objeto para que su padre la mandaba llamar : su última conversación con Juan Miguel la tenía para ello preparada ; más la carta de Abelardo la hacía sentir la necesidad de no dar tan pronto su respuesta afirmativa, á fin de poder engañar su impaciencia con vagas promesas hasta irle preparando, poco á poco, al descubrimiento de la realidad.

Esta consideración la hizo entrar á la pieza en que su padre había improvisado un tribunal de familia, con el propósito de evitar en cuanto fuera posible una respuesta categórica, á pesar de la determinación en que se encontraba, de aceptar por marido á Juan Miguel.

Don Calixto se había quitado la manta que habitualmente vestía y puéstose una chaqueta con grandes carteras, en una de las cuales se veía un gran pañuelo de narices y en la otra la bolsa tabaquera hecha de cuero de PÁJARO NIÑO y la punta de la cigarrera de mostacilla en que guardaba las *hojas*. Para darse una actitud imponente, don Calixto tenía el mechero en una mano, el eslabón en la otra y el cigarrillo recién torcido, puesto horizontalmente entre los labios.

Al presentarse Inés, dió con el eslabón el golpe en la piedra, encendió el cigarro, arrojó algunos granos de tabaco que le habían quedado en la boca, haciendo sonar los labios, y tomó la palabra, diciendo con tono de familiaridad solemne :

— Hija, te hemos llamado para darte una buena noticia, que justamente celebra toda la familia. Juan Miguel me ha pedido tu mano, lo que para ti es una gran suerte, porque es un joven rico, trabajador y juicioso ; su familia es tan buena como la nuestra y aprueba su determinación. Yo le contesté, llamándole hijo, porque estaba seguro que por tu parte no tienes otro deseo que el de agradar á tus padres, y ahora te llamo para preguntarte qué te parece.

Durante este discurso, Inés había manifestado una turbación muy adecuada al caso. Con los ojos y las mejillas pudorosamente encendidas contestó :

— Sé que mi deber es obedecer á mis padres, pero estoy tan sorprendida... porque yo no pensaba que,.. en fin, me gustaría tener algún tiempo para pensarlo.

— ¡ Cómo es eso ! exclamó don Calixto en áspero tono. ¿ No están aquí tus padres para pensar por ti ?

— Cásate, no seas tonta, dijo á Inés su tía doña Ignacia. Ojalá se presentasen para éstas, añadió mirando á sus hijas que bajaban los ojos aparentando timidez, partidos como el que se te presenta. No estés creyendo, niña, que los maridos se encuentran así no más. ¡ Tan poco *matreros* que son los hombres para casarse ! Y la que no se casa se queda para vestir santos, hijita. No seas tonta, *dice* que sí no más ¡ qué más quieres ?

— Honrar padre y madre, dicen los mandamientos, observó, en tono de sermón, doña Josefa.

— ¿ Y á dónde íbamos á dar, añadió don Calixto, si los padres no pudiesen casar á sus hijas ? ¿ Qué sabes tú de lo que te conviene ó no te conviene ?

— Cásate no más, no *seais* tonta, repitió doña Ignacia.

— Encomiéndate á San Antonio y cierra los ojos, agregaba doña Josefa.

Este serie de advertencias y amonestaciones, hizo pensar á Inés que era imposible resistir por más tiempo. Ante la autoridad y el enojo de don Calixto, olvidó los temores que con respecto á Manríquez la preocupaban al entrar, y como, por otra parte, su objeto había sido únicamente ganar algunos días, renunció con facilidad á ellos, á trueque de no indisponerse con sus padres.

— ¡ Yo no he querido desobedecer, dijo levantando

los lindos ojos anegados en lágrimas ; yo pedía tiempo para pensar no más ; pero yo obedeceré á mi padre en lo que quiera y me casaré cuando lo mande.

— ¡ Así me gustan los hijos ! dijo radiante de alegría don Calixto. ¡ Abraza á tu madre, niña ! añadió dirigiéndose á Inés.

Ésta y doña Josefa se abrazaron llorando : y á este abrazo y á estas lágrimas, se unieron doña Ignacia y sus hijas, que gemían para dar prueba de sensibilidad delicada.

— Vaya pues, dijo don Calixto cuando hubo pasado el primer momento de ternura, ya ven lo que cuesta ser buena hija.

— La obediencia es la ley de Dios, agregó doña Josefa, enjugando sus lágrimas.

— Ojalá todas tuviesen tu suerte, hijita, dijo doña Ignacia á Inés, y á quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. La que pueda salir del paso debe darse á santa : ahora tú, que tienes la suerte de que Juan Miguel sea rico : ¡ buñuelos con miel, hijita !

Siguió por algún tiempo el coro de congratulaciones que cada cual, según sus gustos y su índole, hacía. Nadie, por supuesto, se detuvo á indagar si el amor tenía parte en el consentimiento de Inés, por ser esta una cuestión que en las familias se reputa de orden secundario, puesto que el código convencional que rige á las sociedades civilizadas, no reconoce á ese elevado sentimiento el poder de influir en la felicidad conyugal, sino como agente subalterno.

Al cabo pudo Inés sustraerse á su gozosa familia y retirarse á su cuarto para contestar á Manríquez como o había ofrecido. La escena que acababa de tener

lugar, introducía un cambio notable en sus ideas y propósitos. Al tomar la pluma, conoció que el pasatiempo con que había querido amenizar la monotonía del campo, era un juego peligroso que podía comprometer seriamente su porvenir. Esta consideración la hizo detenerse á meditar en lo que iba á escribir.

La carta que sigue es el reflejo de la determinación que tomó, después de un detenido examen de las circunstancias en que se hallaba :

« Después de pensar mucho si le escribiría ó no, veo que debo hacerlo por última vez, para advertirle que en adelante no podré ya recibir cartas suyas, por lo que espero no me volverá á escribir. Acabo de contraer compromisos que me impiden seguir esta correspondencia por inocente que sea, y creo que puedo contar con la delicadeza de Vd. para que me devuelva mis cartas anteriores en cambio de las suyas que le remito. Con esto quedará todo concluído, y estoy segura que Vd. guardará el secreto que podría perjudicarme, porque no todos creerían que he contestado á sus cartas por pura amistad y para distraerlo, ya que Vd. no podía salir de su cuarto. De todos modos, puede Vd. contar con esa amistad, aunque no vuelva á escribirle por razones que Vd. comprenderá. »

No esperaba Abelardo el lenguaje calculado y frío de la carta anterior. Habíale trazado su imaginación el cuadro de su amante desesperada, obedeciendo con el corazón hecho pedazos á la voluntad despótica de los padres, de manera que cada frase de esa carta tronchó alguna de sus ilusiones, hiriéndole además en su amor propio. También la idea de ver en brazos de otro á la que le había inspirado las primeras y, como

primeras, las más puras emociones del corazón, levantaba delante de su porvenir un muro de hielo, turbaba sus ideas y encendía en su pecho la cólera impaciente de los celos. Con el pulso agitado y el cerebro encendido, contestó :

« Señorita :

Esperaba que Vd. hubiese calmado mi dolor con alguna palabra de consuelo : en lugar de eso me pide Vd. sus cartas y me habla de su amistad. Ésta no la acepto y aquéllas las guardaré como el recuerdo más triste de mi vida, al mismo tiempo que me servirán de lección para el porvenir. Veo que me había engañado, creyendo que Vd. hubiese tenido bastante franqueza para decirme que amaba á otro y cerrarme de este modo la puerta á toda esperanza. Cruelmente me castiga Vd. por lo que á los ojos de ninguna mujer puede pasar por un delito : Vd. era libre ; la amé y tuve la franqueza de decírselo ; ¿ dónde está el crimen que me haga acreedor á tan duro tratamiento ? Á lo menos, devuélvame Vd. mis ilusiones á este respecto y dígame que la han obligado á obedecer. Yo creía tener algún derecho de exigirle franqueza ; mas conozco que ninguno tengo de pedirle un valor de que Vd. carece tal vez : dígame que ha obedecido, y todo lo olvidaré, menos mi amor, que vivirá en mi pecho eternamente. »

Esta carta despertó en Inés la suficiente sensibilidad para arrancarle dos ó tres suspiros. Sin darse cuenta cabal del verdadero dolor que agobiaba á Manríquez, su frágil corazón y su espíritu frívolo la hicieron dar

mayor precio á las últimas palabras, porque ellas eran el incienso quemado al poder de su hermosura. Mas, como sus últimas meditaciones la habían hecho ver que la correspondencia con Abelardo podía comprometer seriamente el porvenir que se le ofrecía, Inés contestó á la médica, cuando fué á pedirle la respuesta de parte de Manríquez:

— Dígale que no le volveré á escribir si no me devuelve mis cartas.

Manríquez contestó á esta misiva verbal con estas líneas:

« Para entregar las cartas, necesito hablar con Vd. No me niegue, Inés, una entrevista. He resuelto alejarme de aquí para siempre, pero quiero llevar una palabra de consuelo de sus propios labios. Decídase Vd. á decirla y volveré á ser su esclavo. »

Leyó Inés estas líneas, y entregando el papel á la vieja, la dijo:

— No me traiga más cartas: no las leeré, y dígale que haga lo que guste con las mías.

Al oir esta contestación, Abelardo se puso á pasear agitado á lo largo de la pieza. Desde la noticia del casamiento de Inés, habíase declarado en convalecencia, aunque para conservar el derecho de permanecer en la casa, mantenía siempre un brazo entablillado por el aliñador y suspendido por medio de un pañuelo. En su impaciente despecho, quitóse el pañuelo y dió en la mesa en que escribía sus cartas un fuerte golpe, que probaba la fuerza de su brazo.

La vieja le miraba con inquietud. En los días que había pasado cuidándole, la férrea voluntad de Manríquez la había avasallado completamente.

Al cabo de algunos momentos, el joven se detuvo junto á la médica diciéndola:

— Voy á hacerle un encargo que Vd. desempeñará con el mayor cuidado.

— Bueno, pues, señor, contestó ña Margarita, con voz sumisa.

— Vd. me ha dicho, añadió Manríquez, que Inés ocupa el cuarto que sigue al escritorio de don Calixto.

— Sí, señor.

— ¿Quién vive en la pieza anterior al escritorio?

— Doña Ignacia con sus hijas.

— ¿Cierran las puertas en la noche?

— Las criadas me han dicho que quedan abiertas.

— Pero la puerta que da al patio queda cerrada todas las noches ¿no?

— Esa sí, pues, la mayordoma le echa llave.

— Pues bien, yo necesito esa llave para esta noche.

— ¡Y cómo, pues, patrón, por Dios!

— Vd. sabrá cómo; yo la necesito y es preciso que Vd. me la traiga, dijo Abelardo con voz imperiosa.

La vieja bajó la cabeza con resignación y se retiró á buscar los medios de cumplir aquella orden perentoria.

XV

Grande fué la impaciencia con que esperó Manríquez la hora en que los habitantes de las casas del Trébol tenían costumbre de retirarse á dormir.

No pudiendo obtener contestación de Inés, había resuelto introducirse hasta su habitación y obligarla

á contestarle terminantemente, si al dar su mano á Juan Miguel Sendero obedecía á su corazón, ó sólo á la autoridad de su padre.

Había fundado Abelardo tantas esperanzas en su amor, sobre todo desde que Inés en sus cartas le dejaba entrever la probabilidad de ser correspondido, que le habría sido imposible resignarse á dejar la casa sin llevar una certidumbre acerca de las verdaderas causas que habían operado tan repentina transformación en la vida de Inés y en su propia suerte. Por esto había adoptado la violenta resolución de llegar hasta ella, y de comprometerla, si era necesario, para desbaratar el proyectado enlace, que él persistía en atribuir únicamente á don Calixto.

La vieja, entretanto, había entrado á la cocina poco antes de la hora de cerrar las puertas y ofrecídose á la mayordoma para acompañarla.

Para hacer aceptar esta proposición, ña Margarita tuvo la ingeniosa idea de intimidar primero á las criadas con algunos de esos cuentos fantásticos, con que la gente de baja condicion en Chile entretiene las veladas. Gracias á este arbitrio, tanto las criadas, cuanto la mayordoma, se hallaban sobrecogidas de espanto á la hora de dormir, de modo que la encargada de cerrar las puertas, aceptó gustosísima la compañía de ña Margarita para desempeñar esa parte de su servicio.

Ña Margarita pudo así apoderarse de la llave que Manríquez necesitaba para entrar en las habitaciones interiores de la casa. Mientras la mayordoma cerraba otras puertas, ella se encargó de la que caía al patio, dejándola abierta para mayor seguridad.

Manríquez apagó su vela á las once y entreabrió la puerta de su pieza, á fin de esperar, observando, que reinase en el interior de las casas un completo silencio. Pocos momentos después llegó la médica llevándole la llave.

En posesión de ella, tuvo Abelardo que dominar con dificultad su deseo de entrar inmediatamente; mas, el temor de perderlo todo por una imprudencia, le hizo resignarse á esperar una hora más.

Los locos proyectos que cruzaron por su imaginación durante esa hora de expectativa, fueron infinitos. ¡Cuántas veces emprendió con Inés la fuga al través de los campos! ¡Cuántas otras, saciando en su rival la sed de venganza que le abrasaba, pisoteó sin compasión á Juan Miguel en presencia de Inés que le despreciaba viéndole envilecido! ¡Cuántas, en fin, embotada al peso del dolor la conciencia, clavaba un puñal en el pecho de Inés, para que jamás latiera por nadie el corazón que no había querido latir por él.

En organizaciones vigorosas como la de Manríquez, á quien la naturaleza había dado vehementes pasiones á la par que una poderosa musculatura, todas esas enfermizas visiones del espíritu, eran como otras tantas realidades, que le hicieron experimentar en una hora, las encontradas sensaciones de su caprichosa incoherencia. De manera que cuando Manríquez dió un paso fuera de la pieza, se sintió cansado de espíritu y de cuerpo, cual si recién llegase de una penosa y larga peregrinación.

Mas al llegar á la puerta, cuya llave llevaba en la mano, volvióle la nerviosa agitación que el movimiento había suspendido por un instante, y mientras intro-

ducía la llave, su sangre se agolpaba turbulenta en las sienes, impelida por el corazón con una fuerza prodigiosa.

Á pesar de haber dejado ña Margarita aquella puerta sin cerrarla con llave, Abelardo, á falta de un tirador, tuvo que servirse de la llave misma para sostener una hoja, mientras empujaba la otra suavemente.

La puerta se abrió haciendo un ligero ruido, que pareció mucho mayor á Manríquez, á causa del profundo silencio que reinaba en las piezas. Dos de éstas tenía que atravesar para llegar á la que ocupaba Inés.

Colocado Manríquez en el comedor, cuya descripción hicimos en los primeros capítulos, y dando la espalda al patio, tenía á la izquierda una pieza ocupada por don Calixto y su mujer, á la que seguía otra en que dormían, Andrea y su prima Deidamia. Á la derecha estaba contigua al comedor la pieza ocupada por doña Ignacia Lermalta y dos de sus hijas, Amanda y Matilde; seguía á continuación el escritorio de don Calixto, que tenía puerta al patio, por la cual hacía los sábados el pago de peones, manteniéndola con llave y trancada el resto de la semana; y por último, terminando ese cañón de piezas, hallábase una estrecha y con sólo una puerta al escritorio, que por sus pequeñas dimensiones Inés habitaba sola.

Un velón puesto en una palmatoria, cuya base se bañaba en el agua de una palangana colocada en el medio del comedor, daba luz á las piezas contiguas, y otro de la misma manera arreglado iluminaba al cuarto de Inés.

Abelardo se quedó inmóvil durante algunos momentos, después de juntar la puerta que volvió á sonar

como al abrirse. La luz de los velones, bajando á medida que el sebo se había consumido, se agitaba en torno de la inflamada pavesa, y despedía sobre los muebles sus rayos escasos y vacilantes, que transformaban su forma natural en cuerpos de fantásticas proporciones. Sólo turbaban el silencio, las distintas respiraciones y ronquidos de los que dormían.

Cuando vió Manríquez que después de su entrada continuaba todo en tranquilidad, se adelantó caminando en las puntas de los pies, con dirección á la última pieza de la derecha, que, por los informes recogidos por ña Margarita, sabía que habitaba Inés.

Doña Ignacia y sus dos hijas que ocupaban, como dijimos, el primer cuarto, dormían profundamente. Á pesar de lo estraño y arriesgado de su situación, el joven no pudo contener una sonrisa al contemplar los distintos cuadros que se ofrecieron á su vista en la pieza que atravesaba. Doña Ignacia roncaba con la boca desmesuradamente abierta, la cabeza hacia atrás y una mano extendida fuera de la cama, como apuntando á un lugar del piso. Matilde parecía haber sido sorprendida por el sueño durante su oración, porque se apoyaba en la cabecera del catre envuelta en su pañuelo, inclinaba sobre el hombro derecho la cabeza y tenía entre las manos un rosario. En esa actitud y á causa de ella tal vez, su ronquido parecía querer luchar en sonoridad con el de su madre, con el que por momentos se confundía en la más grotesca entonación, y apartándose después el uno del otro, parecían entonar un aria disparatada, en la que una ejecutaba el *motivo* y la otra los adornos ó *fioriturаs*. En otro rincón del cuarto Amanda dormía tranquilamente.

Esos cuadros nocturnos disiparon la emoción de que Abelardo había entrado poseído y le permitieron seguir su marcha con más dominio sobre sí mismo.

En el cuarto de escritorio aligeró el paso y llegó como una sombra al de Inés. Apoyó una mano en el umbral de la puerta é inclinó la cabeza hacia el interior de la pieza, coteniendo la respiración mientras aplicaba el oído. En la pieza reinaba el más completo silencio: la respiración de Inés, igual y tranquila, no podía llegar hasta Manríquez, por que la apagaba el eco de los ronquidos que acababa de oir al atravesar el cuarto de doña Ignacia.

Decidióse por fin á entrar.

Dió los primeros pasos sin turbación y con la sangre fría, propia de su valor inalterable, Mas, á poco andar, se detuvo como electrizado, comenzó á latirle con violencia el corazón, á zumbarle la agitada sangre en los oídos, y sus grandes ojos dilatados y ardientes, fijaron en un punto su mirada de águila orgullosa.

Ese punto era el lecho en que dormía Inés.

La luz colocada en un lavatorio de palo blanco pintado de colorado, arrojaba algunos rayos tenues sobre la frente de la joven que resplandecía serena y tranquila, como rodeada de una aureola de misteriosa sombra. Suelto el cabello sobre la almohada dibujaba figuras caprichosas, y la ropa un poco caída, dejaba ver el hombro derecho y el brazo desnudos. La joven parecía apoyar la barba en la mano derecha, sobre la cual se inclinaba como pensativa. Los párpados desarrollaban su magnífica extensión. La boca apenas entreabierta, dejaba pasar la respiración pausada y silenciosa, y una atmósfera de virginal inocencia

parecía circundar aquel lecho cubierto por una colcha blanca, bajo cuyos pliegues era imposible adivinar las suaves ondulaciones que marcaba el cuerpo.

Abelardo avanzó como fascinado, dos pasos hacia el lecho, después de haberse quedado más de cinco minutos en la actitud que describimos.

Acostumbrado ya á la oscuridad de las piezas, sus ojos ávidos distinguieron perfectamente las facciones de Inés bañadas de plácida tranquilidad; la línea magnífica del hombro, cuya opaca blancura hacía resaltar el cabello que parecía negro con la escasa luz; el torneado contorno del brazo y la delicada pequeñez de la mano, que proyectaba su sombra sobre la sábana.

Algo, como la luz que ilumina en la fantasía de un poeta los contornos de una concepción divina, alumbró la mente de aquel joven en ese instante. Un poema de infinita ventura arrancó su alma del mundo material, borró de su espíritu la conciencia de su situación y engolfó su mente en el florido cuanto caprichoso laberinto de un porvenir encantado. El mágico poder de una ilusión fantástica, le hizo asociarse á la vida de la joven en la ardiente, pero casta región de un amor correspondido, y así recorrió con ojos cariñosos los objetos que la rodeaban, engalanándolos con los mimos de su espíritu desbordante de juventud, prestándoles una individualidad en esa existencia imaginaria y dándoles una intervención directa en los menores detalles de esa misma existencia. En el lavatorio, un jabón rosado, una de esas largas y delgadas botellas en que antes nos llegaba el agua de Colonia, le ha-

blaron de los delicados gustos de su querida, y esta circunstancia sirvió de base á su imaginación para colocar á Inés en su futura existencia, rodeada de perfumes riquísimos. Un prendedor y unos pendientes colocados sobre una mesa, le lanzaron en locas prodigalidades para adornar á su ídolo, que paseaba ante los ojos deslumbrados de mil mujeres envidiosas, que á su pesar tenían que proclamarla reina de la hermosura y del lujo. Cada objeto, en fin, de los que á su vista se presentaban, era el cimiento sobre el que Manríquez edificaba un nuevo castillo en el aire, más esplendente, más deslumbrador que el primero. Y cuando fatigada su imaginación de esa correría en el país de los caprichos de imposible realización, bajó al mundo real, y permitió á sus ojos divisar al pie del lecho las medias y las ligas arrojadas con descuido, y los pequeños zapatos de raso negro, que Inés se había quitado probablemente entre dos bostezos, Manríquez voló con la imaginación á las dulzuras de una tierna familiaridad, estrechó por el pensamiento, entre las manos, el delicado pie cuya prisión tenía delante de sí, ayudó á su tierna enamorada á quitarse las horquillas del pelo, jugó con sus hebras doradas, bañándose el rostro entre sus rizadas ondas y adivinó las risas locas, los cariños delirantes, las apasionadas acentuaciones de voz, el completo olvido del mundo, que forman el exclusivo tesoro de las almas jóvenes, que viven al amor de los rayos quemantes del astro que el moderno lenguaje ha llamado con tanta sinrazón, *luna de miel*.

— ¡ Qué locura ! exclamó para si el joven, cuan-

do un ronquido más fuerte de doña Ignacia, le sacó del mundo imaginario en que se había puesto á vagar en alas de su ilusión juvenil.

Entonces volvió á ser Inés para él la picaresca figura de infantil coquetería que le inflamaba el corazón.

Y sintió una rabia sorda, al verla tan bella y tan tranquila, de no haberla podido inspirar un amor como el que sentía rujir en su pecho; amor de esclavo y de amo, amor tormentoso y temerario, tierno á veces como un idilio, arrebatador, insolente en otros momentos como el del león indómito, pero siempre irresistible y tenaz desde que se encendió en su pecho por la vez primera.

Tuvo un instante de desaliento con estas reflexiones. ¡No ser amado! ¡qué árido se presentaba el porvenir! ¡qué imposible la dicha!

Pero era demasiado altivo para que ese desaliento pudiese durar mucho. Quedábanle los celos, que desde su entrada habían venido como víboras ponzoñosas á moderle el corazón.

Los celos con su aliento de fuego le hicieron de súbito estremecerse.

La poética visión de tanto ensueño era para otro, convertida en realidad no menos poética.

Los dardos inflamados que le hirieron el corazón, cubrieron como de un denso velo su espíritu, quitándole la facultad de pensar, mas no la de sentir.

Porque se acercó dos pasos más hacia Inés, la contempló algunos momentos, olvidó sus celos, olvidó la situación en que se encontraba, olvidó que no

era amado, é inclinándose sobre la almohada, estampó un beso de fuego en la boca de la joven.

Una exclamación de sorpresa, de miedo, de admiración, lanzó Inés al sentir el contacto de los labios de Manríquez. No podía al principio darse cuenta de lo que la pasaba.

¡Ni cómo explicarse tampoco la presencia del joven en su cuarto á semejantes horas!

Manríquez, que permanecía de pie á un paso de ella, la dijo:

— ¡Si Vd. grita está perdida!

El ruido de las respiraciones y ronquidos había cesado en las otras piezas, y algunas de las personas que dormían se habían dado vuelta en sus camas.

Por uno de esos caprichos inexplicables de la imaginación, que nos arranca á veces de una situación imponente para hacernos pensar en alguna idea ó recuerdo insignificante, Abelardo se figuró que doña Ignacia debía haber cerrado la boca y recogido la mano con que apuntaba á la alfombra.

Pero muy luego volvió á pensar en la realidad de su situación, porque al silencio había inmediatamente seguido un movimiento como de una persona que salta de la cama y empieza á vestirse con precipitación.

— ¡Mi padre! dijo Inés espantada.

— Si Vd. me promete oirme después, me ocultaré, la dijo Manríquez, sino le salgo al encuentro.

— ¡Escóndase por Dios! allí, en ese canastón! contestóle Inés temblando de pavor.

Le mostraba uno de aquellos deformes canastones

de junco, como un paralepípedo recto, que todavía se usan en algunas casas para guardar la ropa.

De un salto entró Manríquez en el canastón y cerró la tapa sobre su cabeza.

Era tiempo ya, porque don Calixto salía á la sazón de su cuarto y se dirigía al de Inés.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

LOS CALAVERAS

I

El camino que saliendo de Santiago hacia el oriente, se dirige á la vecina cordillera de los Andes ha sido siempre pintoresco.

Bien sea al principiar, deslindando al norte por la línea extensa del Tajamar, que opone una valla á las frecuentes creces del Mapocho, y al sur por los viejos edificios que pierden su aspecto de tristeza en medio del verde follaje de los frondosos árboles que los rodean; bien sea más afuera, limitado por las tapias de los potreros y por las cercas vivas de arbustos entrelazados, este camino tiene siempre á su frente el magnífico panorama de la cordillera, en cuyas nieves eternas van á mirarse los primeros rayos del sol, como en un espejo que les devuelve su imagen engalanada de los colores del iris.

No se ocupaban de ese grandioso espectáculo de la cordillera, que nos contentamos con señalar en dos palabras, cuatro personas que iban por ese camino en un carretón tirado por una yunta de bueyes.

Los Andes y sus nieves serán eternos, y eterno tam-

bién será el sublime espectáculo que ofrecen á la vista del santiaguino indiferente. Por esto nos dispensamos de una descripción que los amantes del paisaje literario, si así puede llamarse este género descriptivo, habrían encontrado oportuna al frente de esta segunda parte de nuestra historia.

Pero como los carretones no parecen tener la estabilidad de los Andes, puesto que con su casi total desaparición han probado que adolecen del carácter de transitorios, que hace tan efímeras las obras del hombre, nos detendremos un instante á contemplar el que, como dijimos, salía de Santiago con algunas personas, tirado por una yunta de bueyes.

Cuatro eran las personas que iban en el carretón: tres mujeres y un hombre.

Las tres mujeres eran jóvenes y el hombre era un viejo de sesenta años, flaco y encorvado. Llamábanle las jóvenes *tatita*, porque á la fecha de esta historia, el calificativo de *papá*, que se ha extendido hasta las clases inferiores de la sociedad, empezaba sólo á introducirse en la parte más culta de la población.

El viejo era viudo, una de las jóvenes casada, y las otras dos solteras.

Tales eran los viajeros: he aquí el vehículo que los llevaba.

El carretón, como se sabe, es una carreta pequeña, cuyo techo lo forman dos bastidores de tabla ó de lienzo pintado, que se cortan en ángulo agudo, dando á la armazón la forma de los ranchos de nuestros campos.

El cuerpo principal ó toldo, era formado de bastidores de lienzo pintados de verde y amarillo. Tenía

una puerta en cada cabecera, con sus respectivas cortinas blancas, amarradas con lazos de cinta amarilla. En cada lado había dos ventanitas con barrotes de palo terneados y pintados con los mismos colores del toldo. Iba, como dijimos, tirado por una yunta de bueyes que guíaba con su picana el carretero.

En pos de la carreta caminaban tres hombres á caballo.

El padre de las tres jóvenes, vestía un traje de paño negro que evocaba recuerdos de antiguas modas, en partes, al propio tiempo que en otras, presagiaba las modas contemporáneas. Componíase de un frac de cuello derecho, en la forma del que algunas pinturas representan como el traje de gala de los *beaux* ó elegantes del Directorio francés, que sucedió á la Convención, de borrascosa memoría. Este cuello se unía sobre los hombros á una solapa angosta que formaba con el cuello un ángulo agudo. Las mangas eran estrechas y cortas, y los faldones de moderadas dimensiones con grandes carteras en su nacimiento. Este frac, el sombrero y el calzado, eran las prendas más notables de aquel traje, pues el chaleco y los pantalones eran de forma moderna. Ese sombrero de copa alta y ancha en la parte superior y que iba disminuyendo hacia fuera, recordaba los antiguos morriones de tropa. El calzado no era notable por su forma ; pero sí por su clase, sobre todo en consorcio con el traje que hemos descrito : era un par de zapatillas de orillo con las que don Raimundo Basquiñuelas, propietario de ellas y del traje, burlaba los rigores de la naturaleza, pronunciados en su persona en la forma de callos durante todo el año, con el aditamento de sabañones en invierno.

Como su cuerpo, el ser moral, que componía la

parte racional de don Raimundo, era notablemente flaco. Ignorante de la ley del progreso indefinido del humano linaje, tan ponderada en el día, él no miraba con gran detención al porvenir: vivía de los recuerdos de su muerta consorte y de los que algunas escenas de la revolución de nuestra independencia le habían dejado en el espíritu, contentándose, en cuanto al presente, con el cariño de sus tres hijas, el sueldo de ochocientos pesos que le daba el Estado por el desempeño de un empleo fiscal, y la satisfacción de un apetito siempre vigilante y aplicado al sibaritismo, en cuanto sus escasos recursos se lo permitían. De manera que su rostro enjuto, en el que la canosa barba, afeitada cada ocho días, marcaba con más acentuación las arrugas, sólo se animaba hablando del Director O'Higgins, ó de algún guiso suculento, y mostraba en las circunstancias ordinarias de la vida, la fría impasibilidad que adquieren los hombres que vegetan en la sombra de las oficinas, sin más esperanza que el sueldo, ni más dogma político que la ciega adhesión á la autoridad. Por lo demás, don Raimundo era buen católico, regañón á veces, y aficionado siempre al buen polvillo, que sorbía haciendo sonar las narices con la voluptuosa satisfacción del conocedor. Prefería, para su uso, el cigarro *por hacer* al cigarro *hecho*, porque de este modo no tenia que *brindarlo* á sus interlocutores, como la cordialidad y la buena crianza lo aconsejan, y podía aceptarlo de ellos en virtud de esa misma cordialidad y buena crianza. Detalle es éste de economía personal, que se va perdiendo con ese tipo del empleado viejo, que de día en día desaparece de nuestras oficinas.

Amaba á sus hijas con el cariño que no divisa los defectos por enorgullecerse de las perfecciones. Amor de instinto, sin discernimiento como sin egoísmo. Don Raimundo Basquiñuelas lo moderaba en presencia de sus hijas con la terquedad propia de la antigua educación española, que parecía sólo dirigirse á infundir respeto y aún veneración á la familia, confiando sin duda en el poder de la sangre para cultivar el amor filial, tan susceptible de desenvolvimento. De este modo, á pesar de su severidad, había acogido en su casa á Primitiva, su hija mayor, á quien ciertas ligerezas de conducta habían arrojado del hogar conyugal, convertido en tormentoso piélago por las justas recriminaciones de su marido. Don Raimundo ofrecía *meter una mano al fuego* por Primitiva, siempre que con algún amigo ventilaba esta cuestión, y confiaba á esta hija mayor la custodia de sus dos hermanas Candelaria y Martina, algunos años menores que la primera.

Con más hermosura que sus hermanas, Candelaria poseía uno de aquellos corazones que aspiran al placer, al ruido, al lujo, con todo el vigor de los deseos femeniles que inician en la vida su indefinido programa de aspiraciones multiformes. Nacida de condición humilde, las ricas telas la encendían el cerebro con una excitación parecida á la de los niños, cuando piensan en la posibilidad de volar ; y los ojos de un buen mozo la inflamaban el corazón, como se inflama el cielo encapotado al contacto de una nube cargada de electricidad. Su corazón, como ese cielo, estaba cargado con las nubes de sus aspiraciones, que acabamos intencionalmente de calificar de multiformes.

Su físico correspondía á su organización moral: había en estas dos partes de su ser una armonía perfecta. El cuerpo torneado sin ser prosaicamente gordo, el seno de atrevida forma, el cuello flexible y redondo, parecían formados para inspirar los idilios profanos, que entona el corazón á la belleza material, cuando ha perdido la imaginación el lirismo de la inocencia y le queda todavía el fuego de la juventud. En los ojos, que eran negros, chispeaban la lozanía y la pasión, formando una hoguera cuya llama atraía irresistiblemente, como enamoradas mariposas, los corazones ávidos de amor. Tenían sus rosadas mejillas la diáfana transparencia de las primeras hojas abiertas con el calor primaveral: la frente era tersa, puro el óvalo del rostro y reinaba en toda su fisonomía un aire de voluptuosidad, propio sólo de algunos rostros de mujer, que poseen la inimitable pureza de la virginidad, sin tener el candor que dan las ideas adormecidas en el limbo de una casta inocencia. Una espesa cabellera negra, dividida en dos trenzas que bajaban más abajo de la cintura, aumentaba, por su color, el carácter acentuado de su fisonomía, en la que el sol de nuestro clima parecía reflejar sus rayos con pasión.

Cerca de ella iba sentada Martina, soltera como Candelaria y menor un año que ésta En Martina no había nada de notable, bien que tuviese con Candelaria y Primitiva la semejanza que, con el nombre de aire de familia, admite la comparación entre dos rostros, cuando es muy inferior el uno al otro en hermosura. Una expresión popular, característica y pintoresca, como lo son generalmente las definiciones de los profundos conceptos del pueblo, pinta mejor que

cualquiera descripción minuciosa el aire que en el rostro de Martina predominaba : Martina tenía *cara de pascuas.*

Era, con efecto, una franca y espansiva alegría la que dibujaban sus labios algo abultados, que reflejaban su carmín en dos hileras de dientes blancos y bien dispuestas. La misma expresión bailaba su gozosa danza en las pupilas de sus ojos negros y pequeños, en los hoyuelos de sus mejillas rosadas y frescas, en la frente y en la barba. Más baja que Candelaria, su cuerpo no carecía de gracia, y al ver la flexibilidad de su cintura, los entendidos en la materia, divisaban al instante á la buena bailarina de zamacueca.

Tales eran las personas del carretón.

Pero dijimos que en pos de éste caminaban tres hombres á caballo. La importancia del papel que desempeñaron en la vida de Manríquez, nos obliga á diseñarlos física y moralmente. Lo haremos, empero, con brevedad, para dejarles desarrollar su carácter en los sucesos de que fueron actores, y á fin de proceder con orden daremos á la edad el puesto de preferencia.

Cincuenta y dos años habían sonado en el reloj que medía la edad á don Lino Alcunza, el jinete que caminaba en medio de los otros dos. Á los treinta había quemado ante Himeneo la última flor del celibato : la libertad personal. Sea que la falta de legítima descendencia que heredase su nombre, le desalentara en su constancia á los sagrados juramentos de conyugal fidelidad ; sea que con el último cuarto menguante de su luna de miel, hubiesen amenguado también sus ilusiones respecto de su consorte; sea, en fin, que al

renunciar á su libertad, no lo hiciese con entera vocación, renunciando también al instinto de pluralidad amorosa, que parece trabajar á los hijos de nuestro tentado padre común, el hecho es que don Lino se había lanzado á merodear al florido campo de Venus, interponiendo la mediación de su dinero, ya que de atractivos personales los años le habían robado el usufructo. Y esto decimos, porque don Lino Alcunza no peinaba ya propio, sino ajeno cabello, y había perdido la juventud de su mirada como la frescura del cutis y la desenvoltura que tiene el cuerpo, antes que las trabas de los muchos años le entorpezcan. Para hacer frente á estas lamentables pérdidas, tenía don Lino, como dijimos, el poderoso agente monetario, gracias al cual se había conquistado la benevolencia respetuosa del padre de Candelaria, y se atrevía á rodear de galanteos y de regalos la vida de esta joven.

Á la derecha de don Lino caminaba un hombre de treinta años que revelaba en su exterior y en sus palabras el más perfecto contentamiento de sí mismo. Nada caracterizará mejor á este personaje, que la aplicación adjetivada que damos los chilenos al sustantivo *parola,* al que hasta su nombre, Timoleón Francisco Miraflores, correspondía perfectamente. Hablaba en efecto Timoleón Francisco con tal afectación, parecía y manifestaba tener tal fe en su individual importancia, que aquella palabra, aplicada á los fanfarrones en nuestro lenguaje familiar, daba una idea perfecta de su carácter. En cuanto á sus gustos, era Miraflores enamorado por ostentación, gastador por vanidad, pendenciero por hacer alarde del valor que le faltaba,

y amigo del ruido y de las fiestas, para desplegar sus bulliciosas inclinaciones y saciar su inistinguible y constante afición á exhibir su persona en primer término en toda reunión.

Por fin, el tercer personaje que tras del carretón marchaba era un joven de veinticuatro años, rubio y delgado, de animada fisonomía y fácil elocución, de la que con frecuencia usaba en forma de discurso. Felipe Solama dedicaba á Martina Basquiñuelas algunos de esos discursos; pero dotado de una imaginación entusiasta y desarreglada, amigo de grandes cuestiones filosóficas y sociales, elevaba generalmente á la categoría de la metafísica las más vulgares conversaciones, separándose así de sus oyentes, que á veces contestaban con bostezos, á su porfiado empeño de considerar todos los actos de la vida como objeto de profundas disertaciones. Esas tendencias naturales, cultivadas con lecturas hechas sin orden ni propósito fijo, si bien enervaban un tanto sus buenas dotes intelectuales, dándoles una dirección errada, no habían modificado de ninguna manera las dotes de su corazón. Era noble en sus instintos, leal en sus afectos y generoso en sus acciones: para él un amigo era sólo una expresión aislada de la gran fraternidad universal, que debía reinar en todo el orbe, y una querida, la fuente del gran lazo de amor que debía reunir á las criaturas para el perfeccionamiento y progreso de la humanidad. Su Dios era la creación, y los filósofos spanteístas sus profetas. Por lo demás, su conversación embrada de chistes, que él decía siempre con seriedad, daba grande atractivo á su trato entre los apreciadores de su ingenio.

Estos eran los personajes que la suerte debía poner en el camino de Manríquez.

Como dijimos, salían de Santiago por el camino del Tajamar que se dirige á la cordillera.

Cuando la comitiva se hallaba en el punto que ahora ocupan los molinos del Carmen, daban las ocho de la mañana.

II

Timoleón Francisco Miraflores tenía la palabra.

— Les voy á presentar hoy, decía, á un oficial de húsares, amigo mío, el muchacho más alegre del mundo.

— ¿ Cómo se llama ? preguntó Felipe Solama.

— Abelardo Manríquez, contestó Timoleón.

— ¡ Manríquez ! le conozco, hemos estado juntos en el colegio, exclamó Felipe.

— ¿ Dice usted que es oficial ? preguntó don Lino Alcunza.

— Y de húsares, ¡ caramba ! Es buen mozo como un Cupido, dijo Miraflores.

— ¿ Dónde le conociste ? preguntó Felipe Solama.

— ¡ Ah, canasto ! eso es un secreto, contestó Timoleón.

— ¿ Tienes secretos para tus amigos ? malo, dijo Felipe; la conciencia del hombre debe ser de vidrio transparente para los amigos honrados.

— Sí, sí, está bueno ; vas á embaucar tú á Timoleón Francisco Miraflores con tus máximas de Pero Grullo. ¡ Caramba ! ¿ No sé yo lo que hago ? ¡ Que me metan el dedo en la boca ! tan suavecito que soy.

— Hombre, no se trata de eso, replicó Felipe; no te enojes Timoleón. ¿No quieres contar cómo conociste al oficial de húsares? acabóse. La libertad individual es la única base sólida de las sociedades: quédate con tu secreto.

— Yo sé lo que hago, niño, repuso Timoleón, y les iba á contar todo cuando me interrumpiste. Dije que era un secreto, porque es la verdad. ¿Alguien cree que yo no puedo tener secretos? Que lo diga: veremos si lo repite, ¡caramba!

— Yo reclamo entonces lo que ibas á contarnos, dijo Felipe.

— Á ver, don Timoleón, cuente, pues, añadió Alcunza.

— Ya voy, don Lino, no se apure, contestó Miraflores. ¡Canasto! ¿Le parece que tengo pelos en la lengua? Oiga y verá bueno. Usted, que no es lerdo, debe haber conocido á la Zenobia Llano,¿no es cierto?

— ¿La Zenobia? creo que sí, contestó Alcunza

— Sí, véngase haciendo de Belén ahora, repuso Timoleón; apuesto veinte onzas ¡caramba! á que no hay en Santiago muchacha buena moza que usted no conozca, ¡Miren quién! la pierna de Judas no iba á conocer á la Zenobia Llano!

— Concedido: la conoce; prosigue, dijo Felipe.

— *Prooosigo*, repuso Miraflores, recalcando sobre esa palabra, como la escribimos; la Zenobia se moría por mí. No es la primera; pero la vieja de su tía la cuidaba como á hueso de santo: con una onza que le dí á la *china* que les servía, tuve citas platónicas por la puerta falsa. Vivían al lado del Tajamar, concluyendo la calle de Santo Domingo.

— ¡ Ah, ya sé, sí la conozco ! exclamó don Lino.

— ¡ No ve, pues hijo ! ¿ qué le decía? replicó Timoleón ; usted es la pierna de Judas ; ¡ estoy por decir que es más diablo que yo ! Y sépase que no es poco, ¡ canasto !

— Prosigue, dijo Felipe Solama; tu sistema de digresiones me parece inconducente.

— Prosigo, sin digresiones, repuso Miraflores. Hace dos meses noté que el amor de la *prenda* se iba resfriando, lo que no es raro, porque las mujeres son como las olas del mar.

— Pérfida como las ondas, dice Shakespeare, murmuró Solama.

— ¿ Quién ? preguntó Timoleón.

— Shakespeare, contestó Felipe, un famoso poeta inglés que tú *no conoces ni de sombrero*.

— No conozco más inglés que don Juan, el que vende pan de cerveza, dijo Miraflores.

— Al cuento, exclamó Alcunza.

— Sigo, y oigan bueno, añadió Timoleón. Para que á mí me la jueguen se necesita ser más que diablo. La *prenda* se figuró que yo tenía el gaznate muy ancho, y principió á darme ruedas de molino.

— Esa es una figura retórica, dijo Felipe, volviéndose hacia don Lino.

En este momento se levantó la cortina del carretón, y Martina Basquiñuelas mostró su risueño semblante.

— ¿ De qué van hablando tan entretenidos ? preguntó.

— De unas misiones que está dando en la villa del Cobi el padre Irarrázabal, contestó Timeleón.

El padre Irarrázabal gozaba en 1836, de gran popu-

laridad en la oratoria sagrada, particularmente, entre la clase media y la gente del pueblo.

Felipe Solama y don Lino Alcunza se rieron á carcajadas de aquella respuesta, tan diametralmente opuesta al asunto de la conversación.

— No es cierto, replicó Martina, viendo por la risa de dos de los interlocutores que Timoleón había mentido.

— Bueno, pues, no será, ya que usted lo manda, díjola el mismo Timoleón; cuando lleguemos le contaré la verdad.

Cayó la cortina, ocultando el rostro de la joven.

Timoleón Francisco Miraflores continuó :

— Cuando yo vi que la chica andaba con santos tapados, paré la oreja y me hice el tonto. Zenobia me decía que ya no podíamos vernos, porque su tía estaba maliciosa y la celaba.

— ¿ Esa era la rueda de molino ? preguntó Felipe.

— ¡ Te parece poco ! exclamó Timeleón. ¡ Canasto ! á mí no me la juegan así !

— Con las mujeres no hay que pestañear, dijo don Lino Alcunza.

— ¡ Oyes ! repuso Miraflores dirigiéndose á Felipe, la experiencia te habla por boca de don Lino; él ha perdido el pelo estudiando esa materia, y más sabe el diablo por viejo que por diablo ¿ No es así, joven Alcunza ?

Amigo, no se venga á reir de mí, contestó don Lino Alcunza, amostazado.

— No hay que enojarse, don Lino, repuso en su enfático tono habitual Timoleón Francisco Miraflores, no he hecho más que citar un adagio.

— Los adagios, observó Felipe, son la verdadera filosofía, porque son el resultado de la experiencia, trasmitida de generación en generación.

— ¿Y qué pájaro tiene don?... el moscardón, exclamó Miraflores con una seriedad afectada.

— Vaya hombre, siga su cuento, díjole don Lino, convencido de que enojándose llevaba mal camino con sus burlescos amigos.

— No es cuento, amigo mío, replicó Miraflores, es un *pisodio* de historia contemporánea. ¿No se dice así Felipe?

— Episodio has querido decir, contestó el joven Solama.

— ¿Y cómo dije yo, pues!

— Pisodio.

— Me equivoqué: el caso es que no es cuento, sino historia verdadera la que estoy contando, dijo Miraflores, y yo, añadió, sólo miento en casos delicados de conciencia.

— Esa es una máxima jesuítica, propia para corromper á la sociedad, exclamó Felipe.

— Cada uno se apea por el lado que le conviene, replicó Timoleón, ese es mi sistema ¡caramba! No todas las verdades son para dichas.

— La verdad es el pedestal de la virtud, dijo Felipe Solama sentenciosamente.

— Suponte, repuso Timoleón, que la señora de nuestro amigo don Lino, le pregunte á la vuelta, ¿dónde ha estado? ¿será justo que responda la verdad y se presente como un marido calavera? Redigo que no.

— Al cuento, al cuento, no se trata de mí, exclamó don Lino, queriendo esquivar la tenacidad con que

Timoleón le exponía á las chanzas, que parecían ser el lenguaje habitual de sus dos compañeros.

— Á la historia, quiere Vd. decir: prosigo continuando, dijo Miraflores.

— Ese es un pleonasmo, exclamó Felipe.

— ¡ Por Dios ! siga no más, señor ! dijo don Lino.

— Bueno pues: como Zenobia no quería seguir oyendo mis galanteos, me disfracé para espiarla y al segundo día, habiéndola dicho que tenía que ausentarme de Santiago, me puse en la noche en observación. La cosa no era tan fácil, porque la casita tenía una puerta á la calle y otra al Tajamar.

— Casa con dos puertas mala es de guardar, como dice Calderón, exclamó Soloma.

— ¿ Qué Calderón ? preguntó Miraflores.

— Calderón de la Barca, el gran Calderón, respondió Felipe.

— Si lo dice, tanto mejor para él; yo no me ahogo en tan poca agua. Hice una reflexión: es mucho más probable que si Zenobia recibe á alguien entre por el Tajamar ¡ Eh ! ¿ qué tal ?

— Profundísimo raciocinio, eres un Salomón, díjole Felipe.

— ¡ Qué están pensando, pues ! añadió Miraflores. ¿ de qué sirve entonces tener algo aquí ? dijo apoyando en la sien izquierda el índice de la mano del mismo lado, con aire de magistral satisfacción.

— Sigue, díjole Solama.

— Sigo: la cosa salió como yo lo pensaba; dicho y hecho. Á las nueve de la noche, vi desembocar un hombre por la plazuela de la Cancha de gallos; caminar por la vereda á lo largo de la pared, de-

tenerse un instante á la puerta de la casa de mi pérfida y *colarse* después calladito para adentro.

— ¡ Te engañaba la pícara ! dijo Felipe.

— Lo dices como si fuera tuyo el descubrimiento, le replicó Miraflores.

— Ha sido el grito de la amistad herida, repuso en tono solemne Felipe Solama.

— ¡ Bah! yo no me aflijo por tan poco, exclamó Timoleón. Si uno se muriese por esas cosas, á mi amigo don Lino tendrían que enterrarle cada semana por lo menos.

¡ Vuelta á la broma ! dijo Alcunza, no se trata de mí.

— Eso no señor, exclamó Felipe, Vd. forma parte de la humanidad en su clase de ser racional, y puede, por consiguiente, servir de base para una comparación filosófica.

— No se aflija don Lino, repuso Miraflores ¿ Qué no sabe el versito ?

Á la mar tiré un tiro
Cayó en la arena :
Confianza en las mujeres
No hay que tenerla.

— Verso, añadió Solama, que brilla sobre todo por su lógica de fierro. La consecuencia es digna de la premisa. Es lo mismo que si dijéramos : miré al cielo y un pájaro dejó caer algo que me tapó un ojo. No puede suceder de otro modo cuando se mira al cielo.

— No entiendo, dijo Timoleón.

— Déjense de bromas : diga amigo ¿ qué sucedió ? preguntó don Lino.

— ¡ Y Vd. me lo pregunta ! exclamó Miraflores. ¿ Qué habría hecho en mi lugar cualquiera que no fuese un cobarde ? Lo que yo hice : corrí á la puerta antes que la cerrasen y llegué en puntillas al cuarto de la infiel. Sepan Vds. que mi rival había dejado tras de sí un rastro embalsamado de agua de Colonia : este olor hizo subir mi cólera hasta el último grado, y empujé la puerta resuelto á dar de patadas al insolente.

— Mal hecho, observó Felipe.

— Yo te la diera á ti, dijo Timoleón.

— Tu rival estaba en su derecho, porque nadie seduce á quien no quiere dejarse seducir : ella sola tenía la culpa.

— ¿ Y querías que le fuese á pegar á una mujer ? ¡ Yo, Timoleón Francisco Miraflores, levantar la mano á una criatura débil ! ¡ Caramba, eso es cosa de cobardes !

— No digo que la fueses á pegar : ella te engañaba, debías fulminar contra ella el castigo que dan las almas nobles : ¡ el desprecio !

— ¡ Sí ! chuparme el dedo, ¿ no ? ¿ Me has visto cara de tonto ? ¡ Canasto ! el que me la hace me la paga : yo no me ando con chiquitas.

— ¿ Qué hizo Vd. entonces cuando entró ? preguntó don Lino con curiosidad.

— Aguárdese, voy á contarles, respondió Timoleón. Al entrar vi al hombre que daba un abrazo á la infame : ésta dió un grito, y el que estaba con ella se volvió hacia mí. Era un oficial, y sin duda para no hacer ruido no había llevado su sable.

« — ¿ Qué busca Vd. aquí ? me preguntó con unos

ojos de tigre, que á uno que no hubiese sido valiente lo habrían hecho arrancar. »

— « Yo tengo tanto derecho como Vd. para estar aquí, le contesté.

— El se acercó más á mí, siempre con su mirada de tigre, y me dijo en voz baja :

« — Mire, amigo, no hagamos ruido. Si Vd. estima en algo sus orejas, sálgase de aquí inmediatamente, porque de lo contrario, se las corto con esta navaja y las clavo en la puerta de la calle. »

— ¡ Cáspita ! exclamó Felipe, el oficial parece poco parlamentario.

Timoleón continuó :

— ¿ Qué se les figura que hice ? Me fué imposible no simpatizar con el valor de aquel joven, ¡ Qué diablos ! yo soy así : denme gente valiente, con esa me entiendo. En lugar de darle un bofetón como había pensado y de sacarle á patadas, le alargué la mano, diciéndole : « Es Vd. un valiente, deme *esos cinco jazmines* y seamos amigos : así me gustan los hombres ¿ dónde vive Vd ? » Me dijo donde vivía y salí de la casa, arrojando á la ingrata una mirada de desprecio.

— ¡ Vaya, vaya ! exclamó riéndose don Lino.

— ¿ Qué tal ? preguntó Miraflores, creyendo que aquella risa era de aprobación, así se entienden los valientes ¿ no es cierto ?

— ¿ Lo fuiste á desafiar ? preguntó Felipe.

— ¡ Qué desafiar, hombre ! contestó Timoleón en tono de orgullo ¿ iba yo á pelear con un hombre así, por una muchacha sin corazón ? No señor, las gentes de alma grande deben buscarse. Al día siguiente fuí á

ver al oficial, y desde entonces somos amigos. Anoche me prometió que vendría á nuestro paseo.

III

Al cabo de una hora de marcha se detuvo el carretón á la puerta de unas casas de modesta apariencia.

Del interior fueron saliendo varias personas que parecían esperar la llegada de don Raimundo y su familia.

Á medida que las hijas de don Raimundo iban bajando, caían en brazos de las personas que habían salido del interior de la casa.

Entre éstas se distinguían: un hombre de edad avanzada, una mujer de pocos menos años que este hombre, dos mujeres jóvenes y un joven como de veintiocho á treinta años.

Decimos que se distinguían, porque entre ellas reinaba un aire de familia pronunciado por su fealdad uniforme. Una nariz larga y huesosa, pequeños ojos, boca de chocante contorno, eran las faccionnes que en los cinco rostros predominaban.

La acogida era bulliciosa:

— ¡ Cómo les ha ido ! decían las jóvenes á las hijas de don Raimundo Basquiñuelas.

— Muy bien, pues, contestaban éstas.

— ¿ Qué tal se han portado los bueyes ? preguntaba el viejo á don Raimundo.

— Espérate, déjame bajarme, respondía éste, á quien habían puesto una silla para bajar del carretón.

— Comadre, buenos días.

— ¿ Cómo está pues compadrito ?

— Martina, vente conmigo.

— Candelaria, yo no me aparto de ti.

Con estas palabras se oían risas, se daban abrazos, apretones de mano, y se hacían, en fin, las manifestaciones de una cordial alegría.

Las otras personas que habían salido de la casa, tenían visiblemente aspecto de criados y parecían regocijarse, á su modo, de la llegada de los huéspedes.

Iban ya á dirigirse á la casa, atravesando el patio que mediaba entre la puerta de entrada y el edificio, cuando Timoleón Francisco Miraflores alzó su sonora voz, diciendo al viejo que parecía ser el dueño de casa :

— Alto don Cayetano, déjeme presentarle á mis amigos. ¡ Qué es esto pues ! vamos por partes.

— Dispensa, hombrẽ, contestó parándose don Cayetano : ya sabes que soy buen muchacho, tus amigos son mis amigos, no necesito que me los presentes.

— No señor, es preciso que Vd. sepa cómo se llaman. Este caballero es el señor don Lino Alcunza, hombre rico y sujeto inmejorable.

— Señor, cuánto me alegro de conocerlo, dijo el viejo.

— Este otro, añadió Timoleón, es don Felipe Solama, buen abogado, buen filósofo, buen amigo, buen ciudadano, y que será buen padre de familia, cuando haga la tontería de casarse.

El viejo don Cayetano repitió á Felipe las mismas palabras que había dirigido á don Lino.

— Bueno pues, ya los conoce, díjole Miraflores, puede dejarnos : nosotros vamos á quitarnos las espuelas y á sacudirnos un poco.

Don Cayetano indicó á Timoleón una pieza en que podían arreglarse el desgreño causado por el polvo del camino, y se retiró.

— El viejo me parece campechano, dijo Felipe.

— Con la historia del camino se me había olvidado decirles la clase de gente á donde les traía, dijo Miraflores.

— Yo sé lo suficiente, dijo Felipe : el viejo se llama don Cayetano Alvarado, sus hijas Sinforosa y Cayetana, su hijo Cayetano también, y su mujer doña Dolores, no sé qué.

— Alvarado también, dijo Miraflores, es prima hermana de don Cayetano.

— Ese estrecho parentesco de los consortes, observó Solama, me explica la fealdad superlativa que reina con orgullo en toda la familia.

— Son feos, pero buena gente, replicó Timoleón ; nadie está obligado á ser buen mozo, caramba ¿ no es verdad don Lino ?

— Así es mi amigo.

— Iba pues á decirles que don Cayetano es dueño de esta quinta que mide tres cuadras de extensión, y como no tiene más con qué vivir, es pobre.

— Ese no es un defecto, dijo Felipe, todos los grandes demócratas lo han sido.

— Don Cayetano, continuó Miraflores, ha sido muy alegre toda su vida.

— Pues ha tenido aguante, porque ya es bien viejo, observó Felipe.

— Todos los años por este tiempo tiene su *parrandita*, prosiguió Timoleón, y convida á don Raimundo, que viene con la familia. Se canta, se baila, se come y se bebe largo ¿ qué tal ? — ¿ He tenido razón de convidarlos ?

— Mucha, dijo Felipe : yo te voto una acción de gracias.

— Vamos pues acercándonos, dijo don Lino.

— Mi amigo, le dijo Miraflores, su impaciencia de hallarse al lado del bello sexo me llena de regocijo.

— Al que le toque estar al lado de las hijas de don Cayetano, dijo Felipe, no podrá jactarse de estar con las del bello sexo.

— Qué importa cuando las Basquiñuelas son buenas mozas, dijo don Lino, balanceándose en las puntas de los pies.

Dirigiéronse al cuarto en que las dos familias se hallaban reunidas. Era una pieza pobremente amueblada, con estera sólo en el piso, sillas de paja, un viejo sofá de junco, y dos mesas de cedro mal barnizadas. En un rincón había una arpa. Sobre una de las mesas veíase un caracol, y á los lados, á guisa de candelabros, dos plumas de pavo real, plantadas en vasos llenos de arena. En la otra, un huevo de avestruz con idéntico adorno de plumas de pavo real á los lados.

La conversación era animada. Contábanse las jóvenes sus secretos y sus esperanzas; los viejos sus recuerdos y desengaños.

Al ver entrar á los tres amigos, don Cayetano exclamó dirigiéndose á sus hijas.

— Vaya niñas, cántenle una cosita á estos caballeros.

Timoleón se colocó entonces en medio de la pieza.

— Alto ahí, exclamó, el canto en ayunas es mal sano, yo tengo algo que decir.

— Diga pues, contestó don Cayetano.

Las jóvenes suspendieron sus conversaciones y miraron con curiosidad á Miraflores. Éste tomó la palabra :

— Me he tomado la confianza, dijo, de convidar á un amigo mío que no tardará en llegar. Es un oficial de húsares muy buen mozo, señoritas, y muy valiente, caballeros ; por esta última circunstancia es amigo mío.

Hubo un ligero silencio que interrumpió el trote de un caballo en el patio. Timoleón dirigió su vista por la ventana y exclamó :

— ¡ Ahí lo tienen Uds !

Las jóvenes se agolparon á la ventana y Miraflores salió á recibir al recién llegado.

Éste se bajó del caballo, tendió la mano á Timoleón y conducido por él entró á la pieza, de cuya ventana se habían retirado las jóvenes, exclamando en voz baja :

— ¡ Qué buen mozo !

Después de lo cual habíanse sentado, bajando la vista con ruborosa modestia bien fingida.

Timoleón Francisco dijo desde la puerta, mostrando á su amigo.

— Les presento, señoritas y caballeros, al señor don Abelardo Manríquez.

El joven designado por este nombre, inclinó ligeramente la cabeza y paseó una mirada segura sobre todas las personas que había en la pieza, deteniéndola en las hijas de don Raimundo Basquiñuelas, con las

que formaban un contraste notable las de don Cayetano Alvarado por su fealdad característica.

El uniforme de húsares realzaba el porte de Manríquez y daba mayor elegancia á sus maneras, que el traje de campesino con que en la primera parte de esta historia le conocimos. También sus facciones, más acentuadas; su cútis que había perdido el tostado barniz del sol, y el arreglo personal del hombre que vive en la ciudad, hacían más relevante su belleza natural, que pareció producir en las jóvenes una profunda sensación.

En presencia de aquellos hombres colocados á mayor altura que ellas en la escala social, las jóvenes se sentían tímidas y desde la entrada de Abelardo no se atrevían á levantar la voz como lo hacían pocos momentos antes.

Igual cosa sucedió á los viejos, menos á don Cayetano, que entabló una conversación familiar con don Lino Alcunza, mientras que Abelardo hablaba con Felipe y Timoleón.

Doña Dolores, la dueña de casa, salía entretanto, y entraba con frecuencia. Cada vez que esto acontecía, su marido la preguntaba, interrumpiendo lo que con don Lino conversaba.

— ¿ Ya está ?

Á lo que su consorte respondía :

— Poquito le falta.

— ¡ *Boda* es esta cuando se tarda tanto ! exclamaba, desde un rincón en que había quedado, don Raimundo Basquiñuelas, frotándose las manos de contento y haciendo sonar la lengua contra el paladar, como un catador de vinos experimentado.

Las frases de este último diálogo se habían repetido dos veces ya, cuando Manríquez dijo á Timoleón.

— Fuera del apetito, tengo impaciencia de ir á la mesa, porque me está gustando esa chica que Vd. dice llamarse Candelaria : siénteme ahora á su lado.

— Pues hombre, tendrá Vd. un rival, contestó Miraflores.

— Ah, tanto mejor, ¿ quién es ? dijo sonriéndose Manríquez.

— Aquel respetable caballero de peluca, que habla con el patrón.

— Como la niña tiene dos lados, yo me sentaré á la derecha y él á la izquierda : así el combate será igual, repuso Abelardo.

En este momento apareció doña Dolores nuevamente en la puerta. Don Cayetano se volvió hacia ella y preguntó :

— ¿ Ya está ?

— Ya está, contestó ella.

— ¡ Santa palabra ! exclamó don Raimundo, que, á fuerza de esperar, empezaba á languidecer.

Timoleón se acercó á Candelaria cuando todos se ponían de pie, y la dijo al oído :

— ¿ Qué le ha parecido el oficialito ?

— Muy bien, pues, contestó ella con una sonrisa de modestia.

— Pues, hijita, me alegro, porque usted lo ha flechado.

Candelaria bajó los ojos, en los que brilló un rayo de alegría y de orgullo.

Don Cayetano dijo en alta voz :

— Vaya pues, á hacer penitencia, sin cumplimiento.

Miraflores añadió, hablando siempre en voz baja á Candelaria que se alejaba:

— Guárdele un asientito al oficial; él me ha encargado que pida á usted ese favor.

Todos los circustantes salieron de la pieza y se dirigieron á un parrón, debajo del cual estaba puesta la mesa del almuerzo.

IV

El parrón, en que la mesa estaba colocada, atravesaba longitudinalmente una huerta que se extendía á los pies de la casa, comprendiendò una área de media cuadra cuadrada. Al pie de los harcones de espino que formaban el parrón, había matas de rosa de todo el año, clarines, enredaderas de caracol y otras, que mezclaban sus hojas y sus flores con las hojas y guías de las parras, formando un dosel de verdura sobre la extensión de la mesa. Á uno y otro lado del parrón se veían hileras de duraznos, perales, ciruelos y damascos, con sus frutos que los soles de diciembre comenzaban á dorar. En un rincón del huerto, cuatro viejos y corpulentos nogales y algunas higueras, entrelazaban sus ramas. Las abejas volaban de flor en flor, haciendo oir su zumbido, y las mariposas de colores diversos, giraban en rápido y caprichoso vuelo, deteniéndose de cuando en cuando sobre una hoja de árbol, para extender las alas á los rayos del sol, con voluptuosa complacencia.

La huerta de la quinta de don Cayetano Alvarado,

era en suma, como eran generalmente las de las antiguas quintas que pueblan el camino que sale del Tajamar, en las que el lujo de la vegetación, la abundancia de luz y la facilidad del regadío, suplían el gusto artístico que preside actualmente en la plantación y arreglo de muchas quintas.

Á fin de dar colocación á todos los convidados, habíase prolongado la longitud de la mesa con tablones de álamo clavados en viguetas de la misma madera, plantadas en el suelo y con la altura conveniente. Á este aumento de la mesa correspondía también la variedad de manteles de diversas dimensiones con que estaba cubierta.

Gracias á la intervención de Miraflores, el oficial de húsares ocupó un asiento al lado de Candelaria, á quien don Lino Alcunza había seguido desde la pieza en que se hallaban, hasta sentarse al otro lado. Para hacer los honores del almuerzo, don Cayetano ocupó una cabecera de la mesa, doña Dolores la otra y sus hijas el centro. Las demás personas se sentaron como mejor les cuadraba: mas á pesar de la precaución de alargar la mesa, como Manríquez y don Lino habían aumentado el número previsto de convidados, fué preciso *estrecharse*, lo que se hizo entre risas y dichos más ó menos chistosos. Hecho esto, dió principio el almuerzo. Los encargados de servir atacaron tres fuentes de humeante *cazuela*, distribuídas en las cabeceras y en el centro. Las exigencias del apetito y la falta de animación que reina al principio de toda comida, fueron causa de que sólo se oyeran en los primeros momentos preguntas y respuestas vaciadas en el siguiente molde:

— ¡ Le pongo más caldo !

— ¿ Qué presa le gusta ?

— ¡ Ay, échame, hijita, la rabadilla !

— El *contri* ¿ á quién le gusta ?

— Á mí.

— Yo quiero pechuga.

— Soplen, que el caldo quema.

Y todas aquellas voces que en casos semejantes son de estilo, entre personas que reemplazan la etiqueta de las maneras elegantes, por la bulliciosa franqueza de la confianza.

Mas, despues de la *cazuela* empezó á circular la chicha en grandes jarros, y el mosto en botellas, que don Cayetano reservaba para esta solemnidad anual de su familia. Tras de las libaciones vinieron otros platos, y tras de éstos otras libaciones, que fueron dando agilidad á las lenguas, animando las miradas, multiplicando las risas, entonando las voces y desarrollando la general tendencia de cada cual á ocupar la atención de los otros con sus ideas favoritas.

Así, doña Dolores, que tenía una predilección decidida por referir todos sus recuerdos á las distintas épocas de su vida en que se había encontrado en cinta, decía á Manríquez, que se hallaba distante de ella :

— Vea, caballero, yo creo que conocí á su señora madre ¿ no es cierto Cayetano ? ¿ Te acuerdas de doña Zoila Méndez ? Yo estaba entonces embarazada de Cayetanito ; por más señas que tenía un estómago de perro. ¡ Ay hijito ! si es mucha cosa esto de tener hijos !

— Trazas quiere la guerra, mi señora, contestaba Manríquez, atusándose el fino bigote y mirando con

apasionados ojos á Candelaria, que contestaba con otra mirada igualmente sentimental.

Felipe Solama, alzando el vaso lleno de mosto, añadía:

— Señora, tener hijos es servir á la patria: la misión de la mujer, en la esfera de las altas ideas sociales, es tener hijos para servir á la humanidad.

— ¡Adiós diablo! gritaba Timoleón Francisco Miraflores con su gruesa voz, cuando Felipe principia á filosofar, es señal que principia á emborracharse.

— ¡No señor! protesto enérgicamente! contestaba Solama con voz igualmente enérgica; no es preciso estar ebrio para conocer que toda cuestión debe iluminarse con la luz de la filosofía, para darle su importancia verdadera.

Don Raimundo Basquiñuelas, que sólo se entusiasmaba, como al describirle dijimos, con los buenos guisos y con sus recuerdos, exclamaba atacando un gran trozo de chancho arrollado:

— Yo estaba en la plaza cuando entró el general San Martín después de la derrota de Cancha-rayada; por más señas que había comido ese día unos pejerreyes de Aculeo que parecían truchas: mi finada mujer los hacía de chuparse los dedos, sin espinas.

— ¿Los dedos ó los pejerreyes, eran los que no tenían espinas? le preguntaba riéndose don Cayetano.

— ¡Muchacho! ¡muchacho! gritaba Miraflores á un huaso que quitaba los platos; pídele á mi criado que mande una docena de *voladores*.

— Es muy temprano para *voladores*, dijo doña

Dolores: me acuerdo la primera vez que nos vinimos á esta quinta, yo estaba entonces embarazada de Panchito que se me murió de chavalongo. No, aguárdese, creo que era de la Sinforosa; no, no, era de Panchito y.....

— Que vengan los *voladores*, anda muchacho, replicó Timoleón. ¡ Qué es esto, caramba ! ¡ nunca es temprano para alegrarse !

— Cuando la batalla de Maipo, hombre, para tirar voladores nosotros ! exclamaba con la boca llena don Raimundo.

— Los griegos tenían los juegos olímpicos para las festivadades, dijo Felipe Solama, al mismo tiempo que hablaban don Raimundo y Timoleón; los romanos tenían los circos.....

— Y los araucanos la *chueca*, decíale interrumpiéndole Miraflores.

— Bueno pues, la *chueca*, replicaba Solama. Todos esos juegos tienen una alta significación en la vida de los pueblos, porque en el campo de las alegorías, cada nación les da la forma de su índole peculiar.

— Mira, ésta si que es alegoría, exclamó Timoleón, encendiendo un volador y lanzándolo al aire.

Las jóvenes dieron gritos de espanto, los hombres palmotearon las manos al estallido del cohete y don Lino se aprovechó de la confusión general para apoderarse de una mano de Candelaria.

— ¡ Eh ! le dijo ésta, ¿ qué no le amarraron las manos cuando chico ?

— El señor, dijo Manríquez con risa burlesca, ha olvidado los tiempos de su niñez con el largo trascurso de los años.

Este diálogo tenía lugar aparte, y perdido en las voces de los demás que hacían sus observaciones á Timoleón, empeñado en disparar sus voladores.

— Se equivoca, caballero, replicó don Lino avergonzado, tengo muy buena memoria.

— Á su edad es una gracia, dijo Abelardo, con tono de desprecio.

— No hay chocolate como el de las monjas rosas, decía en otra parte don Raimundo, apoderándose de una taza que le pasaba doña Dolores.

— Pero vea, compadre, y yo que cuando estoy embarazada, decía ésta, no puedo batir el chocolate, porque se me corta la leche.

— Apuesto á que prendo un volador sin soltarlo, exclamaba Timoleón, después de haber encendido ya una docena.

— ¡ Ay, por Dios ! exclamaron las jóvenes.

— No se asusten, gritó Timoleón, donde yo estoy no hay cuidado, pichonas mías.

Las jóvenes, sin embargo, al ver que Miraflores, unía la acción á la palabra, acercando al volador que tenía en la mano derecha un palo encendido, abandonaron sus asientos y corrieron hacia la casa, dando gritos de espanto cuando sintieron estallar el volador, que Timoleón no soltó de la mano.

El único que todavía no había concluído de almorzar era don Raimundo, que estaba en su segunda taza de chocolate y refería, entre sorbo y sorbo, la entrada de O'Higgins y de San Martín á Santiago después de Cancha-rayada.

— El Director supremo, decía, llegó con una mano herida, me parece que lo estoy viendo y el general San...

— Esos hombres que nos daban patria, dijo interrumpiéndole Felipe Solama, que era carrerino, debían más tarde forjar, á la sombra de su popularidad, la cadena del despotismo, que hace retroceder á la humanidad á los tiempos primitivos.

— Vea lo que son las cosas, exclamó doña Dolores, yo quería ponerle Primitivo á Cayetanito, porque cuando estaba embarazada me llevaba leyendo el almanaque y Cayetano mi marido quería que le pusiésemos Jerónimo.

— Ese nombre es el de uno de los santos que más han comprendido el espíritu filosófico de su época, repuso Felipe, apurando un trago de mosto, cuando desde el desierto oía la música de las fiestas en que el pueblo de Roma perdía en la molicie.....

— Pues desde aquí se oye la música que tocan en la plaza, decía, interrumpiendo al orador, doña Dolores, que no entendía una palabra del elevado lenguaje de Felipe.

Abelardo y Timoleón, entretanto, habían abandonado la mesa y seguido á las jóvenes al interior de la casa, en donde no tardaron en reunírseles los demás, que habían quedado bajo el parrón esperando que don Raimundo concluyese su chocolate.

Cuando todos estuvieron reunidos en la pieza que servía de salón, Miraflores, colocándose en el medio de ella en teatral actitud, exclamó :

— Ahora si qué vendría bien una canción.

— Vamos, niñas, saquen el arpa, dijo don Cayetano.

— ¿ Qué cantamos pues, mamita ? preguntaron las dos narigudas doncellas, haciendo mimos que

daban á sus rostros una expresión desesperante de caricaturas.

— Canten el *Cisne* pues, contestó la madre.

— No, los *Ojos negros*, exclamó Martina Basquiñuelas.

— Los ojos son el espejo del alma, dijo á ésta el joven Felipe Solama, que se había sentado junto á ella.

— Que se cante el *Trovador*, dijo con estentórea voz Timoleón Francisco ; yo lo mando.

— No señor, la *Extranjera*, replicó Felipe ; esa canción tiene un perfume sentimental.

— El *Zagal*, dijo Timoleón, que sienta bien después del almuerzo, ¿ no es cierto, señoritas ? ó más bien dispongan Udes., añadió, en la asamblea hay discordancia de votos.

— Entre los sectarios de la democracia, la mayoría debe decidir, exclamó Felipe exaltándose.

— Yo decido que estás muy tonto, niño, le contestó Timoleón : ándate á la cama y ahí se te pasará.

Cayetana con el arpa, y su hermana Sinforosa á su lado, entonaron para cortar la discusión :

Cual solitario cisne que mirando
Próximo de morir, el trance fuerte.....

Y eran tan chillonas sus voces y tan desacordes, que Felipe Solama, volviéndose á doña Dolores la dijo :

— Cuando Vd. estuvo embarazada de estas niñas, debe haber tenido canarios en su casa, mi señora.

— No tenía canarios, pero sí toda mi familia ha sido cantora, pues, contestó doña Dolores. Cuando *estaba de* Panchito, compré un canario que se me murió en la *pelecha*, añadió.

Con el ejemplo de aquel diálogo y heridos los oídos con las voces de las dos hermanas, casi todos habían entablado conversaciones particulares. Cayetana y Sinforosa, que daban, empero, gran importancia á sus canciones, iban gradualmente aumentando el diapasón de la voz, hasta convertirlo en chillidos capaces de herir el tímpano indolente de un sordo.

Manríquez se había colocado junto á Candelaria y sostenía con ella una de esas conversaciones animadas en que, dejándose llevar de la impetuosidad natural de su carácter, salvaba toda reticencia y desconcertaba la femenil timidez con la audacia del ataque. Sus palabras, además, no eran sino la continuación de lo que sus ojos habían dicho á la joven en la mesa :

— Tiene Vd. en los ojos, la decía, la única expresión que puede conmoverme en la mujer.

— ¿ Qué expresión ? preguntó Candelaria.

— La del corazón que es capaz de inflamarse de repente, de amar á primera vista.

— Se engaña, no quiero á nadie.

— No digo lo contrario, pero puede querer.

— ¿ Quién ha de pensar en mí ? dijo Candelaria con cierto aire de modestia sincera, porque hallaba al oficial demasiado buen mozo para conquistarle en tan poco tiempo.

Manríquez contestó con viveza, fijando en ella su poderosa mirada.

— ¿ Quién ? Yo, por ejemplo.

— ¡ Ah ! Vd. tendrá muchas otras que lo quieran.

— No se trata de eso, aquí estamos Vd. y yo. Yo digo que encuentro en Vd. la expresión que busco en la mujer ; esa expresión me ha conmovido y querría ser yo

quien se la hubiese inspirado. ¿ Será mucho pretender ¿

— Mucho para mí, porque es mucho el favor que Vd. me hace.

— No hablemos de favor, hablemos de amor.

— ¿ De qué amor ?

— Del que podríamos tener Vd. y yo.

— No merezco tanto.

— Con la belleza que Vd. tiene, bien puede olvidarse de la modestia. ¿ Me creería Vd. si la dijese que ya estoy enamorado ?

— ¡ Tan de repente ! exclamó Candelaria, con admiración verdadera.

Esta contestación dejó callado á Manríquez. Tenía tanta semejanza con la que en tiempos pasados le había dado Inés, que los recuerdos de esos primeros amores se agolparon á su memoria como una cohorte de melancolías solícitas, que él trató de ahuyentar, dando paso al suspiro que las dormidas emociones de sus más puras alegrías exhalaron al despertar en su pecho. Era evidente que Abelardo hábia sufrido una transformación notable durante el tiempo que le hemos perdido de vista : su silencio era de ello una prueba. En vez de apelar á los argumentos de un espíritu vivo é ingenioso : en vez de responder con algún estallido del corazón ardiente, se calló al lado de una joven de pobre condición y de arrogante belleza, que le miraba como fascinada por el imperio de sus ojos y de su hermosura.

Sin querer anticipar los hechos en el estudio del corazón de nuestro héroe, nosotros hacemos notar este fenómeno, del que importa dejar consignada la existencia.

Mas no era su silencio el tímido retraimiento del enamorado novel, ni el manejo artificioso del que tiende en estudiadas reticencias, mañosas redes á un corazón incauto, ó, por apasionado, imprevisor; el silencio de Manríquez era el del recogimiento de un hombre á quien asaltan recuerdos imperiosos, ó que combate con emociones violentas y encontradas.

No volvió á interrumpirlo: dejó su asiento y atravesó la pieza con la frente erguida y desdeñoso el labio, en circunstancias que las hermanas Alvarado lanzaban al aire las últimas notas de su canto desapacible.

Candelaria miró al joven que se alejaba, y dió un suspiro. Sin quererlo, Manríquez acababa de herir su amor propio, y con frecuencia estas heridas se tornan en dolencias de amor solo, cuando el que las hace tiene el doble inmenso prestigio de la juventud y de la hermosura.

V

Mientras Cayetana y Sinforosa cantaban la vieja canción del *Cisne;* mientras Abelardo Manríquez hablaba con Candelaria, el cuadro general que formaban los demás circunstantes, había tomado poco á poco muy diverso aspecto del que tenía al principiar el canto.

Don Raimundo Basquiñuelas, vencido por el calor y los efectos de la digestión, había estirado las piernas y parecía mostrar orgulloso sus zapatillas de orillo, mientras que con los ojos cerrados por el sueño y la boca entreabierta, daba cabeceadas que no mar-

caban el compás de la música, pero que marcaban otros tantos saludos de aprobación, hechos á los concurrentes con ceremoniosa afectación.

Felipe Solama, que se había sentado al lado de Martina Basquiñuelas, no pudiendo oir con tranquilidad el canto de las dos hermanas, y viendo que Martina se fastidiaba de oirle sus galanteos hechos en forma de disertaciones filosóficas, se había quedado dormido como don Raimundo, é inclinaba con frecuencia la cabeza hacia el hombro de Martina, que buscaba la vista de los demás para mostrarles, riéndose, el espectáculo que su galán presentaba.

Timoleón Francisco Miraflores, apoyando la cintura al borde de una de las mesas, con la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y la derecha descansando entre el chaleco y la camisa, sobre el corazón, con la cabeza erguida y el rostro brillante de satisfacción, dirigía miradas con pretensiones seductoras á Primitiva Basquiñuelas, que se encontraba á la izquierda de su hermana Martina.

Don Lino Alcunza espiaba con celosa vista la conversación entre Manríquez y Candelaria.

Sólo don Cayetano Alvarado y su mujer doña Dolores, escuchaban el canto de sus hijas con paternal solicitud, dando muestras, ya que no de buen oído, ni de delicado gusto filarmónico, de la ciega indulgencia con que generalmente los padres aprecian los méritos de sus descendientes.

Pocos momentos antes de terminarse la canción, observando Miraflores á los que dormían, salió en puntillas del cuarto y volvió trayendo un volador, que encendió de modo que estallase con las últimas

notas, hecho lo cual, y casi al mismo tiempo, empezó á gritar con toda la fuerza de su voz y dando carreras por el cuarto.

— Viva ! viva ! viva !

Con la detonación del volador, que Timoleón hizo estallar á la puerta de la pieza, y los gritos descompasados que siguió dando, Felipe Solama y don Raimundo Basquiñuelas despertaron sobresaltados, incorporándose con precipitación el primero y revolviendo el segundo los ojos espantados en torno suyo.

Una carcajada sonora y general acogió el buen resultado del ardid con que Timoleón había despertado á los durmientes. Conocida su situación, ambos miraron avergonzados los risueños semblantes de los que á costa de ellos se reían, y convencidos de que era mejor tomar la broma alegremente, mezclaron sus risas á las otras y no trataron de disculparse.

Esto dió lugar, como acontece, á comentarios diversos acerca de la actitud que tenían los durmientes en tal ó cual momento.

— Don Raimundo, dijo Timoleón, parecía estar saludando al general San Martín á su llegada de Cancha-rayada.

— Y tenía abierta la boca de admiración por el héroe de los Andes.

— Felipe se había remontado al cielo de las ideas confusas.

— ¡ El empeño que tenía de acostarse en el hombro de la Martina !

En observaciones hechas por este estilo trascurrió más de un cuarto de hora.

Timoleón Francisco Miraflores, que en toda fiesta

se arrogaba el título y funciones de bastonero, exclamó al cabo de este tiempo :

— Será bueno que juguemos algún juego para amenizar el paseo.

— Una malilla ¿ eh ? dijo don Raimundo.

— Uds. jugarán malilla y nosotros con las niñas algún juego más divertido : á *la gallina ciega* por ejemplo.

— ¡ Á la gallinita ciega ! ¡ ay qué bueno ! exclamaron algunas de las jóvenes palmoteando las manos.

Don Raimundo, don Cayetano y doña Dolores se sentaron al lado de una mesa á jugar malilla. Las jóvenes y los mozos salieron al parrón á jugar á la *gallina ciega*. Á esta comitiva se agregó don Lino Alcunza, que, á pesar de sus años y de su estado, aspiraba siempre á figurar entre la juventud, de cuya edad, como vamos viendo, tenía los defectos, sin tener las virtudes que las palian, ni la irreflexión que las disculpa.

Mientras que don Lino se acercaba á Candelaria para hacerle sus reconvenciones por su larga conversación con Manríquez, los demás convinieron en que era preciso hacer recaer en él la obligación de vendarse la vista. Con este objeto, Timoleón dispuso que se sacase á la suerte el que debía hacer de gallina ciega, y por medio de indicaciones y señales hechas á los otros, hizo que don Lino fuese el designado, encargándose él mismo de taparle los ojos con su pañuelo, que dobló como una corbata.

— Mejor será que juguemos á otra cosa, dijo don Lino, avergonzado del papel que en la fiesta le cabia.

— No, no, exclamaron todos á un tiempo, que se tape, para eso le tocó, no venga con trampas.

— No es por hacer trampa, replicó Alcunza, pero.....

No le dejó Timoleón concluir su frase ; poniéndose tras él, le vendó la vista, amarrando las puntas del pañuelo sobre la nuca.

— No apriete tanto pues, exclamó don Lino.

— Que no vea, apriétele no más, dijeron los otros.

Las jóvenes se regocijaban con aquellos preliminares, y se desbandaron apenas Timoleón colocó á don Lino en medio del espacio que ocupaban los demás, formando una especie de círculo.

— *Gallinita ciega ¿ qué se te ha perdido ?* preguntó á don Lino, Martina, la más audaz de la jóvenes.

— *Una agujita y un dedal*, contestó el preguntado, extendiendo en derredor suyo los brazos.

— *Yo te la tengo y no te la quiero dar*, díjole Martina, dándole un ligero golpe en la espalda.

Volvióse con precipitación Alcunza para tomarla ; gritó Martina dando un salto, sorprendida por la agilidad de don Lino ; acudieron los otros que se mantenían á cierta distancia y empezaron á dar á la *gallina* golpecitos en la espalda, y á gritar cada vez que don Lino se acercaba, formando con esto una algazara y movimientos animadísimos, en que se mezclaban las niñas con los jóvenes, predominando á veces el tiple de las voces femeniles y á veces el tono bronco que Timoleón empleaba para decir algunos chistes propios de las circunstancias.

Abelardo, que parecía desdeñar el juego, se había apoyado entretanto á uno de los pilares del parrón, y

contemplaba desde ahí la alegría pintada en todos los semblantes y la triste figura de don Lino, que daba rápidas vueltas, abrazaba á un pilar creyendo abrazar á alguna de las jóvenes, tropezaba por perseguirlas, jadeaba de cansancio y formaba en casi todas sus actitudes las más grotescas figuras que pudiera idear un buen caricaturista.

Pocos instantes después que Manríquez había tomado la posición que dijimos, acercóse á él Candelaria.

Ya hemos observado que la retirada de Manríquez había herido su amor propio, este ídolo al que las mujeres tributan un culto siempre fervoroso. No habiendo recibido Candelaria, por la oscura posición social de su familia, una de esas educaciones esmeradas, en que desde temprano se enseña á las mujeres á reprimir sus espontáneas inclinaciones en favor de la ley imperiosa del recato, su deseo era entonces el de vengar aquella humillación. Á este consejo de la susceptibilidad herida, uníase otra sugestión más poderosa, que la llevaba irresistiblemente hacia Manríquez: era ésta fuerza el interés que en todo corazón de mujer despierta lo que mueve curiosidad. He aquí la reflexión que había dado lugar á esos dos sentimientos.

— ¿ Por qué Manríquez cortaba de repente una conversación de amor y se alejaba de ella ?

Cualquiera duda sirve de norte á esa aguja imantada que llaman curiosidad femenil. La duda encerrada en esa pregunta llevó á Candelaria al punto en que Manríquez se mantenía silencioso. Para llegar hasta él, habíalo hecho con refinado disimulo. Cualquiera habría dicho que, perseguida por don Lino, en una de

las naturales alternativas del juego, no le había quedado otro recurso que refugiarse tras del elegante oficial de húsares, que parecía absorto en la contemplación de los verdes pámpanos que del parrón pendían numerosos. Además, Candelaria, supo ocultar su turbación bajo el cansancio de la carrera que había dado para huir de don Lino.

Abelardo se volvió hacia ella con indiferencia.

Candelaria le dijo con temblorosa voz :

— ¿ Usted no juega ?

— Ya lo ve usted, observo, contestó Manríquez.

Nada halló Candelaria que decir á tan lacónica respuesta. Una súbita melancolía la hizo pensar que el oficial no quería volver á habrarle de amor. No obstante, como el silencio continuase y ella no hubiese, en manera alguna, satisfecho ni su curiosidad ni sus deseos, se lanzó, sin pensarlo, en la senda en que esperaba ver á Manríquez dar el primer paso.

— ¿ Se ha quedado usted enojado ? le preguntó.

El joven se puso á mirarla con profundo interes.

— ¡ Ah, cuánto le agradezco esa pregunta ! la dijo con un acento de íntima emoción.

Emoción que, como todas, con sus magnéticas propiedades, fué contagiosa.

Candelaria bajó turbada la vista. En su pecho se agolpaba la respiración oprimida.

Rompió Manríquez el silencio.

— Su contestación de ahora poco, dijo, me había traído á la memoria ciertos recuerdos que deseo olvidar ; y yo, añadió con una expresión de energía que bañó de electricidad el cuerpo de la joven, cuando deseo una cosa, la deseo con vehemencia.

— Se le conoce, fué la contestación balbuciente de Candelaria.

Abelardo repuso sonriéndose, como para quitar á lo que iba á decir la seriedad de la intención :

— Por ejemplo, suponga usted que fuese cierto lo que hace un momento la decía : que yo me enamorase de usted. No se asuste, es una suposición : pues bien, desearía que usted me correspondiese al instante, y se lo diría sin reticencia; pero que me correspondiese con un amor sin reflexión ni resistencias, sin hostigosos temores ni dolorosos arrepentimientos : en una palabra, que me siguiese usted á donde yo ordenase, y que me siguiese alegre, resuelta, cariñosa, respirando para mí solo. ¿ Qué le parece ?

Esta interpelación directa con que terminó Abelardo, fué como un golpe repentino que recibió Candelaria en el corazón. Se puso encarnada. Habría querido retirarse; mas la voz del joven era tan armoniosa, tan ardiente su mirada, eran sus labios tan desdeñosos, que ella se sintió como clavada en el puesto en que se encontraba. Manríquez había reemplazado la sonrisa de sus primeras palabras con una exaltación reconcentrada y poderosa, que adormecía los escrúpulos y el instinto de resistencia que vela solícito siempre en el alma de la mujer. Además, hasta entonces, Candelaria sólo había oído las enfáticas declaraciones de algunos mozos de su condición, que principiaban por rendírsele á los pies, incensándola con los toscos requiebros de Lovelaces de *medio pelo,* ó bien con las vergonzosas *finezas* de algún viejo y relajado libertino como Alcunza. La palabra resuelta de Manríquez, su voz serena, el fuego dominador de sus ojos, la fuerza

comunicativa de su voluntad, eran desconocidos de Candelaria. Manríquez le pareció un ser misterioso. Le miró con avidez palpitante, tratando de divisarle el corazón en los ojos, si es permitido decirlo, y fué tanta su preocupación, que creyó haberle contestado cuando no había desplegado los labios.

Si se cuenta solamente la parte de diálogo que esta escena aislada contiene, se verá que, desde la pregunta de Candelaria hasta la de Manríquez, sólo habían trascurrido algunos momentos. Las emociones no han menester de tiempo para desarrollarse. Así, las que acudieron durante esos momentos breves al corazón de Candelaria, fueron rápidas como un golpe eléctrico. Cuanto hemos descrito, lo había sentido mientras don Lino Alcunza hacía sus cabriolas ridículas, mientras gritaban sus compañeras y mientras Felipe Solama y Timoleón Francisco Miraflores, burlaban á don Lino por su impericia y falta de agilidad.

— ¡ Vaya con el hombre chambón ! exclamaba á cada instante Miraflores con estentórea voz.

— Apriete, que es mujer, decíale Solama, cuando le veía á punto de abrazar á algún horcón ó tronco de árbol.

— Don Lino, ¿ á quién quiere más, para llevársela? le preguntaba Martina.

Y Sinforosa y Cayetana, no hallando nada que decir, gritaban y reían, dando al paciente don Lino repetidos golpecitos en la espalda, para anunciarle su presencia.

Como dijimos, Candelaria, entretanto, había respuesto á la última pregunta de Manríquez sólo con una mirada en que iban mezclados el interés de la curiosi-

dad y las palpitantes sensaciones del corazón fuertemente conmovido.

— Nada me contesta usted, la dijo Manríquez.

— ¿ Qué quiere que le diga ? respondió Candelaria bajando la vista.

— Su opinión sobre el modo cómo deseo ser querido.

— Hace bien.

— Lo principal, agregó Manríquez, con inalterable tranquilidad, es encontrar una mujer que quiera corresponderme.

— ¿ Y por qué no ha de encontrar ? dijo la joven con el acento de la fe, fe que le inspiraba la belleza del oficial.

— No es tan fácil, exclamó éste, porque exijo varios requisitos.

— ¡ Ah ! á ver, dígamelos.

— Primero que sea muy bonita, como usted, por ejemplo.

— Eso no es difícil : ¡ hay tantas mejores que yo !

— Segundo : que, además de poder amar como decía hace poco, tenga el valor necesario para ello. Estas condiciones deben cumplirse conjuntamente : la una sin la otra no vale nada para mí. ¿ Cree usted que sea tan fácil como antes decía ?

— Buscando, ¿ por qué no ?

— ¡ Ah, buscando !..... dijo Manríquez con el acento del hombre á quien, para realizar un deseo, le imponen pesadas condiciones, ¿ quiere que le diga la verdad ? no tengo genio ni paciencia para ello.

— ¿ Entonces usted quiere que le hagan la corte ? exclamó soriéndose la joven.

— No lo pretendo, dijo Manríquez con orgullo; pero no soy hombre tampoco para hacerla. Esto de entrar en lucha con una mujer; disputarle su corazón, que ella defiende muchas veces por conveniencia y no por deseo; fingir para ser creído, so pena de que no le crean si es sincero; presentarse como esclavo para entrar en una asociación, á la que el hombre y la mujer deben llegar erguidos, por la ancha y elevada puerta de la sinceridad; solicitar, en una palabra, lo que debe ser espontáneo, franco, tan leal como un juramento, no se acomoda con mi carácter.

Candelaria le miraba abismada: casi no entendía lo que Manríquez acababa de decir con una especie de exaltación febril. Era tan nueva para ella la teoría del oficial, distaba tanto de sus propias ideas y de las que el trato con gentes de su condición le habían dado, que sólo divisó en el fondo un principio de orgullo, que atribuyó á la fatuidad que la conciencia de sus prendas personales debían inspirar á Manríquez

— Muy soberbio lo encuentro, le dijo, templando su franqueza con una sonrisa..

Esta observación sugirió á Manríquez una idea que pinta perfectamente el estado de su alma, y acaso la constante preocupación de espíritu, que trabaja al hombre que persigue una esperanza. Mirando distraidamente en torno suyo, él formuló en su interior esa idea, de este modo:

— ¡Qué necio soy! ¿á qué hablarla de estas cosas? ¿podrá comprenderme?

Mas como era preciso contestar á lo que Candelaria acababa de decirle, Manríquez replicó en voz alta:

— ¿Y á Vd. no le gustan los hombres soberbios?

— Según y cómo, respondió ella, con una de esas miradas que se emplean en la galante lid para decir:

— Hago una excepción en favor de Vd.

En ese momento don Lino, cansado de inútiles persecuciones, de saltos y de carreras, se descubrió la vista, y divisando á Candelaria y á Manríquez fuera del círculo general, exclamó:

— ¡ No, pues, así no juego más !

— Tiene que seguir, no ha pillado á nadie todavía, exclamaron varias voces.

— Que entren todos al juego entonces, replicó Alcunza.

— Tiene razón, dijo Miraflores, dirigiéndose á Candelaria y á Manríquez, Vds. deben jugar también, la ley ha de ser pareja.

— Como no, con mucho gusto, contestaron los dos.

— Bueno, principia de nuevo, dijo Timoleón vendando la vista á don Lino.

Las carreras y los gritos, empezaron también con la misma alegría que al principio.

VI

Candelaria y Abelardo entraron entonces á tomar parte en el juego. Como si un momento antes el oficial no hubiese parecido entregarse á reflexiones que algunas de sus palabras indicaban tener el carácter de recuerdos tristes, desplegando una alegría repentina y bulliciosa, dió nueva animación al juego con sus chistes y con las grotescas actitudes que obligaba á tomar á don Lino, presentándosele por distintos lados

casi á un mismo tiempo y desorientándole con una facilidad que á todos maravillaba.

En las carreras hechas en las puntas de los pies, en los movimientos para sacar el cuerpo de entre las manos del que perseguía, hubo varias ocasiones en que, como por casualidad, las manos de Candelaria y de Manríquez se encontraron, y en que, como por casualidad también, esas manos se estrecharon suavemente, mientras que los ojos ardieron en el mismo fuego, cuyas luces, sin brillar para los demás, iluminaron para ellos el campo del amor, á cuyos bordes acababan de detenerse en la conversación.

Esto no interrumpía el juego, sin embargo, ni disminuía la algazara general, ni el ahinco con que don Lino perseguía á los que se le acercaban, aguijoneado del deseo de estrechar á Candelaria entre sus brazos, única esperanza que le hacía soportar con paciencia los incovenientes de su ridícula posición.

Llegó un instante en que don Lino creyó colmadas sus aspiraciones, porque sintió cerca de sí la voz de Candelaria, y estirando con ligereza las manos, alcanzó á rozar su vestido con la punta de los dedos.

Mas, tan dulce esperanza se desvaneció al momento de un modo harto desagradable para él, porque mientras perseguía la fugaz belleza, tuvo Felipe Solama la idea de salvarla, llamando hacia otro lado la atención de don Lino, y juzgando que para lograr este propósito, era menester emplear un medio activo y eficaz, dió una feroz palmada al infeliz don Lino en la parte que, á ser levita la chaqueta que vestía, hubieran cubierto perfectamente los faldones.

El golpe dado con la mano abierta, fué feroz como

dijimos. Don Lino, en vez de quejido, pronunció, como impremeditado desahogo, un enérgico juramento que ruborizó á las jóvenes, llevó con rapidez la diestra á la parte ofendida y con la mano izquierda se quitó la venda de los ojos, añadiendo :

— ¡ No, pues, esa es una barbaridad ! no juego más.

— Tiene razón, dijo Manríquez, haciendo esfuerzos para contener la risa, don Lino buscaba una *agujita y un dedal*, y le han dado una cosa muy distinta.

— Confieso que se me pasó la mano, dijo Felipe Solama, si hubiese un brasero con fuego la pondría en castigo como Scévola, á quien también se le pasó.

— Yo propongo, exclamó Miraflores con gran seriedad, que Felipe sufra la pena del *tallón :* ojo por ojo, diente por diente, palmada por palmada.

— La pena del talión, querrás decir, replicó Felipe; bueno me someto á ella.

— ¿ Me han visto cara de tonto para reirse de mí ? exclamó irritado don Lino.

— Vamos compañero, no se enoje, díjole Timoleón, echándole afectuosamente un brazo al cuello ; ¿ no ve que todos estamos de jarana ?

— Fué una casualidad, á cualquiera le puede suceder lo mismo, dijo Candelaria.

— ¡ Será Vd. sordo á la voz de la hermosura que le habla por boca del bello sexo ? le preguntó Timoleón golpeándole cariñosamente el estómago.

Don Lino se sonrió, no queriendo aparecer como un hombre de mal carácter á los ojos de Candelaria.

— ¡ No les decía ! exclamó Timoleón, nuestro amigo Alcunza es un buen muchado, y para darle una

prueba de nuestro aprecio, dejaremos este juego y jugaremos á otro.

Todos aprobaron esta proposición.

Timoleón Francisco Miraflores, arregló entonces otros pasatiempos, que supo variar, gracias á su larga práctica en esta clase de paseos, en que siempre se confería él mismo el papel de bastonero. En estos juegos, propios de la niñez, los jóvenes y las niñas participaron de la franca alegría que sólo puede encontrarse en la confianza, de modo que al acercarse la hora de comer, todos aseguraban haber pasado un día divertidísimo.

Sólo don Lino Alcunza conservaba cierta tristeza, nacida de estas escenas, en las que había tenido ocasión de ver que Candelaria y Abelardo habían multiplicado con demasiada frecuencia la casual circunstancia de encontrarse en medio de los juegos, de darse la mano y de prolongar esta actitud más de lo que convenía á un cauteloso disimulo. En su empeño de seguir á Candelaria por todas partes, había notado además con gran pesar que la joven había cambiado de repente para con él, el tono de sus contestaciones, mientras que parecía guardar para Manríquez las entonaciones más suaves de su voz, y esas miradas con que la mujer habla lo que los labios no se atreven á pronunciar; miradas cuya elocuencia sólo puede apreciar el que las recibe, como en este caso acontecía al oficial, ó el que con celoso despecho las ve dirigidas á runi val afortunado, como lo experimentaba don Lino.

Fácil le había sido hacer semejantes observaciones, porque ni Abelardo ni Candelaria estaban dotados de las prendas de carácter necesarias para recurrir á los

ardides estudiados del disimulo. En ambos triunfaba la preponderancia impetuosa del temperamento, ayudada por el vigor de la voluntad.

Al principiar este episodio de la turbulenta vida de Manríquez, se puede indagar, sin temor de incurrir en digresiones, si los incidentes que contristaban á don Lino Alcunza nacían lógicamente de ese temperamento y de esa voluntad que acabamos de invocar para explicarlas. Candelaria y Abelardo habían cambiado algunas palabras sobre la eterna cuestión del amor, y temiendo tal vez formular una confesión que, con el ropaje de la palabra y de la voz, habría parecido demasiado violenta, habían sellado los labios, dejando á la esperanza revolotear en torno de la casualidad, y á los ojos, siempre más osados que los labios, decirse que una chispa puede encender una hoguera, como el amor nacer de una mirada sola. Dos almas sentimentales, se habrían contentado con esa muda confidencia y permitido á la timidez la facultad de aplazar la franca expresión de tan repentina simpatía. Candelaria era irreflexiva, y sin darse cuenta de ello, porque no se estudiaba, sentía la imperiosa necesidad de sustentar su corazón con emociones violentas: para sus dieciocho años, nada más tentador, por consiguiente, que esa manzana de la ciencia misteriosa, ofrecida por la mano de un joven gallardo, de palabra ardiente y de ideas singulares. En cuanto á Manríquez, dejando á los sucesos el trabajo de patentizar las modificaciones de su carácter, sólo podemos explicar su conducta en dos palabras: era hombre y era joven. Después sabremos si su corazón entraba en esa lid. El corazón de Candelaria se sentía

fascinado, más bien que enamorado : las mujeres de temperamento ardiente, como ella, principian casi siempre su carrera amorosa por un vértigo y no por una pasión. El brillo del oficial la ofuscaba ; su palabra y sus ideas la hicieron ver mirajes de una dicha infinita. Tal fué la primera impresión que la causó Manríquez. Dominada por esta impresión, se sentó á su lado en la comida, y no tuvo una sola mirada para don Lino, que ocupó el mismo asiento del almuerzo, suspirando como suspira un hombre viejo, á quien martirizan los celos.

Los demás personajes estuvieron en sus puestos, y hablaron, como lo habían hecho en el almuerzo, cada cual según sus inclinaciones. El mosto y la chicha fueron festejados con calor, y cada plato recibía ovaciones entusiastas de don Raimundo Basquiñuelas, que interpolaba, como en una progresión, entre estos elogios, sus recuerdos de O'Higgins y de San Martín. Desde los postres, principió Timoleón á encender sus voladores, sin cuidarse de los gritos de Martina Basquiñuelas, de los de Raimunda y Sinforosa Alvarado, ni de las anécdotas de doña Dolores, que refería los percances de la maternidad en cada uno de sus alumbramientos.

Felipe Solama estaba pensativo : se sentía aplastado por el materialismo que reinaba entre todos los de la mesa. La alegría de Martina Basquiñuelas y el desdén con que había recibido su conato de declaración amorosa en forma de disertación filosófica, le tenían fastidiado : para distraerse anegaba en mosto su desprecio por los que le rodeaban y bebía en silencio.

A favor del ruido de voces y de platos, Candelaria y Manríquez conversaban. Siempre dominado de su aversión á los preámbulos de que por lo general se sirven los enamorados para hablar de amor, como los que antes de arrojarse al agua fría se hacen una cruz con los dedos mojados en el pecho para quitarse el frío, el oficial dijo á la joven :

— Hablémonos con franqueza y no cometamos la necedad de gastar en suspiros el tiempo que podemos aprovechar para explicarnos. ¿ No le parece que, desde hoy, no podremos vivir indiferentes el uno al otro ?

— Es cierto, contestó Candelaria, cerrando los ojos, después de decir estas palabras, como una persona que acaba de mirar al sol.

Manríquez, con efecto, había fijado en ella su mirada audaz, de la que parecían brotar relámpagos de la fuerza misteriosa con que ciertos hombres avasallan más bien que con palabras.

Entre dos seres que tan pronto llegaban á entenderse, la conversación debía tener un sello peculiar. No se olvide, además, que Candelaria era por la inteligencia, una joya sin pulimento : la frescura de sus ideas era un don de la naturaleza como su hermosura.

— Luego desde ahora principiamos á querernos, repuso el oficial, atusándose el bigote.

— Temo una cosa, replicó ella con las mejillas encarnadas y disimulando su turbación con una sonrisa.

— ¿ Qué teme ?

— Que Vd. no me quiera bastante.

— ¡ Linda ! exclamó Abelardo estrechándole una mano.

— ¿ No me contesta ? dijo ella retirándola.

— ¿ Quiere que se lo jure aquí de rodillas, en presencia de todos ?

— ¡ No por Dios !

— Entonces ¿ qué prueba quiere ?

— Que sea Vd. constante.

— Ah, eso depende de Vd.

— ¿ Por qué ?

— ¿ No se acuerda de lo que la decía esta mañana ?

— Como no.

— Y entonces.

— Por lo mismo.

¡ Como por lo mismo !

— Sí, por lo que Vd. me dijo, más bien quiere una esclava.

— Eso es : una esclava que sepa encadenarme.

— ¿ Cómo le encadenan, si Vd. no entrega el corazón ?

— Mi corazón es de Vd. desde ahora.

— ¡ Á cuántas les habrá dicho lo mismo !

— Usted es la última, se lo juro.

— ¡ Qué gracia ! si no ha hablado con otra todavía !

— No podré hablar.

— Eso ¡ quién sabe !

— Acepte una prueba de mi constancia que voy á proponerle.

— ¿ Á ver ?....

— Permítame ir todos los días á decirle que la adoro.

— ¿ Á dónde ?

— Á su casa.

— Todos los días no, mi *taitita* se pondría malicioso.

— En estos casos debe ya estar cegatón.

— Y si conoce.

— ¡ Qué importa !

— Sí, pero le cierra la puerta de la casa.

— Nos veremos por la ventana.

— No se puede, los vecinos son tan chismosos.

— ¿ Tanto teme Vd. que sepan que yo la quiero ?

— No, pero.....

— Iré con Timoleón de cuando en cuando, y así su padre no maliciará nada.

— Eso es mejor.

— ¿ Qué haré cuando no pueda ir á verla ?

— Muy contento que estará.

— ¡ Se equivoca !

— Lo veremos.

En este momento se levantaron todos de la mesa.

Don Raimundo habló de lo avanzado de la hora y de la necesidad de ponerse en marcha para la ciudad.

— ¡ No señor ! exclamó don Cayetano Alvarado, nadie sale de mi casa á esta hora.

— Tiene razón el patrón, dijo Miraflores. ¿ Qué es esto pues caramba ? ¡ quieren irse cuando empezamos á divertirnos ! Yo mando que se cierre la puerta y yo soy aquí el bastonero.

— ¡ Que se cierre, que se cierre ! repitieron las jóvenes, corriendo á echar llave á la puerta que comunicaba al edificio con el primer patio.

— Vaya pues, dijo don Raimundo con acento de resignación.

— No se apure, compadre, díjole doña Dolores,

aquí hay camas para todos. Cuando yo estaba embarazada de la Sinforosa, todos durmieron aquí ¿no se acuerda pues?

Don Cayetano y Timoleón corrieron á encender las velas, á fin de continuar la fiesta, sin dejar que desmayase el entusiasmo que todos habían adquirido en la mesa.

VII

Dieron principio entonces los bailes de chicoteo más populares, al son de la guitarra y del rabel que tocaban dos cantoras de la vecindad, género de artistas que se encuentra aun con gran facilidad en los campos, y que parecen hacer consistir el mérito de su canto en una entonación nasal, notable por su constante monotonía.

Con frecuencia resonaban los voladores que Timoleón lanzaba al aire con grandes voces de júbilo. Para él era imposible bailar una zamacueca sin encender una media docena de voladores á lo menos, al fin de cada *pie*.

Á más de la zamacueca, repetida con frecuencia, se bailó el *cuando*, que principia por un andante acompasado, en el que la pareja de danzantes se dirige ceremoniosas cortesías y concluye por un estrepitoso alegro de *zapateo*, algo semejante al de la jota aragonesa.

Después del *cuando* tuvo lugar el *aire*, baile parecido en su estilo al anterior y que tiene la particularidad de que al final de cada *pie*, la mujer dirige al hombre, y después viceversa, alguna estrofa que

envuelve un cumplimiento, ó una chanza, según el carácter de los que forman la pareja.

Manríquez y Candelaria habían bailado la primera *zamacueca* con una gracia que, al decir de los dueños de casa y de don Raimundo, sobrepujaba á cuanto recordaban de sus mejores días. Con este motivo refería doña Dolores que ella bailaba muy bien, antes que sus numerosos embarazos la hubiesen hecho perder la finura del talle, y don Raimundo contaba que sólo había visto bailar como acababa de hacerse, en la noche en qne se celebraba en Santiago la victoria de Chacabuco.

En el *cuando* habían descollado las hijas de don Cayetano, que con sus estupendas narices parecían cortadas para la parte ceremoniosa de esa danza, eclipsándose en el zapateo ante la agilidad de Timoleón y de Felipe Solama, que sucesivamente las habían acompañado.

Quedaba sin bailar don Lino Alcunza, que desde el principio, había inventado varios pretextos para escusarse. La voz de todos le llamó á bailar el *aire*, y como don Lino continuase disculpándose, se levantó Martina Basquiñuelas á convidarle, acción que fué recibida con un aplauso general y con tres voladores que Timoleón salió corriendo á prender en el patio. Al aplauso y á los voladores siguieron las palabras con que cada cual exhortó á don Lino á mostrarse galante con la joven que se hallaba de pie esperándole.

—Vaya pues, le dijo doña Dolores, salga pues: así yo no hubiese tenido tanta familia, no más, Vd., me vería!

— ¡ Y la dejará plantada ! ¡ vaya con el hombre ! añadió Felipe Solama.

— Amigo don Lino, exclamó Miraflores al volver del patio, si Vd. no baila, lo declararemos fuera de combate.

Esta observación hizo gran fuerza en el ánimo de Alcunza, que no quería pasar por viejo ante las jóvenes y en presencia sobre todo de Candelaria, que unió sus ruegos á los demás para decidirle á bailar.

— Vaya pues, dijo don Lino, bailaré por no desairar á esta señorita.

— Aquí tiene pañuelo.

— ¡ Eso se llama ser hombre fino !

Estas voces respondieron á las palabras que pronunció don Lino al colocarse frente á Martina, que con la mano izquierda en la cintura, el pañuelo en la diestra y el semblante risueño, se había colocado en su puesto.

Sonaron la guitarra, el rabel y las voces nasales de las cantoras, entonando un verso de este baile que está casi completamente olvidado en el día, pero que entonces gozaba de gran popularidad.

Al compás de la música y del canto, se lanzó la pareja en los giros del *aire*, que tienen gran semejanza con los de la zamacueca, único baile de *chicoteo* que ha sobrevivido y sobrevivirá á la transformación gradual que ha venido operándose en nuestras costumbres.

Martina Basquiñuelas era la representación de la gracia chilena para esta clase de bailes. La flexible cintura se doblaba muellemente al compás de la música; seguía el cuerpo con voluptuosos giros las vueltas, las salidas y entradas; los pies parecían apenas rozar el suelo; la mano *borneaba*, con sin igual donaire, el pañuelo, y los ojos chispeaban de alegría,

al mismo tiempo que los párpados se bajaban modestos, cada vez que una graciosa vuelta arrancaba algún aplauso á los espectadores.

La gracia de Martina hacía resaltar más visiblemente los esfuerzos con que don Lino quería sobreponerse á su edad, á fin de imitar la desenvoltura de la juventud. Apelando á una agilidad que el curso de los años había embotado tiempo ha, sus pasos degeneraban en saltos ridículos, su brazo semejaba á una pica en cuya extremidad se hubiese amarrado un pañuelo, que marcaba un compás imaginario muy distinto del verdadero, y su cabeza, agitada fuertemente en cada salto, había comenzado á sentir la dislocación de la peluca. Los concurrentes, que durante largo rato habían deseado ese espectáculo, á fin de aumentar la diversión á costa de aquel casado libertino, le decían, como para alentarle en sus poderosos esfuerzos.

— *Arrúguele* don Lino.

— Píllela, que se le arranca.

— Alléguese pues, no le tenga miedo.

— *Airé, airé*, no sé si me moriré.

— Zapatee pues, para calentarse los pies.

— ¡Ofrezca don Lino, que se lo comen!

— Échele agrio, que está desabrido.

Y estas voces se repetían en diversos tonos, y algunos palmoteaban al mismo tiempo, marcando el compás de la música, mientras que Timoleón Francisco Miraflores tamboreaba en la guitarra, acompañaba con la voz á las cantoras, lanzaba gritos y exclamaciones propias del caso, y ordenaba, de cuando en cuando, á un criado el tirar voladores para aumentar la animación.

Terminado el primer pie, don Lino se detuvo jadeante, con el rostro inflamado por los movimientos y la peluca echada hacia atrás, lo que daba al óvalo de su rostro una desmesurada longitud. Los circunstantes hacían esfuerzos para reprimir la risa, mientras que Martina le dirigía, entre francas carcajadas, el verso siguiente, muy usado en el *aire*.

Al pasar por tu ventana
Me tirastes un limón ;
El agrio me dió en los ojos
Y el zumo en el corazón.

— Respóndale don Lino, exclamó Timoleón Francisco.

— Dígale algo fresco, ya que le pasan limonada, le gritó Manríquez.

— Aguárdense, les dijo don Lino, déjenme *sacarle* un verso, yo también.

— Á ver, sáquele pues, antes que CRIE MAÑA, dijo don Cayetano.

Don Lino Alcunza se puso á mirar al techo como buscando la musa de la improvisación. Al cabo de unos segundos hizo ademán de hablar.

— Ya le vino, dijo Felipe Solama, la improvisación es fácil en las razas meridionales.

— Oigan pues, no metan bulla, exclamó doña Dolores divertidísima.

Don Lino dijo, tratando de sonreirse con amabilidad.

Si pasas por mi ventana
Yo te daré el corazón.

— ¡ Qué suavecito salió ! dijo don Cayetano Alvarado.

— Déjelo, no le hable á la mano, gritó Timoleón.

— Parece que se acabó la yesca, observó Felipe, al ver que don Lino repitió tres veces los mismos versos sin poder salir de ellos.

Manríquez agregó, cuando don Lino repetía por cuarta vez sus dos versos :

Si pasas por mi ventana
Yo te daré el corazón:
Para que hagas estofado
Y se lo des á los perros.

Todos prorrumpieron en una estruendosa carcajada.

— Yo no aguanto bromas, exclamó don Lino exasperado, retirándose á un asiento.

En vano le rogaron para que continuase, porque, sea que realmente se hubiese ofendido, sea que conociese lo ridículo del trance en que, por parecer joven, se había colocado, todas las súplicas fueron inútiles.

Reemplazóle Timoleón, que terminó el baile con Martina, arrancando aplausos entusiastas á los concurrentes.

Siguiéronse á éste otros bailes todos de *chicoteo*, como en tales sociedades es todavía de rigor, continuando la alegría, la bulla y los voladores de Timoleón hasta las doce de la noche, hora en que don Raimundo Basquiñuelas, observó que era tiempo de acostarse.

Todos se unieron para suplicarle que permaneciese algún tiempo más, porque sabían que retirándose él, sus hijas tendrían que seguirle.

— Quédese compadre, díjole doña Dolores, una trasnochada no hace nada. ¡ Las veces que yo he pasado la noche en vela y estando embarazada !

— Yo supongo que don Raimundo no lo esté, dijo con aire de seriedad Felipe Solama.

— No, amigo, contestó éste, pero hay que ir á la oficina mañana. No ve que yo soy esclavo de mi obligación, pues, y desde el tiempo de O'Higgins, hago lo mismo.

Siendo cosa de O'Higgins, no me opongo, replicó Solama en el mismo tono que había empleado para su primera observación burlesca.

Doña Dolores fué á designar la pieza preparada para don Raimundo y su familia, refiriendo que en esa pieza había tenido los más felices partos de su larga carrera maternal, y don Cayetano se encargó de instalar en su habitación á los varones de la comitiva.

VIII

Al entrar al cuarto, Timoleón Francisco Miraflores se acercó á Manríquez y á Solama que caminaban algunos pasos atrás.

Los padecimientos de nuestro amigo don Lino no han terminado todavía, les dijo en voz baja.

— Explícate de una manera categórica, le dijo Felipe Solama.

— No hay tiempo, respondió Timoleón; pero apóyenme Vds. no más y verán bueno.

En este momento, don Cayetano y don Lino entraban á la pieza destinada á los alojados.

Tras ellos entraron los tres amigos.

— Vds. dispensarán, dijo don Cayetano, mostrando las dos únicas camas que había en el cuarto; como no estábamos prevenidos, no hemos podido preparar más camas.

— No tenga Vd. cuidado, respondió don Lino Alcunza, no será la primera noche en vela que hayamos pasado.

Al mismo tiempo que esto decía, colocaba su sombrero sobre una de las camas para tomar posesión de ella.

Felipe Solama, sin miramiento alguno por aquella precaución, se tendió en la misma cama exclamando:

— Pierda cuidado patrón, la cama es un sibaritismo del que fácilmente puede privarse un hombre de buena salud.

— Hombre, cuidado con mi sombrero, díjole don Lino.

— Dispense Vd., contestó Solama, pasando el sombrero á don Lino sin cambiar de actitud.

— Felipe tiene razón, dijo Manríquez al mismo tiempo, recostándose sobre la otra cama, y yo agrego que una trasnochada es buena para la salud, de cuando en cuando.

Don Lino se sentó junto á una pequeña mesa sobre la que ardía una vela, diciendo con aire mohíno:

— ¡ Y yo que dormí tan mal anoche !

— Eso sucede, dijo Felipe desde su cama, cuando uno se desvela.

— Habiendo dormido mal anoche, repuso Manríquez desde la suya, debe Vd. estar en disposición de hacerlo ahora sobre sentado.

Don Cayetano dió las buenas noches y se retiró.

— Sí, pero no me vendría mal una cama, contestó don Lino amostazándose.

— ¡ Una cama ! exclamó Timoleón dando un fuerte golpe sobre la mesa¿ puede Vd. hablar de cama cuando sólo algunos miserables adobes nos separan de las preciosas muchachas, que deben su existencia á nuestro amigo don Raimundo ? Caramba querido ! lo estoy desconociendo : parece que fuera Vd. un recluta en estos casos ! ¿ Es decir que Vd. se acostaría y me dejaría llevar sólo el esquinazo que tengo preparado?

— ¡ Hombre, sabe que es buena occurrencia esa ! dijo alegrándose don Lino.

— Desde aquí, dijo Felipe, te voto una acción de gracias por tu ingenio : irás sin mí, pero te acompañarán los más ardientes votos de mi corazón mientras yo duermo.

— Yo seré de la comitiva, dijo Manríquez ; pero antes tomo posesión de esta cama.

— ¿ Y á qué hora es la cosa ? preguntó don Lino, encendiendo un cigarro.

— Cuando echemos de ver que se han dormido los viejos.

— Yo echo de ver que nosotros nos dormiremos primero, dijo Felipe Solama, dándose vuelta hacia la pared.

— No hijitos, nadie se dormirá, exclamó Timoleón. Donde yo estoy, nadie duerme : aquí he puesto un despertador excelente, añadió sacando de un rincón una canasta que estaba tapada con una manta.

Y fué poniendo sobre una mesa algunos fiambres envueltos en papeles y varias botellas :

— Éstas son del mosto de don Cayetano, dijo haciéndolas sonar sobre la mesa.

— Me adhiero á la comisión de esquinazo, exclamó Felipe saltando de la cama.

Timoleón arregló la mesa, jactándose de ser el hombre más experto y avisado en los paseos.

— Lo cierto es, dijo Felipe, que las emociones de la *sajuriana*, del *cuando* y demás danzas nacionales, parecen tener la virtud de excitar la región del estómago destinada al apetito : yo tengo un hambre de perro.

— Y yo también, dijo don Lino.

— Á mí no me falta, agregó Manríquez.

— Comamos pues, exclamó Timoleón triunfante. ¡ No les decía que donde estoy yo, nadie duerme en estos casos !

Con estas palabras dió principio el ataque á los fiambres y á las botellas, con un empeño tal que todos parecían querer esmerarse en probar la verdad de lo que acababan de decir.

Desde los primeros instantes, Timoleón hizo un gesto á sus amigos para darles á entender que su objeto era hacer á don Lino excederse en el mosto, propósito en que Manríquez y Solama le secundaron perfectamente, sin descuidar por esto la parte que les correspondía. De este modo, al cabo de media hora,

los ojos de don Lino chispeaban de animación y, habiendo olvidado los celos que durante el día le preocupaban, daba completa espansión á su lengua y á los instintos comunicativos del hombre, que casi siempre desarrollan en alto grado los vapores espirituosos de la bebida. Los otros tres convidados, sin hallarse á la altura de don Lino con el resultado de las libaciones, sentían, sin embargo, la suficiente animación para alentarle en su alegría y en sus tendencias comunicativas.

En un ligero instante de silencio, recordando don Lino el principal objeto de la cena, preguntó á Timeleón :

— ¿ Ya será tiempo ?

— Don Lino, exclamó Felipe Solama, ya que nos une aquí el lazo sagrado de la amistad, hágame una confesión.

— La que quiera, amigo, yo soy hombre franco, pregunte no más, contestó don Lino.

— Usted está enamorado de Candelaria ¿ no es cierto ?

— Eh, eh, exclamó don Lino, yo creo que el que está enamorado es el amigo Manríquez.

— Yo no me enamoro, don Lino, dijo Manríquez, parta Vd. siempre de ese dato.

— Veo, replicó Felipe dirigiéndose á don Lino, que los dos no estamos destinados á renovar la imagen mitológica de Cástor y Pólux

— ¿ Cómo es eso ? preguntó Alcunza.

— Usted no quiere ser mi amigo, contestó Solama.

— ¿ Por qué ?

— Porque no me contesta con franqueza.

— ¿ Y para qué quiere saberlo ?

— ¿ Para qué ? No sabe Vd. que todo filósofo debe medir al hombre por el amor que es capaz de sentir : la ley que rige al universo es el amor.

— Hombre, para qué negarlo, yo lo confieso : bien enamorado que he sido.

— Encerrémonos en los límites del presente : ? quiere Vd. á Candelaria ?

— ¡ Vaya ! ¿ Y qué tiene eso ? La quiero, me gusta, vaya pues !

— ¿ Y Vd. no ve el abismo delante de sus pies ?

— ¡ Qué abismo, ni qué tontera !

— La hora del esquinazo ha llegado, dijo Timoleón, poniéndose de pie.

— Vamos, dijeron los demás.

— Oigan Vds., repuso Miraflores ; don Cayetano y sus hechiceras sirenas están en dos cuartitos que se comunican por una puerta. Yo anduve reconociendo el terreno : la cama del padre está en la primera pieza y las de las hijas en la segunda. Ésta tiene una ventana y la otra una puerta que da al pasadizo. Yo voy á distribuir mi gente de este modo : Vds. en la ventana de las niñas conmigo, y las cantoras en la puerta de don Raimundo.

— Tienes el genio estratégico de César, díjole Felipe.

— Vamos andando entonces.

Los cuatro salieron de la pieza en puntillas. En el corredor, Timoleón llamó á don Lino á su lado.

— La ventana no tiene aldaba ni nada que la sujete, le dijo.

— ¡ Hombre, que bueno !

— Si Vd. es hombre, continuó Miraflores, apenas yo le haga una señal, le da un empujón y entra en la pieza, ¿ qué le parece ?

— ¡ Rico pues ! contestó don Lino entusiasmado, le voy á dar un abrazo á Candelaria.

Pusiéronse en marcha, acompañados de las cantoras, que esperaban advertidas por Timoleón Francisco Miraflores.

Al llegar á las piezas que ocupaba don Raimundo, todos caminaron en las puntas de los pies para evitar el ruido.

Don Lino se aproximó á la ventana y Timoleón dijo á Manríquez y á Solama.

— Déjenlo Vds. sufrir la primera descarga que le preparan las niñas.

Éstas, con efecto, advertidas por Miraflores de la pegata que deseaban jugar á don Lino, se habían prestado gustosas á secundarle. Así es que, en lugar de acostarse, esperaban impacientes en la pieza contigua á la que ocupaba don Raimundo.

El viejo empleado, vencido por el cansancio, por la abundante comida del día y las copiosas libaciones de mosto, se había dormido profundamente poco después de acostarse.

Á una señal de Timoleón, las cantoras entonaron la antigua canción del « *alba* »,

Despierta que viene el alba
Que ya se ve, etc.

El sonido de la guitarra, y las notas de esa música

que tiene algo de la poética simplicidad de los campos, resonaron en el silencio de la noche, despertando los ecos dormidos de los contornos, que respondieron con sus melancólicas cuanto misteriosas vibraciones.

Timoleón sacó un mechero que encendió de un golpe de eslabón, y prendiendo la punta de una mecha amarrada á dos paquetes de cohetes, los lanzó al interior del cuarto en que don Raimundo roncaba.

Los cohetes empezaron á estallar como un fuego graneado de fusilería bien sostenido. Con sus repetidas detonaciones, don Raimundo saltó de su lecho dando gritos de pavor, mientras que don Lino, á una señal de Timoleón, escaló la ventana abriéndola de un golpe, y las cantoras, por recomendación del mismo Miraflores, elevaron las voces al tiple más agudo y disonante. Todo esto se efectuó en menos tiempo del que empleamos para explicarlo.

La escena que siguió entonces fué animadísima. Al presentarse don Lino en la ventana, recibió una descarga de agua que las tres hermanas le tenían preparada en diversos tiestos. Estando ambas piezas sin luz, don Lino no pudo ver las manos que le dirigieron aquel baño de lluvia inesperado, el que, inundándole el rostro y casi todo el cuerpo á un tiempo, le hizo caer del puesto que acababa de escalar con la esperanza de dar un amoroso abrazo á Candelaria. Al caer, lanzó, como algunos soldados heridos en un asalto, una impotente imprecación de despecho.

Al mismo tiempo que las hijas de don Raimundo Basquiñuelas arrojaban su líquido proyectil sobre el infeliz Alcunza, dieron gritos de fingido espanto, que

hicieron llegar á su colmo el espanto verdadero de don Raimundo, quien, sin saber lo que hacía y más bien por huir de los cohetes que por auxiliar á sus hijas, corrió en camisa al cuarto de éstas, extendiendo las manos en las oscuridad.

Primitiva, Candelaria y Martina, viéndole entrar, se dirigieron en puntillas á la pieza en que los cohetes seguían estallando; penetraron al mismo tiempo en esa estancia Manríquez, Solama y Miraflores, en circunstancias que don Lino, que con gran agilidad se había reincorporado, escalaba de nuevo la ventana y caía sobre el desventurado don Raimundo, que á la ventana se dirigía también buscando luz para orientarse en aquel confuso laberinto.

— ¡ Ay ! gritó don Raimundo, al sentir el helado contacto del húmedo cuerpo de don Lino, que con frenética energía, le estrechó entre sus brazos, creyendo tener entre ellos á Candelaria, ó por lo menos, á alguna de sus hermanas.

— ¡ Caramba ! exclamó al mismo tiempo don Lino, asustado con aquella voz varonil.

Y á estas exclamaciones respondieron desde la vecina pieza tres ruidosos besos, dados con el arrojo que en lances tales puede infundir la oscuridad.

La música y los cohetes, entretanto, habían despertado á los demás habitantes de la casa.

Don Cayetano y su fecunda consorte se vistieron á medias y á gran prisa, diciéndose :

— ¡ Esquinazo !

— ¡ Vamos á ver !

— ¡ Vea que humor de mozos !

— ¡ Así me gusta la gente !

Y salieron con vela encendida en mano, en dirección del ruido que percibían.

Mas, la luz ahuyentó á los jóvenes, que huyeron después de repetir el beso, y puso también en fuga á don Lino, que apenas sentía el frío del agua con el ardor del coraje que su desventura le infundía.

Cuando don Cayetano y su esposa entraron en la primera pieza, divisaron á las tres hermanas en un rincón y á don Raimundo de pie y en su escasa vestimenta, en el umbral de la puerta que comunicaba las dos piezas.

Doña Dolores saltó una ruidosa carcajada á la vista del buen empleado, cuyo cuerpo distaba mucho de semejarse al de un Apolo.

— ¡ Compadre ! exclamó don Cayetano, uniéndose á la risa de su mujer.

— Creo que me han mojado, dijo con aire de tristeza don Raimundo, al sentir en su camisa las frígidas huellas que el abrazo de don Lino le había dejado.

— ¡ Vea que hombres tan traviesos ! dijo doña Dolores moderando su risa.

— Acuéstese luego compadre, repuso don Cayetano.

— Y Vds. ¿ por qué están vestidas ? preguntó á sus hijas don Raimundo después de entrar en la cama.

— Nos habíamos quedado conversando cuando sentimos el esquinazo, respondió Primitiva.

Después de algunos comentarios sobre el suceso, todos se retiraron á dormir.

No hicieron otro tanto los fugitivos autores del esquinazo, que volvieron á terminar la cena que habían interrumpido.

IX

— ¿ Qué hubo don Lino, cómo le fué? preguntó Timoleón Francisco Miraflores á don Lino Alcunza.

Manríquez, Solama y Miraflores acababan de entrar á la pieza que se les había destinado, y viendo en ella á don Lino, que se había quitado la chaqueta para sacudirla, Timoleón le hizo esa pregunta.

Don Lino miró con enojo al que le dirigía la palabra y contestó :

— No me hable hombre, yo creo que Vd. lo ha hecho adrede ¿ qué sacaba con que me mojasen ?

— Protesto á Vd. que no le entiendo, replicó Miraflores.

— Colijo que las palabras de don Lino encierran algún misterio, observó Felipe Solama en tono sentencioso.

— Parece que don Lino fué por lana y ha vuelto trasquilado, añadió Abelardo en el mismo tono.

— Eso es, vengan á reirse de mí, exclamó Alcunza sacudiendo con fuerza su chaqueta.

— Vamos á ver ¿ qué le ha sucedido ? preguntóle Timoleón : yo quise hacerle un servicio y Vd. me recibe de este modo.

— Los individuos son ingratos como los pueblos, dijo Felipe sentándose á la mesa.

— Para amenizar el tiempo, dijo Manríquez, don Lino, como buen amigo, debía referirnos la aventura que le ha descompuesto el humor.

— La narración de las desgracias, añadió Felipe,

es un desahogo en la vida y un poderoso resorte en la tragedia clásica : brindo por la narración.

Diciendo esto, apuró un vaso de mosto, haciendo un saludo á don Lino, que le miró como reflexionando si debería reirse ó enfadarse.

Miraflores llenó un vaso y lo pasó á don Lino, diciéndole :

— Vaya hombre, eche un trago bueno, que así se pasan los malos.

Alcunza se negó al principio, pero no pudo resistir á las instancias de sus compañeros y acabó por referirles su percance.

— Lo peor es, dijo al terminar, que estoy empapado y no tengo con qué mudarme.

— Acepte Vd. mi cama que es todo lo que con mi amistad puedo ofrecerle, díjole Felipe.

Don Lino tuvo que acostarse para que Timoleón fuese á tender su ropa en el patio.

— Con los primeros rayos del sol quedará como recién lavada y en punto de aplanchar, dijo volviendo al cuarto. ¡ Pobre amigo, añadió, acercándose á la cama de don Lino ; yo que quise hacerle un servicio ! ¡ dónde me iba á figurar que estas malvadas muchachas estaban despiertas !

— Me veo asediado por una duda, dijo Felipe Solama, cuyos ojos principiaban á animarse con el mosto.

— ¿ Qué duda ? preguntaron Timoleón y don Lino.

— Cuál será peor, repuso Felipe, ser mojado por las hijas de don Raimundo, ó abrazar á éste en persona y en camisa.

— Don Lino que ha probado de los dos puede decirlo, exclamó Manríquez.

De este modo continuó la conversación animada por repetidos vasos de mosto. Al cabo de poco rato, don Lino se había dormido profundamente, mientras que los otros tres amigos pasaron de las bromas á los recuerdos y de éstos á las confidencias, terminando pr jurarse entre ellos una amistad eterna y comprometiéndose á prestarse mutuos servicios en las visitas que decidieron comenzar desde el siguiente día á las hijas de don Raimundo Basquiñuelas.

La casa que éste ocupaba en Santiago con su familia se hallaba situada en la calle del Peumo, que estaba muy lejos de ser en aquel tiempo, como ahora, una calle limpia y bien edificada. Con su mojinete triangular, su puerta claveteada con clavos de enorme cabeza, con dos ventanas á la calle de dimensiones diversas y colocadas á distinta distancia de la puerta de la calle, la casa de don Raimundo era el perfecto modelo de esos dolientes edificios que aun nos quedan del tiempo de los primeros conquistadores, quienes, preocupados de las cosas de la guerra, desdeñaban ó descuidaban las artes que florecen en la paz. El abundante polvo que del piso de la calle pasaba á las paredes, donde en poco tiempo se extendía cubriendo el blanqueado, aumentaba el aspecto de vejez de aquella casa, que sólo parecía tener una sonrisa de primavera cuando la mano del blanqueador llegaba anualmente á cumplir el bando de policía, que ordena engalanarse á la ciudad para celebrar el aniversario de la patria independiente.

En el interior, en donde no podían regir las prescripciones de ese bando, la huella del tiempo marcaba más palpable su curso devastador. Comprendía el

edificio un patio, un corral estrecho, y cinco piezas. Entre éstas, una colocada en el rincón de la derecha del patio, con ventana á la calle, estaba habitada por don Raimundo; su puerta daba sobre un angosto corredor, sobre el cual abría también la puerta de un pasadizo que comunicaba al patio con el corral. Sobre ese pasadizo abría la puerta de una pieza bue servía de comedor y comunicaba por otra puerta con un cuarto que ocupaban las tres hermanas, el cual comunicaba á su vez con la pieza situada á la izquierda del patio y que servía de sala de recibo, con puerta al patio y ventana á la calle. En el corral, un corredor de media agua, prolongación del pasadizo, servía de cocina, y á la derecha, dos piezas de media agua, destinadas, una para criadas y otra, para despensa y carbonera, completaban el edificio, á cuyos pies corría una acequia que un agrimensor habría llamado de agua corriente, pero que en realidad no corría, sino que inundaba el corral con sus ondas pestilentes. Las piezas eran blanqueadas, enladrilladas, con techo de lienzo en que las goteras habían dibujado sus mapas fantásticos y estrafalarios, y estaban pobremente amuebladas con sillas de palo y totora, mesas de álamo pintadas con azarcón, y catres de madera pintados con la misma tierra. Algunos prolijos esfuerzos económicos de don Raimundo habían servido para cubrir el pavimento de la sala de recibo, llamada comunmente la *cuadra*, con una alfombra de jergón ordinario.

El servicio de esta casa lo hacía una criada perteneciente á la clase del pueblo que parece tener su origen en la mezcla del proletario español con la

raza indígena. Llamábase Rufina, y si bien servía á sus amos, obedecía en realidad á don Lino Alcunza, que tenía por sistema en su amorosa carrera, comprar la conciencia de las criadas para llegar á seducir á las amas. Rufina vendía su conciencia á don Lino por un estipendio de cuatro reales al mes.

En la mañana del día siguiente al del paseo, cuyas incidencias hemos referido, don Raimundo Basquiñuelas llegó con su familia á la casa de la calle del Peumo en el mismo vehículo que le había llevado á la quinta de su amigo y compadre don Cayetano Alvarado.

Las hijas de don Raimundo emplearon el día en recordar cada una de las escenas del paseo, cuidándose de pasar en silencio lo que había tenido lugar á consecuencia del esquinazo. Hablar de los galanes á fin de traer á la memoria repetidas veces los momentos en que el corazón ha latido bajo las caricias de la esperanza, hijas de pasadas emociones, es ocupación en la que el espíritu femenil prende con inefable placer las galanas flores de su deseo. Los nombres de Manríquez, de Solama, de Miraflores, fueron durante el día repetidos mil veces en aquella conversación. Las tres hermanas convenían en que Manríquez era un joven dotado de las brillantes exterioridades á que la mujer consagra su más espontánea admiración: su belleza, su aire desdeñoso y el poder admirable de sus hermosos ojos que reflejaban su voluntad imperiosa, fueron prendas analizadas por ellas en la más animada conversación. Ninguna de las tres, por supuesto, medía la distancia que de esos jóvenes las separaba, ni discutía tampoco sobre el fin

á que semejante admiración podía conducirlas. La clase social que, en nuestro país, designamos con el distintivo de *medio pelo*, entre la que naturalmente existe, como en todas, variedad de categorías, vive siempre cultivando la ilusión de que la amistad puede borrar el lindero que de la gente rica la separa. Ese lazo de unión entre ambas clases que forman los jóvenes libertinos de la segunda, y las jóvenes, con poco escrúpulo sacrificadas, de la clase de medio pelo, será siempre para esta clase una ilusión que le dará la esperanza de la deseada igualdad, mientras que sólo introduce el desorden y la deshonra en sus hogares. Pero Candelaria y Martina ignoraban el peso de esta verdad cuando hablaban de Manríquez y de Solama, al propio tiempo que Primitiva tenía necesidad de sustentar sus alegres esperanzas, para satisfacer sus inclinaciones galantes que su posición, lejos del ojo vigilante del marido, favorecía.

En la noche sólo se presentaron á visitarlas Timoleón y don Lino.

Manríquez y Solama, que habían estrechado su amistad de colegio apurando el mosto de don Cayetano, pasaron juntos las primeras horas de la noche y hablaron de mil cosas, menos de las hijas de don Raimundo. El espíritu soñador y alegre á un tiempo de Felipe, su tendencia á buscar un fin importante á las acciones más vulgares de la vida; su índole generosa y suave, despertaron la simpatía de Manríquez, cuyas ideas conservaban su primitiva delicadeza en medio de la vida desordenada á que parecía consagrarse, desde que en la primera parte de esta historia le perdimos de vista. Felipe Solama, por su

parte, había contestado á esa simpatía con la efusión propia de sus expansivos sentimientos: la tendencia de sus ideas le llevaba, además, á considerar á Manríquez como un objeto de estudio. Según una expresión, hija de la vaguedad de sus meditaciones, Abelardo pertenecía á la familia de las *almas huérfanas*, las que Solama clasificaba, como clasifica la fisiología el temperamento físico de los individuos.

Con la ausencia de estos dos jóvenes Candelaria y Martina estuvieron tristes.

Timoleón sostuvo la conversación general, mientras que don Lino se ingeniaba en vano para obtener de Candelaria alguna contestación favorable á sus añejos requiebros.

Don Raimundo estaba con sueño, y sólo parecía vencerlo cuando la conversación recaía sobre algún guiso ó sobre algún recuerdo de la época revolucionaria de Chile.

Cansado Timoleón de luchar para mantenerle despierto, se acercó á don Lino diciendole:

— Converse, pues, un poco con el patrón, ya yo estoy rendido.

Gracias á este expediente, pudo acercarse á Candelaria, no atreviéndose á entrar en conversación directa con Primitiva, por no despestar las sospechas de don Raimundo.

— ¿Por qué no vino su amigo? preguntó Candelaria á Mirafiores.

La mirada, el acento, la íntima emoción con que Candelaria pronunció esas palabras, revelaban las ideas dominantes del día en el alma de la joven, mecida por la voluptuosa esperanza con que los primeros

albores del amor inundan el pecho de la mujer. Á la poética expresión de inquietud pintada en las facciones de Candelaria, que se pusieron interrogativas como su voz, contestó Timoleón con la prosaica vulgaridad, que siempre ahuyenta lo ideal en las relaciones familiares de la clase social que hemos puesto en escena.

— Eh, pichoncita, la dijo, parece que el oficial nos ha flechado, ¡ qué tal !

Candelaria se puso encarnada.

— Como nos prometió visita... dijo bajando los ojos la joven ruborizada.

— Vamos, sea franca conmigo, repuso Miraflores, yo soy buen muchacho, y para guardar un secreto me las valgo. ¿ Le gustará que venga Abelardo ?

— Cómo no, dijo la joven á quien estas palabras volvieron su sangre fría.

— Eh, así me gusta, tornó á decir Timoleón, eso se llama hablar en plata, preciosa ; vale usted un Perú : mañana tiene usted por aquí al oficialito, yo se lo traeré.

Pocos instantes después se trasladó junto á Martina, que se había puesto á bostezar.

— Sueño tenemos, *prenda*, la dijo, porque el marchante se nos ha puesto ingrato, ¿ eh ?

— ¿ Qué marchante ? preguntó Martina con su expansiva fisonomía, animada de su sonrisa habitual.

— Mi amigo Felipe, pues, contestó Miraflores

— ¡ Bonito marchante, con sus *palabrotas* que nadie le entiende ! repuso la joven, cambiando en risa la sonrisa con que acababa de hablar.

— Vamos, vamos, exclamó Timoleón, dejémonos de santos tapados, á mí no me meten, hijita, el dedo

en la boca; hablemos como amigos, Felipe está enamorado de usted.

— ¡ Vean ! qué confianza !

— ¡ No le gusta ! yo se lo diré.

— No sea chismoso, para qué va con cuentos.

— ¡ No vé ! qué le decía ! si tengo tan buen paladar para conocer el camote, pues, ¡ qué quiere decirme á mí !

— Bueno, pues, piense lo que quiera.

— Mañana le traeré al ingrato, no se aflija, y le diré que se deje de discursos. ¡ No faltaba más, también ! subirse á las nubes, cuando tiene al lado ojitos como los que me están mirando !

Con estas finezas se conquistaba Timoleón Francisco Miraflores la simpatía de sus amigas, en cuyo círculo gozaba de gran reputación de hombre galante y *bien hablado*. Conocedor del estilo en voga entre la gente de medio pelo, gracias á su larga consagración á esa clase de sociedad, Miraflores lo empleaba ya, no por cálculo sino por hábito, envaneciéndose de su popularidad, y atribuyendo al poder de sus méritos, las simpatías que le conquistaba el halagar la vanidad femenil.

Al despedirse, renovó sus promesas á las dos hermanas y salió triunfante y satisfecho, complaciéndose hasta del sonido de su bota en el empedrado de la calle.

X

Entre los últimos sucesos relatados en la primera parte de esta historia y los que de esta segunda parte llevamos referidos, habían mediado dos años.

Antes de continuar, conviene, por consiguiente, dar algunas explicaciones relativas á nuestro héroe, con el fin de dejar aclarado lo concerniente á su situación.

Pocos días después de las escenas que terminan la primera parte, Abelardo Manríquez se había presentado á sus padres que residían, como entonces oportunamente lo dijimos, en Santiago.

Desde sus primeras conversaciones con don Bruno Manríquez, Abelardo había manifestado su resolución de abrazar la carrera militar. El motivo de tan súbita determinación, lo callaba el joven á su padre, como resistía también á los cariños de su madre para revelarle la causa de la sombría tristeza, que con la perspicacia de mujer y de madre había adivinado doña Zoila en el rostro de su hijo.

Había, por consiguiente, algún misterio en la vida de Manríquez, ante cuyo silencio tuvieron que sofocar don Bruno y doña Zoila la voz de su solícito interés. El joven conservaba la energía de voluntad que le distinguía, y el peso de la tristeza adivinada por la madre, no abatía la altanera tranquilidad de su frente, ni empañaba el brillo de su mirada serena y poderosa.

Como Abelardo exigía á su padre el emplear sus relaciones para conseguir un puesto en el ejército, don Bruno obtuvo para él, por medio de un amigo relacionado con el Ministro de la Guerra, despacho de Alférez del escuadrón de húsares que recibió el cúmplase de la Inspección, dos meses después de la llegada de Manríquez á la capital,

El escuadrón de húsares que servía de escolta al

Gobierno, disuelto más tarde por decreto de diciembre de 1843, gozaba en 1836 de una reputación enteramente *militar*, como se concebía entonces el significado de la palabra que subrayamos.

La voz pública contaba acerca de algunos de sus oficiales, aventuras de cuyo tenor era fácil colegir que los húsares no eran menos intrépidos en el campo de Venus, que lo que podían serlo en las lides peligrosas de Marte.

La entrada de Manríquez al escuadrón contribuyó poderosamente á engrandecer su nombradía.

Llevaba el joven el pintoresco uniforme con un garbo digno de un antiguo guerrero que alienta en su pecho el arrojo necesario para aumentar su lustre, mientras que su cuerpo elegante y la hermosura de su rostro cautivaban con su donaire á las mujeres. Sin descuidar sus obligaciones militares, principió Manríquez, desde entonces, una de esas existencias que, por sus variadas peripecias y temerarias empresas, pueden compararse con la agitación de las tempestades, que sacuden violentamente las aguas inquietas del océano. El joven entonces, semejaba á una nave en medio de ese elemento enfurecido : su norte parecía el placer y el huracán que le empujaba, pasiones indomables, como lo era su voluntad desde su infancia.

En esa época, los oficiales subalternos principalmente, dejaban correr su vida en una sociedad en que las pasiones juveniles encuentran más fácil alimento que el que puede ofrecer la etiqueta de las familias encopetadas, que en Chile han cultivado siempre con esmero la pureza de sus costumbres. Manríquez, alejado de esta última jerarquía social, en

parte por su nacimiento, y sobre todo, por la pobreza de su familia, siguió la corriente que á sus compañeros de armas arrastraba. De carácter dominante y osado, bien pronto los lances de su vida corrieron de boca en boca, formándole una reputación de calavera de las más sólidamente establecidas. Él no buscaba el aura de esa extraña popularidad, á la que nunca faltan aspirantes, y respondía con soberano desdén á las críticas que solían llegar á sus oídos. Había en el ahinco con que este joven perseguía el placer, algo del ardor febril con que ciertos desgraciados buscan en la embriaguez el olvido de pesares acerbos. Algún poeta le habría comparado al ángel desterrado del cielo por su soberbia indómita: la melancolía que bañaba sus bellas facciones, en vez de oscurecer, parecía dar un poderoso realce á la majestuosa dignidad de su orgullo.

Las mujeres que, seducidas por su belleza física y el insinuante calor de sus palabras, le habían entregado su corazón, habían despertado al cabo de poco tiempo en la atmósfera helada del desencanto: interrogadas todas ellas, habrían contestado con tristeza que ese joven, ó no tenía corazón, ó era demasiado buen mozo para poder amar. Las mujeres no miran sin cierto recelo la extremada belleza física en los hombres: siempre están dispuestas á juzgarlos por la ficción alegórica de Narciso. De aquí ese juicio formado sobre Manríquez por las que, locas de amor, habían llamado en vano á su corazón que parecía sordo. Su inconstancia, además, lejos de acarrearle desprestigio entre las mujeres, parecía rodearle, por el contrario, de una aureola resplandeciente, que las

engañadas por él contemplaban con ira, y que ofuscaba, llenando de turbación, á las que no le habían amado todavía. Por esto sucedía que Manríquez era el alma de los *picholeos*, el héroe de citas misteriosas: ídolo para las unas, señor respetado para otras. Su alegría era como nerviosa, y sin embargo, ante su sonrisa los rostros se iluminaban. Acaso sin explicárselo á él mismo, poseía una facultad irresistible de fascinación.

Al principio de esta segunda parte oímos referir á Timoleón el modo singular cómo había entablado con Manríquez relaciones de amistad. En correrías anteriores á esa aventura, Timoleón Francisco había encontrado á Manríquez en un salón en que brillaban las más altas categorías del medio pelo. Hijo descarriado de la aristocracia santiaguina, Miraflores, tipo del *parola*, como hemos dicho en algún pasado capítulo de esta historia, gustaba de hacer oir su voz sobre la de sus co-visitantes, que trataba de *siuticos* y de *mulatos*, con un aplomo que, á los ojos de los demás, remedaba perfectamente el valor. Á poco rato después de haber visto á Manríquez, conoció Timoleón Francisco Miraflores la superioridad del nuevo rival y se retiró del puesto espectante, que en todas partes se asignaba, con la sagacidad de un gallo que ve llegar á otro, en cuyo canto adivina instintivamente la pujanza de su valor. La heroína de la aventura contada por Timoleón á Felipe Solama y á don Lino Alcunza, se encontraba en aquella reunión: era bonita y Manríquez le hizo el objeto de sus atenciones. El héroe de los estrados de *pequeño tono*, llamando así, por contraposición, á esa sociedad de medio pelo, tuvo

que refrenar sus celos cuando vió que las palabras de Manríquez hacían brotar de los ojos de su querida los destellos de esas pasiones súbitas, muy frecuentes en la sociedad de que hablamos: Timoleón se contentó con morderse los labios y murmurar donde no podía ser oído. Fué como el desahogo del perro que va á gruñir tras de una puerta, después de haber recibido un golpe. Lo demás pasó como Timoleón lo había referido á sus amigos.

Un observador habría encontrado más atractivo en estudiar la fisonomía de Manríquez, lejos del agitado campo que el lenguaje vulgar apellida con la voz enérgica de *remolienda*. El rostro de Manríquez sufría una completa transformación, cuando después de una noche de orgía, abandonaba el ardiente recinto en que sus compañeros caían abrumados por el licor, y salía á la calle, como en busca de un aire fresco para sus pulmones y de ideas puras, frescas también, para su alma sedienta. En esos instantes, sus facciones enrojecidas por la fiebre de una velada, perdían el tinte impuro de vulgares placeres, y adquirían la diáfana serenidad que sólo parece el reflejo de las almas que viven á la sombra de la virtud. En la alameda miraba á los Andes como poeta, y seguía con ojo distraído el curso bullicioso de las aguas, viendo bailar sobre sus ondas caprichosas y turbias los recuerdos de sus días de soledad y de virtud agrestes. Con frecuencia le sacaba de ese arrobamiento en que los recuerdos bañan al alma, el roce de las basquiñas de algunas jóvenes que pasaban á cumplir sus devociones á la iglesia, y volvía á su frente entonces la sombra con que se nublaba al pagar con desdenes las

caricias de una querida ; la misma sombra que había despertado la inquietud amorosa de su madre ; la misma, en fin, que le circundaba como una atmósfera misteriosa, y daba á su fisonomía la expresión de un desterrado, que desde extranjera playa contempla las alegres riberas de la patria. Hubiérase dicho que las rosadas mejillas de esas devotas matinales, que siempre pasan á esas horas por la alameda envueltas en el discreto mantón, le hablaban de un mundo venturoso, de las apacibles felicidades de la virtud, de la calma que se respira en las ensenadas á las que su nave, por tempestuosos vientos combatida, no podría ya volver jamás. Y apoyaba melancólico la frente en uua mano, como sumergido en esas meditaciones del proscrito á quien le comparábamos hace un instante, y que mostraban que el alma de ese joven conservaba todavía, en medio de sus desarreglos y ruidosos pasatiempos, la casta flor de su pureza primitiva.

Para hacer frente á esa vida, que debe necesariamente exigir constantes sacrificios pecuniarios en aras de tan profanas divinidades, Abelardo no tenía más que su sueldo. Pocos meses después de su entrada al ejército, su padre había muerto : su madre y él debieron dividirse por iguales partes la modesta herencia que representaba el pequeño fundo del *Maiten*. Pero aquí se trataba de la única persona á quien Manríquez profesaba un culto inalterable y sincero.

— Si Vd. no tuviese bastante, había contestado Manríquez á su madre, que le rogaba para que aceptase su parte de herencia, tendrá mi sueldo.

Era además demasiado orgulloso para buscar dinero ó distracción en el juego, y no gustaba de combatir

con la suerte, adversario que ofrece la resistencia de la inercia.

Tal era Abelardo Manríquez cuando Timoleón Francisco Miraflores, debía llevarle á casa de Candelaria.

XI

Ocupaba Felipe Solama los altos de una casa situada en la calle de las Agustinas. Su familia, originaria de Santiago, se hallaba avecindada en la provincia de Aconcagua hacía largo tiempo, en un fundo cercano á San Felipe. Desde ahí le enviaba los medios de subsistencia que Solama no podía procurarse en la capital con la profesión de abogado que ejercía muy poco. Su carácter estrafalario y su espíritu idealista, no le permitían consagrar con seriedad su inteligencia á los trabajos prácticos que se rozan con la parte prosaica de la existencia, por la que Felipe tenía una aversión invencible. En su organización había algo del espíritu nómada de los antiguos caldeos que recorrían el desierto averiguando las leyes que rigen al sistema planetario : raras veces se ponía Solama frente á frente con la realidad, porque su imaginación vagaba en busca de las leyes morales que deben regir al universo. Esas leyes eran sus estrellas, que perseguía con su instinto, más bien que con el poco auxilio que podían prestarle sus lecturas, hechas sin el método ni el discernimiento precisos.

En una pieza de los altos en que vivía se encontraba Felipe Solama con Timoleón Francisco Miraflores á las ocho de la noche siguiente á la de la

visita hecha por éste último á las hijas de don Raimundo Basquiñuelas. En el completo desgreño que reinaba entre los muebles y demás objetos que poblaban aquella pieza, se veía el sello del carácter de su locador. Los modestos muebles estaban distribuídos por todas partes como con el manifiesto propósito de burlar las leyes de la simetría. Un ejemplar de las Partidas yacía empolvado bajo una mesa, junto á un rimero de números del famoso *Valdiviano Federal* que por muchos años la voluntad tesonera de un viejo patriota hizo aparecer en Santiago, por medio de una imprenta tan vieja como el patriota, y que el patriota manejaba con su criado, según reza la crónica de aquellos tiempos no remotos. Sobre el escritorio, que consistía en una mesa vieja de caoba, cubierta con un tapete de paño verde salpicado de tinta, se encontraba el tintero perdido entre varios pliegos de manuscritos mezclados con plumas inútiles, algunos pedazos de galletas roídos, hormillas de hueso arrancadas á los pantalones y un tomo del *Ensayo sobre las Costumbres* de Voltaire. Muchas sillas tenían el espaldar á los pies; y un sofá de junco, con paisajes en el respaldo, parecía ser el único mueble con pretensiones de seriedad, en aquella pieza que Felipe Solama decoraba pomposamente con el título de gabinete de estudio.

Timoleón Francisco Miraflores ocupaba el sofá, mientras que Felipe daba desiguales paseos por la estancia, con las manos metidas entre la cintura del pantalón y el cuerpo.

Miraflores, que á la sazón encendía un cigarro en un mechero de oro de mecha perfumada, vestía un traje propio de su carácter: levita de paño negro,

dantalón de color, *embotinado*, camisa de holanda bordada, chaleco de raso color patito con guirnaldas bordadas de seda celeste y colorada, corbata bordada, tirantes bordados y puños vueltos sobre la estrecha bocamanga de la levita. Suspendida al cuello cargaba una gruesa cadena de reloj y en el índice de la mano derecha ostentaba un grande anillo de oro con una trencilla de pelo alrededor. Este traje, que prueba por lo menos que entonces como ahora el *siutico* puede pertenecer á todas las clases sociales, parecía aumentar la natural y pronunciada satisfacción del que lo vestía: con él, Timoleón Francisco Miraflores se consideraba irresistible.

— ¡ Caramba ! exclamó guardando con orgullo su mechero, mucho tarda el oficialito ! ¿ Se le habrá figurado que tengo aguante de santo ? Mucho se equivoca, añadió ahuecando la voz para darse su aire favorito de matamoro.

Timoleón Francisco Miraflores no necesitaba más que un espectador para estar como un cómico en su papel de rey ; bien es verdad que su aire de importancia crecía en proporción al número de espectadores.

— Ya vendrá, no te apures, contestó Felipe sin interrumpir su paseo.

— Yo no me apuro por nadie, caramba ! pero no soy un cualquiera para que me hagan esperar, replicó Miraflores.

— Mira lo que dice Voltaire, replicó Solama, acercándose á la mesa en que tenía abierto su libro. *Los escandinavos creían que la felicidad del cielo consistía en beber vino en el cráneo de sus enemigos.*

— ¿Y á qué sales con eso? preguntó Timoleón sin comprender el objeto de aquella cita.

— Para probarte de que todas las razas han tenido conciencia de la inmortalidad del alma, respondió Felipe.

— Bueno, pues, anda á decírselo á tu abuela.

— Ya no existe, respondió Felipe, riendo del enojo de su amigo.

Abrióse entonces la puerta y apareció Abelardo Manríquez en su elegante uniforme de húsar.

Timoleón Francisco Miraflores se dirigió á él con los brazos abiertos y recitando un trozo de *Otelo*, tragedia que Cáceres, un célebre actor de aquel tiempo, había puesto de moda. El trozo que Miraflores quiso recitar con los brazos abiertos, principiaba:

Insigne amigo del valiente Otelo.

Á lo que Solama dijo, poniéndose entre los brazos de Timoleón, abiertos para recibir á Manríquez:

Valiente Otelo del insigne amigo. Cortándole de este modo el trozo que iba á recitar, mientras que Manríquez les hacía un risueño saludo.

— ¿Es tarde? preguntó Manríquez.

— No, hijo mío, contestó Miraflores, nunca es tarde para ti.

— ¿De qué se trata? tornó á preguntar Abelardo sentándose en el sofá.

— Se trataba de los escandinavos, dijo Felipe.

— Y de su abuela también, añadió Timoleón.

— ¿Cuál era la abuela de los escandinavos? repuso Manríquez, conociendo que Felipe había querido matar el tiempo á costa de Timoleón, con alguna de sus chanzas geniales.

— ¡No, hombre, de la abuela de Felipe! exclamó Miraflores.

— Poco importa, repuso Manríquez, yo lo que quiero saber es de qué se trata; ¿para qué me han llamado Vds. con tanta instancia?

— Te lo diré en el lenguaje de Felipe, contestó Timoleón: la vástaga de los Basquiñuelas suspira por el vástago de los Manríquez.

— ¿Qué mas? preguntó Abelardo.

— Hemos proyectado hacer una visita á esa amable familia, dijo Solama.

— El viejo me fastidia con su cara de apetito tenaz, replicó Manríquez.

— Yo me encargo de él, exclamó Timoleón, Vds. verán si yo lo entiendo.

— Tu desprendimiento, díjole Felipe, golpeándole el hombro, sólo encuentra en la historia su símil en el de Marco Curcio.

— Déjese de bromas, amigo, respondió Timoleón, eso de Curcio guárdelo para don Lino Alcunza si quiere que le aguanten.

— ¿Qué hizo Curcio? preguntó Manríquez, sin hacer caso del enojo de Timoleón.

— Era un romano, contestó Solama.

— Eso no es hacer, exclamó Miraflores, creyendo burlarse de Felipe.

— Por salvar á Roma se arrojó al cráter de un volcán á caballo, añadió éste.

— Ah, ah, ah, de un volcán á caballo ¿donde has visto volcanes á caballo? exclamó con su ruidosa carcajada Timoleón.

— Timoleón, dijo Manríquez, no se arrojará á un

volcán para salvarnos, sino que aguantará el peso imponderable de la conversación de don Raimundo, ¿no es así? Me parece digno de elogio.

— Mira, Abelardo, dijo Miraflores, Candelaria me preguntó por ti con una vocecita de caramelo, que daba gana de comérsela.

— En eso no te pareces á Curcio, contestóle Felipe, Curcio era discreto.

— Se puede engañar á las mujeres, pero no es lícito hablar mal de su honra, añadió Manríquez en tono sentencioso.

— Adiós, exclamó Miraflores, ¡de dónde les sale ahora tanto recato!

— En marcha, camino de la casa Basquiñuelas, dijo levantándose Abelardo Manríquez.

— En marcha, camino de la casa Basquiñuelas, añadió Felipe Solama.

Timoleón Francisco Miraflores se encasquetó el sombrero y siguió á sus amigos, que salieron entonando un paso doble puesto en boga por la banda de los húsares.

XII

En casa de don Raimundo esperaban sus hijas, llenas de emoción, la visita que la noche anterior las había anunciado Miraflores.

Esas jóvenes, para quienes el bien intencionado amor de algún mozo de condición humilde, habría sido una importunidad enojosa, palpitaban á la idea de ver llegar á su casa á los que suponían enrolados en la alta sociedad de Santiago, sin preguntarse, como

lo hemos observado antes, las intenciones con que iban á ofrecerles sus galanteos de dudoso jaez.

Para mantener despierto á don Raimundo, habíales sido necesario emplear las mil estratagemas ingeniosas que las mujeres ponen en ejercicio en esa eterna campaña de la juventud, ardiente de emociones, contra la vejez, sedienta de egoísta reposo.

Don Raimundo, con efecto, había querido esa noche acostarse temprano por dos razones poderosas á su juicio de viejo y de padre pobre. Eran esas dos razones la de que acostándose temprano dormiría más tiempo y se ahorraría el gasto de vela.

De aquí mil inquietudes para sus hijas: la visita de los jóvenes estaba anunciada, el padre quería acostarse y cerrar la casa, y las visitas no llegaban.

Cada una de ellas inventó entonces una historia para distraer á don Raimundo; mas era vano el esfuerzo, porque el viejo aparentaba más sueño que el que en realidad tenía.

Tuvo entonces Martina la feliz idea de hacer esta pregunta salvadora:

— Tatita, ¿qué mandaré hacer mañana de almorzar?

Los ojos de don Raimundo se abrieron como los de un avaro á quien se hiciese la revelación de un tesoro escondido. Hubiérase dicho que tenía el alma concentrada en el paladar. La expresión de su boca y el modo cómo hizo sonar la lengua, fueron un pecado de gula.

— Á ver, dijo, vamos pensando: las empanaditas de esta mañana no estuvieron malas.

Oyóse en este momento un ruido de pasos en el empedrado del patio.

Los rostros de las tres hermanas se iluminaron con el triunfo,

Antes que don Raimundo hubiese tenido tiempo de preguntar quién entraba, aparecieron Manríquez, Solama y Miraflores.

— Mi amigo, aquí le traigo estas visitas, dijo éste último á don Raimundo.

— Pasen adelante, caballeros, tomen ustedes asiento, contestó don Raimundo, devolviendo el saludo á los jóvenes con aire mohíno.

Abelardo y Felipe habían cambiado ya sus miradas de inteligencia con Candelaria y Martina, á quienes su padre encontró con la vista fija en el suelo en actitud de tímida modestia.

Hubo un momento de silencio.

— ¿Cómo les fué á ustedes á la vuelta de paseo? preguntó Felipe para empezar la conversación.

— Muy bien, contestó don Raimundo, complacido de la actitud recatada de sus hijas, que sólo alzaban la vista cuando él se distraía.

— ¡Oh! exclamó Felipe, un día de campo para los que como nosotros están obligados á vivir entre las paredes de un estudio, atados con la cadena del trabajo, es como un oasis en el desierto.

— La figura me parece aventurada, replicó Manríquez.

— ¿La del oasis ó la del desierto? preguntó Solama conservando toda su seriedad.

Don Raimundo, que se figuró que los dos jóvenes llevaban el propósito de burlarse de él, puesto que no les entendía, principió á mirarles con desconfianza.

Solama, que conoció lo que pasaba en la mente de don Raimundo, se dirigió á él diciéndole :

— Usted, señor, que es hombre ocupado, me comprende, ¿ no es verdad ? ¿ hay algo de más agradable que el campo ?

— Según y cómo, pues, amigo, contestó el viejo, ¿ no ve que hay campos donde *no se merece* un pedazo de carne de vaca, y la de carnero es tan cansadora ?

— Convenido, señor, repuso Felipe sin abandonar el tono épico; pero á qué otra cosa puede haberse referido Frai Luis de León, en su famosa oda, cuando dice :

Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

— ¡ Pero hombre, bonitos los versos ! ¿ se podrán cantar en la zamacueca ? dijo Timoleón, mientras que don Raimundo volvía á su idea de que se querían burlar de él.

La entrada de don Lino Alcunza, vino á cambiar la faz de la escena, cuyo amaneramiento había querido vencer Felipe Solama con sus bromas.

Al ver á don Lino, Timoleón, que deseaba asumir un papel activo y que se debiese á él la introducción de la alegría, cuya falta empezaba á fastidiar á Manríquez, se dirigió hacia Alcunza recitando, con los brazos abiertos sus versos favoritos :

Insigne amigo del valiente Otelo, etc.

— ¡ Oh, insigne amigo ! exclamó Felipe al mismo tiempo.

— Vaya con el mocito gritón, dijo entre dientes don Raimundo.

Alcunza, al sentarse, vió que Manríquez se había apoderado del único asiento que había junto á Candelaria.

El corazón de esta niña palpitaba con violencia. La hermosura de Manríquez, realzada por su chaqueta de húsar bordada de blanco, por su gracioso dolmán azul con bordados negros, prendido en el hombro izquierdo, la turbaron más de lo que ella misma lo esperaba. Un pantalón del mismo color del dolmán y con iguales bordados figurando bolsillos, dibujaba la nerviosa y elegante pierna del oficial. Ninguna de las particularidades del traje se ocultó á los ojos de Candelaria, tan cierto es que la mujer, aún bajo el peso de una grande emoción, obedece siempre á su instinto de notar todo lo que da mayor precio á la hermosura.

Apenas don Lino se sentó, Timoleón creyó que podía aprovechar la oportunidad para hablar con Primitiva. Manríquez le dirigió una mirada imperativa diciéndole :

— ¿ Olvidas tu promesa !

— Hombre, es cierto, contestó Miraflores dirigiéndose al lugar en que don Raimundo se había sentado junto á don Lino.

— Timoleón, á tu obligación, le dijo Felipe, aprovechándose de aquel movimiento para colocarse al lado de Martina.

— Señor don Raimundo, dijo Timoleón ¿ sabe

que hay un plato de los que nos dió nuestro amigo don Cayetano que no he podido olvidar?

— ¿Cuál, hombre? preguntó animándose don Raimundo.

— Aquel estofado de cordero que...

— Ah, ya me acuerdo, lo conocía, no ve que yo entiendo de eso pues ¿sabe cómo se hace?

Entretenida de este modo la atención de don Raimundo y obligado Alcunza por Miraflores á tomar parte en las disertaciones gastronómicas, Manríquez y Solama pudieron entregarse á conversar con alguna libertad.

Igualmente deseosos de hablar Candelaria y Manríquez se dirigieron la palabra á un mismo tiempo.

— ¿Se ha acordado de mí? preguntó el oficial.

— ¿Por qué no vino anoche? dijo Candelaria.

— Respóndame Vd. primero.

— No, Vd.

— No vine, contestó Manríquez, porque como habría querido estar sólo con Vd. temí que no hubiese habido aquí ninguna visita y verme obligado á entrar en una conversación general.

— De modo, que Vd. no hace más que lo que le gusta.

— Es mi sistema ¿no le parece bien?

— Sí ¿y qué tenía que decirme?

— Que la adoro.

— ¡Mentiroso!

— Yo soy así, no lo dude, y exijo para ser constante que me correspondan lo mismo.

Candelaria dió un suspiro.

— ¿No se siente con fuerzas de corresponderme? la preguntó Manríquez.

— ¿Y si Vd. me engaña? le contestó la joven con una mirada que equivalía á la más elocuente afirmativa.

— Para ser feliz en amor, dijo Manríquez, es preciso no recordar lo pasado ni mirar al porvenir.

— ¿Por qué? preguntó Candelaria con admiración.

— Del pasado pueden resultar celos y del porvenir dudas.

— ¡No vé! Vd. teme no ser constante!

— No es eso, sino que si yo supiese que Vd. había amado á alguien, me declararía mortal enemigo del que había sido feliz antes que yo.

En el acento con que Abelardo pronunció estas palabras había tanta pasión, que la joven le contestó enajenada de contento:

— Aunque alguien me hubiese gustado, desde que lo ví á Vd., conocí que ya no iba á poder pensar en ningún otro.

Durante el mismo tiempo don Raimundo se pasaba la lengua por los labios, oyendo la descripción que Miraflores hacía de un guiso de camarones:

— En mí casa los hacen particulares, decía, se les echan porotitos, papas, bastante mantequilla y harto aliño.

— ¡Qué bueno debe ser! exclamaba con ojos radiantes don Raimundo.

— Yo le mandaré los camarones, añadía Timoleón: á casa nos traen de Coquimbo, muy buenos.

— ¡Cuánto le agradeceré! ya me parece que los estoy comiendo! decía don Raimundo, saboreándose.

Mientras entraba Timoleón en la descripción de una salsa muy á propósito para comer las truchas, don

Lino Alcunza, que se desesperaba de no poder moverse, dejó su asiento y se dirigió al punto en que Candelaria y Manríquez conversaban.

No podía llegar en peor momento. Animado Abelardo con las apasionadas contestaciones de Candelaria, sintió el despecho del jugador á quien vienen á llamar cuando está pendiente un golpe decisivo para él.

— ¿ Qué se le ofrece ? preguntó á don Lino que se había puesto de pie y miraba á Candelaria, como para dirigirle la palabra.

Más insolente era la mirada con que Manríquez acompañó sus palabras que lo muy descomedido de la frase.

Don Lino contestó balbuciente :

— Venía á hablar con esta señorita.

— Ó á oir lo que yo estoy hablando ¿ no es verdad ? dijo Manríquez impaciente. No sufro testigos importunos, sépalo Vd., añadió en voz baja, y gobiérnese con arreglo á eso, si no quiere recibir una lección que no sea de palabras.

El despecho había inflamado el semblante del oficial, cuya voz aunque apagada, imponente, hizo conocer á don Lino que se había encontrado con un adversario peligroso de provocar. Esta persuasión le hizo retirarse murmurando sin ser oído :

— ¡ Si no fuera por no dar un escándalo, vería cómo le iba conmigo !

Esta humillación venía á dar su verdadera forma á la antipatía que le inspiraba Manríquez, desde que le había visto preferido por Candelaria. Unido á los celos, el encono que le produjo la insolencia arrogant del oficial, el deseo de vengarse se apoderó inmedia-

tamente de don Lino, que fué caviloso á ocupar el asiento que un momento antes había abandonado. Desde ahí contemplaba con celosa rabia á Candelaria, que fascinada por Manríquez, le juraba un amor eterno, mientras que recogía con pasión sus palabras atrevidas y sus miradas ardientes. Sin oir esos juramentos, los adivinaba don Lino con la penetración de los celos, así como adivinaba en el rostro de Candelaria las emociones que la voz del oficial despertaba en su alma, semejantes á los botones de las flores que despliegan sus pétalos temblorosos al contacto del sol de la mañana.

Al verle en tan reflexiva actitud, don Raimundo, que no se hallaba en estado de sospechar la causa de su preocupación, y que, por otra parte, guardaba grandes miramientos á don Lino á quien debía algunos servicios pecuniarios, creyó de su deber dirigirle la palabra; mas como se encontrase dominado por las impresiones gastronómicas de la conversación que sostenía con Miraflores, sólo se le ocurrió decir, volviéndose hacia don Lino:

— ¿ Sabe que me está dando hambre ?

Don Lino le miró como un sordo, á quien uno que ignora su enfermedad le dirige la palabra en su voz natural.

Felipe Solama, que alcanzó á oir las palabras de don Raimundo, dijo, mientras don Lino seguía mirando al dueño de casa con aire de estupidez:

— Señor don Raimundo, yo participo de esa misma opinión.

Miraflores se acercó á don Lino, cuando don Raimundo miraba á Felipe.

— ¿No ve, le dijo, que esa es una indirecta del patrón?

— ¿Y qué quiere que yo le haga? contestó Alcunza con modestia.

— Sacar un par de pesos y mandar traer algunas cosillas para cenar, ese es el modo de portarse como gente, dijo Timoleón.

— Ah, ¿también tiene hambre Vd.? decía al mismo tiempo á Felipe don Raimundo, á quien todo hombre de buen apetito le inspiraba simpatía.

— Es decir, contestó Solama, que no sólo tengo hambre sino *hambruna;* comería cualquiera cosa con satisfacción indecible.

— Vean Vds. exclamó Timoleón, don Lino, que también tiene apetito, me decía que no mandaba buscar algo porque no fuese á parecerles mal.

— Es un error que puede dispensársele en gracia de la modestia que encierra, dijo Felipe, yo no me enojo porque mande traer algo para cenar ¿y Vd. don Raimundo?

— Yo tampoco, contestó el viejo, halagado por la idea de satisfacer el apetito que Timoleón le había excitado con sus descripciones.

— Vaya, amigo, ya vé Vd., exclamó Miraflores dirigiéndose á don Lino, todos aceptamos su oferta: llamaré á la muchacha.

Diciendo esto, salió al patio llamando á la criada, mientras que Alcunza, por no aparecer como mezquino delante las jóvenes, buscaba plata en sus bolsillos.

Miraflores dió á la criada las señas de una de esas fondas que han existido en la Alameda desde su fun-

dación, especie de *cocinerías* entonces, y que después se han condecorado con el título de café. La criada desempeñó su comisión con mucha celeridad, pues volvió poco después acompañada de un muchacho de la fonda, ambos cargados con platos y botellas de chacolí.

Don Raimundo fué destapando los platos y haciendo á cada uno de ellos algunas observaciones gastronómicas:

— Pescado frito, dijo al primero, no está malo, tiene un olorcito muy incitante, y aunque da mucha sed, para eso está el chacolí.

— ¡ Pavo fiambre ! exclamó destapando otro plato, ¡ qué lujo ! no sé si me le atreva, es pesadito.

— Para eso la Providencia nos deparó el chacolí, observó Felipe Solama.

Don Raimundo agregó:

— Ensalada de *beteravas:* esto refresca, ¿ no le parece, amigo Solama ?

— Como si se comieran remolachas ó betarragas, contestó Felipe: es un verdadero baño tomado interiormente, sobre todo si se agrega un vaso de chacolí.

Esta cena, verdaderamente popular por el primero y el último de los platos citados, puso de buen humor á don Raimundo, y dió á los jóvenes la ocasión de hablar con más libertad á las hijas del viejo. Libre Manríquez de las importunidades de don Lino, no se apartó un sólo instante de Candelaria, hasta llegar con ella en su conversación á las más altas regiones del amor, en las que los amantes olvidan con facilidad las precauciones que para

no ser observados cuidan de tomar al principio. El olvido de Abelardo fué tal, que hubo un instante en que, no contento con besar una mano de su querida, que ésta no retiraba, se dejó arrastrar de su entusiasmo y cedió á la tentadora atracción de la fresca y rosada mejilla de Candelaria, en la que imprimió un beso apasionado, cuando don Raimundo tenía fija su atención en el plato.

Su osadía hizo estremecerse á la joven, obligó á las hermanas á bajar ruborizadas la vista, y heló de espanto y de indignación á don Lino, que no le perdía movimiento. Terminada la cena y cuando los jóvenes se despidieron, don Lino Alcunza dijo en el patio á don Raimundo :

— Amigo, tengo que hablar con usted de un asunto que le interesa.

— Pase á mi cuarto, contestó don Raimundo, que, como hemos advertido ya, guardaba grandes consideraciones á don Lino por su dinero.

— No, aquí sería sospechoso; sus hijas maliciarían algo : mañana iré á su oficina y hablaremos, contestó Alcunza.

— Con el mayor gusto, estoy siempre á sus órdenes, dijo don Raimundo, saludándole con cierta desenvoltura y agilidad, debida á los vapores del chacolí.

XIII

Fué don Lino Alcunza puntual á la cita que había dado á su amigo. Á las diez de la mañana entró al edificio de la plaza de armas, en que funcionaban

entonces las oficinas del Estado y que actualmente es casa de correos. Introducido por un portero al local que ocupaba el ministerio del que don Raimundo era uno de los oficiales de pluma, se ofreció á don Lino, en la persona de su amigo, el verdadero tipo del antiguo empleado, tipo al que las nuevas costumbres, hijas de diversas necesidades, van haciendo desaparecer de las oficinas. Un pintor de costumbres no habría desdeñado, como Alcunza, el cuadro lleno de *colorido local* que presentaba don Raimundo Basquiñuelas sentado delante de su mesa, en una poltrona cuyo asiento de crin había gastado el uso. Para remediar este inconveniente, don Raimundo sobreponía una especie de rodela de badana, rellenada con crin: las patas y el respaldo de la silla eran tan venerables como el empleado que sostenían y como la mesa de caoba cubierta de paño verde, raído por el uso y manchado con tinta en varias partes. Sobre esta mesa se veía un tintero, algunas plumas de ave, varios legajos de papeles y un brasero para encender el cigarro.

Estos detalles adquirían verdadera importancia con la presencia del viejo empleado, que conservaba las zapatillas de orillo que le conocemos y el mismo traje al que había añadido dos mangas de duradera, sujetadas en la parte superior del brazo por medio de una jareta, y cerca de los puños por una hormilla de hueso. Añádase á esto una pluma que don Raimundo colocaba, por costumbre, tras de la oreja derecha, aun cuando no tuviese que escribir; unos anteojos encaramados en la frente, como duplicando el número de los ojos, y un cigarro de hoja que dejaba apagar entre sus labios, á fin de hacerlo durar más, conciliando la

necesidad de lo que él llamaba *despuntar el vicio*. Esto dará una idea del cuadro que se ofreció á la vista de don Lino Alcunza.

Pero éste, á quien sólo preocupaba el deseo de vengarse de su rival, no fijó su atención en ninguno de los característicos pormenores que daban el tono verdadero á ese cuadro de oficina, y ocupó un asiento que don Raimundo había colocado junto á su poltrona, esperando la visita que le llegaba.

— ¿Qué se hace? preguntó don Lino, para dar principio de algún modo á la conversación.

— Aquí nos tiene usted, amigo, en el trabajo, pues, como siempre.

Para don Raimundo consistía el trabajo en llegar á la oficina antes que los demás empleados; fumar el cigarro en la forma que dijimos; registrar algunos papeles empolvados y retirarse después que todos, haciendo llevar por el portero los papeles inútiles para su casa.

Don Lino, para establecer la confianza, ofreció un cigarro hecho á don Raimundo. Éste dejando á un lado para después el que tenía apagado, dijo:

— Vaya pues, amigo, muchas gracias.

— Anoche, dijo don Lino, encendiendo su cigarro, no quise hablar con Vd. porque, como va á ver, habrían adivinado las niñas con facilidad lo que iba á decirle.

— Hizo bien, la precaución en todo, ese es mi sistema, contestó don Lino.

— Dígame don Raimundo, añadió don Lino, ¿ha pensado Vd. en las consecuencias que pueden tener las visitas de jóvenes en su casa?

— ¿ Y qué quiere que piense amigo ? Las niñas se distraen con eso.

— Malas distracciones.

— ¿ Por qué ? ellas son inocentes.

— No lo dudo ; pero ellos no lo son.

— ¿ Quiénes ?

— Los jóvenes que Vd. recibe.

— Ese mocito Solama es bullicioso, pero es buen muchacho, dijo don Raimundo, cuya simpatía se había asegurado Felipe con las dotes gastronómicas que había dado á conocer la noche anterior.

— Vea mi amigo, dijo don Lino después de reflexionar algunos momentos, el paso que yo doy es por la amistad que tengo por Vd., y siento verle mirar estas cosas con tanta indiferencia.

— ¿ Qué cosas ? preguntó don Raimundo, que todavía no adivinaba el objeto que Alcunza se proponía.

— Esto de las visitas, pues, hombre, replicó éste con impaciencia : dígame, añadió ¿ crée Vd. que alguno de esos jóvenes visite su casa con intenciones de casarse ?

— No había pensado en eso.

— Mal hecho, su deber de padre es pensar. No es lo mismo que le visite yo, que soy casado y amigo de Vd. porque nada puede temerse de mí ; pero esos jóvenes son solteros y no han de ir á su casa sino con la intención que llevan adonde hay niñas pobres.

— ¿ Sabe que tiene razón ? dijo don Raimundo como quien empieza á entender un enigma.

— ¡ Ya lo creo ! repuso don Lino, tengo tanta razón que le voy á dar una prueba que acabará de convencerle : anoche, cuando estábamos cenando,

ese oficialito Manríquez le dió un beso á Candelaria.

— ¡Hombre! ¿de veras?

— Como Vd. lo oye.

— ¡Y la malvada se dejó besar! exclamó don Raimundo con rabia.

— Cuando ella lo sintió ya era tarde; sin embargo, Candelaria hizo ademán de dirigirse á Vd. para denunciar al atrevido y no se calló sino porque yo le hice señas de no hablar. El mocito es insolente y eso habría provocado un conflicto desagradable.

— ¡No haberlo visto yo! dijo don Raimundo, rascándose la cabeza de despecho.

— Mejor que no le viese, ¿qué habría remediado? replicó don Lino. Mejor será, dije yo, que mañana le cuente lo sucedido para abrirle los ojos, estoy seguro que don Raimundo les cerrará á esos mocitos las puertas de su casa.

— ¡Vaya si las cerraré! Desde hoy mismo.

— Así se acaba todo sin bulla y sus hijas no pierden en su reputación.

— Amigo, le agradezco en el alma este servicio, dijo don Raimundo lleno de reconocimiento.

— Prométame sí, añadió Alcunza, no decir una palabra de esto á sus hijas porque me mirarían mal.

— Se lo prometo.

Pocos momentos después se retiró don Lino, dejando á su amigo penetrado del más vivo agradecimiento y resuelto á llevar inmediatamente á cabo su resolución. Al efecto escribió á Miraflores algunas líneas, pidiéndole que fuese á su casa en la tarde. Miraflores acudió á la cita y oyó con gran asombro el deseo que don Raimundo le manifestaba de que

sus amigos y él suspendiesen sus visitas. Al terminar le dijo :

— Tan amigos como antes, mi señor don Timoleón ; pero, ¿ qué quiere Vd. ? en el barrio han principiado los chismes y quien pierde aquí son mis pobres hijas. Vd., que es mi amigo, me encontrará razón ¿ no es verdad ?

Miraflores no halló objeciones serias que hacer á quien en vez de intimarle una orden, parecía solicitar una merced de él y de sus amigos. Retiróse á llevarles esta inesperada noticia y á buscar con ellos algún medio de burlar los efectos de la proscripción, decretada en términos tan comedidos por don Raimundo.

XIV

— Yo rechazo el pacto con toda la energía de mi derecho, exclamó Felipe Solama al oir á Timoleón la relación de su entrevista con don Raimundo.

— Sí, rechaza no más, no te acobardes, contestó Miraflores. ¡ Las ocurrencias de éste ! querer visitar en una casa donde no quieren recibirle.

— ¿ Qué me importa la voluntad del tirano, si cuento con la opinión del pueblo ? replicó Felipe : don Raimundo se opone ; pero las chicas nos abren sus amantes brazos : á ellos !

— Esto huele á Lino, dijo Manríquez, que se había acostado á fumar en el sofá del estudio de Solama, punto en que tenía lugar la conferencia de los tres amigos.

— Es verdad, dijo Felipe, huele á Lino de un modo evidente, y declaro que es un olor desagradable.

— Qué, hombre, exclamó Miraflores ¿ van ahora Vds á rabiar con don Lino ? Ese es un tonto.

— Un borrico.

— Un bruto.

— Yo, dijo Felipe, clamo ¡ venganza !

— Se le dará un correctivo de paliza, dijo Manríquez.

— ¿ Y qué ganaremos con eso ? preguntó Miraflores, que no quería indisponerse con don Lino. Además añadió, no es justo obrar por una mera presunción. Lo que nosotros debemos hacer es entablar correspondencia con las *prendas*.

— Eres un Colocolo en el consejo, le dijo Felipe, y si á tu juiciosa elocuencia, unes el cerrar un ojo, serás el fiel retrato de ese sabio tuerto varón : me decido por la *epistolografía*.

— Bah, es muy insípido, replicó Manríquez : yo propongo que asaltemos la casa esta noche.

— ¡ Hombre, buena idea ! iremos como los romanos á robarnos las sabinas que nos faltan, exclamó Felipe.

Para que se los lleven á la cárcel y los obliguen á casarse con las muchachas.

— Yo no me caso, yo soy musulmán, dijo Solama, sentándose sobre un cojín á la manera de los orientales.

— Si no te casases te secarían en la cárcel, repuso Timoleón.

Prefiero llegar al estado de momia, dijo Felipe : el matrimonio es la espada del ángel que arroja á los hombres del paraíso del amor : repito que no me caso.

— Entonces, renuncien al asalto, respondió Miraflores.

— ¿ Te acuerdas de los escandinavos ? preguntó Solama.

— Sí ¿ y qué hay con eso ?

— Yo beberé en el cráneo de don Raimundo, dijo Felipe : hazle esta prevención cuando le veas.

— Señores : voy á someter una proposición á este consejo, dijo Manríquez incorporándose.

— El consejo te escucha, respondió Felipe.

— ¿ Quién nos ha traído la noticia que deploramos ? preguntó Abelardo.

— Éste, dijo Solama, designando con el dedo á Timoleón.

— Pues bien, continuó el oficial, sobre él pesa la obligación de hacernos comunicar con las hijas de don Raimundo.

— Aristóteles no sería más lógico, dijo Felipe : yo voto por la afirmativa, tú Manríquez votas por ella, como autor de la indicación : luego tenemos mayoría absoluta.

— Sí ; pero cómo quieren..... trató de replicar Timoleón.

— Yo decreto que desde mañana estén las niñas en aptitud de recibir nuestras cartas, dijo Abelardo.

— Y de contestarlas en un estilo de fuego, agregó Felipe : á mí me gusta el lenguaje apasionado.

Timoleón se puso á cantar los conocidos versos :

No verte y quererte tanto
Es para mí tal tormento,
Que de puro sentimiento
Mis ojos se van en llanto.

Manríquez y Solama le acompañaron con tal fuerza, que las gentes que por la calle pasaban se detenían, preguntándose si en los altos había algunos locos alojados.

— Basta de bromas, exclamó Manríquez, al terminar el canto, quedamos, pues, convenidos en que Timoleón, nos servirá de intermediario.

Quedas elevado á la categoría mitológica de Mercurio, añadió Felipe, golpeando el hombro á Miraflores.

— No les parezca que es tan fácil lo que desean, contestó Timoleón Francisco.

— ¿ Por qué? preguntaron á un tiempo Manríquez y Solama.

— Porque la criada está vendida á don Lino y no podemos luchar con él, tratándose de dinero.

Felipe exclamó al oir esta razón :

— Alejandro cortó el nudo gordiano con su espada en vez de desatarlo y dijo : « más vale la maña que la fuerza. » Aprende á ser mañoso, Timoleón querido.

— No soy caballo, hijito, contestó este sin comprender la comparación de Felipe.

— Tú te ingeniarás como puedas, dijo Manríquez sentenciosamente á Miraflores.

— Sería una vergüenza, añadió Felipe para extimular el amor propio de Timoleón, que una criada que vende su conciencia á un viejo libertino, fuera un obstáculo para un hombre como tú ¡ un Timoleón !

— Más fácil es decir que hacer, replicó Miraflores con el fin de encarecer el mérito del servicio que le pedían sus amigos ; yo lo haré, añadió, pero sépanse que otra cosa es con guitarra.

— Tu tocayo, el gran Timoleón, repuso Felipe, supo vencer al no menos grande Aníbal ¿ cómo no has de vencer tú al don Lino ?

— Bueno, se hará lo que se pueda, contestó Timoleón.

Poco después entró éste en campaña, enviando una criada de su casa á entablar relaciones con la de don Raimundo Basquiñuelas. Gracias á esa intermediaria, pudo Miraflores cohechar á la criada de don Raimundo, sin despertar sospechas y acercarse á casa de las jóvenes Basquiñuelas.

Timoleón reunió á sus amigos dos días después en casa de Solama, para anunciarles el resultado de su negociación.

— ¡ Vaya, muchachos, les dijo, el correo está pronto, vean si soy buen amigo !

— Magnífico, exclamó Felipe, yo me siento inspirado.

— Escribe también para mí, le dijo Manríquez, viéndole sentarse delante de su escritorio y tomar la pluma ; yo no escribo cartas de amor.

— Bueno, no tendrás más que firmarla, contestó Felipe.

Mientras éste escribía, Timoleón se puso á referir á Manríquez diversas proezas amorosas de problemática verdad. Al cabo de poco rato, Solama alzó la cabeza diciendo :

— ¡ Atención !

— Vamos á ver, dijeron los otros dos.

— Hay en ambas cartas variedad de estilo, añadió Felipe. Á ver, Manríquez, qué te parece la tuya.

Y continuó leyendo ·

« Candelaria de mi alma :

« El que me ha separado de Vd. recibirá algún día su castigo; entretanto, si Vd. me ama, deme una prueba de ello facilitándome los medios de verla. Mi amor se ha aumentado con la ausencia y si Vd. no pone término á ella, no respondo de mí : cegado por mi pasión, soy capaz de ir á arrebatarla del seno de su familia. »

— ¿ Qué tal ? preguntó con aire de triunfo.

— Concisa y expresiva, dijo Manríquez, le pongo mi visto bueno.

— Á ver la tuya, dijo Timoleón.

— Es igualmente concisa, contestó Felipe, leyendo lo que sigue :

« Martina mía :

« ¡ En vano nos separan ! ¿ Qué son los obstáculos materiales para dos almas que tienen el poder de encontrarse en la infinita y mágica región del sentimiento ? ¡ Jamás podrán los verdugos encadenar el pensamiento, ni los padres tiranos hacer bajar á la prosa de lágrimas estériles, á dos seres capaces de desprenderse del mundo por la fuerza sublime de una inmensa adoración ! Por esto quedo tranquilo, esperando que ni la ausencia ni el tiempo borren de su pecho mi imagen, como nada tendrá la fuerza de borrar la suya que besa el alma del que la adora. »

— No entiendo, dijo Timoleón.

— Ella tampoco entenderá, contestó Felipe, y eso es lo mejor : toda pasión es amante del misterio.

— Y en esa carta, observó Manríquez, no sólo hay misterio, sino que hay ensalada de palabras.

— Ensalada sentimental, repuso Felipe, esa es la que vuelve locas á las mujeres.

— Prefiero la de apio, dijo Timoleón.

— Será otra prueba más, contestó Solama, de que perteneces al sexo feo y á la especie de los glotones.

Diciendo esto, cerró las cartas después de estar ambas firmadas y las pasó á Timoleón, diciéndole:

— Ve como una flecha, mensajero de nuestros amores. Mira, hijo, añadió, exige que las contestaciones no se hagan esperar.

Candelaria y Martina recibieron las cartas con una sentida turbación, muy diversa del indiferente y casi burlesco espíritu que las había dictado. Encerradas en el cuarto, á la hora en que don Raimundo se hallaba en su oficina, paladearon, por decirlo así, cada una de sus palabras, y se reunieron después á leerlas y comentarlas en sabrosísima confidencia. Á pesar de su poco sentido práctico, Felipe Solama había juzgado muy bien el efecto de su carta: Martina, sin comprenderla, la encontró sublime. Enorgullecióse su amor propio de ser la inspiradora de aquellas frases, que á su juicio debían ser una obra maestra de pasión y de arte. Lo que dicho de palabra le habría parecido insípido, cobraba escrito el prestigio de que su amor propio se complacía en revestirlo. Apuradas todas las conjeturas, las risueñas esperanzas, las emociones palpitantes que surgen en los pechos jóvenes con la primera carta de amor, las dos hermanas pensaron en contestar. Una minuciosa pesquisa las proporcionó un pedazo de papel, que divi-

dido en dos y con el auxilio de un lápiz, recibió la confidencia de esos corazones enamorados. Las dos cartas llegaron á manos de los jóvenes por conducto de Timoleón.

— Á ver lo que dicen esas pichonas, dijo éste.

Manríquez leyó :

« Mi adorado Abelardo ».

Ya que usted se acuerda de quien no lo merece, le diré que cada día lo quiero más y que no pienso más que en mí adorado tormento que tal vez se canse de quererme porque no me ve, pero yo seré constante y tengo esperanza de verlo cuando vamos el sábado al *nacimiento* que tiene doña Antonia en su casa.

Suya hasta la muerte.

CANDELARIA. »

— Hay más pasión que ortografía, dijo Felipe, acercándose á ver la carta que Manríquez dejó sobre la mesa, y á la cual hemos suprimido, en gracia de la claridad, las faltas ortográficas, conservándole sólo en parte la puntuación, á fin de no quitarle enteramente su carácter.

— Á ver la tuya, pues, dijo Timoleón á Felipe.

— La mía es corta respondió éste ; poniéndose á leer :

« Querido amigo :

— Ésta es más recatada, dijo interrumpiéndose.

— Sigue, no hagas comentarios, exclamó Manríquez.

Solama continuó :

« Casi me da vergüenza escribirle porque usted es tan sabio y yo no sé nada pero sé querer á quien me quiere y espero verlo si usted va el sábado al nacimiento de doña Antonia. Su amiga que le corresponde.

MARTINA. »

— Vaya, ¿ para qué quieren más ? dijo Timoleón.

— De las dos cartas se colige, observó Felipe, que hay una doña Antonia que tiene un nacimiento al que nuestras Dulcineas irán el sábado.

— ¿ Quién es doña Antonia y adónde vive ? preguntó Manríquez.

— Es una señora vieja que tiene *nacimiento* todos los años, respondió Timoleón : vive en la calle de Duarte.

— ¿ Tú la conoces ?

— Mucho, yo los presentaré.

— Debemos, dijo Felipe, congratularnos de que aun existan entre nosotros estos recuerdos de piadosas costumbres : los nacimientos conmemoran la época más fausta del cristianismo.

— Y sirven, como en el presente caso, para proporcionar entrevistas á los amantes separados, agregó Manríquez.

— Eso no tiene nada de particular, replicó Felipe, desde que los amantes son como las golondrinas, que andan siempre buscando el clima templado por la presencia del ser querido.

— Bueno, pues, dijo Timoleón, no hay que faltar á la cita.

— Antes perderé el habla, dijo Felipe.

— ¿En dónde nos juntamos? preguntó Manríquez.

— Aquí, contestó Timoleón: á las ocho de la noche vengo á buscarlos el sábado.

— ¿Hoy es?

— Jueves.

— Bueno, pues, hasta pasado mañana, por si no volvemos á vernos, dijo Timoleón Francisco Miraflores, despidiéndose de sus amigos.

XV

La fiesta con que los países católicos celebran el nacimiento del Redentor, ha perdido en Santiago gran parte del aparato con que nuestros padres la adornaban, y del entusiasmo de los asistentes que concurrían á solemnizarla. No son ahora lo que eran en 1836 los nacimientos, á los que se agolpaban tanto la flor de la elegancia y del buen tono, cuanto los hijos oscuros, aunque presuntuosos, de la clase de medio pelo. Oportuno será por consiguiente que digamos lo que era un *nacimiento* en aquellos años, ya que los que existen en el día apenas son reflejos pálidos de aquéllos, y ya también que la modificación sucesiva y natural de nuestras costumbres, no nos permitiría comprender las escenas que vamos á referir, si no diésemos una ligera descripción del escenario en que deben presentarse.

Ciertas familias de mediana hacienda, en las que la piedad cristiana se trasmitía de padres á hijos, y en las que las prácticas devotas recibían un fiel y acaso exagerado cumplimiento en todos los días del

año, eran las que gozaban de alta reputación en la capital, por los *nacimientos* que *tenían* durante el mes de diciembre de cada año. En estas familias se iban trasmitiendo como los sentimientos religiosos, los objetos que servían para formar el nacimiento, y, acrecentando este caudal los que lo recibían, honraban la costumbre de sus padres, dándole un ensanche considerable y un lujo digno de los sentimientos con que perpetuaban la piadosa fiesta.

Llegado diciembre, y reunidos todos los objetos necesarios, dábase principio á organizar el nacimiento.

Para esto, en la pieza de la casa más á propósito por su extensión, se colocaba una gran mesa, sobre la cual se disponía el nacimiento, compuesto de distintos episodios ó *pasos*, figurando á veces desde la tentación fatal de nuestra madre común, la frágil Eva, hasta algún cuadro formado por personajes del día, como para marcar las grandes épocas del mundo, antes de llegar á la que para los espectadores tenía el atractivo inmenso de la actualidad. El paraíso, con sus árboles de miniatura, Eva junto al manzano de la ciencia, Adán junto á su consorte, y la serpiente pasando la fruta tentadora : las flores, las fuentes cristalinas y los arroyos; los animales, las aves y los insectos, formaban *pasos* llenos de tan cándida buena fé, que era difícil decidir si lo grotesco del cuadro excedía á la inocencia de los autores, ó si ésta era superior á la burlesca sencillez del conjunto y de cada una de las partes que ese cuadro componían. Al lado del Paraíso, se elevaba á veces un cerro cubierto de verde hierba, poblado de árboles y de animales, y

animado, sobre todo, por la presencia de los reyes magos, que seguían á la estrella que debía guiarles al augusto pesebre. Éste se hallaba con sus divinos habitantes, ocupando el centro del nacimiento, rodeado del gallo, del buey y del asno de la gran leyenda, después otros cerros, otros árboles y otros animales, multitud de floreros y frascos de caprichosas formas, cual si se pretendiese hacer una colección para acreditar los progresos de extranjeras industrias. Entre estos objetos, veíanse tambien algunas figuras de porcelana, como pastores con su eterna risa y su guirnalda eterna, turcos y armenios traídos de las casas de los amigos ; y por fin, bajo de una enramada, de la que pendian hermosas frutas como en la edad de oro, un galán y una dama vestidos á la moda del día, figuraban la presente edad de hierro que nos ha cabido atravesar.

El nacimiento á donde Manríquez y Solama debían asistir por encargo de sus queridas, es el que nos ha servido de modelo para esta ligerísima descripción, la que sería interminable si hubiésemos de detenernos en las luces que lo alumbraban, en la infinidad de objetos accesorios, en la variedad de flores artificiales, de frutas y de insectos de que estaban sembrados los espacios de la mesa que no ocupaban los *pasos* principales. Una de las modernas tiendas de monos y juguetes para niños, puede dar una ligera idea de los accesorios, dispuestos en derredor de los *pasos*, sin más arte que el de no colocarlos de un modo confuso para la visita del espectador.

Doña Antonia Jaramillo, vieja solterona devota, que cultivaba el orgullo de tener el mejor nacimiento de

Santiago, se encontraba tomando el fresco en el primer patio de su casa, cuando entraron los tres amigos, en la noche del día sábado fijado por las hijas de don Raimundo para la entrevista que Manríquez y Solama habían solicitado de ellas.

Eran las ocho de la noche.

— Mi amiga, dijo Timoleón, acercándose á doña Antonia, aquí le traigo á estos dos caballeros que desean admirar su nacimiento.

— Vaya, pues, caballeros, me alegro *del* conocerlos; pasen adelante, dijo la señora.

— Señora, díjola Felipe Solama, nada me gusta tanto como los nacimientos, y como he oído hablar del suyo, le pedí á mi amigo Miraflores que me trajese.

— Me gusta que sean cristianos, contestó la señora, pasen á verlo pues, ya está llegando la gente: no los acampaño por *la* calor.

— Oh, no se incomode Vd., señora mía, repuso Felipe, el calor de esta noche es insufrible; creo que los trópicos deben ser un baño de hielo comparados con Santiago.

Y se retiró al decir esto, siguiendo á Manríquez y á Miraflores que caminaron delante de él.

— ¿Le estabas hablando de trópicos á la vieja? preguntóle Abelardo; mucho te habrá entendido.

— La cosa es hablar, no importa que no entiendan, uno pasa por amable, contestó Felipe entrando á la pieza del nacimiento.

Los tres amigos vieron diversos grupos de espectadores compuestos en su mayor parte de amas de leche con niños en los brazos, rodeadas de otros niños de

mayor edad, que admiraban de cerca los pasos y expresaban en voz alta la profunda admiración que el espectáculo les causaba. La expresión del entusiasmo infantil iba mezclada con las enérgicas amonestaciones de las criadas para impedir que los muchachos se abalanzasen sobre los monos, que para designarlos querían agarrar.

— ¡ Miren la vaca ! gritaba un chiquillo.

— ¡ Ay mamá ! los caballos !

— ¡ Y ese gato que se está comiendo una laucha !

— No estén agarrando nada, que los acuso, decía al mismo tiempo una criada.

— ¡ Bueno, pues, si vuelves á agarrar, te doy un buen *moquete*, exclamaba dando un golpe en la mano á uno de los párvulos infractor reincidente del reglamento.

Estas voces se repetían en variados tonos y por muchas bocas á un tiempo, formando una algazara que atronaba la pieza.

Manríquez paseó una mirada por la bulliciosa concurrencia.

— No están, dijo.

— Hemos madrugado mucho, observó Miraflores.

— Parece, agregó Solama, que esta es la hora de los párvulos y nosotros hemos pasado esa feliz edad.

— Esperarémos, repuso Manríquez.

Felipe se acercó al grupo de criadas y niños para distraerse, y tomó la defensa de los oprimidos.

— Déjele Vd. tocar, dijo á una criada que trató de moderar el entusiasmo de uno de los niños, que había puesto una mano sobre un caballo.

— Y *pa* qué se mete, pues, le contestó ésta.

— Intervengo en favor de la inocencia oprimida, contestó Felipe con mucha seriedad.

La criada le miró con admiración y se retiró creyéndole loco.

Entretanto, la concurrencia iba aumentando con rapidez; llegaban padres de familia con sus consortes, precedidos de numerosa prole; señoras viejas acaloradas, abanicándose con furor; niñas con traje aéreo de verano, que dirigían curiosas miradas á los tres amigos; beatas de mantón, hablando de la última plática que habían oído; viejos con tos y otros sin ella; clérigos adustos y clérigos risueños; y todos se agrupaban cerca del nacimiento, se comunicaban en voz alta sus observaciones y dirigían elogios á la dueña de casa que entraba y salía con frecuencia, no pudiendo, según ella, aguntar *la* calor.

— Llevamos tres cuartos de hora de una facción que principia á fastidiarme, dijo Manríquez, después de dar una vuelta por la sala, oyendo las conversaciones.

— Si los reyes magos que allí ves, díjole Felipe, no hubiesen tenido más paciencia que tú, el pesebre del Salvador no habría tenido tan augustos huéspedes.

— Los magos tenían su estrella ¿no la ves? contestó Manríquez.

— Nosotros tenemos también la nuestra, repuso Solama, esa estrella es el amor.

— Aquí llegan unas, dijo Timoleón asomándose al patio, que se parecen mucho á las que esperamos.

Los tres jóvenes se retiraron de la puerta, á fin de que don Raimundo no los viese hasta después de entrar á la pieza del nacimiento.

— No vienen solas, dijo Miraflores.

— Vendrán con el acompañamiento obligado de don Lino, dijo Manríquez.

— Y además los amigos de la quinta del Tajamar, añadió Timoleón; yo alcancé á ver á doña Dolores y á las dos hijas.

— Que vendrán con las narices de costumbre, observó Felipe.

— Tanto mejor, repuso Manríquez: á río revuelto...

— Ganancia de pecadores, agregó Felipe, suprimo la *ese,* para dar su verdadero colorido á la situación.

En este instante, las familias de don Raimundo Basquiñuelas y de don Cayetano Alvarado, que se habían detenido en el patio á saludar á la dueña de casa, se dirigieron al nacimiento.

XVI

Antes que las recien llegadas familias hubiesen entrado en la pieza, Manríquez dijo á Timoleón:

— No te olvides de tu compromiso de entretener al viejo.

— Pierde cuidado, hijito, contestó Miraflores, estaré en mi puesto.

En ese instante principiaron á entrar las familias de don Raimundo y de don Cayetano. Primero aparecieron Candelaria y Martina Basquiñuelas, dando el brazo cada cual á sus amigas Sinforosa y Cayetana Alvarado, en seguida caminaban Primitiva con doña Dolores, y don Raimundo con don Cayetano y don Lino cerraban la marcha.

Candelaria cambió con Manríquez una expresiva

mirada de amorosa inteligencia; Martina envió á Felipe su jovial sonrisa; las hermanas Alvarado inclinaron sus enormes narices, saludando con aire de coquetería á los jóvenes, y los padres dirigieron su vista al nacimiento, mientras que don Lino Alcunza hacía un gesto de enfado al ver la arrogante apostura del oficial de húsares, que, después de saludar á Candelaria, le dió una mirada desdeñosa.

Timoleón y Felipe se acercaron al grupo de los viejos, haciéndoles corteses salutaciones.

— Caballeros, señoritas, dijo Miraflores pasando la mano á cada uno; ¡cuánto me alegro de verlos por acá!

— ¡Qué agradable sorpresa! decíales Solama al mismo tiempo. ¡Qué buena idea han tenido Vds. de venir al nacimiento!

— Todos los años venimos sin falta, contestó á Felipe doña Dolores: ahora hemos llegado tarde porque los bueyes del carretón se nos espantaron en el camino.

— ¡Qué espanto tan intempestivo! lo siento en el alma, dijo Felipe.

Las jóvenes, entretanto, cercadas por doña Dolores, don Lino, don Raimundo y don Cayetano, dirigían á hurtadillas sus miradas á Manríquez, que había quedado distante de ellas.

Manríquez se mantenía separado, esperando una ocasión propicia de acercarse á Candelaria, sin haberse dado la molestia de venir á saludar á su padre ni á los que le acompañaban. Éstos, al verle, habían tomado la disposición que dejamos indicada, para colocar á las niñas en un punto al que los galanes no pudiesen

llegar. La afluencia de gente que llenaba la sala, favorecía por otra parte, este golpe estratégico de don Raimundo, que acosado por las atenciones de que Miraflores y Solama le colmaban, no sabía cómo hacer frente á esta clase de guerra inesperada.

Don Lino hablaba lo menos que podía á fin de observar lo más posible.

En este instante el nacimiento tomó su verdadero carácter. Las observaciones se cruzaban como las detonaciones de un fuego graneado; gritaban los niños á quienes no permitían tocar los monos; hacían sus comentarios los viejos acerca de la propiedad y belleza de los pasos; y las mujeres jóvenes dividían su atención, sus miradas, sus secretos y sus sonrisas, entre los primores del nacimiento y las ojeadas de los mozos, á quienes la urbanidad obligaba á dar el paso á las señoras y á colocarse algo distantes de la mesa, que una triple hilera de cuerpos femeniles rodeaba. Cada cual, con el bullicio, alzaba la voz para hacerse oir de aquél á quien dirigía sus observaciones, de modo que durante largo rato, sólo se oyeron frases más ó menos como las siguientes, pronunciadas en diversos puntos de la sala al mismo tiempo.

— Mira la manzana que tiene nuestra madre Eva, ¡ qué bonita ! da ganas de comérsela.

— ¡ Malvada serpiente !

— Y el pobre padre Adán que está ahí como un tonto, sin maliciar nada.

— ¡ Y pensar que eso perdió al mundo, hijita ! Vaya ¿ no ? ¡ Lo que son las cosas !

— No habían de ponerlos tan desnudos, observaba una vieja.

— La hoja de parra era entonces la suprema elegancia, decía Felipe, contestando á esta observación :

Muchos rostros se volvieron á mirar al defensor de la verdad histórica en los trajes.

Otras voces añadían :

— ¡ Qué lindo el niño Jesús !

— ¡ Qué preciosa la Virgen !

— ! Ay mamita, mire el buey que calienta al niño con su aliento !

— ¡ Ay hija ! ¡ qué *respetosos* los reyes magos !

— Aquél es Melchor, ¡ qué buen mozo !

— ¡ Y el negro precioso, con su cara de *Facico!* exclamaba una beata entusiasta.

— Miren la luna parece un alfajor.

— Yo quiero el caballito, gritaba un chiquillo.

— ¡ Ay la burra, parece que está rebuznando !

— ¡ Y el gallo! agregaba un niño de ocho á diez años, ¡ co-co ro-coó !

— ¡ Cristo nació ! contestaba otra voz de niño más allá.

Mientras se repetían y multiplicaban estas voces en confusión ruidosa, Manríquez, impaciente, había emprendido la tarea de atravesar la multitud para acercarse á Candelaria ; Felipe trataba de distraer la atención de don Raimundo, explicando la relación histórica de los pasos, y Timoleón Francisco Miraflores, á fin de vencer la porfiada vigilancia de don Lino, se entretenía en clavarle alfileres, pasando su mano por detrás de un clérigo que tenía al lado, y mirando al mismo tiempo en otra dirección para desorientar las sospechas. Todas estas operaciones, casi simultáneas, producían las exclamaciones siguientes,

que iban á aumentar la algazara producida por las que acabamos de apuntar.

—No peche, señor, decían unas viejas á Manríquez.

— ¡ Qué me botan ! gritaba una chiquilla.

— ¡ Ay ! decía doña Dolores á Felipe, cuando yo estaba embarazada de la Sinforosa, tenía un nacimiento en casa : después lo dimos cuando salí con bien de una niñita que se me murió ; pero desde que estaba embarazada de otro, que se me murió también, venimos aquí todos los años.

En ese instante, don Lino Alcunza, picado por el alfiler de Timoleón, daba un salto, y al volverse furioso á buscar al agresor, encontraba la cara risueña del clérigo que tenía á su lado, lo que pintaba en el semblante de don Lino una mezcla de admiración y de estupor, que con gran dificultad podrían describir las palabras.

Al mismo tiempo llovían nuevas imprecaciones sobre Manríquez que *pechaba :* hablaban los niños y los viejos ; bufaban de sofocación los gordos ; enumeraba doña Dolores la historia cronológica de sus embarazos, y sintiéndose nuevamente clavado don Lino, volvíase precipitadamente hacia el clérigo risueño, y no encontrando á otro á quien culpar, dejaba estallar su cólera diciéndole :

— ¡ No lo creería de un sacerdote : ésto es insufrible !

— ¿ Qué cosa, señor ? preguntaba el clérigo con aire melifluo.

— Sí, hágase desentendido no más, añadía don Lino, sintiendo acrecentarse su despecho con el aire

risueño del clérigo ¿ por qué no se pica Vd. pues? ¡ así no fuera el respeto á su traje no más!

Y el clérigo le miraba cada vez más admirado, y tratando de hacerse amable, aumentaba la sonrisa que, á su vez, aumentaba la cólera de don Lino.

De repente oyóse el sonido de una arpa y de una guitarra, que dos cantoras empezaron á tocar.

Al sonido de la música cesaron las voces, detúvose Manríquez, callóse el airado don Lino, y todo quedó en el más profundo silencio cuando las que tocaban empezaron á cantar, con la voz nasal que distingue á las cantoras del pueblo, los siguientes versos, que pueden mirarse como un modelo de la poesía popular que se cantaba, y se canta todavía, en los nacimientos.

María, virgen perfeuta
Por ver tu hijito, en mi llegua
Vengo desde Pichedegua
Galopando en línea reuta.

De que el niño es muy boñicho
Sé con gran seguriá.
Pues mi tía Treniá
Y el cumpa Nico lo han dicho.

Para divertirlo hartazo
Treigo el rabel de mi paire
Y vengo con mi comaire
Que canta lo más bienazo.

Unos quehillos le treida
De la baquillita mida;
Me los merendé Marida
Porque ya de hambre no veida.

Heñora doña María
Aunque uhé de los quehillos
Le treigo un baquito é harina
Y una bolsha con huehillos.

Entre cada una de las estrofas de esta singular poesía, que supone dirigir algún huaso á la Madre del Redentor, al presentarle sus modestos aguinaldos, y á la cual hemos tratado de conservar la ortografía con que se pronuncia en el canto, respondía un estallido atronador de matracas, unido al de instrumentos de hoja de lata llamados canarios, que usan los niños en estas ocasiones llenándolos de agua para hacerlos sonar, y al de pitos y de varios otros instrumentos llamados de *nochebuena*, algunos de los cuales tienen nombres esencialmente chilenos.

Los concurrentes parecían encantados con la música y con el discordante estruendo de los instrumentos de nochebuena. Mirábanse complacidos y risueños, aplaudían con la voz y los ademanes, y se agitaban en un alegre entusiasmo, que brillaba con luces espléndidas en todos los semblantes.

Mientras tanto, apenas las cantoras principiaban la primera estrofa, Timoleón y Solama dejaron sus puestos y se acercaron á Manríquez, que también retrocedió algunos pasos, para alejarse del grueso de la concurrencia.

— ¿ No pudiste pasar ? preguntó Miraflores á Manríquez.

— ¡ Cómo luchar con mujeres ! contestó éste.

— Será preciso, dijo Felipe, apelar al medio heroico.

— Así es, añadió Timoleón; si los alfileres no han hecho efecto, lo hará la aguja: aquí la traigo preparada.

Y al decir ésto, mostró á sus amigos una gran aguja enhebrada con un largo hilo grueso, que en aquel tiempo se conocía con el nombre de hilo de Salón.

— Entonces vete á tu puesto, díjole Manríquez.

— Nosotros te secundaremos en el ataque cuando se dé la voz, dijo Solama. Es preciso hacer algo, caramba, añadió: el calor es insufrible, la noche se nos va y yo, de tanto hablar de embarazos con doña Dolores, principio á sentirme embarazado de fastidio.

— Pues bien, manos á la obra, respondió Timoleón, dirigiéndose al puesto que antes ocupaba.

Manríquez y Solama se colocaron también en los puntos que juzgaron á propósito para llevar á cabo el nuevo plan, que parecían haber preparado como de reserva.

Cuando los tres amigos se separaron, las cantoras entonaban la segunda estrofa.

Timoleón principió entonces, á favor de la general distracción, una curiosa tarea. Con una maña y destreza admirables, cosió uno de los faldones de la levita de don Lino al vestido de una señora vieja que tenía al lado; el vestido de ésta al de doña Dolores, á quien también unió por el mismo método á su marido, cuya levita cosió también con el frac de don Raimundo. Después, multiplicando las costuras, unió por el mismo sistema á varias otras personas con don Lino y don Raimundo, llegando, en el momento en

que las cantoras entonaban la última estrofa, á coser la levita de don Lino con la capa del clérigo, que no hacía un solo movimiento, de miedo de ver estallar nuevamente la cólera de don Lino, para él inexplicable.

Terminada esta operación, Miraflores hizo una señal á sus amigos para advertirles que se aproximaba el momento del ataque.

Manríquez y Solama le contestaron con un movimiento de cabeza.

Terminó en ese instante la última estrofa, siguió el desconcierto atronador de matracas, canarios y demás instrumentos de nochebuena, y antes que el ruido que formaban se hubiese apagado enteramente, dió Timoleón la convenida señal, gritando al mismo tiempo que Manríquez y Solama :

— ¡ Temblor ! temblor ! que tiembla !

Todos los chilenos saben el efecto contagioso del pánico que estas voces producen en cualquiera de nuestras reuniones. Ese efecto fué como un golpe eléctrico que se sintió en toda la concurrencia. Todas las voces repitieron las palabras de los jóvenes con aterrado acento; todos los semblantes se pusieron lívidos, y movidos los concurrentes del poderoso instinto de conservación, se agolparon á la estrecha puerta que daba al patio gritando :

— ¡ Misericordia !

— ¡ Aplaca, señor, tu ira !

— ¡ Compadécete, señor, de nosotros !

— ¡ Madre mía del Carmen, intercede por nosotros !

Voces que se mezclaban á los gritos inarticulados de espanto, á los gemidos de las mujeres, á los chilli-

dos agudos de los niños asustados, y á los lamentos de los que la turba oprimía, codeaba y pisoteaba en su impaciencia de salir á ponerse en salvo.

Al mismo tiempo, las personas á quienes la aguja de Timoleón había unido, encontrando por todos lados una inesperada resistencia, se empujaban con furia, se retorcían sin dárse cuenta de lo que les pasaba, y exclamaban con desesperación.

— ¡ Qué es esto, por Dios !

— ¡ Suéltame, hija, decía don Cayetano á su fecunda consorte.

— ¡ Por qué me sujeta, caramba, decía furioso don Lino al malhadado clérigo.

— Compadre, por Dios, no me arranque el vestido, exclamaba doña Dolores, tratando de huir de don Raimundo.

— ¡ Suélteme, caramba ! gritaba éste.

— No hay que asustarse, decia el clérigo, haciendo inauditos esfuerzos para desasirse de don Lino.

Y todos ellos se movían, saltaban y daban vueltas precipitadas, culpando cada cual á su vecino de la oculta resistencia que hallaba al hacer cualquier movimiento.

En estas circunstancias, cuando la turbación y el desorden habían llegado á su colmo, Manríquez, Solama y Miraflores se abalanzaron con precipitación al punto en que las hijas de don Raimundo se encontraban, y llegando hasta ellas, que fácilmente se desprendieron de las amigas que las acompañaban, se apoderaron cada cual de su querida, diciéndolas :

— No tengan miedo, no hay temblor.

Á favor del general espanto fué ejecutado este audaz

y rápido movimiento, que las jóvenes secundaron al oir estas palabras tranquilizadoras, siguiendo á los tres amantes, que consiguieron sacarlas al patio entre el tumulto, cuando don Lino, don Raimundo, don Cayetano, su consorte, el clérigo y las demás personas unidas por la costura, formaban un grupo en que las imprecaciones, los gritos y los quejidos los turbaban, al punto de impedirles ver lo que á su alrededor acontecía.

No contentos con llegar al patio, los jóvenes salieron hasta la calle, donde los que primero habían salido de la casa, reunidos en medrosos grupos, pedían misericordia, alarmando con esto á los transeuntes, que creyendo en el temblor, les imitaban.

Gracias á esta estratagema pudieron los amantes hablarse y repetirse los juramentos de amor á los que daba infinito precio la separación forzada que sufrían. Más osado Manríquez que sus compañeros, habíase valido del tumulto para estrechar entre sus brazos á Candelaria, al tiempo de sacarla de la sala en que se encontraba el nacimiento, abrazo al que la joven, fuese por turbación ó por temor, había opuesto muy poca resistencia. Por lo demás, las conversaciones que entre ellos se entablaron compuestas de frases cortadas por el temor de ser oídos, incoherentes casi por el deseo de decirse mucho en lòs cortos instantes que pudieron sustraerse á la atención de los interesados en buscarlas, y ceñidas al momento presente. no les dieron ningún resultado ni plan ninguno para el porvenir. Manríquez y Solama, que al principio de la noche estaban decididos á pedir citas, sólo se acordaron de exigir juramentos de constancia y de

prodigarlos por su parte, hasta que oyeron las voces de don Raimundo y doña Dolores, que, desde el patio, preguntaban por las tres fugitivas. Antes que los que daban estas voces hubiesen salido á la calle, las hijas de don Raimundo corrieron al patio, dejando á sus amantes como hombres á quienes se despierta en medio de un sueño venturoso.

— ¿Qué se habían hecho? preguntó á sus hijas don Raimundo.

— Con el temblor, fuimos á rematar á la calle, contestó Primitiva.

— ¡Ay, qué susto tan grande! dijo Martina á Sinforosa Alvarado, que vino á abrazarla como á una persona acabada de salvar de un naufragio.

Gracias á algunas navajas, las víctimas de Timoleón habían podido cortar las costuras que las unían. Don Lino, que desde la escena de los alfiléres se hallaba irritado con el clérigo, había querido descargar sobre él su cólera, dirigiéndole amargas reconvenciones, á las que el clérigo contestaba con evangélica resignación, bien que lo grotesco de la aventura le daba deseos de reirse á carcajadas. Timoleón y Solama llegaron, un instante después que las jóvenes, al lado de los que las acompañaban, y en circunstancias en que se hablaba con calor de las costuras.

— Algún muchacho ha sido ese, dijo Miraflores.

— ¡Pero miren, qué maldad! exclamaba doña Dolores, venir á burlarse asi de la gente: dígame si le toca á alguna pobre mujer embarazada, capaz de matarla de susto.

— Qué quiere Vd., señora mía, díjola Felipe Solama, yo creo como Timoleón que ésta ha sido obra

de algún muchacho travieso, y Vd. sabe, pues, el adagio: quien con chiquillos etc... es una sentencia profunda aunque poco pulcra.

Don Lino no podía conformarse con no descubrir al autor de tamaña maldad, y apenas podía contener su indignación cada vez que alguien le preguntaba si á él también le habían cosido.

La dueña del nacimiento estaba desesperada con aquella ocurrencia, y juraba que, en adelante, no volverían á entrar niños á su casa.

— Así debe ser, hijita, la decía doña Dolores, yo sé lo que son los niños, pues, no ve que todos los años tenía uno: desde chiquititos dan que hacer, después de grandes son el maldito.

Serenados entretanto los espíritus, la mayor parte de los concurrentes empezaron á entrar al nacimiento; pero don Raimundo, instigado por don Lino, dió la orden de salir de la casa, orden que fué obedecida con suspiros de costosa resignación por las jóvenes, que apenas habían podido aprovechar unos cortos momentos del verdadero objeto que las había llevado á aquella fiesta.

Manríquez, Solama y Miraflores, se retiraron también haciendo alegres comentarios sobre las escenas de la noche.

— Hay una cosa que me entristece, dijo Felipe.

— ¿Qué? preguntaron los otros dos.

— Todo lo que vamos recordando, contestó Solama, pertenece ya al pasado.

— Es una observación que revela gran perspicacia, dijo Abelardo.

— Iba á decir, replicó Felipe, que nos haremos

acreedores al desprecio de nuestros conciudadanos, si no inventamos nada para embellecer el porvenir, con tan amables chicas.

— ¡Ah! ¡es decir, exclamó Manríquez, que tú te figuras que yo me voy á contentar con un régimen de cartas amorosas á pasto?

— No diviso otra cosa en el oscuro porvenir.

— Es preciso que tengamos pronto otra entrevista con ellas, repuso Abelardo.

— ¿Cómo? yo siento la necesidad, pero no hallo el medio de satisfacerla.

— Yo me encargo de inventar ese medio, dijo Manríquez con alegría, si Timoleón promete secundarme.

— Yo siempre estoy pronto, hijito, contestó éste, nadie me ha visto nunca echar pie atrás.

— Entonces, replicó Manríquez, hasta mañana á las doce, en casa de Felipe.

Los tres jóvenes se separaron: Manríquez pensando en el modo de cumplir su reciente compromiso, y los otros dos á terminar la noche según sus gustos. Timoleón tenía que ver á unos amigos, y Felipe se había reservado para la noche la lectura de un capítulo del *Ensayo sobre las costumbres*.

XVII

Poco antes de la hora convenida, paseábase Felipe á lo largo de su estudio, dirigiendo de tiempo en tiempo una mirada á la mesa cubierta misteriosamente con una toalla, que parecía ocultar varios objetos, á juzgar por las sinuosidades que en la superficie de la tela se dibujaban.

Cuando sonaron las doce en el reloj de la Compañía, Manríquez y Miraflores entraron en la pieza.

— Puntuales como un cronómetro, les dijo Felipe.

— No tratándose de pagar, yo soy siempre exacto, contestó Manríquez.

— Diviso en tus ojos el fuego de la inspiración satisfecha, ¿ me engaño ?

— No.

— ¿ Has concebido un plan ?

— He concebido.

— ¿ Qué hay aquí ? preguntó Timoleón, dirigiéndose á la mesa.

— ¡ No te acerques ! exclamó Solama interponiéndose.

— ¿ Por qué ? preguntó Miraflores con curiosidad.

— Es una sorpresa que les reservo.

— Ya estamos dispuestos á sorprendernos, dijo Manríquez sentándose.

Felipe Solama se acercó á la mesa, cogió una esquina de lá toalla y les dijo en solemne tono, destapando la mesa :

— Abran los admirados ojos.

— ¡ Hombre, dijo Manríquez, qué feliz coincidencia !

— Caramba, exclamó Timoleón al mismo tiempo, ¿ quién te ha dado todo esto ?

— Es un aguinaldo que la ternura maternal me envía desde San Felipe.

— Vaya, no tener yo parientes en provincia, dijo Miraflores, admirando lo que tenía delante de los ojos sobre la mesa.

En ésta se encontraban dispuestas simétricamente

dos grandes tortas de alfajor, varios quesos de huesillos, una bandeja de *descocados*, doce botellas de mosto, un queso y dos pavos *ajamonados*.

—Como Vds. se lo figurarán, dijo Felipe Solama, esta munificencia maternal me tiene sobrecogido : casi no he pensado en Martina.

—Ya lo creo, exclamó Timoleón, mirando de cerca las botellas ; hay sobre esta mesa materia para muy agradables meditaciones.

—¿Por qué dijiste tú con admiración ¡qué feliz coincidencia ! preguntó Felipe á Manríquez.

—Porque estos regalos que has recibido, vienen admirablemente á tiempo para mi plan.

—Ah, es verdad, hay un plan.

—Voy á exponerlo.

—Antes propongo una moción, dijo Miraflores.

—¿Cuál ?

—Que destapemos una botella y probemos una torta, para hablar con más tranquilidad.

—Se aprueba, dijo Solama, haciendo lo que Timoleón indicaba y trayendo un vaso.

Los tres jóvenes bebieron por turno.

—Está bueno, dijo Manríquez, que fué el primero.

—Muy bueno, dijo Felipe.

Timoleón bebió un vaso, hizo con la lengua el sonido familiar á los catadores, llenó nuevamente el vaso, bebiólo de un trago y exclamó.

—¡Miren, qué fatalidad la de no tener parientes en provincia !

—La suerte es ciega en la distribución de sus favores, contestó Felipe, partiendo una torta.

—¿Se oye ó no mi plan ? preguntó Manríquez.

— Tienes la palabra y la torta: principia, le dijo el dueño de casa, presentándole un plato con algunos pedazos de aquel dulce.

— Pues señores, repuso Abelardo, mi plan es arriesgado pero sencillo.

— El peligro es lo que fascina á las grandes almas, observó Felipe.

— No admito aforismos, replicó Manríquez.

— Sigue, ya no hablo más.

— Hé aquí el plan en dos palabras: es preciso que en la nochebuena, que es pasado mañana, cenemos con nuestras hermosas chicas.

— Es preciso, dijo Felipe, que yo sea mañana millonario.

— Y yo el gran Sultán, dijo Timoleón.

Y los dos se echaron á reir, mientras que Abelardo les miraba sin inmutarse.

— ¿Por qué se ríen Uds.? les preguntó.

— Tu proyecto es quimérico, querido, le dijo Solama.

— No se puede realizar, es imposible, añadió Miraflores,

— En el diccionario de Napoleón no existía esa palabra, contestó Manríquez.

— ¿Tú crees entonces que el plan de Abelardo es realizable? preguntó Timoleón á Solama.

— Puede ser, aunque lo encuentro difícil.

— Les escribirémos de todos modos, repuso Manríquez.

— Contestarán que ¡cómo! y que ¡cuándo! y que ¡por Dios! y ¡mi tatita! y la berenjena: parece que Vds. no conocieran á las mujeres, dijo Timoleón.

— Entendámonos, replicó Felipe, volviéndose hacia Manríquez, ¿ y dónde crees tú que podríamos cenar con ellas ?

— En su casa, contestó Abelardo con gran calma.

— ¡ Vaya, estás soñando !

— Eres víctima de alguna alucinación, dijéronle á un tiempo Timoleón y Felipe.

— En fin caballeros, replicó Manríquez, veo que Vds. son hombres que se asustan por muy poco ; yo apuesto á que cenaremos con ellas y en su casa.

— No queremos ganarte, ¿ para qué apostar ?

— Yo sólo pido que Timoleón cumpla su promesa de ayudarme.

— Te ayudaré cuanto quieras.

— Pues entonces, haz que llegue á manos de Candelaria esta carta, dijo entregando una cerrada á Timoleón.

— La carta llegará ; pero la contestación va á convencerte de que yo te digo la verdad.

— Yo permanezco en la duda y me inclino á Santo Tomás, dijo Solama.

Timoleón salió, poco después, á hacer llegar la carta á manos de Candelaria, para lo cual se valió de la criada que antes le había servido con el mismo objeto.

— ¿ Qué le dices en esa carta ? preguntó Felipe á Abelardo.

— La propongo lo que acabo de decir.

— Ah, no aceptarán ; ¿ cómo podría hacerse sin que el viejo lo supiese ?

— Hay dos modos : cenar en casa de ellas, ó que ellas salgan á cenar fuera de la casa. En esto último

no consentirían jamás; pero no así en lo primero: se trata sólo de obligarlas á ello.

— Ya lo veo, pero el viejo queda siempre en pie como una dificultad insuperable.

— Eh, exclamó Manríquez con resolución, ¿ acaso ese viejo padece de perpetuo insomnio ?

— Ya se ve que no, contestó Felipe.

— Pues bien, cuando él esté dormido, nosotros podremos entrar.

— De todos modos, hijo mío, creo que la contestación de Candelaria será negativa.

— Entonces iré yo en persona y no se negará.

Manríquez pronunció esta frase con el acento del hombre cuya voluntad no arredran las dificultades: para él, concebir un plan, era ejecutarlo sin detenerse en los obstáculos. Su espíritu altanero y turbulento se complacía en la lucha, y no encontrándola en los acontecimientos de su vida militar, iba á buscarla en los desarreglos de su existencia de calavera. La voz de los escrúpulos no llegaba hasta el alma sombría de este joven, que, al parecer, buscaba sólo el modo de disipar su juventud en placeres que despreciaba. La forzada separación de Candelaria y las dificultades de comunicarse con ella; la hostilidad de don Lino y la vigilante desconfianza de don Raimundo, formaban el primer obstáculo serio que se ofrecía á su febril desenfreno: para tener la satisfacción de vencerlo, lo saludó con alegría. Si el destino hubiese arrojado en sus brazos á Candelaria, sin más defensa que su amor, él habría renunciado tal vez á tan fácil victoria. La extraña resistencia le enardecía, y las dificultades le daban la tentación inmensa de vencer-

las. Al seguir así el estudio de este corazón, no queremos moralizar; no faltan en cada sociedad corazones que se le asemejen. Así es que le presentamos como un problema, no como un ejemplo. La solución, que importaría mucho bajo el punto de vista social y filosófico, consistiría en hallar los medios de dirigir al bien las poderosas facultades que estos corazones descarriados por la fatalidad de circunstancias fortuitas, emplean en el ancho campo del mal. Creemos que la X de ese problema no es una ilusión de soñador.

Manríquez se despidió de su amigo pará volver, á las oraciones, á recibir la respuesta de Candelaria.

Como Felipe y Timoleón lo habían pronosticado, esa contestación fué negativa. Según las palabras escritas por Candelaria, no era falta de deseo, sino el temor lo que la obligaba á ella y obligaba á sus hermanas á renunciar á la entrevista que proponía Manríquez. Había una frase, gráfica por la forma, que terminaba las reflexiones de la joven, á este respecto. « Qué más habíamos de querer nosotras, decía, pero mi tatita podría pillarnos y nos *amolábamos.* » Esta frase hizo dar un salto á Felipe, que exclamó.

— ¡ Qué fondo de tierna indulgencia se necesita para seguir amando á una muchacha, que en una epístola de amor conjuga el verbo *amolarse !*

— Cada uno tiene su modo de apearse, hijito, replicóle Timoleón Francisco Miraflores, á quien no chocaba ese verbo.

— Prosa, y prosa vil, repuso Felipe.

— Si, pero la chica no es tan prosaica que digamos, respondió Manríquez.

— De manera, tornó á decir Solama que de miedo

que su padre las *amuele*, ellas nos *amuelan* á nosotros.

— Yo lo había pronosticado, dijo Timoleón.

— Y yo también agregó Solama. ¡ Y no poder cenar con tan buenos elementos ! añadió, dando un suspiro, y mirando al mismo tiempo á la mesa.

Manríquez se levantó del sofá en que se había sentado, y exclamó :

— Yo los convido á Vds. á cenar, mañana en la noche, con las hijas de don Raimundo.

— Tendremos mucho gusto, señor, le contestaron sus amigos, poniéndose de pie y saludándole con una expresión de cómica urbanidad.

Tomó Manríquez su gorra galoneada y salió sin ecir una palabra más.

— Es muy capaz de ir á cometer alguna locura, dijo Solama.

— Tanto peor para él, contestó Timoleón.

XVIII

Las tres hijas de don Raimundo Basquiñuelas se reunieron en conciliábulo para conferenciar acerca de la contestación que debían dar á Manríquez. Á la primera lectura de la carta, la proposición del oficial había sido calificada de inaceptable. Las tres jóvenes se hallaron como al borde de un abismo, y á pesar de oir una voz amiga que desde el fondo las llamaba, el miedo las hizo retroceder. De aquí la contestación negativa, que Timoleón había llevado á Manríquez. Después de enviarla, Candelaria había quedado triste :

su amor al elegante oficial había crecido con las dificultades.

Reducida, por falta de esperanzas de una entrevista, á dar á su corazón el insuficiente alimento de los recuerdos, cada escena de las de su corta historia con Manríquez, arrancábala profundos suspiros apasionados.

— No seas tonta, la dijo Martina para consolarla, mañana en la nochebuena, los hemos de ver.

En la pálida sonrisa con que contestó Candelaria, se leía la desconfianza del corazón que se hace pesimista á fuerza de desear con vehemencia.

Pronto llegó la noche; pero con ella no acudió ningún visitante. Desde lo que podría llamarse la expulsión de Miraflores y de sus amigos, los tertulios de don Raimundo se hallaban reducidos á don Lino Alcunza y algunos viejos que, de cuando en cuando, iban á conmemorar, tomando mate, las escenas de la juventud, entre las cuales don Raimundo intercalaba sus favoritas reminiscencias de O'Higgins y de San Martín, mezcladas con disertaciones gastronómicas, y ojeadas comparativas entre los antiguos y los actuales precios de los artículos de popular consumo.

Estas conversaciones, como fácilmente se adivina, no recreaban mucho el espíritu de las jóvenes. Bostezando entre el fragor de la batalla de Maipo y la exposición del precio corriente del pescado y de la carne, enteraban hasta las nueve y media ó diez de la noche, hora en que los entusiastas admiradores del pasado, se retiraban, con sus catarros crónicos, á sus casas. En tales noches sólo brillaba una mirada de amor entre el humo de los cigarros, y esa mirada era

más bien un ultraje, porque salía de los ojos de don Lino.

Mas, la víspera de la nochebuena del año de 1836, no llegaron á casa de don Lino los amigos, ni, lo que era más raro, don Lino Alcunza.

La causa de la ausencia de este último, que las jóvenes adivinaron con la perspicacia femenil, tan penetrante en los pequeños incidentes y en las razones pequeñas que los motivan, la formuló Candelaria, con despecho, contestando á una observación de Martina.

— Qué ha de venir dijo ¿ no ves que mañana es la nochebuena, y pensará que le vamos á *codear* algo en la plaza?

La irritación de Candelaria, que le había servido de antorcha para descubrir la causa de la rara inasistencia de don Lino, provenía de su esperanza frustrada. No era probable que don Raimundo las llevase á la nochebuena, en la que los bolsillos sufren tan furibundos ataques de los vendedores de frutas *curadas*. Don Lino era la esperanza que quedaba, y don Lino no venía.

Deseosa Martina de sondear el ánimo de su padre con respecto á la próxima nochebuena, había tomado un aire festivo para preguntarle:

— Tatita ¿ nos llevá mañana á la plaza?

Esta pregunta recibió la contestación de la vejez egoísta, que olvida, en su fastidio, la anhelante aspiración de la juventud.

— Á qué vamos á esa tontera, dijo don Raimundo; á gastar plata contra nada, y llevarnos *ei*, á pique de enfermarse uno que es viejo.

Tosió, encendió un cigarro, quejóse de los callos y todo volvió al silencio.

En esa ansiedad y ese desconsuelo, trascurrieron para las jóvenes las primeras horas de la noche. Cada esperanza frustrada, cada deseo comprimido por la mano helada de la necesidad, arrancaba á esos corazones jóvenes una imprecación á la pobreza. Las mujeres ricas, que satisfacen, entre risas de desdén ó de indiferencia, sus antojos, ignoran la existencia de ese calvario que las pobres transitan, coronado de espinas el corazón.

Á las nueve y media sonó, al cerrarse, la puerta de la calle; don Raimundo se retiró á su cuarto prometiéndose un sueño de gañán, y las tres hermanas entraron silenciosas á su aposento.

—¡Vaya con la suerte de nosotras! exclamó Martina, sentada sobre su cama, y dando un golpe de impaciencia en la almohada.

—Qué haremos, pues, dijo con resignado acento Primitiva.

Sí, pues, tú, como eres casada, te puedes conformar, replicó Martina con amargura.

Candelaria se había sentado pensativa. Hallábase en uno de esos instantes de muda desesperación, en que el espíritu se complace en forjar planes quiméricos, para desahogar la convicción abrumadora de una realidad inexorable.

—¡No ven, pues, exclamó, como siguiendo en alta voz sus violentas reflexiones, mucho sacamos con no admitirles el convite que nos hacían!

Iban en esta frase subentendidos los nombres de

los tres jóvenes, cuya proposición, pocas horas antes, les había parecido un abismo.

Esta exclamación hizo á las tres hermanas acercarse de nuevo al borde de ese abismo, del que espantadas habían retrocedido al principio. Guiados los ojos por el amor con que se contemplan, en la carencia de esperanzas probables, las remotas, las jóvenes vieron que el abismo no era tan profundo.

— Nosotras fuimos las tontas, dijo Martina contestando á la exclamación de Candelaria.

Luego, mirando con más atención y calma, vieron que para bajar al fondo, el camino bien que escarpado, no era enteramente intransitable.

La poderosa voluntad del amor contrariado, sugirió á Candelaria estas palabras:

— ¿Y por qué nos habían de pillar? ¡Tan poco pesado que tiene el sueño mi tatita! ¡Con que no siente muchas veces cuando tiembla!

Y además de no ser intransitable el camino para bajar al fondo del abismo, había, mirando bien, tan bellas flores en su fondo: las temblorosas y balsámicas flores con que engalana el deseo las promesas falaces de la esperanza. Así fué que la idea de haber obrado inconsideradamente al rechazar la proposición de Manríquez, se posesionó desde ese momento de las tres hermanas.

— ¡Vaya que anduvimos tontas! dijo Martina.

— Lo que siento es que ya no hay remedio, agregó Candelaria.

— Eso tiene haber contestado tan luego, dijo Primitiva.

En esas reflexiones, hechas en voz alta, se reflejaba

el carácter de las tres. El alma de Martina se contentaba con una queja estéril; Candelaria deploraba la falta de remedio para incitarse á sí misma, é infundir á las otras la osadía de buscarlo, y Primitiva, aislada de sus hermanas por su situación, se aislaba también, á fin de huir la responsabilidad del mal, y de poder aprovecharse de alguna nueva determinación.

Después de hablar así, quedáronse reflexionando, pero turbó el silencio la criada que entró en la pieza, exclamando con ahogada voz y descompuesto semblante.

— ¡Por Dios, señoritas, aquí está don Manríquez!

— ¿Quién? preguntaron á un tiempo las tres, creyendo haber oído mal.

— Don Manríquez, pues señoritas, repitió la criada, añadiendo: ¡vaya con el susto, casi se me sale el corazón por la boca!

Y antes que las jóvenes hubiesen tenido tiempo de reiterar la pregunta, ni de volver del espanto indeciso que produce una nueva alarmante, dada sin claridad, Abelardo Manríquez, risueño, sereno, gallardo como siempre, apareció en la estancia.

Las tres hermanas se pusieron lívidas, y la desproporcionada dilatación de sus ojos pintó el susto y la sorpresa que la presencia del oficial les causaba.

— ¡Por Dios! ¿qué ha venido á hacer? exclamó Primitiva.

— ¿Como ha entrado, Abelardo? le preguntó Candelaria.

— Mira, dijo al mismo tiempo Martina á la criada, anda al patio y aguaita si despierta mi tatita.

Como las tres habían hablado juntas, Manríquez,

no pudiendo responder, se había contentado con sonreirse.

La criada salió.

— He entrado, dijo Abelardo, tomando del pescuezo á la muchacha cuando iba á cerrar la puerta de la calle, y vengo á repetir de palabra el convite que les hice hoy por escrito.

Primitiva, Candelaria y Martina, se quedaron en silencio, abismadas con la audacia del joven. Éste añadió sonriéndose :

— ¡ Qué asustadizas son Vds. y qué friamente me reciben !

— ¿ Qué quiere que le digamos ? Contestó Candelaria, el susto no nos deja hablar.

— Serénense Vds. y conversemos, repuso Manríquez, nadie nos corre, el tatita estará durmiendo, la criada sabe que tengo las manos muy pesadas para contribuir á que vengan á incomodarnos, de modo que les puedo hacer por junto ahora las visitas que no me han permitido hacerles en estos días.

— ¡ Por Dios si lo viesen ! exclamó Primitiva.

Candelaria, dominada por la confianza de su amante, le miraba extasiándose en su hermosura y en su risueña tranquilidad.

— Espero, pues, dijo el joven, que después de esta visita no tendrán Vds. la descortesía de no admitir mi convite.

— ¡ Pero si no se puede ! exclamó Primitiva.

— ¿ Cómo podrían Vds. venir á cenar aquí ? preguntó Candelaria.

— De un modo muy fácil, contestó Manríquez. Así como yo he entrado esta noche sin haber advertido á

nadie ¿ no podré entrar con mis amigos, sabiendo la criada que debemos venir ?

— ¿ Pero si por cualquiera casualidad, los pillasen ? observó Martina.

— Ah ¿ no sabe Vd. el refrán ? « quien no se arriesga, no pasa el río » dijo Abelardo.

— Hay otro inconveniente muy grande, repuso Candelaria.

— ¿ Qué Vd. no quiere ? la preguntó el oficial.

— No, no es eso ; la criada que Vd. ha visto, obedece más á don Lino que á nosotras, eso lo sé yo, y si ella ve que vamos á cenar sin él, nos acusa á mi tatita.

— Vean Vds., quiero darles una prueba de mi cariño y del de mis amigos : admito la presencia de don Lino.

— ¡ Ah, entonces se podría ! exclamó Candelaria alborozada.

— Lo fácil que te parece, replicó Primitiva, que trataba de poner á cubierto su responsabilidad con una ligera resistencia.

— Seamos francos ya que somos amigos, dijo el oficial. Yo declaro por mi parte que el no ver á Candelaria me parte el alma : la quiero cada vez más.

Candelaria bajó ruborizada los párpados, después de haberse ofuscado con la luz de los ojos de su amante.

— Mis amigos, continuó Manríquez, se encuentran en situación parecida á la mía ¿ Y Vds. sabiendo esto, y pudiendo proporcionarnos una entrevista inocente, en la que llevo mi condescendencia hasta sufrir la compañía de don Lino, quieren pagarnos con temores infundados, y no tienen valor de hacer por nosotros

ningún sacrificio? De veras que, si así lo hacen, es como despedirnos para siempre.

— Nosotras no queremos que ustedes nos juzguen mal, dijo Primitiva.

Esta observación de calculado recato no mereció respuesta de Manríquez, que se volvió hacia Candelaria, diciendola:

— ¿Me querrá dar Vd. ese desengaño?

— No, respondió ésta.

— ¿Entonces consiente?

— Si las niñas quieren.....

— Vaya señoritas ¿se quedará por ustedes? preguntó Abelardo á Primitiva y Martina

— Por mí no, dijo la segunda con viveza.

— Si Vd. me promete que se portarán bien... dijo Primitiva.

— Seremos unos santos y reinará tanto orden como en una compañía con sable al hombro.

— Bueno, pues, entonces, salga luego, no vaya, por Dios, á sentir mi tatita.

— Me voy, aunque me quedaría gustoso; pero en fin, hasta mañana...

— Salga, despacio, ¡cuidado por Dios!

— Mañana, mientras don Raimundo éste en su oficina empujando la nave del estado, vendrán los comestibles, dijo Manríquez.

Después de algunas palabras más para convenir en el modo de enviar y de recibir las provisiones para la cena, y en la hora en que ésta tendría lugar, Manríquez se retiró, encargando á las jóvenes el convenir de todo con la criada, á la cual dió un peso fuerte al salir á la calle.

XIX

No esperó Manríquez el siguiente día para comunicar á sus amigos el resultado de su visita clandestina. De casa de don Raimundo dirigióse á la habitación de Felipe Solama, á quien halló preparándose á acostarse. Abelardo entró haciendo gran ruido al cuarto de dormir de Felipe.

— ¡Cómo! exclamó deteniéndose frente á éste, te vas á acostar cuando corro toda clase de peligros por tu felicidad!

— No tienes cara de hombre que corre algún peligro, contestó Solama, y encuentro al contrario, que tu rostro está anticipado de un día.

— ¿Cómo así?

— Traes cara de pascua y falta un día para ella.

— Es cierto, estoy contento de esta noche, pero estoy cansado, dijo Manríquez, recostándose alegremente sobre la cama de Felipe.

Éste tomó una silla y se sentó en ella como á caballo, apoyando los brazos sobre el borde superior del respaldo.

— Mañana tenemos nochebuena, dijo Manríquez.

— No es privilegio nuestro, replicó Felipe, pues la tendrá todo el orbe cristiano.

— Sí, pero todo el orbe no cenará como nosotros, repuso Manríquez.

— ¿Con quién cenamos?

— Con las hijas de don Raimundo.

— ¿Adónde?

— En casa de ellas.

— ¿ Con el viejo ?

— No lo habría permitido yo : cenamos con ellas no más.

— Me parece un prodigio.

— Yo lo había prometido.

— Eso no basta para tranquilizar mi curiosidad.

— Oye la relación de lo acontecido, dijo Abelardo.

Y refirió su entrada á casa de don Raimundo, su entrevista con las jóvenes y lo convenido con ellas para la cena.

— ¡ Bravo ! exclamó Solama saltando de alegría, eres incomparable, Abelardo amigo.

Manríquez recibió el elogio como un hombre seguro de su superioridad.

— Según refieres, dijo Felipe después de aquella explosión de entusiasmo, nuestra dicha sin embargo, no será perfecta.

— ¿ Por qué ?

— Tendremos al don Lino Alcunza que es un fastidioso huésped.

— He dispuesto, replicó Manríquez, que la noche de mañana sea de expiación para el Alcunza.

— ¿ Cómo así ?

— Él nos hizo despedir de casa de don Raimundo y debe expiar ese crimen.

— Justo.

— La cena será su castigo : un boticario amigo mío me dará un brebaje para hacerle salir á paso de carga.

— ¡ Excelente idea !

— Lo mejor del caso será que le haré dar la droga por mano de Candelaria, dijo Manríquez riéndose.

— Sin embargo, mejor sería que don Lino no asistiese, dijo Solama tras breve pausa, así estaríamos con más libertad.

— Eso es imposible, replicó el oficial de húsares, la criada de la casa, de quien depende principalmente el asunto, puesto que sin ella no podríamos entrar, exige esta condición.

— Condición dura.

— Bah, yo la acepto gustoso exclamó Manríquez, es una excelente oportunidad de castigar á ese viejo disipado: la mano que él adora le dará el purgante, para que purgue sus faltas.

— ¿Sabe ya Timoleón que vamos á cenar? preguntó Felipe.

— No, se lo dirás mañana, y á las ocho de la noche nos reuniremos aquí para enviar las provisiones.

— ¿Quién se encarga de convidar á don Lino?

— Será Timoleón, que es amigo suyo.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Manríquez dió repetidos bostezos; pero Felipe no era hombre que abandonaba una conversación con un amigo, sobre todo en las altas horas de la noche, en que su espíritu parecía despertar de un sueño, descargado del peso con que las preocupaciones del día lo sujetaban á girar en una esfera de fatigosas ideas. De manera que sin hacer caso de los bostezos del oficial, Solama entabló con él una conversación en que Manríquez contestaba con monosílabos mientras que su huésped hablaba de amores, de literatura, de política, pasando de un asunto á otro con la volubilidad de su imaginación visionaria y entusiasta de las

grandes generalidades á que gustaba reducir todas las cuestiones políticas, artísticas y sociales.

Manríquez le oyó discurrir y se dejó poco á poco vencer del sueño, hasta quedarse profundamente dormido. Notólo Felipe al terminar una frase con una interrogación que no obtuvo respuesta, y recordando que la siguiente noche sería de velada, se dispuso á dormir también, arreglando una cama en el sofá de su escritorio, para no privar al oficial de la suya.

Á las oraciones del siguiente día, Timoleón Francisco Miraflores preparaba en casa de Felipe Solama las provisiones para la cena, asumiendo el papel de jefe en la nocturna expedición que se aproximaba.

— Vean ustedes, dijo á Solama y á Manríquez que fumaban sentados en el sofá ¿han visto una canasta más bien arreglada ni más bien provista que ésta?

— Con efecto, respondió Solama, está muy bien: el pavo tiene un olor delicioso.

— Y relleno, amigo, como sólo en mi casa los saben hacer. ¿Qué me le dice al jamón? vamos á ver.

— Haría llorar de envidia á los jamoneros de Westfalia si lo viesen, dijo Felipe.

— Que haya mucho vino, dijo Manríquez, acercándose á contemplar la gran canasta de provisiones, delante de la cual Miraflores erguía la frente con orgullo.

— No hay cuidado, respondió Timoleón, yo sé hacer las cosas en regla, amigo mío.

— Aquí veo todas las botellas que debo á la munificencia maternal, dijo Felipe.

— ¿Y los pasteles? exclamó Manríquez, eso es indispensable.

— *Sine qua non*, añadió Solama, cambiando con el oficial una mirada de inteligencia.

— Aquí están, yo no me olvido de nada, dijo Miraflores, mostrando una fuente llena de pasteles de hoja.

— Éstos serán nuestros vengadores, dijo Manríquez.

— Pasteles que podrían llamarse expiatorios, agregó Solama.

— ¿ Cómo es eso ? yo no entiendo, exclamó Timoleón.

— No importa, contestó Manríquez, no tienes necesidad de entender.

— Es una sorpresa que te preparamos, díjole Felipe.

— Bueno, ustedes me avisarán cuando sea necesario sorprenderme.

— La vista y el olor de los fiambres, dijo Manríquez, te ponen chistoso, Timoleón.

— Y la esperanza de ver á las queridas pichonas, repuso Miraflores, abriéndose la levita para dejar ver su chaleco bordado.

— Y al ver á Timoleón que se pone gracioso, observó Solama, puede exclamarse con razón. « El amor todo lo vence, ó sea la pata de cabra. »

— Yo prefiero las de chancho, replicó Miraflores.

— ¿ Será puntual el Alcunza ? preguntó Manríquez.

— No dejó de hacerle orejear el convite, respondió Timoleón.

— Esa contestación peca por la vaguedad. ¿ Asistirá, si ó no ?

— Asistirá.

— Entonces, ya es tiempo de ir mandando los pertrechos de boca, dijo Manríquez.

— Yo soy el jefe del parque, caballeros, exclamó Timoleón, pierdan cuidado : todo estará en la casa á la hora convenida.

— Nos vamos á divertir mucho, dijo Solama.

— ¿ Y si nos pilla el viejo ? preguntó Timoleón.

— Le encerraremos en su cuarto bajo de llave, respondió Manríquez.

— Les advierto, replicó Miraflores, que don Raimundo tiene una espada toledana y que es capaz de cargarnos con ella.

— El que tenga miedo no asista, dijo Manríquez.

— Yo no tengo miedo ¡ caramba ! exclamó Timoleón ; yo les advierto no más, para que estén preparados.

Continuaron entre los jóvenes las suposiciones y los proyectos acerca de la próxima cena, con la propia animación de los que se hallan en la expectativa de algún suceso feliz. Sólo Timoleón manifestaba, de cuando en cuando, sus temores sobre el éxito de la empresa, temores de los que Abelardo y Felipe se burlaban con la confianza de la audacia que el primero sabía infundir al segundo. Además, las observaciones de Timoleón Francisco Miraflores proporcionaban á sus amigos, la ocasión de practicar el tono de chanza, adoptado entre ellos, como para huir cada cual de sus íntimas preocupaciones.

Á las nueve, salió Timoleón seguido de un sirviente que llevaba el canasto de provisiones, las que fueron entregadas á la criada de don Raimundo, que á la sazón acababa de mandar cerrar la puerta de la calle.

Llevada esta noticia por Miraflores á sus amigos,

les hizo juzgar prudente no ponerse en marcha hasta las diez de la noche, hora á que Timoleón convino en encontrarse con don Lino Alcunza en la esquina más próxima á la casa de don Raimundo.

XX

Á fin de desvanecer los celos de don Lino y de salvar las dificultades que hubiese podido oponer á la reunión á que era indispensable convidarle, Timoleón le había persuadido que Manríquez, prendado de Martina Basquiñuelas, había fingido estarlo de Candelaria, para desorientar la observación de don Raimundo. Esta estratagema, aconsejada por Solama, había surtido el efecto que los jóvenes deseaban, gracias á la poca penetración de Alcunza y á la vehemencia de la pasión que hacia Candelaria le arrastraba.

Bien dispuesto con semejante persuasión, don Lino correspondió cariñosamente al saludo altanero que le dirigió Manríquez al llegar á la esquina designada para la reunión, en la que Miraflores y Alcunza esperaron puntuales á los otros dos convidados.

— Parecemos, dijo Felipe, estrechando la mano de don Lino, unos verdaderos conspiradores.

— Así es, dijo éste.

— Por ahora no somos más que cenadores, observó Timoleón.

— Veo con satisfacción que sigues en vena, díjole Solama.

— El oficial parece haberse tragado la lengua repuso Miraflores.

— Estamos perdiendo tiempo, contestó Manríquez, vamos andando.

Rompió el paso sin esperar la respuesta de los demás, que le siguieron como si hubiesen oído una voz de mando.

La esquina en que se habían reunido, distaba sólo media cuadra de la casa de don Raimundo.

Los cuatro convidados se detuvieron en la puerta.

— Me parece prudente, dijo Felipe, observar primero si nuestro amigo don Raimundo se encuentra, como él suele decir, en los brazos de don Feo.

— Yo entraré á ver, dijo Manríquez.

— Si hay emboscada, aquí estamos nosotros para prestarte auxilio, le dijo Timoleón, que con esta bravata quería disimular el temor que principiaba á dominarle.

— Si lo pillan, bien alcanzaremos á arrancar, dijo don Lino, que no se curaba, como Miraflores, de aparentar el coraje de que carecía.

Manríquez, entretanto, sin responder á la observación de Miraflores, empujó la puerta, y lejos de amedrentarse por el ruido que ésta hizo al girar sobre sus viejos goznes, entró resueltamente en el patio.

— ¡ Caramba, lo van á pillar ! exclamó en voz baja Timoleón.

Don Lino miró hacia la calle, para reconocer el camino de la retirada en caso necesario.

— No hay cuidado, dijo Solama, don Raimundo es justo, y debe tener sueño de tal.

Reinó después de esto un completo silencio. Los

tres que habían quedado en la calle se empeñaban en sofocar la respiración, para no perder ninguno de los ruidos que pudiesen salir del interior de la casa.

Cinco minutos esperaron sin que nada se oyese.

— ¿ Por qué no volverá ? preguntó con inquietud Timoleón.

— Ve á preguntárselo, aquí te esperaremos, le dijo Felipe, para poner á prueba el arrojo de que Miraflores blasonaba á menudo.

— Yo no, hijito, ¿ quieres que me pille el viejo y me aplaste con una causa criminal ? exclamó Timoleón, no soy tan tonto.

— El miedo es natural en el prudente, y el no tiritar mucho es ser valiente, dijo Solama, parodiando así estos conocidos versos.

— ¡ Miedo ! ¿ Qué miedo le voy á tener á un viejo á quien haría harina de una bofetada ? ¡ Las cosas tuyas !

— Bueno, pues, iré yo entonces, replicó Felipe dirigiéndose á la puerta.

— Mira, díjole Timoleón, si te atacan, grita no más, aquí estamos nosotros.

Felipe entró por la abertura de la puerta que había dado paso á Manríquez, y se detuvo un momento en el patio, que estaba sumido en densa oscuridad. Al cabo de algunos instantes de observación, se acercó al pasadizo y divisó la claridad al través de la puerta del comedor, que al acercarse halló entreabierta. Sin atreverse á abrirla, Solama aplicó á ella el oído y oyó un rumor de voces apagadas, que parecía llegar de algún punto lejano, en el que también debía estar la luz, cuyos débiles rayos no alcanzaban á alumbrar el

comedor. Ese ruido de voces y la completa quietud en que la casa permanecía, le alentaron á entrar al comedor, que atravesó en las puntas de los pies, sin percibir en su preocupación el olor suculento de los fiambres que en la mesa se hallaban arreglados. Á la extremidad del comedor se detuvo ante la puerta que comunicaba esta pieza con la que ocupaban las tres hermanas. Ahí vió que se encontraba la luz, y oyó más distintamente el cuchicheo de voces y el ruido de sofocadas risas al través de la puerta. Abrió ésta y asomóse al cuarto, en el que vió á Manríquez sentado en medio de las tres hijas de don Raimundo.

— ¿ Puedo entrar ? preguntó.

— ¡ Ay que susto me ha dado este hombre ! exclamó Primitiva con el correspondiente suspiro.

— Entra hombre, la timidez no te sienta, contestóle Manríquez.

Solama saludó á las jóvenes, prodigándoles los más finos cumplidos.

— ¿ Y los demás, preguntó Manríquez á Solama.

— Esperan en la calle, solícitos.

— Bueno, ya pueden entrar, contestó Manríquez, y acercándose al oído de su amigo, le dijo en voz baja.

— Ya está preparada Candelaria para ofrecer á don Lino los pasteles consabidos.

Solama aprobó con un movimiento expresivo de cabeza.

Entretanto, la criada había salido de orden de Primitiva en busca de Miraflores y de Alcunza, que llegaron figurándose que iban á caer en un lazo, en el que juzgaban prendidos á Manríquez y á Solama.

— ¿ Qué hay de la cena, pichonas ? preguntó Timo-

león á las hijas de don Raimundo, cuando sintió disipados sus temores.

— Está pronta, contestó una de las jóvenes.

— Encenderemos la iluminación, dijo Solama apoderándose de la vela.

— No, esa vela no más, no vaya á despertar mi tatita, exclamó Primitiva.

— Señoritas y caballeros, á la mesa, dijo Timoleón, dándose los aires de dueño de casa.

Manríquez dió el brazo á Candelaria, Solama á Martina, Miraflores á Primitiva, y todos se volvieron riéndose hacia don Lino, que dijo con aire de broma para ocultar su despecho:

— ¿ Y yo á quién llevo ?

— No queda más que la criada, puede Vd. elegirla le contestó Felipe.

Á pesar de la risa producida por esta contestación, dada por Solama en el tono serio que acostumbraba, las jóvenes no podían ocultar la zozobra de que se hallaban dominadas.

— ¡ Caramba, no poder tirar voladores ! exclamó Timoleón cuando todos se hubieron sentado á la mesa.

Asustándose del ruido de los platos, apagando las voces y reprimiendo las risas, dióse principio á la cena.

Á fin de evitar una sorpresa, la criada había sido puesta de centinela en la puerta del pasadizo que estaba frente por frente con la del cuarto de don Raimundo.

Timoleón, que hacía como siempre de maestro de ceremonias, empezó á servir, elogiando cada una de las viandas, que eran acogidas con nuevos elogios por los que las iban probando.

Don Lino había olvidado su mal humor al verse al lado de Candelaria, donde Manríquez mismo le había hecho sentarse.

De este modo, todos dieron rienda al apetito, despertado en las jóvenes por las emociones que las habían agitado, y en los hombres por la satisfacción de haber llegado al momento en que se encontraban. Alternábanse también los bocados con los tragos de vino de Aconcagua, suministrado por Felipe, con lo cual fué poco á poco desapareciendo la timidez de las jóvenes, alzándose gradualmente las voces, que al principio nadie se atrevía á levantar, y olvidándose, también por grados, las precauciones de que se habían rodeado para no despertar al dueño de casa. Con semejante paulatino cambio, la cena, que al empezar carecía de animación, habíase tornado en bulliciosa y alegre al cabo de media hora. El generoso jugo de los viñedos de Aconcagua, había dado á los ojos los fulgores de apasionadas sensaciones; brillaban rosadas las mejillas; retozaba en los labios la sonrisa del contento, y las palabras resonaban con acentos vivos, insinuantes ó picarescos, según el concepto del que hablaba.

Timoleón, á cada instante, deploraba el no poder solemnizar la fiesta con algunos voladores.

Felipe principiaba á perderse en teorías más ó menos filosóficas.

Don Lino empezaba á llevar la osadía hasta querer besar la mano de Candelaria, cada vez que ésta iba á tomar algún objeto

Y Manríquez, bullicioso al principio, parecía ir cayendo en la profunda meditación, en que con frecuen-

cia le habían visto sumirse sus amigos, cuando en una fiesta, la alegría empezaba á llegar á su apogeo.

En una de las intentonas de don Lino para besar la mano á Candelaria, alzó Manríquez la frente, como quien quiere desechar ideas importunas, paseó sobre los concurrentes su mirada dominante, y como todos se hubiesen callado esperando lo que iba á decir, exclamó :

— Señoritas y caballeros, yo necesito que se me dé una satisfacción.

— ¿ Por qué ? preguntaron algunas voces.

— Porque se ha comido de todo, menos de lo que yo he mandado.

— ¿ Qué mandó Vd. señor Manríquez ? preguntóle don Lino en tono de cariñosa amabilidad.

Estos pasteles, respondió el oficial, señalando la fuente de pastelillos colocada en medio la mesa.

— Señores, exclamó Felipe, se me ocurre una idea digna de los tiempos de Roma bacanal.

— Á ver la idea.

— Que estas señoritas nos pasen por sus manos los pasteles y una copa de vino á cada uno de nosotros.

— Bueno, bueno, dijeron las jóvenes, dirigiéndose á la fuente de pastelillos.

Candelaria tomó uno que llevaba una señal, visible solo para quien estuviese al cabo de ello.

Primitiva y Martina tomaron otros.

Candelaria se dirigio á don Lino, Martina á Felipe, Primitiva á Timoleón, y Manríquez se puso de pie en su silla con un vaso, lleno hasta los bordes, en la mano.

Solama y Miraflores se recostaron sobre el respaldo de sus sillas con estudiada majestad y abrieron la boca

para recibir los pasteles. Don Lino tuvo que imitar este movimiento y comió su pastel, apurando después un vaso de vino que le presentó Candelaria. Con estas atenciones se sentía fuera de sí de alegría.

— Estos pasteles, señor don Lino, le dijo Felipe, han recibido con justa causa el nombre de pasteles expiatorios.

— ¡Hombre! ¿y por qué? preguntó Alcunza, saboreando el vino.

— Están hechos por la receta del más famoso envenenador italiano del siglo XV, dijo Solama, el célebre Petrucio Retortijoni, muy conocido en los fastos sombríos del crimen.

Don Lino arrojó sobre los convidados una mirada de inquietud.

— ¿Qué diablura quieren hacer conmigo? murmuró.

— No le crea, amigo Alcunza, díjole Manríquez, no le crea, Felipe está borracho, ha oído repicar y no sabe en dónde. Es cierto que los pasteles los han hecho por la receta de un envenenador; pero *yo creo* que no tienen veneno.

La mirada y el acento de voz con que el oficial dijo las palabras que subrayamos, hicieron experimentar á don Lino un sacudimiento irresistible. Manríquez había dicho « yo creo » con una expresión de burla cruel, imposible de describirse.

— ¡Yo borracho! exclamó Felipe antes que don Lino hubiese tenido tiempo de serenarse ¿quién podría asegurarlo? Juzgar por la fisonomía es un engaño. Lavater no dijo su última palabra en la materia, y yo mantengo lo dicho: agregaré más, que si me ha tocado el pastel con veneno, sabré arrostrar la

muerte como un romano, cubriéndome con el manto.

Y al decir ésto, tiró del pañuelo que Martina tenía sobre los hombros y se cubrió la cabeza con él.

— Me están embromando, dijo Alcunza, sintiéndose oprimírsele el corazón con vagos temores.

— Pero hombre, exclamó Timoleón ¡qué ocurrencia de venir aquí á hablar de veneno y de italianos! qué diablos, hablemos de amor que es mucho más divertido.

— El amor, dijo Felipe destapándose la cabeza, es la manzana de Eva, arrojada al través de la humanidad que la devora sin saciarse. Me cubro, señores, añadió volviendo á ocultarse bajo del pañuelo de Martina.

— Arrópele, hijita, la cabeza, dijo Timoleón á Martina, no se le vaya á salir el talento á ese niño.

— Á ver, grave Alcunza, exclamó Manríquez, apurando un vaso de vino ¿qué ideas tiene Vd. sobre el amor?

— ¿Qué ideas quiere que tenga, pues? contestó éste, distraído con la preocupación que las palabras de Solama y de Manríquez sobre los pasteles, le habían dejado.

— ¡Vea qué hazaña! dijo Timoleón Francisco; el amor es estar enamorado.

— Yo pienso, luego existo, dijo Descartes en su famoso método, exclamó Felipe descubriéndose; el amor es estar enamorado, dice Timoleón: Descartes y Miraflores hieren la dificultad en estas dos grandes cuestiones filosóficas. Me cubro.

— ¡Eh, qué tiene que ver el amor con la filosofía! replicó Timoleón; este Felipe nos ha de andar empa-

chando á todas horas con su filosofía: yo no soy literato, pero sé querer ¿no es así, mi alma de mis ojos? añadió dando un abrazo á Primitiva.

— ¡Vaya! estése sosegado! díjole ésta, dando un salto de ofendido recato sobre su silla.

Solama se descubrió la cabeza y exclamó;

— ¡La cosa se encrespa, bravo! y me cubro.

— Grave Alcunza, dijo Manríquez, en cuyos ojos se veía el vago mirar del hombre á quien el licor empieza á turbar la razón, Vd. no nos ha dicho todavía lo que piensa sobre el amor.

— El amor para don Lino, contestó Felipe, es una vieja en su casa y las muchachas en la calle. Vuélvome á cubrir.

— Nadie te lo pregunta, replicó Manríquez, yo quiero saber lo que piensa este viejo seductor con peluca. Vamos á ver, viejo precioso, yo te lo mando: ¿qué piensas del amor?

— No, pues, dijo amostazado don Lino, si me han convidado para insultarme, me iré mejor.

— No señor, nadie sale de aquí sin mi permiso, contestó el oficial, poniéndose delante de una de las puertas; yo soy el dueño de casa, estas tres chicas me pertenecen; el viejo también me pertenece y lo tengo en su cuarto, durmiendo como un lirón.

— En su cuarto del rincón, dijo Solama, dejando caer la frente sobre el hombro de Martina, que retiró su cuerpo diciéndole:

— ¡Vea, qué fresco se ha puesto!

— Felipe lo ha dicho, repuso Manríquez sin apartarse de la puerta: « tengo al viejo como un lirón, en su cuarto del rincón. » Felipe es poeta y yo sultán,

yo soy Salomón, menos la sabiduria, yo no sé nada, por eso te pregunto, Alcunza venerable, lo qué es el amor.

— Vaya, no hable tan fuerte, díjole Primitiva.

— Hablo fuerte porque tengo buena voz, contestó Abelardo bebiendo en una botella; voy á probar que tengo buena voz, añadió, voy á cantar una canción.

— ¡ Ay no por Dios ! exclamaron las tres hijas de don Raimundo, no vaya á despertar mi tatita.

— Aquí tienen á su tatita, respondió Manríquez, golpeando el hombro de don Lino, yo lo he trasformado con un pastel : este come-pasteles es el tatita de todos nosotros, es Matusalén. Á ver Matusalén ¿ qué piensas del amor ? ¡ Bonita cosa, hombre : se ha llevado toda la vida enamorando y no sabe lo qué es amor ! ¿ Qué les parece ?

— Una barbaridad, dijo Timoleón, yo le prendería un volador en las narices para que no fuese tonto.

— Don Lino ignora las definiciones teóricas, pero es hombre práctico, observó Solama, alzando la frente que había apoyado al borde de la mesa ; hay muchos sabios así : Plinio no era elocuente ; Demóstenes tuvo que aprender á hablar con guijarros y...

— Yo voy á convertir á don Lino en guijarro, exclamó Manríquez, interrumpiendo á Solama.

— Lo desconocerá la vieja su esposa bajo esa petrificadora metamórfosis, replicó Felipe, no le petrifiques.

— Caballeros, exclamó don Lino, yo no he venido aquí para sufrir insultos y quiero retirarme.

— ¿ Y á qué has venido ? preguntóle Manríquez, á seducir niñas ¿no es así? te voy á cambiar en guijarro.

— Á ver amigo, déjeme salir, estoy sintiéndome enfermo, replicó Alcunza.

— Con efecto, dijo acercándosele Felipe, Vd. está pálido como una aparición nocturna.

— ¡ Ah, ah ! ¿ no ven ? exclamó Manríquez, el pastel lo ha cambiado en aparición nocturna.

— Señores, estoy enfermo, déjenme salir, tornó á decir don Lino, cuya palidez iba aumentando.

¿ Qué siente, amigo ? le preguntó Timoleón.

— Hombre, estoy muy enfermo, de veras, haga que me dejen salir.

Don Lino, al dar esta contestación, se apretaba el vientre con ambas manos, y se sentaba y ponía después de pie, con movimientos que parecían producidos por choques galvánicos.

— Vaya, dejémoslo salir, se le conoce que está enfermo, dijo Martina, apiadándose del estado de don Lino.

Felipe se acercó con su acostumbrada gravedad :

— Se conoce, dijo, la terrible mano de Retortijoni; es el pastel que Vd. ha comido, amigo mío, lo que le pone á Vd. como una ardilla.

— ¡ Caramba, buen modo de consolar ! exclamó Alcunza, luchando con dolores que iban aumentando con rapidez.

— Pero tranquilícese usted, le dijo Manríquez, si fuese veneno, ya sería usted cadáver.

— Es verdad, añadió Felipe, no es el veneno, pero son los síntomas del purgante.

— Eso debe ser, déjenme salir, dijo con angustiada voz don Lino.

— A ver, exclamó Manríquez, le dejo salir con una condición.

— ¿Cuál? con la que quiera.

— Que me pille, yo no salgo del cuarto.

— ¡Y cómo lo pillo si no me puedo mover! exclamó el infeliz don Lino retorciéndose.

— Entonces, pídales perdón á estas señoritas de haber predispuesto contra ellas el ánimo de su padre, y de habernos hecho despedir de la casa.

— Yo no he sido.

— Pida perdón, pida perdón, gritó Manríquez.

Pero don Lino, en vez de contestar, hizo un movimiento para escurrirse bajo de la mesa, porque en ese instante, había visto abrirse la puerta del comedor que daba al cuarto de las jóvenes, y aparecer en su umbral á don Raimundo Basquiñuelas, con rostro airado y amenazador ademán.

XXI

El deseo de conservar á la escena que precede su viveza de acción, nos ha obligado á suprimir aquellos incidentes y pormenores que hubieran podido hacerla languidecer, y á conservar solamente lo que más directa influencia tuvo en su desarrollo. En medio del diálogo que dejamos trascrito, habíanse oído sin embargo, las voces aisladas, las interrogaciones y respuestas, los dichos y exclamaciones que hacen oir los actores de semejantes escenas, cuando, turbada la claridad de la razón por el vino, dejan á la lengua formular atolondradamente cuanta idea cruza por el

inflamado cerebro. Mirafiores, en cada requiebro dirigido á Primitiva, enumeraba los prodigios que había hecho con voladores; el método empleado para fabricar cohetes por los mejores artífices y el efecto mágico de una *ruedecilla* prendida en medio de un baile de chicoteo. Estos pormenores, explicados con el entusiasmo del verdadero aficionado, se enredaban con palabras de amor y juramentos de constancia, con un desaliño digno de mencionarse, ya que el temor de superfluos detalles no nos permite trascribirlos. Á las voces de Timoleón, uníanse las de Felipe, que se engolfaba en la descripción del sistema sintético de Descartes; las preguntas de don Lino, que había ido sintiendo poco á poco los síntomas del ataque violento producido por el pastel, y por fin, la voz segura de Manríquez, que tomaba tiernas entonaciones para arrojar al corazón de Candelaria el fuego voraz de una pasión impetuosa, y se alzaba después dominadora y despótica, acallando las otras y concentrando en ella toda la atención y el interés.

Á pesar de haber apurado el licor en más abundancia que los otros, Manríquez conservaba su razón despejada y clara, cuando los demás eran ya esclavos de los primeros caprichos de la ebriedad. Mas, el tono y ademán que para confundir á don Lino había empleado, fueron tan bien fingidos, que éste y todos los circunstantes creían al oficial incapaz de coordinar dos ideas, en el estado de ebriedad á que parecía haber llegado.

La aparición de don Raimundo fué como un cambio de decoración hecho en presencia del espectador en un escenario bien arreglado.

Todos los semblantes cambiaron súbitamente de expresión.

Las jóvenes, mudas y pálidas, volvieron los rostros, ocultándolos medrosas entre las manos.

Timoleón se escondió tras de una silla; Solama se agachó como quien quiere dejar pasar un peligro, y don Lino, olvidando sus apremiantes dolores, metió la cabeza bajo el borde del mantel.

Manríquez, al ver al viejo, alzó la frente altanera, desechó como quien arroja un manto, el aire de ebriedad que estaba fingiendo, y lanzó al viejo una mirada de alegría, cuya expresión fuera imposible describir. Este joven, que buscaba las emociones fuertes y el peligro, con el amor de los niños á los juguetes, acogía con una especie de gozo infantil la llegada del nuevo personaje, que aparecía complicando la situación de tan singular manera.

El cuadro era digno del pincel flamenco, tan ejercitado en las escenas llamadas de *interior* y tan amante de ellas. Cada personaje revelaba su carácter en la actitud que había tomado, y los muebles en desorden, las destrozadas viandas, los platos mal amontonados, las botellas arrojadas sobre la mesa y los pedazos de pan revueltos con la suelta miga sobre el mantel, eran preciosos accesorios para dar colorido á los distintos términos, y elocuente significación al conjunto.

Don Raimundo de pie, en el umbral de la puerta, con desaliñado traje y la toledana hoja, anunciada por Timoleón, en la diestra, completaba el cuadro, como la pincelada de luz que ilumina el fondo de una tela de oscuro colorido.

Mas estas actitudes duraron brevísimos instantes.

La ira de que venía animado don Raimundo, rompió luego la armonía, hiriendo el aire con desaforadas imprecaciones. Con una agilidad de que, al verle en la oficina con su viejo frac negro y sus zapatillas de orillo, se le habría creído incapaz, se lanzó sobre Timoleón y Solama, que próximos estaban, y arremetió de ellos blandiendo la tizona y exclamando entre sueltos, y harto enérgicos vocablos :

— ¡ Ah, pícaros, yo los haré venir á reirse de mí !

Timoleón echó á correr en busca de la puerta.

Felipe asió una silla que junto á sí tenía y empezó á batirse en retirada, parando los golpes del ofendido viejo, golpes que el despecho, más que la pujanza del brazo, multiplicaba.

Durante esa lucha, las tres hijas de don Raimundo corrían por la estancia lanzando gritos agudos de terror, que se mezclaban á los retos que el viejo dirigía, junto con las estocadas, á Felipe ; gritos que ahogaban las contestaciones de éste ; pero sobre los cuales dominaba la voz de Abelardo Manríquez, que teniendo con la izquierda á don Lino tembloroso, y con la derecha un cuchillo de la mesa, decía :

— Bueno, Felipe, te defiendes como un gladiador, eso debe ser el fruto de tus lecturas de historia romana. ¡ Fuerte don Raimundo ! añadía, así pegaba O'Higgins en la pelea. ¡ No hay que dar cuartel ! Apuesto ocho á cuatro á que me ensarta al literato contra la pared como un murciélago : después le pondremos un cigarro en la boca. ¡ Cuidado, Felipe ! Qué es eso : ¿ vuelves la espalda ? Sígalo don Raimundo, la última carga corona la victoria, sígalo, sígalo...

Felipe reculando, y don Raimundo dirigiéndole tenaz rabiosas estocadas, salieron de la pieza.

Al mismo tiempo Primitiva, Martina y Candelaria corrieron á ocultarse en su dormitorio.

Oyóse una carrera en el patio, después la voz encolerizada de don Raimundo, la puerta de la calle que se cerraba con estrépito, é inmediatamente después, el ruido del sable que don Raimundo arrastraba sobre el empedrado, como para dar más vigor á sus ya bastante enérgicas imprecaciones.

Había sucedido que Felipe, viéndose en el patio, lanzó á los pies de su agresor la silla que le servía de arma defensiva, y huyó hacia la calle, cerrando tras de sí la puerta.

Don Raimundo, detenido por el proyectil, rodó por tierra y soltó la toledana, que inmediatamente volvió á coger frenético de cólera, incorporándose á coronar la victoria, como le había dicho Manríquez.

Mas no pudo levantarse con presteza bastante, para impedir que Solama ejecutase su veloz retirada: cuando llegó á la puerta, ésta estaba cerrada.

Recordando entonces que habían quedado más enemigos en el comedor, volvió, como dijimos, arrastrando la espada sobre el empedrado, y dando voces para desahogar su justa indignación.

Durante el tiempo que en el patio tenía lugar la última parte de la escaramuza entre don Raimundo y Felipe Solama, aprovechó la ocasión don Lino para implorar piedad de su porfiado opresor.

— ¡ Suélteme, por Dios, dijo á Manríquez, mire que me muero !

— No, no, replicó el oficial, aquí tenemos ambos

que esperar con valor la muerte que don Raimundo nos trae en la punta de su toledana. ¿ La oye Vd. sonar ?

— Pídame lo que quiera, pero déjeme salir, exclamaba el desdichado Alcunza, con voz que parecía presagiar la proximidad del llanto.

— Ya viene, valor, amigo, decíale Manríquez, á medida que don Raimundo se acercaba ; aquí vamos á pagar nuestras culpas : esto nos enseñará á invadir la casa ajena con poco honestas intenciones.

Decía esto, y entró furibundo el padre de Candelaria.

— ¡ Pedazos de pícaros ! vociferó, blandiendo el mohoso acero, yo les enseñaré á ser desvergonzados, canallas, ladrones.....

Mientras agrupaba sus denuestos, arremetía de Manríquez, quien tomando de los hombros á don Lino, principió á servirse de él como Solama se había servido de la silla, contestando á los insultos de su adversario con igual verbosidad.

— Aquí tiene Vd., le decía, al respetable don Lino Alcunza. ¡ Cuidado, no hay que pincharlo ! Yo se lo presento porque es hombre de buen consejo y sujeto acaudalado ; pero le advierto que no está á prueba de estocadas, váyase con tiento, no le pegue, mire que el hombre tiene influjo en el ministerio.

Y estas palabras, no sólo se mezclaban con las de don Raimundo, sino que unían su clamor á las súplicas del infeliz Alcunza, que invocaba el nombre de todos los santos, ofrecía su fortuna, prometía su influjo, gritaba y se retorcía bajo las férreas manos del oficial de húsares, que le movía como un escudo

en todas direcciones, para esquivar las estocadas de don Raimundo, el que, reconociendo á su viejo y respetado amigo, dirigía únicamente sus ataques á Manríquez.

— Yo se lo explicaré todo, mi amigo don Raimundo, añadía á sus anteriores súplicas Alcunza, á mí me engañaron diciéndome que Vd. me convidaba, aguárdese, nò me pegue !

Y hablar y retorcerse al peso de sus dolores abdominales todo era uno, mientras que Manríquez le dirigía mil sarcasmos y avivaba la cólera de don Raimundo con dichos burlescos acerca de su confianza en las virtudes de don Lino.

Por fin, cansado de esta peripecia, que duraba ya cerca de cinco minutos, Abelardo apagó la vela y soltó á don Lino.

El susto y su angustiadísimo estado, dieron fuerzas á éste para dirigirse á tientas á la puerta, en busca de su salvación. Siguiólo empero don Raimundo, que en la oscuridad creyó dirigirse siempre contra el oficial; mas don Lino tenía tal prisa de ponerse en salvo y ser dueño de sus acciones, que halló primero que su irritado amigo la puerta del pasadizo, desde el cual corrió al patio con celeridad pasmosa, llegó al zaguán, abrió la puerta y echó á correr desatinadamente por la calle.

Cuando don Raimundo, siempre creyendo perseguir á Manríquez, corrió hacia el zaguán, apareció Felipe Solama en la puerta de la calle, y principió á imitar el chibateo de los indios en la pelea, lo que exasperó á don Raimundo hasta el extremo, sobre todo cuando

al atacar desatentado, dió sólo con la puerta que Felipe cerrró con viveza.

Corrió en seguida el viejo á su habitación, encendió á duras penas una luz y entró de nuevo al comedor.

El comedor estaba solo.

Esto le hizo respirar como un hombre que cobra aliento tras agitada carrera. Se creía ya enteramente libre de enemigos. Según se figuró, Manríquez y don Lino habían salido juntos á favor de la oscuridad.

Arrojóse sobre una silla y apoyó, extenuado de cansancio, la cabeza sobre un brazo que tendió en la mesa.

Su más temible enemigo, entretanto, el oficial de húsares, había salido del comedor, pero no de la casa.

Don Raimundo, que ignoraba esta circunstancia, pensó que ya no le quedaba más deber que el de descargar sobre sus hijas el resto de su cólera, y se dirigió al cuarto de ellas.

XXII

Después que Manríquez había apagado la vela, vimos á don Lino Alcunza salir á tientas del comedor; mas el oficial se quedó en esta pieza, habiéndose sentado pacíficamente en una silla, desde que sintió á los que podríamos llamar sus dos víctimas, buscando en la oscuridad la puerta del pasadizo.

Apenas oyó los pasos de don Raimundo en el patio, dejó su asiento y se dirigió al dormitorio de las tres hermanas.

Entró en la pieza y cerró la puerta, que las jóvenes en su turbación, habían olvidado cerrar.

Primitiva, Candelaria y Martina, estaban en oración, rogando á Dios que aplacase la cólera paternal. Figurábanse que alzando la voz, las preces llegarían más pronto al trono del Altísimo, por lo cual rezaban en voz alta, cada cual una oración distinta.

Primitiva, devota de las ánimas, rezaba el Padrenuestro.

Candelaria imploraba con la *Salve*, la intercesión de la Virgen.

Y Martina, que carecía de particular devoción, ora repetía las palabras de Primitiva, ora las de Candelaria, formando una mezcla de frases sin sentido.

Al entrar oyó Manríquez, á un tiempo, las tres distintas voces que decían :

« Y perdónanos nuestras deudas, así como...

« Á ti suspiramos gimiendo y llorando...

« Nuestras deudas, gimiendo y llorando...

El oficial se puso á reir, al ver el espectáculo de improvisado fervor religioso que ofrecían las tres afligidas jóvenes.

Éstas, al verle aparecer, cuando todavía se dejaban oir las roncas vociferaciones de don Raimundo, dieron un grito de espanto, al que el oficial contestó con su risa tranquila, exclamando :

— ¡ Vaya que nos hemos divertido !

— ¡ Por Dios, qué viene á hacer aquí ! exclamó aterrada Primitiva.

— ¡ Sálgase ! ¿ qué quiere que mi tatita nos mate ? díjole Martina al mismo tiempo.

Candelaria sólo le miró sin decirle una palabra.

Sentía que á su pesar la dominaba aquel joven, inmutable en el conflicto, y que parecía complicar intencionalmente las dificultades que excitaban su alegría.

— ¡ Vaya, exclamó Manríquez, qué poco hospitalarias son Vds. : yo vengo á defenderlas !

— ¡ Sálgase, por la Virgen Santísima ! repitió Martina desesperada.

— ¡ Ahí viene mi tatita ! por Dios, qué vamos á hacer ! exclamó Primitiva, arrojándose de rodillas al al pie de su cama.

— Pero, hijas mías, no se asusten Vds., contestó Manríquez, pongámonos á rezar, á ver si le da un calambre al tatita antes de llegar aquí.

Era el momento en que don Raimundo se sentaba, extenuado de cansancio, como dijimos, y apoyaba la cabeza sobre el brazo que tendió en la mesa.

— ¡ Ay por Dios, ahí está mi tatita en el comedor, dijo Martina, que se había puesto á observar por la puerta que entreabrió.

— ¡ Qué haremos, Virgen santa ! dijo Primitiva desesperada.

— Se sentó, dijo Martina, siguiendo los movimientos de su padre.

— ¡ Ese es el calambre que implorábamos del cielo ! exclamó Manríquez.

— ¡ Jesús ! ya se levantó, está mirando para acá ! dijo Martina con voz angustiada. ¡ Ay, ya viene ! añadió corriendo hacia su cama.

Primitiva se tapó la cabeza.

Martina cayó de rodillas al pie del lecho.

Candelaria se acercó al oficial que se había sentado tranquilamente.

— Escóndase debajo de mi cama, le dijo con voz resuelta, yo lo sacaré después.

Supo Manríquez apreciar el sentimiento que inspiraba á Candelaria estas palabras : pero su orgullo se reveló ante la idea humillante de ocultarse bajo una cama.

— ¿ No tiene algún otro lugar ? preguntó.

Candelaria echó una ojeada rápida en torno del cuarto y divisó una percha, de la que pendía una cortina destinada á salvar del polvo la ropa que se cuelga en esa clase de muebles.

— Allí, en la percha, contestó.

Manríquez, de un salto, estuvo tras de la cortina, que felizmente llegaba hasta el suelo.

Todo esto había pasado con suma rapidez.

Y era tiempo ya, porque don Raimundo llegaba entonces al cuarto de sus hijas á descargar sobre ellas la cólera que le quedaba.

Don Raimundo paseó sobre sus hijas una mirada amenazadora.

Sus primeras palabras fueron estas :

— Merecían las tres que yo las mandase *cortitas* á la Corrección.

Y tras de este exordio, descargó una granizada de imprecaciones, dirigiéndolas á veces á las tres hermanas juntamente, y á veces á cada una en particular. El pobre viejo maldijo repetidas veces la hora en que había tenido hijas ; invocó la sombra de la difunta esposa ; amenazó á las delincuentes con atroces castigos en esta vida y con las eternas penas en la

otra; repitió varias frases en diversos tonos; cambió en su despecho algunas palabras con otras, y terminó con una nueva granizada de insultos, llamando en auxilio de su despecho los más infamantes apodos, que prodigó á todas y á cada una hasta la saciedad, y salió después de amenazarlas con la privación de la calle durante un año y con la más estricta vigilancia durante toda su vida.

Apenas se cerró la puerta, Manríquez salió de su escondite.

Don Raimundo se sentó en la silla del comedor que poco antes había ocupado, y colocando la frente en las manos pareció sumirse en dolorosas reflexiones.

Desde el cuarto de las jóvenes, Manríquez se puso á espiarle.

Al cabo de algunos minutos de inmovilidad completa, el viejo alzó la frente y fijó en la mesa una mirada vidriosa, incierta, que revelaba la honda pena que le oprimía el corazón.

Sucedióle entonces un fenómeno propio de la versatilidad y del capricho de las pasiones humanas. En medio de su inmenso dolor, su pasión dominante, la gula, le salió al encuentro, como saldría un malhechor á un caminante que va absorto en graves preocupaciones. La gula, envuelta en el perfume que despedían los destrozados fiambres, cogió á don Raimundo de la garganta, por decirlo así, apoderándose de sus facultades sensitivas, que las escenas anteriores acababan de conmover tan profundamente.

Un trozo de jamón con su carne bermeja, con su blanca y esponjosa gordura, con su capa de caramelo hecha con la plancha de alguna mujer *hacendosa*, le

pareció más tentador que á un hombre abrasado de fiebre, las aguas cristalinas de una fuente escondida en la espesura de un bosque. Tras esta impresión, parecióle vergonzoso dejarse vencer del deseo, y tomar parte en los despojos del festín en que sus hijas acababan de pisotear la honra de su nombre y de empañar el lustre de su recato.

Volvió la cabeza y fijó la vista en otros objetos para desechar la tentación é inflamar de nuevo su pecho en la santa cólera de su augusta paternal dignidad vilipendiada, y para huir más luego, púsose de pie, tomando la palmatoria con la vela, cuya pavesa tenía ya más de una pulgada.

— Se va, dijo Manríquez á las jóvenes que le miraban atónitas.

Pero muchas veces, y casi siempre, el hombre ve contrariadas por miserables incidentes sus más nobles determinaciones. Tal aconteció á don Raimundo: habíase incorporado de su asiento para sustraerse á la opresora tentación de la gula, y el aire que el movimiento de su cuerpo hizo cambiar de lugar, le trajo á las narices una oleada de olor á jamón, que turbó sus sentidos y se apoderó de su razón, haciéndole formular en sus adentros, como para descargo de su conciencia, este subterfugio.

— No les he de dejar esto para que no vengan ahora á comer y á reirse de mí.

— Para llevar adelante lo que él quería suponer un principio de los justos castigos que á sus hijas reservaba, puso en un plato el trozo de jamón, colocó al descuido junto á éste una pierna de pavo y algunos panes, tomó en la mano derecha una botella de vino

y salió del comedor, llevándose el botín, después de haber pacificado su doméstico territorio.

— Parece que al tatita se le ha cambiado la indignación en apetito, dijo Manríquez; observando la maniobra de don Raimundo.

Éste llegó á su cuarto, dejó su carga, salió y puso llave á la puerta de la calle, volviendo en seguida á su habitación cuya puerta cerró también con llave.

Manríquez, que había salido á observar á don Raimundo, regresó al cuarto en que las tres jóvenes seguían temblando de miedo, pasmadas al mismo tiempo de la imperturbable audacia del oficial.

XXIII.

— Ha pasado el peligro, dijo Manríquez al entrar al aposento.

— ¿ Mi tatita cerró la puerta ? preguntó Candelaria.

— Con llave.

— ¿ Y ahora cómo sale Vd. ? dijo Primitiva.

— Mejor será que me quede, contestó Manríquez sentándose.

— ¿ Qué está loco ? ¡ Cómo se ha de quedar ! exclamó Primitiva.

— Sólo que saliese por el corral, observó Martina.

— Cierto dijo Primitiva, puede saltar á la huerta vecina y de ahí salir á la calle.

— Saldré por el corral, dijo Manríquez poniéndose de pie, veo que Vds. no son hospitalarias.

— Yo iré á mostrarle el camino, dijo Candelaria,

que había caído de repente en profunda meditación.

Primitiva enumeró las precauciones que debían observar para no ser sorprendidos al atravesar el segundo patio.

Candelaria salió seguida de Manríquez.

— Vuélvete luego, dijo Primitiva á su hermana.

Al entrar al segundo patio, presentóse á Candelaria la criada que al principio de la cena había quedado de centinela cerca del cuarto de don Raimundo.

— ¡Ay señorita, dijo, vaya con el susto grande! Me había quedado dormida, cuando sentí la bulla que tenía el patrón en el comedor: al tiro me vine á esconder.

— Bueno, contestóle la joven, vuélvete á tu cuarto, yo voy á llevar á Abelardo para que salga por el corral.

Candelaria y Manríquez atravesaron el patio y llegaron al corral, cuyas paredes bajas podían fácilmente escalarse.

— Por aquí puede subir, dijo Candelaria señalando un punto de la pared en que la mano del tiempo había hecho algunos hoyos que facilitaban la subida.

— ¿Y Vd. cree, dijo Manríquez, que haya pensado yo irme de aquí sin Vd.?

— Por supuesto, ¿y cómo quiere llevarme?

Sin embargo que Candelaria había dado á su voz el acento de una respuesta frívola, de esas que se pronuncian por no quedarse en silencio, su cuerpo temblaba de emoción, y su mano, que Manríquez había estrechado, hizo un esfuerzo para desasirse de la amorosa presión que la oprimía.

— Vd. ha dicho varias veces que me quiere, y lo

jurado también, repuso Manríquez, cuya voz ejercía un poderoso imperio en Candelaria.

— Es cierto, contestó ella.

— ¿ Acaso se ha concluído ese amor ?

— No, dijo la joven con apagado acento, electrizada por los rayos de amorosa luz que, al hacer esa pregunta, despidieron los ojos del hermoso oficial.

— Entonces ¿ cómo vacila en seguirme ?

— ¿ Cómo quiere que lo siga, por Dios !

— Óigame Candelaria : la vida que llevamos Vd. y yo, no puede soportarse mucho tiempo. Las cartas no alcanzan á suplir la voz, ni los recuerdos pueden servir de contrapeso á las horas de ausencia. Yo soy partidario de las situaciones definidas. Si Vd. me quiere, con nadie puede ser tan feliz como conmigo, y si Vd. no lo siente del mismo modo, es que ha creído amar y está engañándose.

La joven, como para desmentir este último concepto del oficial, le estrechó las manos con pasión, y ocultó después su rostro como avergonzada. Tan solemne situación en su vida, la turbó hasta el punto de hacerla prorrumpir en llanto.

— Vd. ha oído, dijo, cómo nos ha tratado mi padre.

— Palabras de hombre irritado, contestó Manríquez.

— ¿ Y cuando ve que yo sufro eso por Vd. y lo sufriría cien veces, puede dudar de mi cariño ?

— Vámonos, la dijo con insinuante y apasionado acento el oficial.

— ¿ Y si Vd. me abandona después ? preguntó Candelaria.

Manríquez soltó la mano que oprimía, y dijo con voz en que había un dejo de aspereza :

— Yo no entro en cálculos : la mirada que busca en mis ojos, en vez de amor, mis pensamientos secretos, me hiela la sangre de disgusto.

Candelaria, que al hacer la pregunta á que Manríquez contestaba de ese modo, iba tras de esa tabla de salvación, ó esa hipoteca de honra, que llaman palabra de casamiento, vió que el hombre á quien amaba exigía una completa abnegación de sí misma, como se lo había dicho en sus primeras conversaciones. Este descubrimiento, lejos de desalentarla, fué para ella como el vértigo que sobrecoge á las personas nerviosas colocadas en una grande altura. Ante la despótica dominación del impetuoso amor que le ofrecía Manríquez, su alma tuvo un vértigo de irresistible atracción, que la hizo olvidar el porvenir por el presente.

— Tampoco he querido calcular, le dijo, sino saber si Vd. me quiere de veras.

— ¡ Vaya, exclamó Manríquez, estamos peleando por palabras cuando nuestros corazones se entienden perfectamente !

— ¿ Y quién tiene la culpa sino Vd. ?

— ¡ Yo ! ¿ y por qué ?

— Porque sabe que en todo he de obedecerle.

El oficial respondió con mil protestas de amor á ese acto de sumisión de enamorada, y su palabra ardiente acabó de ofuscar el corazón de su querida, á quien la idea de separarse del joven pareció un martirio insufrible. De este modo convinieron en la fuga que ejecutaron con la risa en los labios, saltando paredes y tapias hasta encontrarse en la calle. En ese

viaje nocturno, sin más luz que el fulgor escaso de las estrellas, los amantes emplearon como media hora para andar una distancia, que en el día hubiera podido recorrerse en cinco minutos. Fué preciso que Manríquez hiciese subir á su querida la tapia que deslindaba el corral con la huerta vecina; que bajase á esta huerta; que buscase el punto más apropósito para saltar una acequia; que hallase un camino por entre malezas tupidas; que inspeccionase la tapia que separaba la huerta de la calle, y que después de hallar un punto á propósito y de subir á Candelaria, bajase á la calle y recibiese en sus brazos á la que tan locamente le entregaba su destino.

— Y, ahora ¿adónde vamos? preguntó la joven, continuando la alegre conversación, sostenida principalmente por Manríquez durante el camino.

— Á mi casa que va á ser de Vd.

Pusiéronse en marcha hablando bajo, turbando con besos locos el misterioso silencio de la oscuridad, risueños porque iban ricos de esperanza y de amor, y burlándose de las angustias pasadas, porque creían ser dueños absolutos del porvenir. La conducta de Manríquez contribuyó poderosamente á dar á Candelaria la conformidad atolondrada con que abandonaba el hogar y la honra, para lanzarse en el mar proceloso de la vida, en tan frágil esquife como el del amor de un joven que en poco tiempo se había labrado la más voceada reputación de calavera. Manríquez, con efecto, la rodeaba de atenciones delicadas y había tornado en apasionada sumisión, el trato altanero que aun en sus relaciones amorosas le era familiar. El señor imperioso, que se reía de la cólera de un padre, que parecía

más bien recibir el amor como un tributo cuando la veía rodeada de su familia, se acababa de transformar en adorador sumiso y respetuoso, apenas ella se privaba de sus apoyos naturales y se entregaba indefensa á su albedrío. Este cambio, operado sin afectación alguna de parte del joven, que puso en él la gracia seductora de que disponía, hizo en el ánimo de Candelaria una impresión profunda al par que lisonjera: creyó en el amor que inspiraba, ya que tan elocuente testimonio se le ofrecía.

Por nuestra parte, para explicar este proceder de Manríquez, debemos buscarlo en su alma. Desprendiéndonos de la natural simpatía que entre un hombre y una mujer jóvenes, es casi siempre como la aurora del amor que abrasa después sus corazones, Manríquez, perseguía una ilusión, como lo dijo más tarde, en el amor de Candelaria: en vez de una querida buscaba un ídolo. De aquí su respetuosa adoración, que iluminó con brillantes lampos de alegría el corazón de la joven, la que por su parte estaba muy lejos de comprender la clase de sed que bullía en el pecho de su amante.

Mientras así cerraba los ojos Candelaria sobre la magnitud y consecuencias del paso que acababa de dar, sus hermanas habían recorrido una á una las fases de una inquietud que debía terminar por desesperada angustia.

Pocos minutos después de la salida de la joven con el oficial, Primitiva conoció que había cometido una grave imprudencia permitiéndola salir. Tras esta reflexión, surgió naturalmente el propósito de no volver á permitir igual cosa cuando una circunstancia

análoga se presentase. Tranquilizada con tan buen propósito, esperó algunos minutos. Trascurridos éstos, la alarma penetró de nuevo en su espíritu, más punzante que la primera vez, hasta que, dominada de siniestros temores, salió al patio y llamó suavemente á Candelaria. Fué en seguida en busca de Martina, que la acompañó en una segunda minuciosa pesquisa, llevada hasta el pie de la pared que el oficial y la joven habían salvado pocos momentos antes. Después de ésto fueron interrogados vanamente todos los rincones y los menores vericuetos de la casa, operación en que estuvieron ayudadas por la sirvienta, que refirió las pocas palabras que acababa de hablar con Candelaria. Perdida la esperanza, con la convicción de la fuga, un desaliento mortal se apoderó de las dos hermanas. Así vieron lucir la claridad de la aurora, y con intenso miedo oyeron sonar una á una las horas de la mañana, que entonces anunciaba á toda la población santiaguina el reloj de la antigua torre de la Compañía, que fué presa de las llamas en 1841.

La tos con que don Raimundo anunciaba su despertar, aumentó ese miedo hasta el terror, y los pasos con que el viejo atravesó el patio para llegar al comedor, en donde esperaba el almuerzo, resonaron en sus corazones como el sonido fúnebre que anuncia á un condenado la hora terrible de la ejecución.

En el almuerzo, don Raimundo notó la ausencia de Candelaria, y no recibiendo una respuesta satisfactoria, la buscó en toda la casa. Lo infructuoso de su investigación le reveló confusamente la verdad, que al fin, Primitiva, apremiada de amenazas, tuvo que confesar al desgraciado padre, que cayó sin sentido al pie

de la mesa, como un soldado al pie del arma con que combate. Su vuelta á la vida fué el principio de nuevas imprecaciones en que su violenta desesperación creyó encontrar un alivio al funesto golpe que acababa de herirle en medio del corazón. De este modo pasaron algunas horas.

Á las doce del día se presentó en la casa don Lino Alcunza, en cuyas desencajadas facciones se veía el pasaje de la tormenta que durante la nochebuena, para él tan aciaga, le había sacudido moral y físicamente.

Hallándose en cama don Raimundo, Alcunza hizo llamar á Primitiva. Antes de ir á ejecutar esta orden, la criada le refirió los sucesos acaecidos después de su salida de la casa.

Don Lino entabló el diálago como un hombre que de antemano ha concebido un plan.

— Lo que á Vds. les conviene, dijo á Primitiva después de oir la relación de ésta sobre la fuga de Candelaria, es que yo conserve el ascendiente que tengo con su padre. Así puedo yo aplacarle, y de otro modo, ¡ quién sabe lo que puede llegar á hacer ! El maldito oficial se ha burlado de todos. Vds. ya no tienen cómo disculparse, es preciso, pues, que don Raimundo me conserve el respeto que siempre me ha manifestado, para que yo pueda sirvirles.

— Pero si él lo vió á Vd. ¿ cómo quiere que le conserve ese respeto ? exclamó Primitiva.

— Yo sé lo que he de hacer, ofrézcame Vd. no más que no me desmentirá : yo le prometo que haré callarse á don Raimundo, y que poco á poco las perdonará.

Primitiva ofreció secundar con Martina las intenciones de Alcunza, que después de esta entrevista

preparatoria, se hizo conducir al cuarto de don Raimundo.

La primera exclamación de éste fué como la sorpresa de César al ver el puñal asesino en la mano de Bruto.

— ¡ Y Vd. también, señor don Lino ! dijo con acento de reconvención, en el que aun podía reconocerse el comedimiento del respeto.

— ¡ Y Vd. es capaz de juzgarme así por las apariencias ! contestó don Lino en tono de admirativa reconvención. Vaya, añadió, yo lo creía más mi amigo, don Raimundo.

— ¿ Y qué quiere que piense entonces ?

— Que no me juzgue antes de oirme : yo no soy hombre que miento, me parece ¡ y cuando vengo aquí sin necesidad (porque hablando con franqueza, yo no tengo necesidad de Vd.) cuando vengo aquí á justificarme, Vd. me recibe de ese modo, antes de saber lo que voy á decir ! Pues amigo, ya veo que habría hecho mejor de quedarme en casa : no me faltan relaciones de amistad con gente que valga lo que Vd., don Raimundo.

El infeliz viejo, abatido por las emociones dolorosas que desde la noche le estaban sacudiendo, y acostumbrado por otra parte á considerarse muy favorecido con una amistad como la de don Lino, pospuso su resentimiento á su respeto.

— Yo, mi señor don Lino, como lo vi á Vd. con los demás ¿ qué había de pensar ? Yo soy padre, pues, señor, y he de cuidar mi casa.

— Hace Vd. muy bien en cuidarla ; pero no hace bien en juzgar, sólo por lo que ve, á un hombre que

cree merecerle alguna consideración. ¿No conviene Vd. conmigo en que no tenía necesidad de venir á justificarme?

— Cómo no, señor, yo sólo soy un pobre empleado.

Pues amigo, ya lo vé Vd., cuando vengo, es porque tengo la conciencia tranquila: si Vd. me encontró anoche con los demás, fué porque me hicieron víctima de un engaño perverso.

— ¡Ah, yo no sabía eso!

— ¿Sabe Vd. lo que hizo ese oficial conmigo? Sospechando que yo había aconsejado á Vd. que le despidiese de su casa, fingió una carta de Vd. en que me convidaba á pasar en su casa la noche buena con su familia: vea Vd., aquí tiene la carta.

Mostraba al mismo tiempo don Lino una carta redactada en el sentido que acababa de decir, con la firma de don Raimundo.

— ¿Podía dudar yo cuando veía su letra? añadió: ni se me ocurrió siquiera, y como yo no estuve aquí la noche anterior, la carta me pareció una cosa muy natural.

— ¡Pero señor, y ha remedado mi letra perfectamente! exclamó don Raimundo, convencido con prueba tan irrecusable.

— Yo que no me fijé mucho en la letra, porque no tenía por qué sospechar, vine aquí á la hora que me señalaban, y como sólo había luz en el comedor, me fuí al comedor.

— Yo habría hecho lo mismo, dijo don Raimundo.

— Al momento pregunté por Vd., y me dijeron que ya venía: el oficial era el que contestaba á todo, porque las pobres niñas se conocía que estaban avergon-

zadas. El oficial también fué el que me pasó unos pastelitos, de los que comí: yo pensaba que Vd. ya venía.

— Muy natural, pues, señor.

— Pero cuando vi que Vd. no llegaba, principié á inquietarme, quise salir, y el maldito oficial me cerró la puerta. De balde le amenacé primero y le rogué después, nada. Entonces, amigo, me principiaron unos dolores de estómago que me hacían ver estrellas: ¡ay, amigo, qué dolores aquéllos!

— Los pasteles: cuando menos.

— Los pasteles; ese demonio de oficial les echó alguna cosa muy purgante, porque, ya le digo, me hacían ver estrellas los dolores.

— ¡Vaya señor, no haber sabido yo!

— En esto llegó Vd., cuando yo estaba más muerto que vivo; figúrese si me desesperaíra al ver que Vd. me juzgaba tan mal, y yo que apenas podía hablar.

— Dispénseme, mi señor don Lino, yo no sabía nada, pues.

— Si, me hago cargo, como no.

— Un padre, pues, que encuentra á sus hijas....

— Como no, me hago cargo; pero yo estaba con los malvados pasteles en un estado que no me permitía esperar á dar explicaciones, así fué que apenas pude, arranqué á perderme.

Don Raimundo repitió sus escusas, desesperado de haber puesto en peligro la vida de un hombre de influjo como don Lino Alcunza.

— Así no más es, amigo, contestó don Lino, tantito tiempo más, y á pique de haberme caído

muerto ahí mismo. ¡Si eran muchos dolores, hombre!

Enteramente convencido de la inocencia de su respetado amigo, don Raimundo habló largo rato con él acerca de la fuga de Candelaria.

Don Lino trató de calmarle, y consiguió persuadirle de que más valía acallar el asunto cuanto fuese posible y buscar en silencio á la fugitiva.

— Yo me encargo de esto, exclamó al fin, y no dejaré rincón de Santiago hasta que la encuentre.

Don Raimundo quedó con esto penetrado del más vivo reconocimiento hacia don Lino. Cuando éste se despidió, el inocente viejo juraba no perdonarse jamás el haber dudado por un instante de la honradez y moralidad de tan cumplido caballero.

Don Lino, por su parte, iba á empezar desde ese día sus pesquisas, para indagar el paradero de los fugitivos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
869.4 B61I1918 C001 v.1
Ideal de un calavera novela de costumbr
3 0112 089124405